

Annotation

Considerada la novela puente entre las dos obras maestras de Natsume Soseki, Kokoro y Botchan (Premi Llibreter 2008), Sanshiro es una deliciosa sátira que derrocha ternura y humor a la japonesa. Sanshiro es un muchacho de pueblo que se muda a la cosmopolita Universidad de Tokio para estudiar Literatura. Durante el año que permanece en la ciudad se verá obligado a confraternizar con los esnobs tokiotas, además de con temibles muchachas occidentalizadas, afamados escritores, abnegados científicos y, sobre todo, con su mejor amigo, Yojiro, un adorable granuja, una auténtica comadreja que constantemente meterá a su tímido colega en líos. Por si fuera poco, Sanshiro acabará enamorándose locamente de una muchacha con ínfulas artísticas, y esa será su perdición.

SANSHIRO

Considerada la novela puente entre las dos obras maestras de Natsume Soseki, Kokoro y Botchan (Premi Llibreter 2008), Sanshiro es una deliciosa sátira que derrocha ternura y humor a la japonesa. Sanshiro es un muchacho de pueblo que se muda a la cosmopolita Universidad de Tokio para estudiar Literatura. Durante el año que permanece en la ciudad se verá obligado a confraternizar con los esnobs tokiotas, además de con temibles muchachas occidentalizadas, afamados escritores, abnegados científicos y, sobre todo, con su mejor amigo, Yojiro, un adorable granuja, una auténtica comadreja que constantemente meterá a su tímido colega en líos. Por si fuera poco, Sanshiro acabará enamorándose locamente de una muchacha con ínfulas artísticas, y esa será su perdición.

Título Original: *Sanshiro* Traductor: Ogata, Yoshino ©1908, Soseki, Natsume ©2009,
Impedimenta ISBN: 9788493711009 Generado con: QualityEbook v0.54

SANSHIRO

Natsume Sōseki

Capítulo I

Echó una cabezada, y cuando abrió los ojos la mujer seguía allí. Ahora hablaba con un hombre mayor, el granjero que se había subido al tren dos estaciones antes. Sanshiro le recordaba. El tipo había logrado encaramarse al interior del vagón en el último momento, mientras daba un berrido. En cuanto estuvo arriba, se desnudó hasta la cintura, descubriendo una espalda plagada de cicatrices de quemaduras. Sanshiro vio cómo se secaba el sudor del cuerpo, se ponía un kimono y se sentaba junto a la mujer. La mujer había llamado la atención de Sanshiro desde el mismo momento en que se había subido, en la estación de Kioto. Tenía la piel muy oscura, casi negra. Desde que había desembarcado del ferry que le trajo desde Kyushu,¹ y conforme el tren se fue aproximando a Hiroshima, y después a Osaka y a Kioto, Sanshiro pudo observar cómo la tez de las lugareñas cambiaba de modo sutil, y se volvía cada vez más y más pálida; así que, incluso antes de haber podido darse cuenta, Sanshiro ya había empezado a sentir nostalgia. Entonces ella entró en el vagón, y él sintió al momento que había ganado un aliado del sexo opuesto: era una mujer que tenía el color de las mujeres de Kyushu. Su piel tenía la misma tonalidad que la de Omitsu Miwata. En casa, siempre había considerado a Omitsu una chica exasperante, y se había alegrado de poder alejarse de ella. Pero ahora veía que después de todo el tipo de Omitsu podía tener su atractivo. Los rasgos de esta mujer, de todas formas, eran con mucho superiores a los de su amiga. Su boca era firme, sus ojos despiertos. Carecía además de la enorme frente de Omitsu. Había algo agradable en la forma en que todo armonizaba en ella, y se había sorprendido mirándola varias veces, sin poder apartar los ojos de ella. Varias veces se encontraron sus ojos. Él había podido echarle una larga y detallada mirada cuando el viejo tomó posesión de su asiento. Ella había sonreído y le había hecho sitio, y poco después Sanshiro se había quedado traspuesto. La mujer y el viejo debían haber entablado conversación mientras él dormía. Ahora que se había despertado, Sanshiro se dedicó a escucharlos. Hiroshima no era lugar para comprar juguetes, decía la mujer. Los había mucho más baratos y mejores en Kioto. Se había visto obligada a hacer una pequeña parada en esa ciudad, de todas formas, y había aprovechado para comprar algunos cachivaches cerca del Templo Tako-Yakushi. Estaba contenta por su tan demorado regreso a casa, donde sus hijos la estarían esperando, pero le preocupaba tener que vivir otra vez con sus padres ahora que ya no iba a recibir más dinero de su marido. Este trabajaba en el almacén de la marina en Kure, pero durante la guerra se había visto obligado a marcharse a Port Arthur. Una vez acabada la guerra, había regresado junto a ellos durante una temporada, pero poco después se marchó de nuevo, esta vez a Dairen, pensando que allí podría hacer fortuna. Al principio llegaban cartas suyas con regularidad y todos los meses enviaba dinero, pero en el último medio año no habían recibido ni dinero ni noticias. Ella no dudaba de él pero no podía seguir viviendo en Hiroshima sin dinero, así que, por lo menos hasta que se enterara de lo que había pasado, no tenía más remedio que volverse a la casa de sus padres. No parecía que el viejo conociera el Templo Tako-Yakushi o que le importaran un pimiento los juguetes. Al principio apenas respondía a lo que le decía la mujer, pero la mención de

Port Arthur pareció arrancarle una inesperada muestra de compasión. Su propio hijo había sido reclutado por la Armada y había muerto allí, dijo. ¿Por qué entrar en guerra, de todas formas? Si al menos la guerra diera paso a épocas de prosperidad, el asunto podría tener algún sentido, pero la gente perdía sus hijos y aun así los precios seguían subiendo; ¡era tan estúpido! Cuando había paz, además, los hombres no se sentían tentados a marcharse a otros países a hacer fortuna. ¡Todo era por culpa de la guerra! En cualquier caso, dijo, tratando de reconfortarla, lo más importante en aquel momento era que mantuviese la fe. Su marido estaba vivo, trabajando, y seguro que muy pronto volvería a su lado. Cuando llegaron a la siguiente estación, el anciano le deseó buena suerte a la mujer y bajó al andén dando un enérgico salto. Cuatro pasajeros más siguieron al anciano y solo uno vino a reemplazarlos. Si desde el principio había estado lejos de verse abarrotado, ahora el vagón parecía casi desierto. Puede que esa sensación se viera acentuada por el hecho de que la luz del sol había empezado a declinar. Los peones de la estación recorrían pesadamente el tejado del tren, introduciendo lámparas de aceite encendidas por la parte superior de los portalámparas. Como si esto le hubiera recordado la hora que era, Sanshiro empezó a dar buena cuenta de la caja de comida que había comprado en la última estación. No llevaba el tren ni dos minutos de nuevo en marcha cuando la mujer se levantó de su asiento y se deslizó hacia la puerta pasando por delante de Sanshiro. El color de su *obi*² captó su mirada súbitamente. Se metió la cabeza hervida de un pez *ayu*³ en la boca, hincándole el diente varias veces. Vio cómo la mujer salía del compartimento. «Probablemente iré al lavabo», caviló. Pocos minutos después estaba ya de vuelta. Ahora podría verla de frente. Intentó dejar de pensar en ella y concentrarse en terminar su cena. Bajó la mirada y, escarbando con los palillos, engulló tres o cuatro generosos bocados de comida. La mujer, sin embargo, aún no parecía haber vuelto a su asiento. ¿Sería que prefería quedarse de pie en el pasillo, como si nada? Elevó entonces los ojos y la sorprendió frente a él, mirándolo. Justamente en ese momento ella se volvió. Pero en vez de pasar por delante de Sanshiro y regresar a su sitio, se encaminó hacia la ventana y asomó la cabeza. Su mirada era larga y silenciosa. Los mechones de su cabello se agitaban con las ráfagas de viento. Entonces, reuniendo fuerzas, Sanshiro arrojó la caja de madera de su comida, ya vacía, por la ventana. Un estrecho panel de cristal era todo lo que separaba la ventana de Sanshiro de la de la mujer. Un instante después, la tapa rebotó en el tren como un relámpago, y Sanshiro se dio cuenta de que había cometido una estupidez. Por más que miró a la mujer, no pudo estar seguro de si la caja la había golpeado, porque aún seguía asomada a la ventana. Ella metió la cabeza con calma y se frotó suavemente la frente con un pañuelo estampado: lo más adecuado sería disculparse. —Lo siento. —No se preocupe. La mujer se limpiaba la cara. No había nada más que él pudiera decir. Ella, por su parte, también se quedó en silencio, y se asomó de nuevo por la ventanilla. Sanshiro pudo distinguir a la débil luz de las lámparas de aceite las caras soñolientas de los otros tres o cuatro pasajeros que había en el compartimento. Ninguno hablaba. Lo único que se escuchaba era el bramido incansable del tren. Sanshiro cerró los ojos. —¿Cree que llegaremos pronto a Nagoya? No sabía cuánto tiempo había pasado. Era la voz de la mujer. Sanshiro abrió los ojos y se sobresaltó al encontrársela inclinada hacia él, con su rostro casi rozándole. —Supongo— contestó, aunque no tenía ni idea, pues este era su primer viaje a Tokio. —¿Cree que el tren llegará con retraso? — Probablemente. —Yo me bajo en Nagoya, ¿y usted? —Yo también. Bueno, de hecho aquel tren solo llegaba hasta Nagoya. Realmente, tenían muy poco que decirse. La mujer

se sentó en diagonal respecto a Sanshiro y durante un rato no se escuchó nada más que el traqueteo del tren. Cuando llegaron a la siguiente estación la mujer se dirigió de nuevo a él. Odiaba molestarle, pero ¿podría por favor ayudarla a encontrar un alojamiento cuando llegaran a Nagoya? Se sentía incómoda haciéndolo ella sola, dijo. Él pensó que su petición era bien razonable, pero no quiso mostrarse deseoso de acceder. Ella era una extraña y, lo que es más, era una mujer. Mantuvo su pose dubitativa todo lo que pudo, pero no tuvo el valor de rehusar. Le dio una respuesta vaga y poco comprometedora. Poco después, el tren llegó a Nagoya. Había facturado su gran baúl de mimbre directamente para Shinbashi, en Tokio, así que eso no suponía una molestia. Cuando bajó al andén, lo hizo apenas con una pequeña bolsa de lona y un paraguas. Llevaba puesta además la gorra de verano de su escuela, pero le había arrancado el emblema para que se notase que ya se había graduado. El trozo que había quedado al aire se veía aún nuevo, pero le alivió pensar que el efecto solo se percibía a la luz del día. Notó que la mujer le pisaba los talones, y se sintió algo avergonzado por la gorra; pero en aquel momento no había nada que él pudiera hacer. Para ella, supuso, la gorra no sería más importante que cualquier otro sombrero cualquiera, viejo y estropeado. Ya habían dado las diez. El tren, que debía haber llegado a las nueve y media, se había retrasado cuarenta minutos. Aun así, como era verano, las calles estaban abarrotadas, y había tanto barullo como si la noche acabara de comenzar. Había varias fondas y posadas frente a la estación, edificios de tres plantas iluminados con bombillas eléctricas, pero Sanshiro pensó que quizás eran demasiado suntuosas para él. Pasó de largo sin dignarse a considerarlas siquiera. No había estado nunca antes en aquella población, así que no tenía ni idea de adónde se encaminaba; se limitó a dirigirse hacia las calles más oscuras, con la mujer siguiéndole en silencio. Dos manzanas más abajo, al final de un callejón medio desierto, atisbó el letrero de una posada. Estaba sucio y descolorido: justo lo que estaba buscando. —¿Qué tal ahí? —dijo mirando a la mujer. —Está bien. Atravesó la cancela de una zancada. La pareja fue recibida efusivamente en la entrada y, en menos que canta un gallo, conducida a una habitación en cuyo umbral había un cartel que rezaba: «Ciruela. Número 4». Todo ocurrió tan deprisa que Sanshiro no tuvo siquiera oportunidad de aclarar que no viajaban juntos. Así que se sentaron el uno frente al otro con la mirada perdida mientras la camarera se marchaba a preparar el té. Poco después, volvió a entrar con una bandeja y anunció que el baño estaba listo. Sanshiro no pudo reunir el valor para decirle la verdad. En lugar de eso, cogió una toalla y, excusándose, se dirigió al baño, que quedaba al final del pasillo, justo al lado del retrete. El cuarto estaba mal iluminado y parecía bastante sucio. Sanshiro se desvistió y después saltó al interior de la bañera, mientras reflexionaba sobre lo que estaba pasando. Ciertamente, era una situación difícil en la que se había metido. Estaba chapoteando en el agua caliente cuando, de repente, escuchó unas pisadas que se acercaban por el pasillo. Alguien entró en el retrete y varios minutos después pasó a la zona del baño. Cuando el agua dejó de correr, la puerta de la sala del baño chirrió mientras se abría a medias. —¿Quiere usted que le frote la espalda? —preguntó la mujer desde el umbral. —No, gracias —contestó Sanshiro intentando aparentar aplomo. Pero ella no se arredró. En lugar de eso, penetró en la estancia y empezó a desatarse el *obi*. ¡Era evidente que pensaba bañarse con él, y en absoluto parecía azorada por ello! Sanshiro saltó fuera de la bañera, se secó apresuradamente y volvió a la habitación. Se sentó en un cojín e intentó tranquilizarse. En esto la camarera entró con los papeles del registro. Sanshiro se los arrebató y escribió: «Nombre: Sanshiro

Ogawa. *Edad*: veintitrés. *Profesión*: estudiante. *Dirección*: Aldea de Masaki, Condado de Miyako, Provincia de Fukuoka». Una vez tuvo rellena su parte, se dio cuenta de que había que rellenar la de la mujer, y no supo qué hacer. La camarera estaba empezando a impacientarse. No tenía otra opción, así que escribió «*Nombre*: Hana Ogawa. *Edad*: veintitrés. *Dirección*: ver arriba». Acto seguido, devolvió la hoja de registro y empezó a abanicarse enérgicamente. Por fin la mujer volvió a la habitación. —Perdone si le ha incomodado que le haya seguido —dijo. —En absoluto —contestó él. Sanshiro sacó un cuaderno de su bolsa y se dispuso a anotar una entrada en su diario. No había gran cosa que reseñar, al menos mientras ella estuviera presente. —Perdone, pero tengo que salir un momento —dijo la mujer, y entonces se marchó de la habitación. Si antes escribir era difícil, ahora resultaría imposible. ¿A dónde diablos iría ahora esta lunática? La camarera entró para preparar la cama. Trajo únicamente un futón de matrimonio, y cuando Sanshiro le indicó que necesitarían dos, ella no pareció hacerle mucho caso. El cuarto era muy pequeño y el mosquitero quedaría escaso, dijo —y era demasiada molestia, podría haber añadido. Finalmente, dijo que preguntaría al recepcionista cuando volviera y vería si podía traerle otro colchón. Entonces se empeñó tercamente en colgar un solo mosquitero y embutir el futón de matrimonio dentro. La mujer volvió en seguida, disculpándose por haber tardado tanto. Empezó a hacer algo en la penumbra bajo el mosquitero y al cabo de un rato se oyó un sonido metálico, probablemente de uno de los juguetes de los niños. Luego escuchó cómo la mujer volvía a empaquetar su fardo, tras lo cual anunció que se iría a la cama. Sanshiro apenas alcanzó a responderle. Se sentó en el quicio de la puerta, abanicándose. Pensó que quizá sería mejor pasarse la noche así, pero los mosquitos zumbaban por doquier amenazando con acribillarlo en cuanto se descuidase: sería imposible aguantar aquello fuera del mosquitero. Así que se levantó, cogió de su bolsa una camiseta y unos calzones de muselina, se los puso y se ató un *obi* azul oscuro alrededor de la cintura. Entonces, agarrando dos toallas, se introdujo bajo el mosquitero. La mujer estaba aún abanicándose en la esquina más alejada del lecho. —Lo siento, es que soy bastante delicado y no me gusta dormir en un futón extraño. Si no le incomoda, voy a hacerme una protección antipulgas, pero no deje que eso la moleste. Enrolló su parte de la sábana hacia el lado donde descansaba la mujer, edificando una especie de larga muralla de ropa blanca en el centro del lecho. La mujer se dio la vuelta hacia el otro lado. Sanshiro extendió las toallas de punta a punta sobre su parte del futón, y después encajó su cuerpo en el largo y estrecho espacio que quedaba. Aquella noche, ni una mano ni un pie osaron pasar más allá de la estrecha empalizada de toallas de Sanshiro. Este no dirigió ni una palabra a la mujer. Y ella, vuelta hacia la pared, no osó moverse. La larga noche terminó por fin. La mujer se lavó la cara y se arrodilló ante la mesa baja del desayuno, sonriendo. —¿Encontró alguna pulga anoche? —No. Gracias por preguntar —dijo Sanshiro con voz seria. Miró hacia abajo y atacó con sus palillos un pequeño recipiente con judías dulces. Pagaron y abandonaron la posada. Solo cuando estuvieron en la estación la mujer le anunció que se marchaba. Tomaría la línea de Kansai a Yokkaichi. El tren de Sanshiro apareció poco después; la mujer tendría que esperar un poco hasta que llegara el suyo, así que acompañó a Sanshiro hasta la taquilla. —Siento haberle causado tantas molestias —dijo, inclinándose educadamente—. Adiós, y que tenga usted un buen viaje. Sujetando la bolsa de viaje y el paraguas con una mano, Sanshiro se quitó el sombrero con la otra y esbozó un seco «adiós». La mujer le dirigió entonces una larga y serena mirada, y cuando habló lo hizo con la mayor calma: —Es

usted todo un cobarde, ¿lo sabe? Una sonrisa condescendiente cruzó su semblante. Sanshiro se sintió como si le hubieran arrojado contra el andén y le hubieran pateado. Pero lo peor aún estaba por llegar: al meterse en el tren, sus orejas comenzaron a arderle violentamente. Se sentó muy quieto, tratando de encogerse lo más posible. Finalmente, la señal del silbato del revisor rebotó de un lado a otro de la estación y el tren comenzó a moverse. Sanshiro se incorporó, se asomó con cautela a la ventana abierta y miró hacia el exterior. La mujer había desaparecido. Solo vio el gran reloj que presidía la estación. Volvió a acomodarse en su asiento. Aunque el vagón estaba abarrotado, no notaba que nadie le prestara especial atención. Solo el hombre que estaba sentado frente a él en diagonal le echó una mirada fugaz cuando se volvió a sentar. Al ver que aquel hombre le observaba, Sanshiro se sintió vagamente intimidado, y pensó en distraerse con un libro. Cuando abrió su bolsa descubrió dos toallas aplastadas en la parte superior. Las apartó y sacó sin pensar lo primero con lo que se topó. Comprobó con disgusto que se trataba de una recopilación de los ensayos de Bacon, un libro que él encontraba casi ininteligible. La frágil encuadernación de papel era prácticamente un insulto al espíritu del autor. Había sido suficientemente desafortunado como para sacar de la bolsa precisamente el libro que menos ganas tenía de leer en un tren. Estaba ahí única y exclusivamente porque había olvidado meterlo en el baúl con lo demás. De hecho, lo había arrojado al equipaje de mano en el último momento. Sanshiro supo que, de cualquier forma, no iba a ser capaz de leer nada, y menos a Bacon; no estaba de humor. Aun así, abrió el libro por la página veintitrés, intentando fingir veneración, y dejó que sus ojos vagaran a su antojo sobre la superficie. Con la página delante de su cara sirviéndole de refugio frente al mundo, trataría de repasar los hechos acaecidos la noche anterior. ¿Quién era aquella mujer en realidad? ¿Era necesario que hubiera mujeres como ella en el mundo? ¿Era posible que existiera una mujer ser como esa, tan serena, tan segura? ¿Sería analfabeta, quizás? ¿Había estado insinuándosele o actuaba así por pura inocencia? Nunca lo sabría porque no había llegado con ella tan lejos como le hubiera sido posible. Y tendría que haberlo hecho. ¡Tendría que haber intentado ir un poco más allá! Pero en el momento crucial había tenido miedo... Cuando se separaron, ella le había llamado cobarde, y eso le había sacudido del mismo modo que si ella hubiera arrojado de golpe una luz esclarecedora sobre sus veintitrés años de debilidad, desenmascarándolos. ¡Nadie, ni siquiera su madre, podría haber dado en la diana con más precisión! Estas reflexiones le hicieron sentirse aún peor si cabe. Era como si un estúpido don nadie le hubiera puesto en evidencia. Casi sentía deseos de lanzarle sus disculpas a la página veintitrés del Bacon. No, no debería haberse amilanado como lo había hecho. Su educación no le había valido de nada en esa ocasión. La cuestión estribaba en su carácter. Tenía que haber sido capaz de manejarse mejor, pero si todas las mujeres con las que se topara de ahora en adelante iban a ser como esta, entonces él, como intelectual, no tendría más remedio que mantenerse apartado de ellas, porque jamás sabría cómo actuar en semejantes situaciones. Significaría resignarse a vivir sin agallas, reprimido, como si hubiera nacido impedido. Y aun así... Sanshiro se sacudió estas cavilaciones y comenzó a acariciar pensamientos de un cariz totalmente diferente: ¡Estaba yendo a Tokio! Entraría en la Universidad, conocería a los más famosos eruditos, se relacionaría con estudiantes cultos y educados, investigaría en la biblioteca, escribiría libros, la sociedad lo aclamaría... ¡su madre no cabría en sí de gozo! Cuando se hubo animado lo suficiente con esta clase de fantasías autoindulgentes en lo que se refería a su futuro, Sanshiro ya no tuvo necesidad de seguir

escondiéndose tras la página veintitrés. Se irguió. El hombre que estaba sentado en diagonal le seguía observando, pero esta vez Sanshiro le devolvió la mirada. Aquel caballero lucía un poblado bigote. Era delgado, con la cara alargada, y había algo en él que le recordaba a un Kannushi, a un sacerdote de Shinto, si no fuera por su nariz, tan recta que parecía europea. Era el tipo de individuo que Sanshiro, con sus ojos de estudiante, siempre tomaba por un maestro. El hombre vestía un kimono blanco de aspecto juvenil, con un dibujo a manchas blancas y azules, mientras que su kimono interior era también blanco, pero más austero. Por su atuendo y sus calcetines de color azul oscuro, Sanshiro supuso que sería un profesor de instituto y, por tanto, indigno de la atención de alguien con el gran futuro que él tenía por delante. Debía de rondar los cuarenta, concluyó; ya no tendría muchas probabilidades de ascender profesionalmente a partir de aquel momento de su vida. Aquel tipo fumaba un cigarrillo tras otro. Estaba sentado con los brazos cruzados, expulsando largos regueros de humo por las ventanas de la nariz. Parecía estar a sus anchas, pero al mismo tiempo se levantaba continuamente, quizá para ir al lavabo. Algunas veces se estiraba al levantarse. Parecía terriblemente aburrido y no mostró ningún interés por el periódico que el pasajero contiguo había dejado abandonado. La curiosidad de Sanshiro aumentaba por momentos, así que cerró los ensayos de Bacon. Pensó en sacar una novela y tratar de leer en serio, pero era demasiada molestia. Habría preferido leer el periódico, pero su dueño estaba profundamente dormido. Aun así se estiró y, con la mano sobre las páginas, quiso asegurarse preguntando al hombre del bigote: —¿Alguien lo está leyendo? —No, nadie —contestó el hombre rotundamente—. Cójalo. —Y entonces fue Sanshiro, con el periódico en la mano, quien se sintió incómodo. En aquel periódico había poco que mereciera la pena leer. Le echó un vistazo en un minuto o dos y lo devolvió, bien doblado, al asiento de enfrente. Mientras lo hacía inclinó la cabeza en dirección al hombre del bigote. Este le devolvió la inclinación y le preguntó: —¿Es usted estudiante? A Sanshiro le agradó que el hombre se hubiera fijado en la mancha de color oscuro de su gorra. —Sí —contestó. —¿En Tokio, quizás? —No, en Kumamoto. Pero... —empezó a explicar, y se detuvo. No había ninguna necesidad de aclarar que ahora era un universitario, decidió. El hombre comentó sencillamente: —Oh, ya veo. —Y siguió dándole caladas a su cigarrillo. No, no iba a preguntar a Sanshiro por qué un estudiante de Kumamoto viajaba a Tokio en esta época del año. Justo entonces, el hombre que se sentaba en frente de Sanshiro dijo: —Ah, por supuesto. —No había duda de que seguía durmiendo, ¡así que no podía estar ahí sentado hablando consigo mismo! El hombre del bigote miró a Sanshiro y sonrió burlonamente. Sanshiro aprovechó la oportunidad para preguntar a su vez: —¿Y a dónde se dirige usted? —Tokio —dijo el hombre lentamente por toda respuesta. Por alguna razón, ya no parecía tan claro que fuera un simple maestro de instituto. De todas formas, viajaba en un vagón de turista, por lo que era seguro que no se trataba de nadie importante. Sanshiro dejó que la conversación se apagara de nuevo. De vez en cuando el hombre, con los brazos cruzados, golpeteaba rítmicamente en el suelo con la punta de su *geta*.⁴ Parecía muy aburrido, pero era el suyo un aburrimiento que no denotaba deseo alguno de entablar conversación. Cuando el tren llegó a Toyohashi, el pasajero que dormía abrió un ojo, pegó un brinco y salió disparado del vagón, restregándose el cabello. Era increíble cómo había podido despertarse así en el momento justo, pensó Sanshiro. Preocupado, no fuera a ser que el hombre aún aturdido por el sueño se hubiera apeado en la estación equivocada, Sanshiro lo vigiló desde la

ventana. Pero no, el hombre pasó el torniquete de entrada sin problemas y se marchó como cualquier transeúnte en plena posesión de sus sentidos. Tranquilizado, Sanshiro se cambió al asiento de enfrente. Ahora estaba sentado al lado del hombre bigotudo. Este se cambió al asiento que había ocupado antes Sanshiro, sacó la cabeza por la ventanilla y compró unos melocotones. Cuando volvió a sentarse junto a él, puso la fruta entre los dos y dijo: —Por favor, tome algunos. Sanshiro le dio las gracias y se comió un melocotón. El hombre parecía estar disfrutándolos mucho. Engulló varios golosamente y animó a Sanshiro a hacer lo mismo. Sanshiro aceptó otro melocotón. Siguieron comiendo, y pronto se encontraron hablando como dos viejos amigos. El desconocido comentó que podía entender perfectamente por qué los ermitaños taoístas habían elegido el melocotón como la fruta que más se les parecía. Se suponía que los ascetas de la montaña vivían para siempre en algún tipo de sustancia etérea, y los melocotones probablemente se acercaban a esto más que cualquier otra cosa. Tenían un sabor bastante difícil de definir. El hueso era muy feo, pero interesante también, con su forma basta y con todos esos agujeros. Sanshiro nunca le había oído a nadie esta original reflexión. Aquí tenía un hombre que decía cosas bonitas y estúpidas, sentenció para sí. El hombre habló del gusto del poeta Shiki⁵ por la fruta. Al parecer, su apetito por ella era enorme. En una ocasión se comió dieciséis enormes caquis de una sola vez, pero ni siquiera le sentaron mal. Ni él mismo podría jamás igualar a Shiki, concluyó el hombre. Sanshiro escuchaba, sonriendo, y de hecho se dio cuenta de que empezaba a sentirse realmente interesado por Shiki. Esperaba poder hacer que la conversación derivara hacia él de nuevo cuando el hombre dijo: —¿Sabe? Nuestras manos se lanzan por naturaleza a por las cosas que nos gustan. No hay manera de pararlas. Un cerdo no tiene manos, así que es su nariz la que cumple esa función. He oído que si atas un cerdo y le pones comida delante, la punta de su morro se alarga. Crece y crece hasta que alcanza la comida. No hay cosa más terrible que tener un deseo. Sonrió socarronamente, pero era imposible determinar por la manera en que hablaba si lo hacía en serio o en broma. —Es una suerte que no seamos cerdos — continuó—. Piense lo que pasaría si nuestras narices crecieran sin parar hacia cualquier cosa que deseáramos. Ahora tendríamos unas narices tan largas que ni siquiera cabríamos en un tren. Sanshiro soltó una estrepitosa carcajada. El hombre, en cambio, permaneció extrañamente callado. —¿Sabe usted? La vida es un negocio peligroso. Había un hombre, Leonardo da Vinci, que inyectó arsénico en el tronco de un melocotonero; solo tenía la intención de ver si el veneno circulaba hasta los frutos, pero alguien comió uno y murió. Hay que andar con mil ojos, la vida puede ser peligrosa. Mientras hablaba, envolvió los restos dispersos de los melocotones en el periódico y los lanzó por la ventana. Esta vez Sanshiro no se rió. Apabullado de alguna forma por la mención a Leonardo da Vinci, se sorprendió de pronto pensando otra vez en la mujer. Se sintió extrañamente incómodo y quiso retirarse de la conversación, pero el hombre hizo caso omiso de su silencio. — ¿Dónde se alojará usted en Tokio? —preguntó. —Nunca he estado allí, así que realmente desconozco si sabré desenvolverme bien. Pensaba quedarme en la pensión para estudiantes de Fukuoka, por el momento. —Así pues, ¿no se vuelve usted a la escuela en Kumamoto? —No. Me acabo de graduar. —Bien, bien... —dijo el desconocido, sin dispensarle felicitaciones ni cumplidos—. Supongo que ahora empezará la universidad —añadió, como si fuera algo de lo más normal. Esto irritó a Sanshiro. Su «sí» fue apenas suficiente para mantener la cortesía. —¿Y dónde estudiará? —preguntó el hombre. —En la Universidad. Me ha tocado el primer turno, el de la mañana. —Me refiero a la facultad.

¿Hará usted Derecho, quizás? —No, Literatura. —Bien, bien... —dijo otra vez. Cada vez que escuchaba ese «bien, bien...», Sanshiro sentía que se acrecentaba su curiosidad. O ese hombre estaba en una posición tan elevada que podía permitirse pisotear a la gente, o es que la universidad no significaba nada para él. Incapaz de decidir a qué carta quedarse, Sanshiro no acababa de ver claro cómo comportarse con aquel tipo tan extraño. Como si lo hubieran planeado a la vez, ambos compraron la comida a los vendedores ambulantes que había en los andenes de la estación de Hamamatsu. El tren no dio muestras de querer moverse incluso después de que hubieran terminado ya de comer. Sanshiro se fijó en un grupo de cuatro o cinco occidentales que paseaban arriba y abajo por delante de su ventanilla. Había un par de ellos que quizás estaban casados. Iban cogidos de la mano a pesar del calor; la mujer vestía de blanco de la cabeza a los pies, y era preciosa. Hasta ese momento, Sanshiro no se había topado en su vida con más de media docena de extranjeros. Dos de ellos habían sido profesores suyos en el Instituto y uno, por desgracia, era jorobado. También conocía a una mujer, una misionera: tenía la cara picuda y guardaba un gran parecido con un lucio. Unos extranjeros tan llamativos y atractivos como estos no solo eran algo totalmente nuevo para Sanshiro, sino que por alguna razón parecían pertenecer a una clase más alta. Se los quedó mirando, absorto. La arrogancia que mostraban, viniendo de quien venía, era comprensible. Dejó volar su imaginación hasta verse a sí mismo viajando al oeste y sintiéndose insignificante entre todos aquellos occidentales. Cuando pasaron otra vez delante de su ventanilla escuchó atentamente su conversación, pero no alcanzó a enterarse de nada. Su pronunciación era completamente distinta a la de sus profesores allá en Kumamoto. Justo entonces el hombre del bigote se inclinó sobre el hombro de Sanshiro. —Parece como si nunca fuéramos a salir de aquí. — Echó una mirada a la pareja extranjera, que acababa de pasar por su lado—. Qué guapa es ella —murmuró, dejando escapar un pequeño bostezo soñador. Sanshiro se dio cuenta de lo provinciano que debía de parecer; metió la cabeza y volvió a su asiento. El hombre se sentó después que él—. Las mujeres extranjeras son muy bellas, ¿verdad? Sanshiro no encontró nada que replicar. Asintió y sonrió. —Nosotros los japoneses constituimos una triste visión a su lado —dijo el hombre—. Podremos ganar a los rusos y llegar a ser una gran potencia, pero eso no cambia nada. Seguimos teniendo las mismas caras, los mismos enclenques cuerpecillos. Solo hay que mirar a las casas donde vivimos y los jardines que construimos a su alrededor: son exactamente lo que se esperaría de caras como estas... Oh, sí —dijo como acordándose de algo—. Es su primer viaje a Tokio, ¿no es cierto? No ha visto nunca el monte Fuji. Pasaremos junto a él dentro de poco. Es lo mejor que tiene Japón, lo único de lo que podemos presumir, de hecho. El problema es, claro, que se trata de un monumento natural. Ha estado plantado ahí siempre. Está claro que nosotros no lo construimos. Y dicho esto, sonrió sardónicamente otra vez. Sanshiro nunca habría esperado encontrarse con una persona como esta después de la guerra ruso-japonesa. Sintió que ese hombre apenas era japonés. —Pero aun así —arguyó Sanshiro—, por lo menos a partir de ahora Japón empezará a desarrollarse, ¿no? —Japón perecerá— sentenció el hombre fríamente. A cualquiera que se hubiera atrevido a decir algo así en Kumamoto lo habrían sacado a la calle y se hubiera llevado una buena paliza. Quizá incluso lo habrían arrestado por traición. Sanshiro había crecido en una atmósfera en la que no había espacio para ideas como aquella. ¿Podía estar ese hombre tomándole el pelo, quizás, aprovechándose de su juventud? Todavía sonreía, pero hablaba con absoluto desapego, y no tenía claro qué pensar de él, así que decidió no decir nada en absoluto.

Pero cuando el hombre dijo: «Tokio es más grande que Kumamoto. Y Japón es más grande que Tokio. Y más grande que Japón...» paró y miró a Sanshiro, que ahora escuchaba atentamente. —Aún más grande que Japón, seguro, es el interior de tu cabeza. Nunca te rindas, hijo mío. Ni por Japón, ni por nada del mundo. Puedes emprender cualquier proyecto y pensar que lo que estás haciendo es por el bien de la nación, pero si dejas que algo te posea de esa forma, lo único que conseguirás será cargártelo. Cuando escuchó esto, Sanshiro sintió que era verdad que ya no estaba en Kumamoto. Y se dio cuenta, también, de lo cobarde que había sido allí sin saberlo. Sanshiro llegó a Tokio aquella misma tarde. El señor del bigote no le llegó a decir su nombre. Tampoco Sanshiro se atrevió a preguntárselo. Pronto, en Tokio, se toparía con hombres como aquel por todas partes.

Capítulo II

Tokio estaba lleno de cosas que sobresaltaron a Sanshiro. En primer lugar, cada bocinazo de los tranvías hacía que diera un respingo, y luego estaban las masas que iban y venían entre sirena y sirena, que le llenaban de terror. Cerca de asustarle estaba, asimismo, Marunouchi,⁵ el ajetreado núcleo comercial de la ciudad. Lo que más le intimidó sin embargo fue la ciudad misma: le pareció que nunca sería capaz de encontrar sus límites. Por muy lejos que caminara, la ciudad no se acabaría. Por todas partes, desperdigadas, había enormes pilas de escombros, montones de piedras y viviendas de construcción reciente asomando tras los viejos almacenes semiderruidos. Parecía como si toda la ciudad estuviera en ruinas y renaciendo a la vez, como si fuera una ciudad en perpetua construcción. Para Sanshiro, todo aquel movimiento resultaba simple y llanamente horrible. El impacto que la gran ciudad ejercía sobre él no era muy diferente en profundidad y magnitud al que ejercería sobre el más candoroso muchacho campesino que pisara la capital por vez primera. Su bagaje intelectual se revelaba tan ineficaz para mitigar el choque como cualquier fármaco que hubiera podido comprar en un tenderete. Sentía que una gran parte de su autoconfianza sencillamente se había evaporado, y eso le hacía sentirse desgraciado. Si esta frenética actividad era lo que se entendía por «el mundo real», entonces es que la vida que había llevado hasta el momento no había tenido un solo punto de contacto con dicha realidad. Había estado metido en una cueva, en la cumbre de una montaña, ¡y se había quedado dormido dentro! La cuestión, pues, era: ¿podría acabar hoy mismo con ese prolongado letargo y reconciliarse con su propia actividad? No, eso no parecía demasiado probable. Aunque ahora estuviera plantado en medio de toda aquella barahúnda, seguiría llevando la misma insulsa vida de estudiante. En resumen, lo único que pasaba es que había sido trasplantado en un abrir y cerrar de ojos a un lugar extraño, donde se le brindaría una nueva perspectiva desde la que observar lo que ocurría a su alrededor. Su nuevo entorno era un puro tumulto, y Sanshiro sentía que no conseguiría integrarse en él. El ambiente que acababa de abandonar y el llamado «mundo real» se encontraban en planos paralelos, pero no tenían ningún punto de conexión. Al final, el mundo real seguiría moviéndose con el mismo frenesí y le dejaría atrás. Este pensamiento le llenaba de malestar. Sanshiro se puso en pie en el centro de Tokio y miró el escenario cambiante de los automóviles y los trenes, gente con kimonos blancos y kimonos oscuros, y esto fue lo que sintió. Pero bajo la vida de estudiante bullía, sin que Sanshiro fuera del todo consciente de ello, el plano de las ideas con su propia actividad. El pensamiento Meiji⁶ había tenido el efecto de insuflar en la sociedad japonesa en apenas cuarenta años los cambios que en Occidente habían tardado trescientos en instaurarse. Sanshiro, en medio de aquella ciudad inagotable, empezaba ya a resignarse a una vida de agobio y soledad, cuando de repente, un día le llegó una carta de su madre. Era la primera que recibía desde que llegara a Tokio, y estaba llena de noticias. La cosecha de arroz había sido excelente ese año, comenzaba la carta. Tenía que cuidarse mucho y estar alerta con la gente de Tokio, porque nadie era de fiar. No necesitaba preocuparse por los asuntos económicos: el dinero para sus gastos llegaría sin

falta al final de cada mes. El primo de Masa Katsuta se había graduado ya en la universidad y ahora trabajaba en algún lugar de la Facultad de Ciencias; Sanshiro debía visitarle y asegurarse su apoyo para el futuro. En un primer momento pensó que su madre se había dejado el nombre de dicho individuo en el tintero, pero después descubrió que su madre lo había anotado al margen: «Señor Sohachi Nonomiya». Había algunas otras cosas escritas en el margen. El caballo del señor Saku, famoso por su brillante pelaje negro, se había muerto de repente, lo que fue un gran golpe para él. Omitsu Miwata les había dado algunos peces *ayu*. A su madre le habría gustado mandarles unos pocos, pero se habrían estropeado en el camino hasta Tokio, así que se los habían comido. Sanshiro sintió como si la carta de su madre procediera de un pasado remoto y decrepito. Concluyó, no sin albergar ciertos remordimientos de conciencia, que no podía perder tiempo con semejantes zarandajas. Releyó la carta, aun así. Después de todo, si ahora había entrado en contacto con el mundo real, el único nexo de unión con su pasado era su madre, una señora de pueblo chapada a la antigua. Aparte de ella, estaba la mujer que había conocido en el tren. No había estado apenas «en contacto» con ella, de todas formas. Había sido un encuentro demasiado breve y violento, el fogonazo de un relámpago proveniente del mundo real. Decidió que haría como su madre le había dicho y visitaría a Sohachi Nonomiya. El día siguiente fue más caluroso de lo habitual. La universidad estaba cerrada porque era verano, lo que significaba que no era probable que encontrara a Nonomiya allí. Pero, como su madre no había incluido la dirección de su casa, no le quedó más remedio que ir y echar un vistazo por el campus. Quizás así averiguase dónde vivía aquel tipo. Así que esa misma tarde, a las cuatro, pasó por delante del Instituto de Bachillerato y atravesó la entrada de la Universidad Yayoi-cho. El camino que llevaba a la puerta se encontraba cubierto por una espesa capa de polvo sobre la que se dibujaban las huellas de los zapatos, las sandalias, los zuecos de madera y los incontables surcos dejados por las ruedas de coches y las bicicletas. Era una calle angosta y en cierto modo agobiante, pasada la cual la vista de los terrenos de la universidad, con su multitud de árboles, eran recibidos por los ojos del visitante con alivio. La puerta principal del edificio estaba cerrada con llave. Se dio una vuelta por la parte trasera, pero tampoco allí hubo suerte. Hizo un último intento con una de las puertas laterales y descubrió que estaba abierta. Nada más entrar, en el cruce de dos pasillos, había un bedel medio dormido. Sanshiro le explicó a qué venía, pero el hombre parecía estar con la mente abstraída en los jardines de Ueno,² y Sanshiro tuvo que esperar a que se despertase del todo. —Debería estar aquí mismo —dijo de pronto el bedel, y se marchó a comprobarlo. El edificio estaba sumido en el silencio. El hombre no tardó en regresar. —Está aquí. Ven conmigo —dijo. En su alusión no había la menor formalidad. Sanshiro le siguió. Torcieron una esquina y bajaron por una rampa de hormigón. El mundo se oscureció de repente. Los ojos de Sanshiro se le cegaron durante un instante, acostumbrados a la deslumbrante luz del sol, pero pronto comenzaron a adaptarse. Estaban en un sótano. El aire era más fresco allí abajo. A su izquierda había una puerta abierta. Por ella asomó una cabeza. Su ancha frente y sus ojos grandes sugerían una cierta afinidad con un buda. El dueño de la cara vestía una americana de algodón sobre una camiseta de crepé. La americana lucía lamparones en varios sitios. Se trataba de un hombre muy alto, de complexión delgada, algo muy adecuado para el calor que hacía. Se inclinó, manteniendo su cabeza y su espalda perfectamente alineados. —Por aquí —dijo, y dio media vuelta, metiendo la cabeza en el cuarto. Sanshiro se acercó a la puerta y miró

en el interior. Nonomiya ya se había sentado. —Aquí —dijo de nuevo. Con ese «aquí» se refería a una pequeña plataforma, una simple tabla desnuda, sustentada por cuatro poyetes. Sanshiro se sentó sobre ella y se presentó, añadiendo que esperaba poder contar con su consejo y su ayuda, en caso, claro está, de que la ocasión se presentase.

Nonomiya le escuchó, respondiendo de vez en cuando con escuetos síes. A Sanshiro le recordó vagamente al tipo de los melocotones que había conocido en el tren. Cuando concluyeron las muestras de cortesía preliminares, a Sanshiro se le acabaron las cosas que decir. Nonomiya también silenció sus síes. Sanshiro comenzó a mirar a su alrededor. Una larga y pesada mesa de roble se levantaba en el centro de la habitación. Encima de ella había una especie de complicada máquina cubierta por entero de gruesos alambres, y al lado de esta un gran recipiente de cristal lleno de agua. También había una lima, un cuchillo y una corbata. Por último Sanshiro vio en la esquina más alejada un bloque de granito de unos treinta centímetros de largo. Soportaba en lo alto una máquina de aspecto intrincado, más o menos del tamaño de un barreño de hojalata. Escudriñó por dos agujeros el interior del recipiente. Los agujeros le devolvieron un fulgor parecido al de los ojos de una boa constrictor. —¿Ves cómo brillan? —dijo Nonomiya sonriendo—. Lo organizo todo así durante el día y vuelvo cuando el tráfico y el resto de la actividad se paran por la noche. Entonces aquí abajo todo está oscuro y silencioso y me dedico a mirar por esos dos agujeros de ahí. Se trata de un telescopio. Estoy haciendo un experimento sobre la presión ejercida por la luz. He estado trabajando en ello desde Año Nuevo, pero el instrumento es difícil de manejar y todavía no he obtenido los resultados que deseaba. En verano no funciona tan mal, pero las noches de invierno son insoportables; tolero el frío a duras penas, incluso si me pongo un buen abrigo y una bufanda. Todo esto dejó atónito a Sanshiro, que empezó a hacer grandes esfuerzos por entender qué tipo de presión podía ejercer la luz y para qué podría servir semejante presión. —Eche un vistazo —sugirió Nonomiya. Intrigado, Sanshiro se acercó al telescopio y aplicó su ojo derecho a uno de los agujeros. Pero no pudo ver nada. —¿Qué te parece? ¿Puedes ver algo? —preguntó Nonomiya. —Nada de nada. —Ah, es que me había olvidado de quitarle la tapa a la lente. Se levantó de su silla y descubrió el final del telescopio. No había nada que ver más que la escala de una regla dentro de una zona luminosa de perfiles difusos. La cifra «2» apareció en el fondo. Nonomiya preguntó otra vez: —¿Qué tal va eso? —Puedo ver un 2. —Mira cómo se mueve —dijo Nonomiya situándose detrás de la máquina. Empezó a trastear con algo. Pronto la escala comenzó a moverse dentro de la zona luminosa. El «2» desapareció y en su lugar apareció un «3», que dio paso a un «4», este a un «5»... Siguieron apareciendo números hasta llegar al «10», y después la serie comenzó de nuevo, pero al revés. El «10» desapareció, luego el «9», del «8» cambió al «7», del «7» al «6» y así hasta que paró en el «1». —¿Qué te parece? —preguntó Nonomiya.

Sorprendido de nuevo, Sanshiro apartó su ojo del telescopio. No tenía ningún sentido preguntarle a su anfitrión qué diablos significaba aquella escala. Así que le dio las gracias a Nonomiya educadamente y abandonó el sótano. Cuando llegó arriba de nuevo, entre el ir y venir de la gente, encontró el mundo todavía deslumbrante. A pesar del calor que hacía, respiró profundamente. El sol, ahora hundiéndose por el oeste, iluminaba la amplia pendiente por uno de sus ángulos. Las ventanas de los edificios de la Escuela de Ingeniería en lo alto del terraplén resplandecían como si en su interior se hubiera declarado un incendio. Pálidas llamas rojas del candente sol se deslizaban desde la línea del horizonte hacia la lejana claridad del cielo, y su fiebre parecía precipitarse sobre él.

Sanshiro torció a la izquierda y se internó en el bosque que, hasta donde alcanzaba la vista, estaba mitad en sombra, mitad bañado por los regueros de luz del sol poniente. Como el propio Sanshiro. Anduvo bajo un dosel de hojas de color verde oscuro, con manchas de rojo intenso en sus claros. Una cigarra cantaba en el tronco de un enorme olmo. Sanshiro llegó al borde de un estanque y se arrodilló. Todo estaba inusualmente silencioso. Ni siquiera el ruido de los tranvías llegaba hasta allí. Iban a poner una línea que tenía que haber pasado por delante de la Puerta Roja, pero la Universidad había protestado y al final decidieron que pasara por Koishikawa. Arrodillado junto al estanque, Sanshiro recordó este incidente, que había leído en los periódicos meses atrás, cuando vivía en su pueblo. Cualquier universidad que se hubiera opuesto a tener tranvías cerca debería estar completamente desterrada de la sociedad, recordó que había pensado. Él había logrado penetrar en el sagrado recinto del Saber y allí había encontrado a Nonomiya, un hombre que había empleado la mejor parte del año bajo tierra experimentando con la presión de la luz. La indumentaria de Nonomiya era muy sencilla, tan sencilla que, si se hubiera cruzado con él por la calle, Sanshiro le habría tomado por un simple electricista. Aun así, uno no podía por menos que admirarle: Nonomiya continuaba su investigación con optimismo, sin desfallecer; su vida estaba concentrada en un agujero practicado en el suelo. Una cosa era segura, de todas formas: la escala de números en el telescopio podía moverse cuanto quisiera, y aun así, seguiría sin tener nada que ver en absoluto con el mundo real. Quizá Nonomiya esperara evitar el contacto con el mundo real mientras viviera. Parecía que uno podía llegar a experimentar esa sensación fácilmente, solo con respirar aquella atmósfera tan silenciosa. Y él también, pensó Sanshiro, quizás él mismo debería llevar una vida como ésa, sin distracciones, desconectada de los aconteceres mundanos. Miró fijamente la superficie del estanque. El reflejo de árboles innumerables parecía permear el fondo, con el cielo azul enmarcándolo más abajo aún, en las profundidades. Ya no pensaba en tranvías, en Tokio o en Japón; en su lugar crecía en él una sensación como de algo lejano y remoto. Este sentimiento había durado apenas un momento, cuando la soledad empezó a extenderse sobre él como un manto de nubes. La sensación de aislamiento era completa, como si se encontrara en el sótano de Nonomiya. Cuando estudiaba el bachillerato, en Kumamoto, había escalado hasta lo alto del monte Tatsuta, un lugar aún más silencioso si cabe que este donde se encontraba; en otra ocasión, se había tumbado boca arriba en el campo de juegos, todo salpicado de brotes de onagra; había experimentado a menudo el placer de olvidarse completamente del mundo de los hombres; pero nunca antes, hasta esa tarde, había conocido una sensación de aislamiento semejante. ¿Podría deberse quizás a que había entrado en contacto por fin con la desenfrenada actividad de Tokio? O a lo mejor... — pensar en la mujer del tren hizo que el rubor acudiera a sus mejillas—. Sí, el mundo real era algo que él necesitaba. Pero era un estado peligroso e inalcanzable. Decidió regresar a su habitación y escribir a su madre. Entonces Sanshiro miró hacia arriba. Había dos mujeres de pie en una pequeña loma a su izquierda, justo por encima del estanque. La orilla opuesta bordeaba un alto acantilado al que se encaramaba una arboleda. Tras los árboles se encontraba un edificio de estilo gótico, construido en brillante ladrillo rojo. En ese momento el sol había descendido lo suficiente como para derramar su luz por detrás de todo el escenario, directamente hacia las mujeres. Desde el profundo y umbrío lugar donde Sanshiro estaba arrodillado, la cima de la colina parecía muy luminosa. Una de las mujeres, deslumbrada, sostenía un rígido abanico redondo para proteger sus ojos. No

podía ver su cara, pero los colores de su kimono y de su *obi* refulgían al sol. La blancura de sus *tabi* ⁸ también le llamó la atención. Llevaba *geta*, con las tiras demasiado estrechas como para que se pudiera distinguir su color en la distancia, pero dejando al descubierto unos piececitos enfundados en blanco bajo el dobladillo del kimono. La otra mujer vestía completamente de blanco. No intentaba proteger sus ojos, sino que fruncía el entrecejo mientras miraba el bosquecillo que crecía sobre el acantilado. Los viejos árboles se inclinaban sobre el estanque, estirando sus ramas hacia el agua. La mujer del abanico se hallaba justo delante de la de blanco, que estaba un paso por detrás del borde de la loma. Juntas, sus figuras trazaban una línea oblicua en la línea de visión de Sanshiro. La escena no le sugirió más que la impresión de unos bonitos colores, nada más. Al ser un chico de pueblo, no podría haber explicado en qué consistía exactamente la belleza que percibía. En ese momento lo único que pensaba era que la mujer vestida de blanco debía ser una enfermera, o algo parecido. Aun así, cuando abandonó este pensamiento, comprobó que continuaba mirándolas embobado. La mujer de blanco empezó a moverse, pero de una forma que no sugería ningún motivo o propósito, como si sus piernas hubieran empezado a andar sin que ella se diera cuenta. Vio que la mujer del abanico se movía también. Ambas bajaban por la pendiente como si se hubieran puesto de acuerdo, andando de aquella manera tan despreocupada. Siguió observándolas. Al fondo del camino había un puente de piedra. Si no lo cruzaban, irían directamente hacia el edificio de Ciencias. Si lo hacían, en cambio, seguirían caminando por la orilla directamente hacia Sanshiro. Cruzaron el puentecillo. La primera mujer ya no se protegía con el abanico. Su mano izquierda apretaba una pequeña flor blanca contra su cara. Vino hacia él con los ojos bajos, aspirando la fragancia de la flor. Se detuvo a un par de metros de Sanshiro. —¿Qué árbol es este? —preguntó, levantando la mirada. Un enorme castaño extendía sus densa y redonda carga de hojas por encima de su cabeza, proyectando una sombra espesa y sin claros hasta el borde del agua. —Es un castaño —dijo la enfermera como si estuviera hablándole a una niña. —¿Sí? ¿Y no tiene ningún fruto? Sus ojos descendieron del árbol a la flor, echando una fugaz mirada sobre Sanshiro en su trayecto. Él fue completamente consciente del momento en que aquellos profundos ojos negros se posaron sobre él. La impresión del color se desvaneció para ser reemplazada por algo inexplicable, algo muy parecido a lo que había sentido cuando la mujer del tren le había llamado cobarde. Estaba asustado. La pareja de mujeres pasó por delante de Sanshiro y la del abanico dejó caer su blanca flor delante de él. Él las miró marcharse, la enfermera delante, la otra mujer detrás. Ahora podía ver su *obi*, teñido de colores brillantes, salvo por una franja de hierba otoñal en lo blanco de la tela. En el pelo llevaba una rosa de un blanco purísimo. Destacaba perfecta sobre su pelo negro, a la sombra del árbol. Sanshiro estaba aturdido. Arrodillado junto al agua, empezó a comprender que en la escena que acababa de contemplar tenía que haber algún error, alguna terrible contradicción: pero ¿dónde? ¿Entre la joven y la atmósfera de la universidad? ¿Entre los colores y su manera de mirarle? ¿En que, cuando él la vio, no pudiera evitar acordarse de la mujer del tren? ¿Sería que sus planes de futuro discurrían por dos caminos divergentes? ¿O es que había sentido temor ante una mirada que a la vez le había producido placer? Él, un pobre chico pueblerino, no podía estar seguro de nada. Solo sabía que en alguna parte de la historia había una contradicción. Recogió del suelo la flor que había caído frente a él y se la llevó a la nariz. No pudo apreciar ninguna fragancia. La dejó caer en el agua, donde quedó flotando. Justo entonces alguien pronunció su nombre. Sanshiro volvió la cabeza. La

espigada figura de Nonomiya se alzaba al otro lado del puente. —Así que aún estás aquí —exclamó Nonomiya. Sanshiro se incorporó y, sin contestar, dio un par de lentos pasos hacia él. —Supongo —dijo por fin cuando ya tenía un pie en el puente. Nonomiya no mostró sorpresa ante su aspecto abstraído. —¿Qué? ¿Disfrutando del fresco? —preguntó. —Supongo —dijo Sanshiro de nuevo. Después de mirar el agua un momento, Nonomiya empezó a tantear en su bolsillo derecho. Del mismo asomaba un sobre, con una caligrafía aparentemente femenina. Como no fue capaz de encontrar lo que buscaba, Nonomiya volvió a dejar caer la mano. —Los instrumentos hacen cosas raras hoy —dijo—. No habrá experimento esta noche. Iba a dar un paseo por el barrio de Hongo de camino a casa. ¿Te apetecería acompañarme? Sanshiro aceptó complacido. Subieron a lo alto de la colina donde un rato antes habían estado la muchacha y su enfermera. Nonomiya se paró a contemplar el edificio rojo a través del verde de los árboles, y el estanque a lo lejos, bajo el acantilado. —Hay una vista buena desde aquí, ¿no te parece? ¿Ves cómo la esquina de ese edificio sobresale un poquito? Entre los árboles, ¿lo ves? Agradable, ¿verdad? Los edificios de las ingenierías tampoco están mal, pero este es mejor sin duda. Las apreciaciones arquitectónicas de Nonomiya cogieron a Sanshiro por sorpresa. Él mismo no tenía ni idea de cuál de los dos era mejor. Ahora fue Sanshiro quien solo acertó a contestar con un lacónico «sí». —Y el, digamos, el *efecto* de los árboles en el agua. No es nada especial, pero hay que considerar que estamos en pleno centro de Tokio. Muy tranquilo, ¿no te parece? La vida académica requiere un lugar como este. Tokio se ha vuelto condenadamente ruidosa de un tiempo a esta parte. —Siguiendo su camino, señaló el edificio de la izquierda—. Aquí arriba está «La Mansión», donde se reúne el claustro. De alguna manera, se las apañan para hacer las cosas sin mi ayuda. Todo lo que tengo que hacer es continuar con mi vida en el sótano. Los trabajos de investigación evolucionan a un ritmo tal estos días que no puedes relajarte ni un minuto, o si no te quedas atrás. Mi trabajo puede parecer algo baladí a otras personas, pero yo puedo verlo desde dentro y sé que mi cerebro está trabajando furiosamente —puede que más duramente que todos esos tranvías que corren por ahí fuera—. Por eso no salgo, ni siquiera en verano. Odio perder el tiempo. Nonomiya levantó la vista para contemplar el amplio cielo. Del sol del atardecer solo quedaba una débil claridad. Un largo jirón de blancas nubes pendía de un ángulo del firmamento, como la marca de un brochazo en el sereno manto del cielo. —¿Sabes qué es eso? —preguntó Nonomiya. Sanshiro levantó la vista hacia la nube translúcida—. Son copos de nieve. Desde aquí abajo no parece que la nube se mueva, pero lo hace. Vaya si lo hace. Y a una velocidad mucho mayor que un huracán... ¿Has leído a Ruskin? Sanshiro masculló que no. Nonomiya solo dijo: —Ya veo. Un momento después continuó: —Este cielo podría inspirar un cuadro interesante, ¿no te parece? Debería hablarle a Haraguchi de ello. Es pintor, ya sabes. Sanshiro no lo conocía. Descendieron por la colina pasando delante del templo Karatachi, dejaron pasar un par de tranvías y se detuvieron ante un gran busto de bronce. «DR. ERWIN OTTO EDWARD BAELZ, PROFESSOR DER MEDIZIN, 1876-1903», rezaba la inscripción.² —¿Qué te parece esto? —preguntó Nonomiya, y de nuevo Sanshiro no consiguió encontrar nada que decir. Salieron por la puerta lateral del campus y caminaron bordeando el templo hacia la ajetreada avenida. El alboroto allí era horrible. Los tranvías pasaban uno detrás de otro sin descanso. —¿No odias esos cacharros? ¡Son tan ruidosos! —concluyó Nonomiya. Sanshiro no solo los odiaba, sino que sentía como si estuvieran rugiéndole a él personalmente. Pero solamente asintió, a lo que Nonomiya respondió: —¡Yo también!

No parecía que los odiara lo más mínimo, no obstante. —No sé cómo hacer los trasbordos yo solo —continuó—. El cobrador tiene que ayudarme. Han construido tantas malditas líneas en estos últimos años, que cuanto más «conveniente» se vuelve el sistema, menos me aclaro. Igual que con mi investigación. —Sonrió. El año escolar estaba apenas empezando. Se cruzaron por la calle con muchos estudiantes que llevaban gorras de los diferentes institutos. Nonomiya los miraba con evidente regodeo. —Un montón de novatos —dijo—. ¡Los jóvenes están tan llenos de vida! Por cierto, ¿qué edad tienes? Sanshiro le dijo la edad que reflejó en el registro del hotel. —Eso es siete años más joven que yo. Un hombre puede hacer muchas cosas en siete años. Pero el tiempo vuela de verdad, sabes. Siete años no es nada. Sanshiro no pudo decidir si era verdad. Se acercaron a un cruce donde había muchas librerías y kioscos de prensa desperdigados a cada lado de la calle. Unas cuantas tiendas estaban rebosantes de gente, todos leyendo revistas. Vendrían y se marcharían, pero jamás comprarían nada. —No hay ni un solo hombre honrado entre ellos. —Nonomiya sonrió y paró para hojear el último escándalo en la portada del *Taiyo*.¹⁰ Llegaron al cruce. A su izquierda, a ambos lados de la calle, había dos tiendas de regalos. La más cercana vendía mercancía de importación, y la otra artículos japoneses. Los tranvías que doblaban la esquina bramaban, haciendo sonar sus campanas. El denso tráfico hacía prácticamente imposible cruzar la calle, pero Nonomiya señaló la tienda del otro lado y anunció: —Voy ahí enfrente, a comprarle algo a Kaneyasu. Entonces se lanzó al tráfico aprovechando un hueco entre el estrépito de las campanillas de los tranvías. Sanshiro saltó detrás de él, pisándole los talones. Aun así, Nonomiya entró solo en la tienda. Mientras esperaba fuera, Sanshiro se dedicó a mirar el escaparate. Las hileras de peines y de adornos para el pelo expuestos detrás del cristal despertaron su curiosidad. ¿Qué estaría buscando Nonomiya ahí dentro? Se decidió a entrar. Nonomiya balanceaba entre sus dedos un lazo tan transparente y delicado como las alas de una cigarra. —¿Qué te parece? —le preguntó, reparando en él. Sanshiro pensó en comprarle algo a Omitsu Miwata en agradecimiento por el pescado, pero al instante decidió que no. Omitsu seguro que se las arreglaría para convencerse a sí misma de que en sus intenciones se escondía algo más que la simple gratitud. Nonomiya invitó a Sanshiro a cenar en un restaurante occidental en Masago-cho. Era el restaurante con la mejor comida de Hongo, dijo Nonomiya, pero Sanshiro solo notó que sabía como comida occidental normal y corriente. Aun así, se comió todo lo que le pusieron en el plato. Se separaron en la puerta del restaurante. Sanshiro tuvo cuidado de volver a su habitación en Oiwake pasando por la misma intersección de antes. Tenía idea de comprarse unos zuecos. Sin embargo, en el interior de la primera tienda que miró había una chica con la cara cubierta de un espeso maquillaje blanco y sentada bajo una lámpara de gas encendida. Parecía un fantasma de escayola. Asqueado, se encaminó directamente a casa. Durante todo el camino de vuelta pensó en la tez de la joven que había visto a la orilla del estanque de la universidad. Tenía un cierto tono rojizo, zorruno, del color de un blanco y translúcido pastelillo de arroz que se hubiera tostado ligeramente, de una textura increíblemente delicada. Por Dios que así tenía que ser la piel de una mujer.

Capítulo III

El curso académico empezaba el 11 de septiembre. Sanshiro se tomó la fecha en serio y aquel día, a las diez y media de la mañana, estaba plantado delante de la Facultad de Derecho y Literatura. Encontró el programa de clases colgado junto a la puerta, pero de los alumnos, ni rastro. Así que, tras copiar en su cuaderno el horario que le correspondía, decidió visitar la oficina de administración. Comprobó aliviado que, al menos, el personal administrativo había acudido a trabajar. —¿Cuándo comienzan las clases? —preguntó. —El 11 de septiembre —le dijeron, como si fuera evidente. —Pero en ninguna de las aulas en las que he mirado había clase. —Claro que no. Porque los profesores no han venido todavía. Eso debía ser, en efecto. Sanshiro abandonó la oficina. Deambuló por la parte trasera del edificio y miró hacia arriba a través de los enormes olmos de aguas, hacia el alto cielo despejado, que parecía más brillante de lo habitual. Tras bajar por una colina salpicada de arbustos de bambú, llegó al borde del estanque, y se arrodilló de nuevo bajo el castaño que crecía junto a él. Se sorprendió mirando hacia la colina y deseando que la joven del otro día apareciera de nuevo, pero fue en vano. Sabía que era pedir demasiado, pero aun así siguió arrodillado. El sonido de las salvas de mediodía le sobresaltó, y decidió regresar a su habitación. Al día siguiente, a las ocho en punto, Sanshiro estaba de nuevo junto a la entrada de la Universidad. Tras la puerta principal, lo primero que se veía eran las filas gemelas de gingkos alineadas a ambos lados del ancho camino. Más adelante, el sendero se tornaba en una suave cuesta abajo, hasta alcanzar el edificio de la facultad de Ciencias, del que solo se divisaba el segundo piso. Bastante más allá del edificio, los bosques de Ueno chisporroteaban bajo el sol de la mañana, recortándose frente a él. La enorme profundidad de la escena le fascinó. A la derecha del camino, justo donde arrancaba la hilera de gingkos, se levantaba el edificio de Derecho y Literatura. A la izquierda, aunque puede que algo más lejos bajando el camino, estaba la facultad de Historia Natural. Arquitectónicamente hablando, los dos edificios eran similares, con ventanas de altos arcos coronadas por prominentes tejados a dos aguas. Un estrecho borde de piedra separaba el ladrillo rojo del negro tejado, elevándose en un pico en cada tejadillo. La piedra azulada era un complemento de buen gusto para el ladrillo casi demasiado rojo al que se superponía. Las enormes ventanas y los altos tejadillos se repetían de tato en tanto a lo largo del edificio. El aprecio recién descubierto de Sanshiro por los edificios se debía enteramente a Nonomiya, pero aquella mañana sentía que esta visión tan particular había sido suya desde el principio —en especial la interesante manera en que el edificio de Historia Natural estaba colocado asimétricamente, un poco retrasado respecto al pórtico, en vez de alinearse con el de Derecho y Literatura—; este era un descubrimiento de lo más original que tendría que comentar a Nonomiya cuando lo viera. Sanshiro también encontró impresionante la biblioteca. Colocada justo detrás del edificio de Derecho y Literatura, su ala principal ocupaba sus buenos cincuenta metros extendiéndose hacia la entrada. No podía estar seguro, pero parecía pertenecer al mismo estilo arquitectónico de los otros edificios. Y aquellas cinco o seis grandes palmas de cáñamo plantadas contra el rojo muro de la fachada habían sido una gran idea. La

Facultad de Ingeniería, a lo lejos a la izquierda, parecía haber sido levantada completamente a semejanza de un castillo medieval europeo. Constituía un cuadrado perfecto. Incluso las ventanas eran cuadradas. Las esquinas y la entrada, sin embargo, eran redondeadas, lo mismo que algunos elementos con pinta de chatos minaretes que seguramente pretendían imitar unas torretas. Era una estructura sólida —como corresponde a un castillo—, a diferencia del edificio de Derecho y Literatura que, comparado con él, parecía presto a derrumbarse. A Sanshiro la construcción le recordó a la silueta de un achaparrado luchador de sumo. Inspeccionó todo lo que se extendía ante él y se dio cuenta de que en el recinto habría otros muchos otros edificios a los que en ese momento no alcanzaba su vista. Entonces se dejó embargar por la sensación de grandeza que emanaba del conjunto. «Así es como tiene que ser la Sede del Aprendizaje. Esto es lo que hace que las cosas sean posibles —el estudio, la investigación—. ¡Qué lugar tan magnífico!» Se sentía como si ya fuera un famoso erudito. Una vez dentro del aula, empero, Sanshiro esperó en vano a que el profesor apareciese, incluso después de que hubiera sonado la campana. No es que hubiera alguien más para quejarse, porque tampoco ese día había alumnos. La siguiente hora ocurrió lo mismo. Sanshiro abandonó el aula indignado. Solo por si acaso, dio un par de vueltas alrededor del estanque antes de encaminarse de nuevo a su habitación. Las clases finalmente comenzaron unos diez días después. Mientras esperaba, junto al resto de alumnos, a que llegara el profesor a dictar su primera clase magistral, Sanshiro sintió cómo le embargaba una profunda sensación de reverencia. Probablemente, imaginó, así es como se sentiría un sacerdote de Shinto mientras se colocaba sus vestiduras para officiar una ceremonia sagrada. Ahora sabía lo que era estar anonadado por la majestad de la Academia. Pero esto era solo el principio, pues cuando la campana sonó y pasaron quince minutos sin que hubiera aún señal alguna del profesor, la expectación reinante hizo crecer aún más su veneración. Pronto la puerta se abrió y un majestuoso anciano, extranjero por más señas, entró en el aula y comenzó a dictar su clase magistral en un inglés fluido. Lo primero que Sanshiro aprendió fue que la palabra «*answer*» derivaba del término anglosajón «*andswaru*». Después memorizó el nombre de la aldea donde Sir Walter Scott había asistido por primera vez a la escuela. Anotó cuidadosamente ambos datos en su cuaderno. Después asistió a la clase de Teoría Literaria. El profesor entró en el aula y se paró a mirar a la pizarra, en la que alguien había escrito las palabras «*Geschehen*» y «*Nachbild*». —Hum, alemán... —musitó y, riéndose, empezó a borrarlo con gran vigor. Esto hizo que Sanshiro perdiera en cierto modo el respeto que hasta entonces había tenido por ese idioma. El profesor procedió entonces a enunciar una lista de veinte definiciones de lo que se consideraba «literatura» por parte de diversos hombres de letras que habían vivido en distintas épocas. Las definiciones fueron asimismo anotadas cuidadosamente por Sanshiro en su cuaderno. Después del mediodía, Sanshiro se encaminó hacia el Aula Magna. Había allí setenta u ochenta estudiantes escuchando a un profesor que disertaba en un estilo declamatorio. — ¡Un único disparo de cañón bastó para hacer añicos los sueños de Uraga! —gritaba el profesor. El tema de la apertura de Japón a Occidente despertó inmediatamente el interés de Sanshiro. Pronto, sin embargo, la mención de un buen número de filósofos alemanes convirtió la charla en algo muy difícil de entender. Sanshiro miró la tapa de su pupitre, en la que alguien había grabado diestramente la palabra «cateado». Era evidente que el que lo había escrito había invertido una buena cantidad de tiempo en la labor. El talento con el que había grabado las letras en la dura plancha de roble no era propio de un aficionado:

se trataba más bien de la desalentadora exhibición de una hazaña. El estudiante contiguo a Sanshiro parecía estar tomando apuntes con una diligencia admirable. Sanshiro escudriñó el cuaderno y se encontró con que no estaba tomando notas en absoluto, sino que estaba dibujando una caricatura del profesor. Tan pronto como Sanshiro echó una mirada a su cuaderno, el estudiante exhibió su trabajo. Estaba hecho con gran talento, pero Sanshiro no pudo entender el verso que aparecía debajo: «El pájaro cuco en el nublado y remoto cielo...». Después de la clase Sanshiro se sentía extenuado. Se detuvo ante una de las ventanas del segundo piso, la barbilla en el cuenco de sus manos, mirando al jardín de la escuela a este lado de la cancela principal. Había unos cuantos pinos y cerezos enormes por allí, unos cuantos caminitos de grava por allá, y poco más. Pero el mero hecho de constatar el escaso trabajo que había llevado crear esa decoración lo hacía todo incluso más placentero de ver. Según Nonomiya, aquel lugar no siempre había sido tan agradable. Una vez, su maestro había montado por aquellos terrenos a caballo. Esto había sido años atrás, en el tiempo en que el propio profesor era estudiante. El caballo, un animal de temperamento difícil, lo había arrastrado por debajo de un árbol. Su sombrero se había enganchado en una rama de pino, y las alzas de sus zuecos de madera se habían quedado prendidas de los estribos. Los barberos habían emergido en masa de la peluquería que había al otro lado de la calle para disfrutar del espectáculo. Alguien por aquel entonces había iniciado una colecta para construir un establo en el campus. Habían traído tres caballos y contratado a un profesor de equitación, pero el tipo resultó ser un borracho y acabó vendiendo un caballo blanco, el mejor de los tres, y bebiéndose el dinero. Se decía que el caballo, que ya era viejo por entonces, había sido enviado a Japón por el mismísimo Napoleón III. No, aquello era imposible, pensó Sanshiro; pero tenía que admitir que las cosas probablemente eran bastante más fáciles en los viejos tiempos. En este punto el alumno que había estado dibujando la caricatura se acercó a él. —Estas clases magistrales son condenadamente aburridas —dijo. Sanshiro le dio una respuesta vaga. De hecho, se sentía muy poco capaz de determinar si las clases eran aburridas o no. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que estaba charlando animadamente con su compañero. Para entonces, Sanshiro ya estaba bajo de ánimo, y demasiado hastiado de todo incluso para dar un paseo alrededor del estanque. Decidió volverse derecho a su alojamiento. Tras la cena, releyó sus apuntes de clase, pero ni eso no logró que se animara, aunque tampoco le dejó más deprimido de lo que estaba. Escribió una carta informal a su madre: el curso había comenzado por fin; iría al campus todos los días; la universidad era un lugar enorme y los edificios eran muy bonitos; había un estanque en el medio del campus; le gustaba pasear alrededor de aquel estanque; por fin se había acostumbrado a montar en tranvía; quería comprarle algo, pero no se le ocurría qué; ella debería decírselo si había algo que le apeteciera; el precio del arroz pronto subiría, así que más le valía esperar un poco antes de vender; no debería mostrarse demasiado amigable con Omitsu Miwata; había un montón de gente en Tokio, muchos hombres, aunque también muchas mujeres. Cuando la carta estuvo terminada, Sanshiro se enfrascó en la lectura de un libro en inglés. Después de seis o siete páginas decidió que ya era suficiente. ¿Qué le iba a aportar leer un libro, estando él como estaba? Extendió su futón en el tatami y se deslizó bajo los cobertores, aunque no le sirvió de nada: por más que lo intentaba se mantenía despierto. «Como empiezo a tener insomnio no me quedará más remedio que ir al médico», fue lo último que pensó antes de caer dormido. Al día siguiente Sanshiro fue a la universidad a la hora habitual. Entre clase y clase escuchó a

los otros alumnos hablar de los trabajos que habían conseguido algunos de los recién graduados, e incluso de cuánto cobraban. Se decía que dos de los que aún no habían logrado colocarse estaban compitiendo por un puesto en un colegio estatal. Sanshiro sintió un peso opresivo en el estómago, como si el futuro se estuviera cerniendo ya sobre él, pero pronto logró quitarse la idea de la cabeza. Más interesantes eran los comentarios acerca de las últimas hazañas de un tal Shonosuke. Sanshiro, intrigado, paró a un compañero en el vestíbulo, otro estudiante de Kumamoto, y le preguntó quién era aquel Shonosuke. Este le dijo que se trataba de un famoso actor de teatro Yose¹¹ y, tras describir someramente la cartelera del teatro donde actuaba, en el distrito de Hongo, invitó a Sanshiro a que fueran juntos a verlo el sábado siguiente. Sanshiro no pudo evitar sentirse impresionado. Sin embargo, el tipo le dijo que, de hecho, la primera vez que había ido al teatro en su vida había sido precisamente la noche anterior. Aun así, Sanshiro pensó que podía ser divertido salir a ver al famoso Shonosuke. Estaba a punto de volver a la pensión para almorzar cuando el estudiante del día anterior, el que había dibujado la caricatura, se acercó a él. Arrastró a Sanshiro a la calle principal de Hongo, lo metió en un lugar llamado el Yodomiken, una especie de tienda de fruta que tenía un pequeño restaurante en la parte trasera, y le puso delante un plato de arroz con curry. El edificio tenía aspecto de haber sido construido hacía poco. El estudiante señaló la fachada y dijo que era de estilo Art Nouveau. Sanshiro nunca se había percatado de que existía un estilo llamado Art Nouveau en arquitectura. En el camino de regreso el tipo le enseñó el Aokido, otro lugar frecuentado por estudiantes. Cruzaron la Puerta Roja juntos y pasearon alrededor del estanque. El estudiante le contó a Sanshiro que el profesor Lafcadio Hearn¹² —que ya había pasado a mejor vida— detestaba con toda su alma la sala de profesores de la facultad. Después de sus clases solía pasear por los jardines, y daba vueltas y más vueltas al estanque. Hablaba como si el mismísimo señor Hearn en persona le hubiese hecho esas confidencias. Sanshiro preguntó por qué el señor Hearn nunca se había mezclado con los demás profesores. —Tiene su lógica, ¿no? Ya has visto cómo dan las clases aquí. ¿Con quién podría haber hablado? Sanshiro se quedó atónito al ver el tono tan frío con que su compañero criticaba el sistema establecido. El tipo se llamaba Yojiro Sasaki. Dijo que acababa de matricularse en la universidad como estudiante extraordinario después de graduarse en una escuela profesional. Invitó a Sanshiro a que le visitara alguna vez. Vivía en el número 5 de Higashikatamachi. Si se decidía, debía preguntar por el señor Hirota. Sanshiro le preguntó si era así como se llamaba el dueño de la pensión. —¡Ni de guasa! El profesor Hirota da clases en el Instituto de Bachillerato. Durante un tiempo Sanshiro acudió a la universidad como un estudiante aplicado, pero sentía que se estaba perdiendo algo. De vez en cuando iba a alguna asignatura que no entraba en su programa, pero el sentimiento seguía ahí. Pronto empezó a ir a clases que no tenían nada que ver en absoluto con su especialidad. A muchas de ellas no fue más que dos o tres veces, aun así, y en ningún caso continuó con el curso durante más de un mes. De cualquier forma, pasaba en clase una media de cuarenta horas a la semana. Esto era un poco demasiado incluso para un estudiante tan trabajador como Sanshiro. Notaba sobre sí una presión constante, pero no sacaba nada en limpio. Fuera lo que fuera lo que echaba de menos, había algo que le seguía faltando. La diversión inicial se esfumó. Un día se le ocurrió compartir su desazón con Yojiro. Cuando Sanshiro le confió que se pasaba en la Facultad cuarenta horas a la semana, a su colega casi se le salieron los ojos de las órbitas. —¡Idiota! ¡Más que idiota! ¿Tu crees que si te

hicieran comer diez veces lo que te sirven cada día en tu pensión te sentirías más «satisfecho»? —¿Qué debo hacer entonces? —gimió Sanshiro. —Súbete a un tranvía —dijo Yojiro. Sanshiro intentó hallar el doble sentido oculto sin éxito. —¿Quieres decir un tranvía *de verdad*? —preguntó. Yojiro se echó a reír a carcajadas. —Tú métete en el tranvía y date quince o dieciséis vueltas a Tokio. Después de un rato, eso que te atenaza simplemente se te pasará: te sentirás satisfecho. —¿Por qué? —¿Que por qué? Bueno, míralo de esta forma. Tu cabeza está viva, pero como se te ocurra llenarla de todas esas tonterías que te enseñan en clase y luego cerrar la tapa, estás perdido. Llévatela fuera y haz que le dé el aire. Por supuesto que montar en tranvía no es la única manera de conseguir satisfacción; pero es el primer paso, y sin duda el más sencillo. Aquella tarde Yojiro se llevó a Sanshiro a rastras a montar en tranvía. Subieron en Yonchome y fueron a Shinbashi. En Shinbashi dieron la vuelta y fueron hasta Nihonbashi. Yojiro hizo bajar a Sanshiro del tranvía y le preguntó: —¿Cómo lo llevas? Después se internaron en una estrecha callejuela y entraron en un restaurante llamado Hiranoya, donde cenaron y bebieron sake. Todas las camareras hablaban en el dialecto de Kioto, lo que dotaba al local de una intensa y pesada atmósfera. Cuando salieron, Yojiro, con la cara toda colorada, le espetó de nuevo a su amigo: —¿Cómo lo llevas ahora? Lo siguiente, dijo Yojiro, sería llevar a Sanshiro a un auténtico teatro de estilo Yose. Se metieron por otra angosta calleja y entraron en un lugar llamado Kiharadana. Escucharon a un narrador de historias llamado Kosan. Cuando salieron de allí ya eran más de las diez. Yojiro se volvió a su compañero y le preguntó: —Y ahora, ¿cómo lo llevas? Sanshiro no dijo estar satisfecho del todo, pero tampoco insatisfecho. Yojiro entonces se lanzó a disertar sobre Kosan. Kosan era un genio. Los artistas de semejante calibre eran una rareza. Parecía alguien corriente porque daba la impresión de que podías ir a escucharle siempre que quisieras, y eso le estaba haciendo un flaco favor. Era una gran suerte para ellos vivir en la misma época que Kosan. Si hubiesen nacido un poquito antes, nunca habrían podido oírle, y lo mismo si hubiesen llegado al mundo un poco más tarde. Enyu era un buen artista también, pero tenía otro estilo. Cuando Enyu hacía el bufón, disfrutabas porque era Enyu haciendo el bufón. Kosan, haciendo lo mismo, era divertido porque se convertía en un personaje muy diferente del propio Kosan. Si se tuviera que esconder la parte de Enyu en un personaje que Enyu estuviera representando, el personaje desaparecería. En cambio, por mucho que escondieras la parte de Kosan en el personaje que estuviera representando, este seguiría tan vivo como nunca. Eso era lo que hacía a Kosan grandioso. —¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Yojiro. Sanshiro en realidad no había disfrutado tanto con Kosan como le había prometido Yojiro. Tampoco había oído hablar del tal Enyu. No podía decir nada, pues, ni a favor ni en contra de las opiniones de Yojiro. Aun así, estaba impresionado por la comparación que Yojiro había hecho, tan aguda que uno casi podría tildarla de literaria. Cuando se separaron en frente del Instituto de Bachillerato, Sanshiro dijo: —Gracias, ha sido todo muy satisfactorio. —La única cosa que te satisfará de ahora en adelante —dijo Yojiro— es ir a la biblioteca. Y dicho esto, se marchó en dirección a Higashikatamachi. A Sanshiro nunca se le había pasado por la cabeza que uno pudiera visitar una biblioteca así como así. A partir del día siguiente, Sanshiro redujo su jornada de cuarenta horas de clase a casi la mitad y, siguiendo el consejo de su amigo, empezó a pasar cada vez más tiempo en la biblioteca. Era un largo y amplio edificio de techo muy alto y con muchas ventanas. Aparte de las estanterías del depósito, solo era visible la entrada. Desde fuera daba el aspecto de albergar millones de

libros. Durante el rato que estuvo mirando, cada pocos minutos aparecía alguien por la puerta del depósito con dos o tres gruesos volúmenes en sus brazos y doblaba a la izquierda hacia la sala de lectura de la Facultad. Un hombre tomó un volumen de una estantería, lo abrió y, todavía de pie, comenzó a buscar algo. Sanshiro envidió a toda aquella gente. Ambicionaba meterse en los entresijos de la biblioteca. Quería subir al segundo piso, al tercero, muy por encima de las calles del distrito de Hongo, y pasarse las horas leyendo y aspirando el olor del papel, lejos de todo bicho viviente. Pero a la hora de plantearse qué cosas leería exactamente, descubrió que no tenía aún ninguna idea clara al respecto. Aunque, en verdad, todo indicaba que el edificio estaría lleno de libros tremendamente interesantes. Al ser un estudiante de primer año, Sanshiro no estaba autorizado a entrar en la zona del depósito. Tenía que utilizar el catálogo de fichas. Encorvado sobre el fichero, se dedicaba a pasar una ficha detrás de otra. No importaba cuántos títulos pasara, siempre había otro nuevo que reemplazaba al anterior. Al final los hombros empezaron a dolerle. Se estiró un instante y miró a su alrededor. La sala silenciosa estaba llena de gente. Vio a los que estaban en el extremo más alejado como una masa informe de cabezas, sus rasgos imposibles de diferenciar. Por las ventanas más altas podía vislumbrar unos cuantos árboles y un pedazo de cielo. Los sonidos de la ciudad llegaban desde la lejanía. Allí de pie, Sanshiro pensó para sus adentros en cuán tranquila era la vida académica, y cuán profunda. Después regresó a su habitación. Al día siguiente Sanshiro dejó de soñar despierto y tomó prestado un libro tan pronto como entró en la biblioteca. No fue una buena elección, de todas formas, y lo devolvió inmediatamente. El siguiente que pidió era demasiado difícil y también lo devolvió. Cada uno de los días siguientes sacó por lo menos ocho o nueve libros de esta manera. De algunos de ellos llegó incluso a leer un poco. Se sintió muy sorprendido al ver que cada volumen en el que ponía las manos había sido leído por lo menos una vez por otra persona. Todos tenían las páginas llenas de anotaciones a lápiz. Obsesionado por buscar un libro que no hubiera sido leído nunca antes por nadie, eligió una novela de alguien que respondía al enigmático nombre de Aphra Behn. Con ese nombre, estaba seguro, nadie habría tocado el libro... Hasta que lo abrió. Y allí, de nuevo, encontró las páginas cuidadosamente anotadas con marcas a lápiz. Esta fue la gota que colmó el vaso. Justo entonces una banda de música pasó por delante de la puerta del edificio y le hizo reunir el suficiente valor para caminar. Se fue a la calle y acabó en el Aokido. Había dos grupos de estudiantes en el café y un hombre solo sentado en el rincón más apartado bebiendo té. A primera vista, se parecía mucho a aquel hombre que se había comido todos aquellos melocotones en el tren que le había traído a Tokio. El hombre, sin embargo, no reparó en Sanshiro. Siguió sorbiendo su té y dándole caladas a su cigarrillo con aire reposado. En lugar del ligero kimono blanco de verano, ahora llevaba un traje, pero el atuendo tampoco le hacía parecer nada del otro mundo. Quizá su camisa de vestir blanca lo situaba un escalón por encima del desenfadado Nonomiya. Cuanto más le miraba, más seguro estaba de que se encontraba ante el hombre de los melocotones en persona. Ahora que estaba asistiendo a clases en la Universidad, las cosas que el hombre le había dicho en el tren habían empezado a cobrar cada vez más sentido. Le entraron ganas de acercarse a él y saludarle, pero no encontraba la manera correcta de abordarle. El tipo seguía ensimismado, mirando al frente, sorbiendo y fumando. Sanshiro siguió un rato más en el café, echando ojeadas de hito en hito al hombre. Entonces, apuró su vaso de vino, y salió apresuradamente en dirección a la biblioteca. Debido al vino, quizás, y a cierto estado de

excitación mental, Sanshiro disfrutó de sus estudios aquel día como nunca antes lo había hecho. Esto le hizo sentirse muy contento. Llevaba enfrascado dos horas en la lectura cuando se dio cuenta de que ya era hora de irse. Abrió de un tirón la cubierta del libro que todavía le quedaba por leer aquel día y encontró algo garabateado a lápiz. Las anotaciones ocupaban toda la guarda, por las dos caras.

«Cuando Hegel impartió sus clases magistrales de Filosofía en la Universidad de Berlín, no tenía la menor intención de promocionar sus teorías. No es que sus clases expusieran la verdad: se trataba de las enseñanzas de alguien que encarnaba la Verdad en sí mismo; de alguien cuyas conferencias estaban dictadas no por la lengua, sino por el corazón. Cuando la Verdad y el individuo se juntan en una unión tan pura, aquello que el hombre expone no es una lección dictada por el mero afán de disertar, sino una lección dictada con miras a despejar el Camino. Solo cuando se consigue este objetivo merece la pena escuchar una lección de filosofía. Aquel que perora sobre la verdad con la punta de la lengua no deja otra cosa que un vacío registro escrito en papel muerto con tinta muerta, una cosa sin importancia... Tragándome mi ira, tragándome mis lágrimas, leo ahora este nuevo libro con el objeto de aprobar un examen —sin otro fin que el de procurarme mi sustento diario. ¡Nunca debes olvidar cómo aprieto mi dolorida cabeza entre mis manos! ¡Maldigo el sistema de exámenes por toda la eternidad!».

El tipo que había escrito aquello no había dejado su firma, por supuesto. Al llegar al final de la página, Sanshiro se sorprendió esbozando una sonrisa. Y aun así, de alguna manera, se sentía iluminado. ¡Esto era verdad no solo en lo que se refería a la filosofía, sino también a la literatura! Volvió la página y siguió leyendo. Seguía con Hegel. Era evidente que el tipo era un ferviente admirador de Hegel:

«Los estudiantes que acudían en bandadas a Berlín para escuchar las clases de Hegel... no lo hacían movidos por la ambición. No pretendían aprovecharse de las clases para cualificarse con vistas a ganarse la vida. ¡No! Venían porque eran puros de corazón. Solo sabían que un filósofo llamado Hegel transmitía desde su tarima la Verdad última universal y, siendo su búsqueda de la Verdad una necesidad acuciante, llegaban a sus pies buscando resolver sus desasosegantes dudas. Y cuando escuchaban a Hegel con el corazón limpio, podían decidir su futuro, rehacer su destino personal ¡Qué inmensa presunción la tuya, un simple estudiante universitario japonés, al equipararte a ellos, tú y los de tu ralea que vais a las clases como hipnotizados, que no despertáis de ese trance aunque os graduéis y dejéis atrás la universidad! ¡No sois más que máquinas de escribir, ávidas máquinas de escribir! Cualquiera cosa que hagáis o penséis o digáis estará al final poco o nada ligado a la urgente fuerza vital de una sociedad cambiante. Y así es como estaréis para siempre: ¡alienados hasta la muerte! ¡Alienados! ¡Alienados hasta la muerte!»

Sanshiro acabó de leer. Estaba inmerso en los pensamientos que le había suscitado aquella nota cuando alguien le dio unos golpecitos en el hombro. Era Yojiro. A pesar de toda la perorata que le había soltado acerca de la importancia de visitar la biblioteca, la verdad es que no era fácil encontrarle por allí. —Nonomiya Sohachi te estaba buscando —dijo. A Sanshiro nunca se le habría pasado por la cabeza que Yojiro pudiera conocer a Nonomiya. ¿Se refería a su Nonomiya, al Nonomiya de la Facultad de Ciencias? En efecto, al mismo. Sanshiro se quitó los libros de encima apresuradamente y salió corriendo, pero por mucho que buscó, incluso en la sección de prensa no encontró ni rastro de Nonomiya. Luego se asomó a la puerta principal, pero Nonomiya tampoco

estaba allí. Bajó las escaleras de piedra y miró en todas direcciones, pero Nonomiya había desaparecido sin dejar rastro. Desistió de buscar y volvió a su sitio. Yojiro estaba de pie señalando el discurso de Hegel. —Realmente, este tipo se soltó... Tiene que haber sido uno de los graduados de los viejos tiempos. Aquellos tíos eran unos salvajes, pero a la vez había algo interesante en ellos. Todos eran del mismo corte. —Yojiro se sonrió. Parecía muy complacido con la pieza. —No pude encontrar a Nonomiya. —Qué raro. Estaba en la puerta hace un minuto. —¿Crees que quería verme por algo? —Puede que sí, puede que no... Salieron juntos de la biblioteca. Yojiro le contó a Sanshiro de qué conocía a Nonomiya. En el pasado, el científico había sido alumno del profesor Hirota, el mismo hombre con quien ahora vivía el propio Yojiro. Nonomiya, en ocasiones, le hacía visitas. Era un estudioso entregado, y había publicado bastantes artículos. Todos los que pertenecían a su especialidad estaban familiarizados con el nombre de Nonomiya, incluso los occidentales. Recordando la historia del profesor de Nonomiya, Sanshiro preguntó si no habría sido precisamente el profesor Hirota el que había sido víctima del famoso caballo malhumorado. —No sé si sería él, pero la historia desde luego le cuadra perfectamente —dijo Yojiro riendo. El profesor no estaba por encima de ese tipo de cosas. El siguiente día era domingo, así que Nonomiya no estaría en su despacho de la Universidad. ¿Por qué había estado buscando a Sanshiro el día anterior? Había una buena manera de averiguarlo. Sanshiro decidió que le haría una visita en su nueva casa. La idea se le ocurrió por la mañana. Sin embargo, se enfrascó en la lectura del periódico y luego le dio por perder el tiempo, así que era ya mediodía y todavía no había salido de casa. Estaba a punto de marcharse, justo después de comer, cuando un amigo suyo de Kumamoto se presentó en su habitación por sorpresa. Para cuando su amigo se fue, ya eran las cuatro pasadas. Un poco tarde, pensó Sanshiro, pero aun así decidió no renunciar a sus planes. La casa de Nonomiya quedaba bastante lejos. Parece ser que unos días antes se había mudado al barrio de Okubo. Si se iba en tranvía, sin embargo, se trataba de un viaje relativamente fácil, y pensó que no le sería difícil encontrar la casa; según le habían dicho, se encontraba pegada a la estación. Pero desde aquella vez que había salido con Yojiro, no había ocasión en que Sanshiro no cometiera errores de lo más desagradables cada vez que se le ocurría montar en tranvía. Hacía unos días se le ocurrió ir al Instituto de Comercio de Kanda, pero tras subirse al tranvía en Yonchome, se pasó de parada, así que tuvo que bajarse en Kudan y montarse en otro tranvía que iba dirección a Iidabashi, donde finalmente pudo hacer trasbordo a la línea de Sotobori. Una vez en ella fue desde Ochanomizu a Kandabashi y, sin darse cuenta se volvió a pasar de parada, por lo que tuvo que seguir de Kamakuragashi a Sukiwabashi. Después de aquella jornada aciaga empezó a sentir un recelo especial hacia los tranvías. La Línea Ferroviaria de Kobe, de todas formas, consistía en un único tramo de vías, así que decidió tomarlo sin sentir la aprensión habitual. Después de bajarse en Okubo, anduvo por la calle Nakahyakunin, en sentido contrario a donde se encontraba la Academia Militar de Toyama. Justo al otro lado de las vías se abría una estrecha calleja. Desde allí la vereda se internaba, tras una subida fácil, en un ralo bosquecillo de bambúes que tenía una casa en cada uno de sus dos extremos. La de Nonomiya era la que quedaba más cerca. La modesta puerta de entrada se encontraba en un ángulo que nada tenía que ver con el sentido de la calle. La casa, de hecho, parecía estar plantada en el terreno de una forma un tanto rara. Parecía como si la puerta principal y el caminito de entrada hubieran sido añadidos en el último momento, precipitadamente. Había un hermoso seto al lado de la puerta de la cocina, mientras que

el resto del jardín carecía en absoluto de cualquier tipo de delimitación. Solo un único arbusto de trébol, que había crecido hasta sobrepasar la altura de un hombre, dotaba de un poco de intimidad a la galería. Nonomiya estaba sentado en una silla justo a la sombra del arbusto, leyendo una revista extranjera. —Por aquí, por favor —dijo cuando reparó en la presencia de Sanshiro. Su tono era el mismo que cuando se conocieron en el sótano del edificio de Ciencias. Sanshiro dudaba si atravesar directamente por medio del jardín o si le convenía, por el contrario, dar un rodeo y entrar por la puerta. —Por aquí —insistió Nonomiya. Sanshiro decidió meterse por medio del jardín. Nonomiya estaba sentado en el exterior de la habitación que le servía de despacho, una confortable estancia de ocho tatamis de largo.¹³ Muchos de sus libros estaban escritos en lenguas extranjeras. El anfitrión dejó su silla y se sentó en el suelo junto a Sanshiro, que comenzó a discursar sobre temas triviales: vaya sitio tan tranquilo donde vivía Nonomiya, y qué sorprendentemente cerca que quedaba de la universidad. ¿Cómo marchaban sus experimentos con el telescopio? Entonces decidió coger el toro por los cuernos: —Por cierto, me enteré de que me estaba buscando ayer. ¿Era para algo importante, quizás? —No, no. No quería nada en especial... —dijo con expresión de pedir disculpas. —Oh, ya veo... —¿No habrás venido hasta aquí solo por eso...? —No, bueno, no exactamente. —¿Sabes? Recibí un regalo de tu madre. En su nota decía que estaba contenta de que te cuidara tan bien. Su regalo era tan magnífico que pensé que debía agradeceréte a ti también. —Ah, ya veo. Así que mi madre le envió algo... —Sí, una especie de pescado rojo, escabechado en posos de sake. —Ah, ya; debe referirse al *hime-ichi*.¹⁴ —¿Su madre demostraba una enorme caradura enviándole aquel plato tan insignificante! Nonomiya aprovechó para hacerle todo tipo de preguntas sobre el tema. Sanshiro se afanó en intentar explicar cómo se cocinaba el *hime-ichi*. Se hacía a la parrilla con los posos, pero había que tener cuidado y retirarlos un segundo antes de poner el pescado en el plato, o se perdería todo el sabor. En el rato que estuvieron hablando del *hime-ichi*, el sol terminó de esconderse. Sanshiro ya se estaba levantando para marcharse, pero entonces llegó un telegrama. Nonomiya lo abrió y lo leyó, y entonces miró al suelo. —¡Oh, vaya! —murmuró para sí. Sanshiro pensó que no convenía mostrarse indiferente ante la preocupación de Nonomiya, pero tampoco quería meterse donde no le llamaban. —¿Ha pasado algo? —Creyó que era lo mejor que se podía decir en ese momento. —No, no es nada... —Le pasó el telegrama a Sanshiro. Este lo leyó: «Necesito verte. En seguida», decía el papel. —¿Se trata de alguna urgencia? —Supongo. Mi hermana está ingresada en el Hospital Universitario. Se pasa el día dándome la lata para que vaya corriendo a verla. —Nonomiya estaba totalmente calmado, algo que no podía decirse de Sanshiro, que encontró las noticias de lo más alarmantes. La hermana de Nonomiya, su enfermedad, el hospital universitario y la joven que había visto junto al estanque se juntaron de pronto en su cabeza. —Tiene que ser grave, entonces... —No, estoy seguro de que está bien. Mi madre está allí, cuidando de ella. Si estuviera enferma de verdad, habría mandado a mi madre en tren a buscarme. Habría sido lo más rápido. No, lo único que quiere mi hermana es llamar la atención, estoy seguro, la pequeña tontaina. Lo hace constantemente. No he ido a verla desde que me mudé a aquí y probablemente esperaba que fuera hoy. Como es domingo... Créeme, la cosa no tiene más misterio... —Inclinó la cabeza a un lado, reflexivamente. —Aun así, tiene usted que irse, ¿no cree? ¿Y si se hubiera puesto peor? —Es imposible que se haya producido un cambio tan repentino en solo cuatro o cinco días... Pero supongo que estás en lo cierto. No me queda más remedio

que ir... —Eso será lo mejor, estoy seguro. Decidido esto, Nonomiya tenía un favor que pedirle a Sanshiro. Si por un casual el estado de su hermana hubiera evolucionado a peor, no podría volver a casa esa noche, lo que significaría que la sirvienta se tendría que quedar sola en la casa. Era una mujer muy apocada, y el vecindario no era tan seguro como aparentaba. Si no interfería con las clases del día siguiente, ¿le importaría quedarse allí con ella a pasar la noche? Si lo de su hermana finalmente resultaba ser una falsa alarma, Nonomiya regresaría inmediatamente. Si hubiera sabido que iba a pasar esto, le habría pedido a Sasaki que se quedara, pero ahora no había tiempo para eso. Seguro que iba a ser solo una noche, aunque no sabía todavía si iba a dormir en el hospital o no. Era consciente de que le estaba pidiendo más de lo que correspondía, teniendo en cuenta que se habían conocido hacía tan poco tiempo, pero... Sanshiro no quiso escuchar más explicaciones. Accedió de inmediato. Nonomiya no tuvo que renunciar solamente a su invitado sino también a su cena. A la criada se limitó a decirle que no se quedaría a cenar, y se disculpó como pudo ante Sanshiro porque tuviera que hacerlo solo. Un instante después de que se hubiera marchado, por encima del arbusto de trébol resonó el eco de su voz: —¡Puedes leer cualquiera de mis libros! ¡El que te interese! No hay nada del otro mundo, pero echa un vistazo. Tengo unas cuantas novelas... —Y entonces desapareció. Cuando Sanshiro intentó gritarle una frase de agradecimiento desde la galería, vio que aún podía distinguirse cada tallo del ralo bosquecillo de bambú. Pocos minutos más tarde, estaba tomando su cena en una pequeña mesa lacada que la criada había puesto en mitad del despacho. Y allí encontró Sanshiro sus *hime-ichi*. Le gustó la manera en que olían a su propia casa, pero el resto de la comida en sí no era demasiado buena. Tal como le había adelantado Nonomiya, la criada era una criatura de temperamento más bien tímido. Cuando terminó de comer, la criada se retiró a la cocina. Solo por fin, Sanshiro pudo relajarse; y entonces fue cuando empezó a preocuparse por la hermana de Nonomiya. Tenía que estar gravemente enferma... Seguro que Nonomiya habría llegado demasiado tarde... Por lo demás, ella era sin duda la joven que había visto en el estanque. La recordó tal como la había visto aquel día: su cara, su mirada, sus ropas. La trasladó con su imaginación a una cama de hospital, puso a Nonomiya de pie a su lado y les hizo cambiar unas palabras. Pero la escena precisaba de algo más que de un hermano. Antes de darse cuenta, Sanshiro había ocupado el propio lugar de Nonomiya y la cuidaba con ternura. Justo entonces de detrás del bosquecillo de bambú llegó el estruendo de un tren que pasaba. El material del que estaba hecho el suelo, posiblemente, o el modo en que estaba construido hicieron que el cuarto se estremeciera levemente. Sanshiro dejó a un lado a su encantadora paciente y echó un vistazo a la habitación. Aquella era una casa bastante vieja, con unos pilares que lucían herrumbrosos por la edad. Las puertas no corrían con facilidad, de todas formas, y el techo estaba ennegrecido por el hollín. Solo la lámpara brillaba con el resplandor de lo moderno. La casa era bastante incongruente con el propio Nonomiya. Siendo él mismo un estudioso con los pies puestos en el presente, aun así había elegido alquilar una vieja casa como aquella y vivir en una habitación con vistas a un bosquecillo de bambú que dataría por lo menos de la época feudal. Por descontado que Nonomiya era libre de vivir en cualquier lugar que fuera de su agrado. ¡Pero qué pena si la necesidad económica le había obligado a exiliarse a las afueras! A pesar de su talento investigador, la universidad solo le pagaba cincuenta y cinco yenes al mes, lo que hacía que fuese necesario enseñar en un instituto privado. Difícilmente podría costearse el mantenimiento de su hermana en el hospital. Quizás por eso se había mudado a Okubo.

La noche no había hecho más que empezar, pero la quietud había caído como un manto sobre los suburbios. Los insectos zumbaban en el jardín con un leve arrullo. Solo, Sanshiro sintió la melancolía del comienzo del otoño. De pronto escuchó una voz gritando en la distancia. —Oh, oh, solo un poquito más... Parecía venir de la parte trasera de la casa, pero no podía estar seguro. Sonaba demasiado lejana y había enmudecido demasiado pronto. Pero este único gemido le había sonado como un verdadero soliloquio, la palabra solitaria de quien ha sido abandonado por todos, de quien no espera una respuesta por parte de nadie. Se sintió inquieto. Le llegó el eco de otro tren en la distancia. Lo oyó acercarse, y cuando pasó de largo por detrás del bosquecillo de bambú, su estruendo se oyó el doble de fuerte que el del primer tren. Sanshiro siguió sentado en el mismo sitio, con la mirada perdida mientras la habitación seguía temblando, pero en un repentino destello de lucidez relacionó el grito que había oído y el rugido del tren. Cuando se dio cuenta de la inquietante conexión que había hecho su mente, sintió una sacudida. Le era imposible permanecer allí por más tiempo. Sintió un hormigueo de pavor recorriéndole la columna hasta las plantas de los pies. Se levantó y entró en el servicio; desde la ventana intentó atisbar la clara noche estrellada. Las vías bajo el terraplén estaban tan silenciosas como la muerte, pero él siguió mirando fijamente la oscuridad, con la nariz encajada en el entramado de bambú. Algunos hombres bajaban desde la estación por las vías sujetando linternas de papel. A juzgar por sus voces, eran por lo menos cuatro. Pasado el cruce, el resplandor de las linternas se perdía tras el terraplén, y solo quedaron sus voces cuando los hombres pasaron por detrás del bosquecillo de bambú. Sanshiro podía oírlos claramente. —Un poco más allá... Los pasos se perdieron en la distancia. Sanshiro salió al jardín por la puerta del despacho y se calzó sus zuecos de madera. Bajó a trompicones los dos metros de desnivel del terraplén y echó a andar detrás de las linternas. Apenas había recorrido unos pocos metros cuando alguien más saltó desde lo alto de la pendiente. El hombre le habló. —¿Qué sucede? ¿Es que el tren ha atropellado a alguien? Sanshiro intentó decir algo, pero no le salió la voz. La silueta oscura del hombre le adelantó. Debía ser el vecino de al lado de Nonomiya, concluyó. Siguió el rastro de la vía otros cincuenta metros hasta que llegó al lugar donde se habían detenido los hombres de las linternas. Todos estaban callados, sujetando los faroles en alto. Sanshiro miró hacia abajo sin decir palabra. En el círculo de luz se encontraba tendido lo que le pareció parte de un cuerpo. El tren, a su paso, había hecho un corte limpio desde el hombro derecho, bajando por el pecho hasta la cadera izquierda, y había seguido, dejando atrás en su camino aquel torso cortado en diagonal. No había tocado la cara. Se trataba de una mujer joven. Sanshiro supo que por mucho que viviera jamás lograría olvidar aquella escena. Intentó dar media vuelta sobre sus talones pero apenas podía mover las piernas. Cuando logró escalar hasta la cima del terraplén y entró finalmente en la habitación de Nonomiya, notó que tenía el corazón desbocado. Llamó a la criada para pedirle que le trajera agua. Por suerte, ella no parecía haberse enterado de nada. Poco tiempo después se produjo una especie de revuelo en la casa del vecino. El hombre había vuelto, pensó Sanshiro. En ese momento, llegaron ecos del griterío que se había ido organizando más allá del terraplén. Cuando las voces se alejaron, todo se quedó de nuevo en silencio, tanto que casi resultaba insoportable. Sanshiro vio de nuevo la cara de la mujer muerta ante sí, y entonces recordó su grito impotente y pensó en el destino implacable que yacía al acecho en el interior de ambos. Juntos parecían decirle que las raíces de la vida, que nos parecen tan sólidas, se debilitan antes de que nos demos cuenta

y se escapan flotando hacia el oscuro vacío. Sanshiro estaba sobrecogido. Todo había sucedido en un instante fugaz, cuando el tren pasó rugiendo. Hasta entonces ella había estado viva. Sanshiro recordó cómo el hombre que comía melocotones en el tren le había avisado: «Tiene que estar alerta; la vida puede ser peligrosa». Para haberle soltado toda aquella charla sobre los peligros que le deparaba la vida, el hombre se mostraba enojosamente dueño de sí. Quizá uno pudiera ser como él si estuviera en una posición suficientemente libre de peligros como para que pudiera permitirse el lujo de prevenir a los demás sobre ello. Esto podría ser una fuente de placer para aquel tipo de hombres que, aunque formaran parte del mundo, parecían mirarlo todo desde una atalaya. Sí, el tipo del tren era uno de ellos, de eso no cabía la menor duda. Era algo obvio por la forma en que se había comido aquellos melocotones, por la forma en que había sorbido su té y fumado su cigarrillo, mirando directamente al frente, sin apartar la vista; aquel hombre era un verdadero crítico. Sanshiro saboreó la palabra «crítico», dotándola de su significado más inusual, y se sintió satisfecho de sí mismo. Sin embargo, se preguntó si también él se volvería un crítico algún día. Ese era el tipo de pensamientos que era capaz de suscitar la horrenda visión de la cara de una mujer muerta. Sanshiro observó el escritorio que había en uno de los rincones de la habitación, la silla colocada en frente, la estantería junto a la silla, los libros extranjeros alineados pulcramente en la estantería, y entonces supo de algún modo que el dueño de ese despacho estaba tan a salvo y era tan feliz como aquel crítico. Cuando se estudiaba la presión de la luz era poco probable que uno se topara con el cuerpo destrozado de una mujer. La hermana de Nonomiya estaba enferma, pero no había sido Nonomiya quien había causado su dolencia, la había contraído ella sola. Los pensamientos de Sanshiro volaban de una cosa a la otra, y de ese modo, inopinadamente dieron las once. No habría más trenes a Nakano. Entonces Sanshiro empezó a preocuparse de nuevo; quizás si Nonomiya no había vuelto era porque su hermana estaba realmente enferma. Pero en ese momento llegó un telegrama. Sanshiro lo abrió. Era de Nonomiya: «Mi hermana está bien. Te veo por la mañana». Sanshiro, más aliviado, decidió marcharse a dormir, pero sus sueños estuvieron plagados de peligros. La mujer que se había lanzado a las vías del tren estaba de algún modo relacionada con Nonomiya, y si este no había vuelto a casa era porque sabía lo que ella planeaba. El telegrama había sido enviado para hacer que Sanshiro no sospechara nada. Todo lo referente a la hermana enferma había sido una patraña; su hermana había muerto justo en el momento en que la mujer se había tirado debajo del tren. Y la hermana no era otra que la joven que había visto al lado del estanque. A la mañana siguiente se despertó más temprano de lo acostumbrado. Se fumó un cigarrillo y observó el lecho revuelto donde había dormido. Se sentía en un lugar extraño. Lo acontecido la noche anterior le parecía producto de un sueño. Salió a la galería y levantó la vista al cielo que se extendía más allá de los bajos aleros. Hacía un día bastante bueno y el mundo tenía un color claro y fresco. Terminó su desayuno, apuró su té, y estaba sentado en la galería leyendo el periódico cuando llegó Nonomiya. —He oído que alguien se suicidó anoche en las vías del tren —dijo. Se lo habían contado en la estación. Sanshiro le contó todo lo que había pasado la noche pasada, sin ahorrarse un detalle. —¡Qué apasionante! Uno no se encuentra con historias como esta todos los días. ¡Qué pena que no estuviera aquí! Se habrán deshecho ya del cuerpo, supongo... En fin, no valdrá de nada ir a echar un vistazo ahora. —Probablemente no —respondió Sanshiro escuetamente. La frialdad de Nonomiya le había impactado. Esa falta total de sentimientos habría sido impensable la noche anterior; solo la luz del día la

hacía posible, concluyó con la bendita ignorancia de la juventud, ajeno al hecho de que un hombre que hace experimentos con la luz puede tener tendencia a dejar aflorar esa actitud en todo tipo de situaciones, incluso en una como la presente. Sanshiro cambió de tema y preguntó por la hermana de Nonomiya. Este le dijo que había pasado lo que él ya había supuesto: esto es, nada. No había visitado a su hermana en varios días, así que ella se las había arreglado para que fuera junto a ella: simplemente para combatir el aburrimiento. Estaba enfadada porque él había sido «tan cruel» de quedarse en casa un domingo. —¡Es una pequeña idiota! —Nonomiya parecía pensar exactamente lo que decía. ¡Qué estúpida era al obligar a un hombre como él a malgastar su tiempo! Sanshiro, empero, no era capaz de verlo así. Si la hermana de Nonomiya tenía tantos deseos de que fuera a verla como para mandarle un telegrama, a él no debería haberle importado emplear una tarde de domingo en hacerlo. El tiempo pasado con otras personas era tiempo real, mientras que los días que Nonomiya gastaba experimentando en su sótano podrían incluso ser considerados ociosos, alejados del humano acontecer. Si él fuera Nonomiya, le haría feliz ser interrumpido en sus estudios por una hermana pequeña. Para entonces, Sanshiro ya se había olvidado de todo lo relativo al suicidio de la noche pasada. Nonomiya le dijo que había dormido mal la noche anterior, y que tenía la cabeza algo espesa. Por suerte, este era el día en que no le tocaba ir a la universidad, aunque por la tarde tenía que dar clase en un colegio de Waseda. Dormiría hasta entonces. —¿Se quedó usted despierto hasta muy tarde? —preguntó Sanshiro. Nonomiya le contó que su antiguo profesor del Instituto, un hombre llamado Hirota, había elegido precisamente aquel día para ir a ver a su hermana al hospital, así que se quedaron todos charlando hasta que se fue el último tren. Él se habría marchado gustoso a dormir a casa de Hirota, pero su hermana se había puesto pesada y había insistido en que se quedara en el hospital. El lugar estaba tan abarrotado y era tan incómodo que no había podido dormir. ¡Qué tontita era! Nonomiya empezó entonces a meterse de nuevo con su hermana. Sanshiro comenzó a encontrar todo aquello bastante cómico. Pensó en decir una palabra o dos a favor de la enferma, pero se sintió incómodo en el papel de defensor y optó por no hacerlo. En su lugar, le preguntó por Hirota. Para entonces Sanshiro ya había escuchado ese nombre tres o cuatro veces y en su cabeza se lo había asignado no solo al tipo de los melocotones en el tren y al profesor del Aokido, sino también al que fue víctima del caballo díscolo. Cuando Sanshiro le contó la historia, Nonomiya le confirmó que efectivamente había sido Hirota el protagonista de la misma. Entonces, concluyó Sanshiro, el hombre del tren *tenía* por fuerza que haber sido Hirota. Sin embargo, se dio cuenta de que el argumento parecía un poco traído por los pelos. Cuando se hizo la hora de marcharse, Nonomiya le preguntó a Sanshiro si le importaría llevar un kimono al hospital antes de mediodía. Se lo había prometido a su hermana. Sanshiro se puso muy contento. Llevaba puesta su nueva gorra de universitario de cuatro puntas y le agradaba la idea de que le vieran con ella en el hospital. Cuando salió de casa de Nonomiya tenía una sonrisa hasta las orejas. Al bajarse en la estación de Ochanomizu, decidió parar un rickshaw. Eso era algo que el antiguo Sanshiro no habría hecho ni borracho. El sonido de la campana del edificio de Derecho y Literatura coincidió con su entrada triunfal por la Puerta Roja. En un día normal ahora estaría entrando en el aula número 8 con su cuaderno de apuntes y su tintero, pero hoy no le haría daño perderse una clase o dos. Prefirió presentarse directamente en la puerta principal del ala Aoyama del hospital. Recorrió el vestíbulo, dobló a la derecha en la segunda intersección, luego a la izquierda al final del segundo

vestíbulo y allí estaba, la segunda habitación de la derecha. «YOSHIKO NOMOMIYA», rezaba la negra placa que había junto a la puerta. Después de leerla, siguió plantado delante del umbral. Recién llegado del pueblo, donde todo lo que tenía que hacer era pasar directamente, un golpecito con los nudillos habría sido demasiado refinado para él. «La chica que está tras esta puerta es la hermana de Nonomiya. ¡Se llama Yoshiko!», pensó. Tenía muchas ganas de ver el rostro que le aguardaba detrás de la puerta, pero odiaba pensar que pudiera decepcionarle. Le preocupaba porque la cara que él había pintado en su imaginación no guardaba ningún parecido con el de su amigo Sohachi Nonomiya. Una enfermera venía hacia él. Escuchaba el sonido de sus sandalias acercándosele por detrás. Sanshiro dio un paso adelante y abrió la puerta hasta la mitad, con la mano derecha agarrando aún el pomo de la puerta, y entonces se encontró cara a cara con la joven. Tenía los ojos grandes, la nariz estrecha y los labios finos. Su amplia frente y su barbilla afilada le daban el aspecto de un recipiente grande y con una gran abertura. Esto fue todo lo que percibió de ella en un primer momento, pero la expresión que destellaba en su mirada era algo que no había visto nunca. Apreció la abundante cabellera negra peinada hacia atrás desde la frente pálida, derramándose a su aire hasta más abajo de los hombros. El sol de la mañana fluía como un río desde la ventana que daba al este, justo detrás de ella, y donde la melena y la luz se tocaban formaban a su alrededor un halo de llamas violáceas. Sobre el rostro y la frente caía una sombra muy oscura que los hacía aparecer muy pálidos por contraste. Los ojos parecían mirar abstraídos a lo lejos. Una nube muy alta nunca se mueve en las profundidades del cielo, y aun así tiene que hacerlo. Pero ese movimiento es como un lento desmoronarse. La mirada de la joven le dio esa misma impresión a Sanshiro. Encontró en ella una combinación de lánguida melancolía y viveza manifiesta. Percibió esta impresión de ver unidas en ella dos facetas tan distintas como una de las más preciosas muestras de la vida humana; fue aquel un gran descubrimiento. Aún aferrado al pomo de la puerta, con su cara oscurecida a medias por la sombra de la puerta, Sanshiro se dejó llevar por el momento. —Pase, por favor. Sonó como si ella le hubiera estado esperando. Había en su voz una calma que no suele ser muy habitual cuando una mujer ve a un hombre por vez primera. No podría haberse dirigido a él de esta manera a menos que hubiera sido aún una niña inocente, o bien una mujer que lo supiera ya todo sobre los hombres. Pero aun así no estaba actuando de un modo excesivamente familiar; era como si ambos se hubieran convertido en viejos amigos desde el primer momento. Ella le sonrió, y la palidez de sus mejillas adquirió, con ese movimiento, una especie de calidez nostálgica. Los pies de Sanshiro echaron a andar solos hacia el interior de la habitación, y de repente le vino a la cabeza la sombría figura de su madre, que estaba tan lejos de él, en su casa, allá en el pueblo. Cuando la puerta se cerró detrás de él, se dio cuenta de que en la habitación había alguien más. Una mujer de unos cincuenta años, que parecía haber dejado su asiento para esperar de pie a que él saliera de la sombra que había más allá de la puerta, se le aproximó para darle la bienvenida. —Es usted el señor Ogawa, ¿no es así? Magnífico, no había sido necesario que él hablara primero. La mujer tenía un cierto aire al propio Nonomiya, pero también guardaba cierto parecido con su hija. Eso era todo. Sanshiro le tendió el paquete cuya entrega le habían encomendado. La mujer lo cogió y le dio ceremoniosamente las gracias. Ofreciéndole su propia silla, rodeó la cama para situarse al otro lado. El colchón, observó Sanshiro, estaba cubierto por una sábana de un blanco purísimo. La colcha también era del mismo color y estaba doblada por la mitad en

un determinado ángulo. La joven se sentó en el borde de la cama como evitando el grosor del doblez. La ventana quedaba a su espalda. Sus piecitos no tocaban el suelo. Tenía cogidas un par de agujas de tejer. Un ovillo de lana había rodado debajo de la cama haciendo que de las manos de ella saliera una larga y delgada línea roja. Sanshiro pensó en alcanzarle el ovillo, pero a ella no parecía importarle que estuviera donde estaba, así que refrenó su impulso. Desde su lado de la cama, la madre estaba dándole las gracias efusivamente por lo que había hecho la noche anterior. Sabía lo ocupado que debía estar. En absoluto, dijo Sanshiro; de todas formas no tenía otros planes. Yoshiko, mientras tanto, asistía callada a la conversación. De pronto se dirigió a Sanshiro: —¿Se enteró usted del suicidio de anoche? Sanshiro vio que en un rincón de la habitación había un periódico abierto. —Sí —dijo. —Debió de ser horrible... —dijo ella, mirando a Sanshiro con la cabeza inclinada a un lado. Su cuello era largo, como el de su hermano. Sanshiro admiró la curva de su cuello sin responder, en parte porque la afirmación había sido muy simple, en parte porque había olvidado su réplica. La joven pareció notar su actitud y se enderezó rápidamente. Un leve rubor cubrió sus mejillas. Sanshiro decidió que era el momento de marcharse. Se despidió y salió de la habitación. Doblando la última esquina, divisó el cuadrado brillante de la entrada al final del largo pasillo, y la silueta de una muchacha de pie justo en el lugar donde los reflejos verdes se esparcían por el suelo. Era la joven del estanque. Sobresaltado, Sanshiro alteró el suave ritmo de su marcha. La oscura sombra de la joven, pintada sobre el lienzo transparente del aire, se movió entonces un paso hacia delante. Sanshiro, a su vez, se movió para acercarse un poco más, como atraído por un imán. Los dos se fueron aproximando, destinados a cruzarse en algún punto del estrecho pasillo. De pronto la joven miró hacia atrás. En el claro espacio frente a ellos solo se divisaba el verde etéreo del incipiente otoño. Nada se interpuso en el recuadro en respuesta a la mirada de ella, ni nada allí parecía augurar que fuera a ocurrir. Sanshiro utilizó aquel momento para grabar en su mente la postura de la joven y su vestimenta. No tenía ni idea del nombre que tendría el color de su kimono. Era como la sombra del reflejo de los árboles de hoja perenne en el estanque de la universidad. Rayas de un color más vivo recorrían toda su extensión de arriba abajo. Durante su recorrido, se movían formando olas, juntándose, separándose, solapándose para formar líneas más gruesas, separándose en rayas gemelas. Un ancho *obi* cruzaba el diseño irregular pero no caótico, cortándolo a un tercio de su longitud. El *obi* le aportaba calidez. Contenía un toque de amarillo. El hombro de la joven se movió hacia atrás cuando se dio la vuelta, mientras que su mano izquierda, descansando en su cadera, se movió hacia delante. En ella llevaba un pañuelo. La tela bajo sus dedos se extendió levemente. Era seda. Desde la cadera hacia abajo no se movió. Al final, volvió a mirar de frente. Con los ojos bajos, se movió otros dos pasos en dirección a Sanshiro, y repentinamente levantó la cabeza para mirarle fijamente. Sus ojos estaban bien dibujados, los rabillos alargados hasta las mejillas, los párpados con suaves pliegues. Los ojos eran vivaces bajo unas cejas extraordinariamente negras. Ahora podía ver también sus bonitos dientes. El contraste entre los dientes de la joven y el color de su piel fue, para Sanshiro, algo inolvidable. Hoy llevaba un ligero rastro de polvos de arroz. No tenía el mal gusto, de todas formas, de ocultar la piel de debajo. Con su destello de color, la tersa piel se mostraba como si no hubiera sido mancillada por la despiadada luz del sol, y ella le había dado solo el más leve toque de polvos. La cara no brillaba. La carne —la mejilla, la mandíbula— era firme, sin haber más que la necesaria sobre los huesos. Y aun así la impresión global era

la de un rostro blando. Parecía que los mismos huesos, en sí, eran blandos. Era un rostro que daba sensación de gran profundidad. La joven se inclinó ante Sanshiro. Él se sorprendió ante esta muestra de cortesía por parte de alguien a quien no conocía, y se sorprendió aún más ante la gracia con que lo había hecho. Se dobló hacia delante desde la cintura tan suavemente como una hoja de papel flotando en la brisa, y muy deprisa. Entonces, alcanzando cierto ángulo, paró con sencillez y precisión. No era algo que le hubieran enseñado. —Disculpe... La voz brotó entre las dos hileras blancas de sus dientes. Era cortante pero tenía una generosidad casi aristocrática —en absoluto el tipo de voz que preguntaría si un castaño daría frutos en pleno verano. Sanshiro no mostró haberse dado cuenta de ello. —¿Sí? —contestó parando en seco. —¿Podría decirme dónde está la habitación número quince? Sanshiro acababa de salir de ella. —¿La habitación de la señorita Nonomiya? —Sí... —Doble aquella esquina, vaya hasta el final del vestíbulo, de ahí a la izquierda, y ahí está. Es la segunda habitación de la derecha... —¿Doblando aquella esquina...? —preguntó ella señalando con un delgado dedo. —Sí, esa esquina, justo ahí delante. —Muchas gracias. La joven echó a andar. Sanshiro se quedó mirándola mientras se alejaba. Ella llegó a la esquina y, en el momento en que iba a torcer, miró hacia atrás. Pillado por sorpresa, él se sonrojó. La joven sonrió y le preguntó con la mirada: «¿Era esta la esquina?». Él se encontró asintiendo con la cabeza. La sombra de la joven se movió hacia la derecha y se ocultó en la blancura de la pared. Sanshiro caminó distraídamente hasta la puerta principal. Dio cinco o seis pasos, pensando que seguramente ella le había confundido con un estudiante de medicina cuando le preguntó por la habitación de Yoshiko. Entonces se dio cuenta. ¡Tenía que haberle enseñado el camino! Pero no tuvo el valor necesario para volver ahora sobre sus pasos. Resignado, dio unos cuantos más, y esta vez se detuvo en seco. Una imagen de la cinta de pelo de la joven cruzó su mente. Su color y su textura eran exactamente los mismos que los de la cinta que había comprado Nonomiya en el Kaneyashu. Sus piernas de pronto se volvieron muy pesadas. Mientras se arrastraba trabajosamente por delante del edificio de la biblioteca hacia la puerta principal Yojiro apareció de la nada y le llamó: —¡Eh, Sanshiro! Tenías que haber venido a clase hoy. Hubo una charla sobre cómo los italianos comen macarrones. —Le alcanzó y le palmeó el hombro. Anduvieron juntos un trecho. Cuando se acercaban a la puerta principal Sanshiro preguntó: —¿Las chicas llevan cintas en el pelo incluso en esta época del año? Creía que se las ponían solo cuando hacía calor... Yojiro soltó una estruendosa carcajada. —Mejor pregúntale sobre eso al profesor O***. Es un experto en todo. Yojiro no se lo tomaría en serio. Cuando llegaron a la puerta principal Sanshiro se paró en seco y dijo que se encontraba mal. Prefería no ir a clase. Yojiro se dio la vuelta entonces y se alejó en dirección al aula, diciéndose entre dientes que había sido un idiota por acompañar hasta tan lejos a Sanshiro.

Capítulo IV

Desde aquel día, Sanshiro empezó a notar el ánimo agitado. Los ponentes de sus clases parecían hablarle desde muy lejos. En los días malos incluso olvidaba anotar sus comentarios más esenciales, y en los peores momentos sentía que estaba escuchando con las orejas prestadas de un extraño. ¡Todo era tan estúpido...! Acudía a Yojiro en su desesperación. Qué aburridas eran las clases de estos días, le decía. La respuesta de Yojiro siempre era la misma: —Las lecciones no tienen por qué ser interesantes. Eres un chico de pueblo, así que has mantenido esa idea absurda todo este tiempo, esperando grandes cosas de los profesores. ¡Vaya estupidez! Las clases han sido así desde siempre, no tiene sentido decepcionarse ahora. —No es exactamente así... —intentaba explicarse Sanshiro, pero en vano. Su desesperante lentitud de palabra contrastaba cómicamente con la labia de Yojiro. Para cuando este diálogo se había repetido ya dos o tres veces, había pasado casi medio mes. Ahora fue Yojiro quien se encaró con él: —Tienes una mirada rara últimamente. Es la cara de un hombre que está cansado de vivir... Una expresión como *fin de siècle*. Por toda respuesta a esta crítica, Sanshiro volvió a contestar: —No es exactamente así... Las expresiones como *fin de siècle* no tenían para él ningún poder de fascinación; nunca había respirado suficientemente la atmósfera de lo artificial. Tampoco podía usar esas expresiones como juguetes, o por diversión, tan alejado como estaba de la afectación. Pero en cambio «cansado de vivir», ¡esa sí fue una frase que le encantó! Ahora que lo pensaba, a lo mejor se había estado sintiendo cansado desde antes de lo que él creía. Su diarrea podía no ser la única causa. Pero no llevaba un estilo de vida tan a la moda como para ser capaz de adoptar la expresión de profundo desencanto y hastío de rigor. Y de esta forma esta conversación terminó sin ir más allá. Pronto el otoño estuvo en todo su apogeo, la estación en que el apetito se acelera y en la que un joven de veintitrés años no puede de ninguna manera estar cansado de la vida. Sanshiro salía a menudo. Daba muchos paseos alrededor del estanque de la universidad, pero eso no sirvió para mejorar su estado. Pasó por delante del hospital universitario también muy a menudo, pero solo se cruzó con seres humanos corrientes y molientes. Fue al sótano de Nonomiya para preguntarle por su hermana y se encontró con la noticia de que esta había abandonado ya el hospital. Pensó mencionar a la joven que había visto en la entrada, pero Nonomiya parecía estar ocupado y Sanshiro se contuvo. No había ninguna prisa; podía enterarse de todo lo referente a ella la próxima vez que visitara Okubo, así que se marchó del sótano en cuanto pudo. Inquieto, echó a andar por las calles. Tabata, Dokanyama, el cementerio de Somei, la cárcel de Sugamo, el templo Gokokuji... Sanshiro anduvo hasta el Yakushi en Arai. Desde allí, decidió desviarse por el camino de Okubo y así visitar a Nonomiya, que ya habría llegado a su casa, pero tomó una calle equivocada cerca del crematorio de Ochiai y acabó en Takata. En Mejiro tomó el tren para volver a casa. Por el camino, se comió casi todas las castañas que había comprado como regalo para Nonomiya, y de las pocas que quedaban daría buena cuenta Yojiro al día siguiente cuando fue a visitarlo. Sanshiro se sentía inquieto, pero era la suya una inquietud leve y abstracta, y cuanto más la sentía más satisfecho estaba de ella. Se había concentrado demasiado en

serio en sus estudios al principio, hasta el punto de que apenas podía oír bien las clases para tomar apuntes, pero ahora solo las escuchaba a medias; en realidad la diferencia, comprendió, no era mucha. Reflexionaba sobre todo tipo de cosas durante las lecciones. Ya no le preocupaba si se perdía de vez en cuando. Se dio cuenta de que los otros estudiantes hacían lo mismo, Yojiro incluido, así que acabó pensando que seguramente con eso bastaría. En ocasiones, mientras dejaba vagar su pensamiento, le venía a la mente el episodio de la cinta. Eso le molestaba hasta fastidiarle el humor. En algunos momentos pensó en salir corriendo hacia Okubo, pero gracias a las asociaciones de su imaginación y a los estímulos del mundo exterior, ese sentimiento pronto se desvaneció. La mayor parte del tiempo se lo pasaba despreocupado. Soñaba. La visita a Okubo nunca llegó a producirse. Una tarde que Sanshiro había salido a dar una vuelta por la ciudad como de costumbre, dobló a la izquierda en lo alto de Dangozaka y fue a desembocar a la amplia avenida de Sendagi Hayashi-cho. En aquellos días, el magnífico tiempo otoñal hacía que los cielos de Tokio parecieran tan profundos como los de la campiña. Solo pensar que uno estaba viviendo bajo semejante cielo era ya suficiente como para que la mente se le despejase. Salir a campo abierto hacía que todo fuera simplemente perfecto: los sentidos se relajaban y el espíritu se ensanchaba tanto como el mismo cielo. Por todo aquello, el cuerpo adquiría una nueva firmeza que no tenía nada que ver con el placentero y despreocupado relajo de la primavera. Mirando los setos a uno y otro lado de la calle, Sanshiro aspiró el perfume otoñal de Tokio por primera vez en su vida. La exposición de muñecas de crisantemos se había inaugurado en Dangozaka hacía dos o tres días. Sanshiro se había fijado en unos cuantos carteles al doblar a la izquierda en lo alto de la pendiente, y ahora solo podía oír los gritos lejanos, el retumbar de los tambores y el tañido de las campanas. Los ritmos flotaban lentamente hacia lo alto de la colina y, cuando se habían dispersado ya completamente en el claro aire del otoño, se convertían al final en ondas casi imperceptibles. Los ecos empujados por estas ondas continuaron adentrándose en levísimas oleadas hasta los tímpanos de Sanshiro y allí se detuvieron. Todo lo que quedó del bullicio fue una sensación enormemente placentera. Justo entonces dos hombres aparecieron por un lado de la calle y uno de ellos se dirigió a Sanshiro. Comprobó que uno de ellos era Yojiro. Había cierto matiz de circunspección en la voz de su amigo aquel día, pero bueno, también podía ser porque tenía compañía. Cuando vio a la otra persona que caminaba con él, sus suposiciones quedaron confirmadas: efectivamente, se trataba del mismo hombre que bebía té en el Aokido, el profesor Hirota en persona. Sanshiro había tenido una extraña conexión con aquel hombre desde la primera vez que se vieron en el tren, mientras él comía melocotones. El tipo había quedado fijado en su memoria con una tenacidad particular cuando, bebiendo té y fumando cigarrillos, había hecho que Sanshiro huyera del Aokido rumbo a la biblioteca. Persistió en Sanshiro la sensación de otras veces: la cara del tipo le recordaba a la de un sacerdote sintoísta, solo que con una nariz occidental pegada encima. Aquel día, de nuevo, llevaba puesto el traje de verano con que lo vio la última vez. Aun así, no parecía sentir frío. Sanshiro se esforzó por encontrar alguna muestra de cortesía apropiada para la ocasión, pero había pasado demasiado tiempo; no se le ocurría qué decir, así que sencillamente se quitó el sombrero y se inclinó. Esto fue demasiado educado para Yojiro, pero muy cortante para Hirota, por lo que el término medio elegido no resultó adecuado para ninguno de los dos. —Este es un compañero mío —dijo Yojiro—. Ha llegado hace poco a Tokio desde Kumamoto. —¡El muy bocazas tenía que mencionar el origen

pueblerino de Sanshiro! Luego se dirigió a Sanshiro: —Y este es el profesor Hirota. Enseña en el Instituto. Y de este modo, con toda sencillez, despachó las presentaciones. —Ya le conozco, ya le conozco... —respondió el profesor Hirota. Esto hizo que Yojiro les lanzara a ambos una mirada de extrañeza. Decidió cambiar de tema: —¿Sabes de alguna casa que esté en alquiler en este vecindario? Preferimos una grande, en buen estado, con una habitación para un inquilino estudiante. —¿Casas? Hum, no creo... Ah, pero sí. Ahora que lo pienso sé de una. —¿Dónde? No queremos nada decadente o venido a menos, ya sabes... —No te preocupes, es muy buena. Tiene un gran portalón de piedra en la entrada. —Genial, ¿no le parece? —dijo dirigiéndose a Hirota—. ¡Un portalón de piedra, profesor! ¡Fabuloso! ¡Vamos a quedárnosla! —Nada de portalones de piedra —dijo el profesor. —¿Cómo que nada de portalones de piedra? ¿Por qué no? —Porque lo digo yo, y punto. —¡Pero impresionan tanto...! ¡Piénselo, pareceríamos marqueses! Yojiro estaba serio; Hirota, en cambio, se sonreía. Al final, el lado serio prevaleció: al menos echarían un vistazo al lugar. Sanshiro les guió. Volvieron sobre sus pasos hasta una callejuela. Unos setenta metros al norte había un camino que parecía acabar en un callejón sin salida. Sanshiro entró el primero. Al final se encontraba la puerta de entrada de una especie de caseta de jardinero. Pararon a unos cuantos pasos de la entrada. Dos columnas de granito de buen tamaño se levantaban a la derecha, sujetando una verja de hierro. Aquí era, indicó Sanshiro. Y, de hecho, había allí un letrero que decía que la casa estaba en alquiler. —Échele un vistazo, ¿quiere? —dijo Yojiro, empujando con fuerza la verja de hierro. Estaba cerrada con llave—. Espere un minuto —dijo—. Iré a preguntar. Yojiro salió corriendo hacia el interior de la tienda. Abandonados como un par de desechos, Hirota y Sanshiro iniciaron una conversación. —¿Y bien? ¿Qué te parece Tokio? — Bueno... —No es más que un lugar enorme y sucio, ¿no es así? —Bueno... —Estoy seguro de que no has encontrado nada todavía que se pueda comparar al monte Fuji. Sanshiro se había olvidado completamente de monte Fuji. Ahora que lo pensaba, la montaña, tal como la había visto desde la ventanilla del tren mientras escuchaba los comentarios del profesor Hirota, era algo que emanaba nobleza. No había manera alguna de compararla con el caótico revoltijo en que se había convertido el mundo dentro de su cabeza, y estaba avergonzado de sí mismo por haber dejado que aquella primera impresión se desvaneciese. Justo entonces Hirota le lanzó una pregunta inesperada. — ¿Ha intentado traducir el monte Fuji? —¿Traducir...? —Es divertido. Cada vez que uno intenta traducir en palabras la Naturaleza, esta se convierte de repente en algo humano. «Noble», por ejemplo, o «grandioso», o «heroico». Sanshiro se dio cuenta de lo que quería decir el profesor con traducir. —Siempre tomas una palabra que tiene que ver con el carácter. La naturaleza no tiene la más mínima influencia sobre el carácter de alguien que no puede traducir por sí mismo la naturaleza a un carácter. Sanshiro esperó en silencio a que el profesor soltase el resto de su parlamento, pero Hirota había acabado. Miró hacia la tienda y masculló: —¿Qué estará haciendo Sasaki ahí dentro? Me da la impresión de que tarda mucho... —¿Quiere que entre a ver? —No. Por mucho que alguien entrase a buscarlo, no saldría. Será mejor que le esperemos aquí fuera. Es menos molesto. Se puso en cuclillas junto al seto y empezó a dibujar en el polvo con un guijarro. ¡He ahí un hombre que se tomaba la vida sin complicaciones! En esto llegaba hasta el nivel de Yojiro, pero en el sentido contrario. Justo entonces Yojiro gritó desde el otro lado de los pinos del jardinero: —¡Profesor Hirota! El profesor siguió dibujando. Sanshiro adivinó algo que parecía un faro. Al ver que no contestaba, Yojiro se vio obligado a salir

fuera. —Profesor, entre y eche un vistazo. ¡Está bien de verdad! Todo el lugar es del jardinero. Podría haberle pedido que abriera la verja, pero creo que será más rápido entrar por detrás. Rodearon la caseta y una vez dentro de la casa anduvieron de habitación en habitación abriendo las contraventanas que habían colocado para las tormentas. Era una buena casa, en la que cualquiera de clase media podría vivir sin avergonzarse. El alquiler era de cuarenta yenes, aunque había que dejar un depósito de tres meses. Salieron de nuevo. —¿Para qué molestarnos en mirar una casa tan buena? —dijo Hirota. —¿Por qué no? ¿Qué hay de malo en mirar sin más? —respondió Yojiro. —Sabes que no vamos a quedarnos la casa... —Pero yo me la iba a quedar. Es solo que él no estaba dispuesto a alquilárnosla por veinticinco yenes. Hirota solo dijo: —Pues claro que no... Yojiro entonces empezó a contarles la historia del portalón de piedra. Hasta hacía poco, había pertenecido a la mansión de uno de los patrones del jardinero. Hasta que los dueños decidieron poner una verja nueva, y regalarle el portalón a su empleado. Yojiro, como era de esperar, había estado haciendo algunas pesquisas de lo más extrañas. De nuevo en la calle principal, descendieron por la cuesta que iba desde Dozaka hasta el barrio de Tabata. Para cuando llegaron al pie de la colina, los tres se habían olvidado ya de mirar casas y se limitaban a pasear tranquilamente. Yojiro, aun así, hacía de vez en cuando un comentario casual sobre el dichoso portalón de piedra. Traerlo desde Kojimachi hasta Sendagi había costado cinco yenes, dijo. El jardinero tenía que ser un tipo muy rico. ¿Quién alquilaría una casa en un lugar como ese por cuarenta yenes? Yojiro concluyó que lo más seguro es que tendría que bajar el alquiler cuando se diera cuenta de que nadie se quedaba con la casa; cuando eso pasara, quizás deberían volver y regatear con el jardinero. Hirota no parecía compartir su punto de vista sobre la situación. —Piensa en todo el tiempo que has desperdiciado hablando de tonterías con ese tipo. Tendrías que haberte limitado a hacer tus averiguaciones y luego largarte. —¿Tanto tiempo estuve ahí dentro? Por cierto, cuando salí le vi haciendo dibujitos en el suelo, profesor. No soy el único desocupado que hay por aquí... —Puede que tú lo seas un poco más que yo. — Bueno, ¿y qué es lo que andaba dibujando? Hirota no contestó. Sanshiro entonces, con una expresión seria en su cara, dijo: —Era un faro, ¿verdad? El artista y Yojiro soltaron una carcajada. —¡Un faro! Esa sí que es buena. Estaba dibujando a Sohachi Nomomiya, ¿verdad? —¿Qué quieres decir? —Nonomiya brilla con fuerza en el extranjero, pero en Japón es un personaje oscuro como la noche; ni un alma le conoce. Se encierra en ese sótano durante un sinfín de horas y recibe a cambio un mísero salario. No es el suyo un negocio que dé mucho dinero, vaya. Me rompe el corazón verle... —Lo mejor que puedes hacer en la vida, Sasaki, es arrojar al menos un poquitín de luz a tu alrededor cuando te sientas: quizá medio metro en todas direcciones. Eres como un farolillo de papel. Después de ser comparado con un cachivache pasado de moda, Yojiro se dirigió de repente a Sanshiro y preguntó: —¿Cuándo naciste, Ogawa? ¿En qué año Meiji? Sanshiro se limitó a responder: —Tengo veintitrés años. —Lo que yo pensaba. Profesor, de verdad que odio las cosas como esa: los farolillos de papel, y esas pipas esmirriadas que solían fumar en el periodo Edo.¹⁵ Quizá es porque yo nací después del año quince Meiji pero, no sé, las cosas pasadas de moda como esas me molestan. ¿Qué me dices de ti, Ogawa? —A mí no me molestan demasiado. —Claro, por supuesto, tú acabas de llegar de Kyushu. Tu mente todavía es como si estuviera en el año uno Meiji. Ni Sanshiro ni Hirota encontraron nada que decir al respecto. Un poquito más allá había un viejo templo, cerca del cual habían talado un bosquecillo de cedros y habían preparado la tierra para hacer

sitio a una casa pintada de azul de estilo occidental. Hirota se quedó parado mirando al templo y al edificio pintado. —Vaya anacronismo. Tanto el mundo material como espiritual de Japón son esto mismo. Los dos conoceréis el faro de Kudan, seguro. Otra vez el tema de los faros. —Es un monumento muy, muy antiguo. Lo podéis encontrar en la *Guía ilustrada de las atracciones de Edo*. —¡Oh, venga ya, profesor! Pase que el faro de Kudan lleve ahí plantado un buen tiempo, pero es imposible que salga en la *Guía Edo*. ¡Eso significaría que tiene más de cien años! El profesor Hirota se rió. Dijo que le habían venido de repente a la cabeza una serie de grabados titulados «Atracciones de Tokio»,¹⁶ y a continuación se lanzó a disertar sobre las construcciones de ladrillo modernas, como el Club Militar, que a alguien se le había ocurrido plantar junto a edificios supervivientes de otras eras, como el faro. A pesar de que el resultado era bastante absurdo, nadie parecía darse cuenta de ello. No les resultaba especialmente chocante, y esto era lo verdaderamente representativo de la sociedad japonesa. Los dos jóvenes no pudieron por menos que rendirse ante los argumentos del profesor y ahí se quedó la cosa. Unos cuantos cientos de metros después, se toparon con una gran verja de color negro. Yojiro sugirió que pasaran por allí para atajar hacia Dokanyama. ¿Sería conveniente?, se preguntaron los otros. Por supuesto, insistió Yojiro, esta era la villa de recreo de los Señores Satake;¹⁷ todo el mundo atajaba por allí. Entraron y dejaron atrás un bosquecillo. Cuando llegaron a la cerca de un antiguo estanque, apareció un guarda que les gritó que se marcharan inmediatamente. Yojiro ofreció sus disculpas más serviles. Llegaron a Yanaka y atravesaron Nezu. Sanshiro aterrizó en su pensión, en Hongo, cuando el sol ya declinaba. Para él, había sido uno de esos días en los que uno se despreocupa y se limita a vivir; de hecho, que él recordara, aquel día había batido todos los récords en lo que a despreocupación se refería. Yojiro no apareció por la facultad al día siguiente. Sanshiro pensó que vendría a clase por la tarde, pero no lo hizo. Tampoco pudo encontrarlo en la biblioteca. De cinco a seis, Sanshiro fue a la clase que se impartía de modo conjunto para todos los estudiantes de literatura. El lugar estaba demasiado oscuro para pensar en tomar apuntes, aunque todavía era pronto para encender las luces. Esta era la hora en la que los enormes olmos de aguas que se divisaban por las altas y estrechas ventanas empezaban a oscurecerse. En el interior del aula, las caras de los estudiantes y del ponente estaban igualmente difuminadas, lo que le daba a todo una atmósfera en cierto modo mística, como cuando uno se come un *manju*¹⁸ en la oscuridad. Encontró extrañamente placentero el no poder entender la lección. Mientras escuchaba distraído, con la mejilla apoyada en una mano, sus sentidos se iban embotando poco a poco, y empezó a quedarse dormido. Era esto, sintió, lo que hacía que las clases valieran la pena. Justo entonces las luces se encendieron de repente y las cosas cobraron una nueva medida de claridad. Repentinamente sintió ganas de volver a casa y cenar. El profesor también entendió cómo se debía de sentir todo el mundo e improvisó un final para su charla. Sanshiro anduvo rápidamente de vuelta a Oiwake. Se había cambiado de ropa y sentado frente a la mesa baja que habían traído a su cuarto. Al lado de su cena había una carta. Por el sello supo que era de su madre. Por mucho que le pareciera inexcusable, tenía que reconocer que en las dos últimas semanas no había dedicado un solo pensamiento a su madre. Además, en los últimos dos días, a pesar de los anacronismos, del carácter del monte Fuji y de aquella clase tan mística, por su cabeza no había revoloteado siquiera una sombra de la joven misteriosa. Se sintió bastante satisfecho de no haber sucumbido. Leería la carta de su madre después, cuando no pudiera ser interrumpido por distracciones. Así que se dedicó a

dar buena cuenta de su cena y luego se fumó un cigarrillo. La visión de las volutas le trajo a la cabeza la clase a la que había asistido aquella misma tarde. Entonces apareció Yojiro, dejándose caer como quien no quiere la cosa. Sanshiro le preguntó por qué no había ido a la facultad. Estaba tan ocupado buscando casa, le respondió el atribulado Yojiro, que ahora mismo la facultad era la menor de sus preocupaciones. —¿Pero tanta prisa te corre mudarte? —¿Cómo que tanta prisa? Teníamos que habernos mudado el mes pasado, pero nos dejaron quedarnos hasta el día del cumpleaños del Emperador. Y es pasado mañana. Así que, sea como sea, tenemos que encontrar alojamiento o nos quedaremos en la calle. Por cierto, ¿no conocerás algún sitio? Si sabía que iba a estar tan apurado hoy, ¿cómo había podido desperdiciar todo el día anterior como lo hizo? En vez de buscar casa, parecía como si hubiera optado por pasar el día deambulando por ahí sin dar ni palo. Aquello estaba más allá de la capacidad de comprensión de Sanshiro. Yojiro insistió en que si se había comportado así, era porque los acompañaba el profesor. — Jamás debería haberse metido en este asunto de mirar casas. Nunca antes lo había hecho. Para mí que ayer le pasaba algo. Fue por su culpa por lo que nos gritaron de esa forma en la villa Satake. Aquello fue terriblemente embarazoso, vaya si lo fue... Oye, ¿estás seguro de que no sabes de ningún sitio...? Y de repente, ahí estaban de nuevo hablando de casas sin parar. Esta parecía, de hecho, la única razón por la que Yojiro había venido a visitarlo. Sanshiro trató de sacarle algún detalle más acerca de por qué tenían que mudarse tan pronto. El maldito extorsionador de su casero le enfurecía con la manera que tenía de subirles cada vez más y más el alquiler, dijo Yojiro, así que él le había dicho que se marcharían de allí de inmediato. Por tanto, en realidad era culpa suya. —Fui hasta Okubo esta mañana, pero tampoco había mucho que ver por allí. Mientras estaba en Okubo aproveché para pasarme a visitar a Yoshiko. Todavía se la ve un poco pálida, es una de esas bellezas enfermizas. Por cierto, te envía recuerdos de su madre. El vecindario ha estado bastante tranquilo desde que estuviste allí; nadie se ha suicidado. Yojiro revoloteaba de un asunto a otro. Nunca había sido bueno en aquello de centrarse en una sola cosa, y hoy estaba especialmente agitado debido al problema que tenía con su casa. Cuando agotaba el tema de conversación que tocaba, preguntaba a Sanshiro, como si se tratase de un estribillo, si no sabría de algún sitio donde pudiera meterse. Al final, Sanshiro no pudo evitar echarse a reír. A medida que pasaba el tiempo, parecía claro que Yojiro no iba a mover su trasero del suelo. Se le veía muy cómodo allí sentado. —¿Qué demonios, yo no tendría que estar buscando casa por todas partes como un desesperado! No me lo merezco. ¿Cómo decía aquel poema...? Ah, sí: «El otoño es la estación más adecuada para leer libros; hace fresco y las noches son largas». Sonrió a Sanshiro. Por alguna razón en especial, el siguiente tema de conversación resultó ser el profesor Hirota. —¿Cuál es el nombre de pila del profesor? —Cho. Es un caso poco habitual. Me pregunto si saldrá siquiera en el diccionario. Se supone que es el nombre de un tipo de fruta que los chinos llaman «melocotón ovino». ¹⁹ La verdad es que le colgaron un nombre bien raro, al pobre. —¿Y dices que es profesor en el Instituto? —Eso es. Desde la noche de los tiempos. Ya es algo, ¿no? Diez años se pasan como un día, dicen, pero él debe llevar ahí sus buenos doce o trece años. —¿Tiene hijos? —¿Hijos, dices? Es soltero. Esto fue toda una sorpresa para Sanshiro. ¿Era posible permanecer soltero tanto tiempo? —¿Y por qué no se ha casado? —Eso es precisamente lo que hace que el profesor sea el profesor. No lo parece a primera vista, pero se trata de uno de los mayores teóricos que conozco sobre el tema. No le hace falta casarse para saber que tener una esposa no le

haría ningún bien. Dice que su teoría prueba esto de antemano. ¡Es ridículo! Por eso está tan lleno de contradicciones. Siempre está diciendo lo horroroso que es Tokio, pero cuando ve un buen portalón de piedra se lleva un susto de muerte. «Nada de portalones de piedra», dice, o «este sitio es demasiado bueno para nosotros». —Bueno, pues entonces quizá debería casarse con uno de sus experimentos. —Podría acabar gustándole la idea. ¿Quién sabe? —Veo que suele hablar sobre lo sucio que está Tokio y lo feos que son los japoneses, pero ¿ha estado alguna vez en el extranjero? —¿Estás de broma? ¿El profesor Hirota? Es como es porque su mente se ha desarrollado más que ninguna otra cosa que te puedas imaginar en este mundo. Una cosa que sí que hace es estudiar Occidente en fotografías. ¡Tiene muchísimas! El Arco del Triunfo en París, las Casas del Parlamento en Londres, y toma la medida de Japón cotejándolo todo con esas fotografías que colecciona. *Y por supuesto*, Japón sale mal parado con la comparación. Y entretanto, puede estar viviendo perfectamente en una choza infecta, que no le importará un comino. Es algo muy extraño, la verdad... —Con decirte que yo le conocí en un vagón de tercera clase... —Iría quejándose de lo asquerosamente desastroso que era todo. —No, no dijo gran cosa en ese sentido. —De cualquier forma, el profesor Hirota es un filósofo, ya sabes. —¿Es eso lo que enseña? —No, en el instituto lo único que enseña es inglés. Pero lo que es interesante acerca de él es que sostiene que el hombre en sí está hecho de filosofía. —¿Ha publicado algo? —Nada. Escribe un ensayo de vez en cuando, pero nada de lo que hace tiene ninguna repercusión. No puede seguir así. ¿Para qué lo hace si nadie sabe ni quién es? Me llamó farolillo de papel, pero él es el profesor mismo quien vive sumido en una oscuridad inmensa. —Debería intentar salir al mundo y hacerse un nombre. —¿Hacerse un nombre, dices? El tipo no es siquiera capaz de sobrevivir por sí mismo. No haría tres comidas al día si yo no estuviera al quite. Sanshiro soltó una estruendosa carcajada, como dando a entender que Yojiro decía tonterías. —¡Es la verdad! Es penoso lo poco que se preocupa por el día a día. Tengo que ser yo el que da las órdenes a la criada si quiero que las cosas estén hechas como a él le gustan. Pero eso no es nada: estoy planeando empezar a moverme en serio para encontrarle un buen puesto en la universidad. ¡Yojiro no bromeaba! Sanshiro estaba asombrado, pero eso no cambiaba las cosas para su amigo, que siguió hablando, y dejando que Sanshiro se tragara él solo su sorpresa. Concluyó con una petición. —No olvides venir a ayudarnos con la mudanza, ¿lo has entendido? Sonaba como si tuviera elegida su nueva residencia desde hacía tiempo. Eran cerca de las diez cuando Yojiro se marchó a su casa. Solo ahora, Sanshiro notó que se sentía súbitamente destemplado. Se dio cuenta de que la ventana que había al lado de su mesa estaba abierta. Deslizando el panel de papel hacia atrás descubrió la luna brillando esplendorosamente en el cielo nocturno. Un árbol se elevaba al otro lado de la ventana. Este árbol le molestaba cada vez que posaba la vista en él, especialmente esa noche en que la luz azulada de la luna daba a los bordes de su oscura silueta una apariencia evanescente, como si estuviera en llamas. Cerró los postigos, pensando que por fin había llegado el otoño. Aquel árbol de hoja perenne, al que no afectaban las estaciones, y la luz del otoño componían una curiosa combinación. Se fue a la cama en seguida. Siendo más un paseante por los terrenos de la academia que un estudiante serio, Sanshiro leía poco comparativamente. Uno de los pasatiempos con los que disfrutaba, por el contrario, era saborear repetidamente las escenas memorables con las que se iba encontrando día a día. Sentía que esto le daba a su vida una mayor profundidad. Este sería normalmente el momento del día en que él recordaría el instante

en que las luces se habían encendido de golpe durante la mística lección. Pero primero tenía que despachar la carta de su madre. Shinzo le había dado algo de miel, escribía ella, y se la estaba bebiendo a poquitos cada noche mezclada con licor. Shinzo era un granjero, arrendatario suyo, que les daba veinte fardos de arroz cada invierno en concepto de impuesto anual por la tierra. Era un tipo muy honrado, pero dotado de un temperamento explosivo, y de vez en cuando le daba una buena tunda a su mujer con un leño. Sanshiro siguió recordando el modo en que Shinzo había comenzado a criar abejas. Habían pasado ya sus buenos cinco años desde entonces. El tipo había descubierto un enjambre de doscientas o trescientas abejas pegadas a un castaño detrás de su casa y se las había llevado vivas en un gran embudo para arroz que había rociado previamente con sake. Las metió en una caja, cortó un agujero para la entrada y lo puso encima de una roca en un lugar soleado. Las abejas poco a poco se fueron multiplicando, y pronto al tipo solo una colmena se le quedó corta. Construyó otra, y pronto dos le parecieron insuficientes. Fabricó otra más, y siguió aumentando su número de esta manera hasta aquel año, en que debía de tener ya su buena media docena de colmenas. Bajaba cada una de ellas de su roca una vez al año y cortaba los panales «por el bien de las abejas», según decía. No había un verano en que Sanshiro no volviera del colegio y Shinzo no le prometiera darles miel. Sin embargo, hasta ese año no lo había hecho de veras. Parecía que su memoria había mejorado y había decidido cumplir su vieja promesa. Por lo demás, continuaba la carta, Heitaro le había pedido que fuera a ver la lápida que había erigido en la tumba de su padre. Estaba hecha de granito y se levantaba en el mismísimo centro del patio de Heitaro, donde no crecía un árbol ni una brizna de hierba en la tierra roja. Heitaro estaba muy orgulloso de la losa de granito. Solo picar para extraerla de la montaña le había llevado varios días, y el grabador le había cobrado diez yenes. Un granjero no apreciaría el valor de la piedra, dijo Heitaro, pero el joven señor Sanshiro estaba en la universidad, y seguro que sí lo apreciaría. Heitaro quería que su madre se lo preguntara en su próxima carta y le hiciera decir unas pocas palabras amables sobre la lápida que le había hecho a su padre a cambio de diez yenes. Sanshiro se rió entre dientes. Esto estaba generando mucha más pasión que el portalón de piedra de Sendagi. Su madre seguía pidiéndole una foto suya con su uniforme de estudiante. Se haría una para ella algún día, pensó Sanshiro, y siguió leyendo. Como ya se temía, su madre le hablaba sobre Omitsu Miwata. La madre de Omitsu había venido a verla recientemente y había sugerido que, cuando Sanshiro se graduara en la universidad, quizá accedería a casarse con su hija. Su madre comentaba que Omitsu era una jovencita guapa y con buena disposición, que su familia poseía una apreciable cantidad de tierras de labranza, y que considerando la larga relación entre las dos familias, el acuerdo podría ser bueno para ambas partes. Añadía dos postdatas: «El acuerdo haría a Omitsu muy feliz también, desde luego». La otra decía: «No quiero que te cases con una chica de Tokio. A esa gente no hay quien la entienda». Sanshiro enrolló la carta y la devolvió a su sobre. La metió debajo de su almohada y cerró los ojos. Escuchó a algunas ratas que empezaron a corretear por el techo, pero al final se quedaron quietas. Tres mundos se presentaban ante Sanshiro. Uno de ellos estaba lejos y tenía la fragancia del pasado, de lo que Yojiro llamaba «los años anteriores al quince Meiji». Todo allí era tranquilo, sí, pero también soporífero. Volver al pasado, por supuesto, no sería difícil. Solo necesitaba transportarse mentalmente a aquellos años. Pero no quería hacerlo a no ser que las cosas se tornaran desesperadas. Era, después de todo, un lugar de retiro, y en él había dejado encerrado el pasado que había desechado. Sintió una punzada

de remordimiento cuando se le ocurrió que allí había enterrado también a su madre, y que solo cuando llegaban sus cartas volvía por un rato a ese mundo, caldeado con la nostalgia. En el segundo mundo se levantaba un musgoso edificio de ladrillo. Tenía un salón de estudio tan grande que, poniéndose en una esquina, no podía distinguir las caras de la gente que había en la otra. Había libros alineados en estanterías tan altas que no podían alcanzarse sin ayuda de una escalera, libros ennegrecidos por el contacto con las manos y la grasa de los dedos, libros cuyos títulos brillaban como el oro. Los había de pergamino, de cuero, de papel añejo, y todos estaban cubiertos de una espesa capa de polvo. Era un polvo muypreciado, un polvo que tardaba veinte, incluso treinta años en acumularse, un polvo más silencioso que todos aquellos silenciosos días y meses. Vio las sombras humanas revoloteando en su segundo mundo. La mayoría de ellas tenían barbas descuidadas. Algunos andaban mirando al cielo, otros hacia el rumoroso piso. Todos llevaban ropas raídas, todos vivían en la más absoluta pobreza. Y estaban en paz. Cercados por todas partes por los tranvías, aun así respiraban profundamente una atmósfera de paz. Los hombres de este mundo eran desafortunados, porque no conocían nada del mundo real. Pero a la vez tenían suerte, porque habían huido de la casa en llamas del sufrimiento mundano. El profesor Hirota habitaba en este segundo universo, lo mismo que Nonomiya. Sanshiro se encontraba en un punto en el que podía entender más o menos el aire que se respiraba en este ambiente. Podía marcharse cuando quisiera, pero hacerlo significaría renunciar al sabor que había empezado finalmente a paladear, y eso era algo que se resistía a hacer. El tercer mundo de Sanshiro era tan radiante y fluido como la primavera, un mundo de luces eléctricas, de cucharas de plata, de aclamaciones y risas, de vasos de champán burbujeante. Y coronándolo todo había preciosas mujeres. Sanshiro había hablado con una de ellas una vez, y había visto a otra en dos ocasiones. Este mundo era para él el más profundo. Estaba justo frente a él, pero era inalcanzable por ahora, como el resplandor de un rayo en lo más distante del cielo. Sanshiro lo miraba desde lejos y lo encontraba desconcertante. Parecía poseer todos los requisitos para ser el amo de alguna parte de este mundo; sin él, un vacío se abriría en alguna parte. Habría querido llenar ese vacío y desarrollarlo hasta la perfección, pero por alguna razón ese ambiente se cerraba para él y le bloqueaba el camino por el cual podría conseguir acceso libre. Tumbado en la cama, Sanshiro puso sus tres mundos en fila y los comparó entre sí. Entonces barajó los tres y de la mezcla sacó una conclusión. Lo mejor que podía hacer era traerse a su madre del campo, casarse con una mujer bonita y dedicarse al estudio. Era una conclusión terriblemente mediocre. Pero había empleado en extraerla un montón de tiempo de reflexión, y desde el punto de vista del propio pensador, que ajustaría la evaluación de su conclusión de acuerdo con el esfuerzo que había empleado en llegar a ella, no era tan mediocre como parecía. El único inconveniente que veía a su proyecto era que tomaba una simple esposa como sola representación de la totalidad del inmenso mundo número tres. Había muchas mujeres bellas en la ciudad. Podían ser traducidas de un sinfín de maneras (Sanshiro probó a usar la palabra «traducir» tal como la había aprendido del profesor Hirota). Y en la medida en que podían ser traducidas en palabras relativas al carácter, Sanshiro debería ponerse en contacto con tantas mujeres bellas como fuera posible para aumentar el campo de influencia proveniente de su traducción y perfeccionar su propia individualidad. Contentarse con conocer solo una esposa sería como salirse de su camino para asegurarse el desarrollo incompleto de su ego. Sanshiro llevó este argumento hasta aquí, cuando se le ocurrió que este pensamiento podía haber

sido «contaminado en cierto modo» por el profesor Hirota. Porque, de hecho, él no estaba tan descontento como había pensado con aquel plan de *solo-una-mujer*. Al día siguiente en la facultad las clases fueron más aburridas que nunca, pero con la atmósfera del aula aún alejada de lo terreno pudo convertirse en un ciudadano hecho y derecho de su segundo mundo hasta las tres de la tarde. Así que cuando se chocó con Yojiro cerca del puesto de policía de Oiwake, Sanshiro adoptó una pose de grandeza. —¡Ha ha ha ha ha! ¡Oh, ho ho ho ho ho! Gracias a Yojiro, el aire de grandeza saltó en pedazos. Incluso el agente del puesto de policía le observaba con una media sonrisa. —¿A qué viene eso? —¿Qué quieres decir con «a qué viene eso»? Camina un poco más como un ser humano corriente. ¡Esto es *romantische Ironie* en estado puro! Sanshiro no entendió el término extranjero. Tampoco merecía la pena enterarse. —¿Encontraste casa? —preguntó. —Estaba a punto de ir a tu pensión para contártelo. ¡Nos mudamos mañana! Espero que vengas a echarnos una mano. —¿Dónde está? —Es el diez de Nishikatamachi, bloque F, número tres. Estate allí a eso de las nueve, haz el favor, y límpialo todo. Nosotros llegaremos más tarde ¿de acuerdo? Estate a las nueve en punto clavadas, mejor. Bloque F, número 3. Te veo allí. Yojiro se marchó a toda prisa. Sanshiro siguió hacia su casa, también caminando rápido. Volvió a la biblioteca aquella tarde para buscar en el diccionario *romantische Ironie*. Era un término usado por el filósofo alemán Schlegel, leyó, y parecía que se trataba de algún tipo de teoría acerca de que un genio debería pasarse todo el día holgazaneando por ahí, sin propósito ni esfuerzo. Aliviado por fin, Sanshiro volvió a su alojamiento y se fue directo a la cama. El día siguiente era tres de noviembre, el cumpleaños del Emperador. A pesar de ser día festivo, Sanshiro se levantó a la hora de siempre y se puso en camino con tanta diligencia como si se dirigiera a la facultad. Al fin y al cabo, se lo había prometido a Yojiro. Fue hasta el diez de Nishikatamachi y encontró el bloque F, número 3 a mitad de camino en una calle absurdamente estrecha. Era una casa vieja. En vez del habitual vestíbulo con suelo de piedra, un único cuarto de estilo occidental sobresalía en la fachada de la casa. Este cuarto formaba una L con el salón japonés, que estaba cubierto de tatamis. Detrás del salón había también un comedor más pequeño, alfombrado asimismo con tatamis. Más allá del comedor estaba la cocina, y detrás el dormitorio de la criada. La casa tenía un segundo piso, pero Sanshiro no habría sabido decir cómo era de grande. Le habían pedido que limpiara, pero la casa no lo necesitaba, por lo que él podía ver. El lugar no estaba impoluto, claro, pero nada le llamó la atención porque estuviera especialmente desastroso. Si uno se empeñaba, quizás sustituiría las esteras y las puertas de papel, pero eso era todo. Volvió a correr las puertas para tormentas y se sentó en la galería mirando al jardín. Había una gran lila de las indias en medio de la parcela que llegaba hasta la puerta. Hundía sus raíces, no obstante, en el jardín del vecino y apoyaba la mayor parte de su tronco sobre la valla de cedro que separaba ambas propiedades, adueñándose de parte del espacio al otro lado. Había también un enorme cerezo. Ese, seguro, crecía a este lado de la valla, pero la mitad de sus ramas se habían escapado del jardín hacia la calle y pronto bloquearían las líneas telefónicas. Había un solitario crisantemo. Quizá fuera una variedad invernal, empero, pues no tenía ninguna flor. Aparte de eso no había nada más. Era un jardín que daba pena. La tierra, no obstante, llana y de buena consistencia, era muy bonita. Sanshiro se la quedó mirando un rato. Este era, de hecho, un jardín diseñado para mirar al suelo. Pronto sonó una campana lejana, inaugurando las ceremonias de la festividad en el Instituto. Deben de ser ya las nueve, pensó Sanshiro. Se le ocurrió por fin

que debería levantarse y hacer algo. Pensó que quizá pudiera barrer las hojas que habían caído del cerezo, pero entonces se dio cuenta de que no había ninguna escoba a la vista, así que se sentó otra vez en la galería. Habían pasado alrededor de dos minutos cuando se abrió la cancela del jardín. Para sorpresa de Sanshiro, por la puerta apareció la joven del estanque. Dos de los lados del jardín estaban cerrados por arbustos. El cuadrado de tierra resultante no llegaba a tener ni seis metros de lado. Cuando vio a la joven del estanque allí, en aquel recinto tan pequeño, a Sanshiro se le vino una idea a la cabeza: si se quiere admirar una flor cortada lo mejor ponerla en un jarrón. Sanshiro se apartó de su asiento en la galería. La joven se apartó de la puerta. —Perdóneme —comenzó a decir ella, inclinándose. Igual que la otra vez, su cuerpo flotó hacia delante desde la cadera. Pero su rostro no se movió hacia abajo. Incluso mientras se estaba inclinando, miraba de frente a Sanshiro. Su garganta parecía extenderse hacia él, y al mismo sus ojos soltaron chispas al encontrarse con los suyos. Unos pocos días antes, el profesor de estética de Sanshiro había enseñado a su clase varios retratos de Greuze. Todas las mujeres que pintaba este artista, explicó, tenían expresiones ricas en voluptuosidad. ¡Voluptuosos! No había otra manera de describir los ojos de ella en ese momento. Estaban intentando decirle algo, algo voluptuoso, algo que llamaba directamente a los sentidos. Pero su ruego se agarró directamente al esqueleto de los sentidos y se introdujo hasta alcanzar la médula. Sobrepasó los límites soportables de la dulzura y se convirtió en un violento estímulo. Lejos de ser dulce, resultaba insoportable. Esto no era, seguro, mera coquetería barata. Había una crueldad en la mirada de la joven que hacía que tuvieras que seguirle irremediamente el juego. Tampoco ella tenía parecido alguno con un retrato de Greuze. Sus ojos eran pequeños, la mitad de grandes que los de las modelos de esos cuadros. —¿Va a ser esta la nueva casa del profesor Hirota? —Sí, es aquí. El tono de voz de Sanshiro y sus maneras parecieron muy bruscos en comparación con los de la joven. Él se dio cuenta, pero no se le ocurrió otra manera de contestar. —¿No se ha mudado todavía? La muchacha se expresaba con claridad, sin dejar que su voz se fuera apagando por el camino, como hacían otras mujeres. —No, todavía no. Pero tiene que llegar en cualquier momento. Ella dudó un instante. En una mano llevaba una gran cesta. A Sanshiro también hoy volvió a parecerle poco corriente la tela de su kimono. Se daba cuenta, por lo menos, de que no brillaba como en otras ocasiones. La tela se veía casi arrugada y tenía algún tipo de franjas, o un estampado, organizado en un diseño muy caprichoso. Una hoja caía de cuando en cuando desde el cerezo que se alzaba sobre sus cabezas. Una de ellas se vino a posar sobre la tapa de la cesta. Apenas la tocó, fue barrida de nuevo por el aire. El viento abrazaba a la joven. Ella seguía erguida en medio del otoño. —¿Es usted quizás amigo del profesor Hirota? —preguntó cuando el viento se marchó al jardín vecino. —Querían que viniera a limpiar todo esto —dijo, y entonces se dio cuenta, divertido, de que ella le había encontrado sentado y soñando despierto. Ella sonrió también mientras le decía: —Quizá deba esperar yo también aquí con usted... A él le dio la sensación de que ella le estaba pidiendo permiso para quedarse, y esto le agradó. —Bueno —respondió, aunque en realidad, descubrió que lo que quería haber dicho era «Claro, hágalo, por favor». Sin embargo, la joven no se movió. Todo lo que pudo hacer él fue repetirle el mismo tipo de pregunta que ella le había hecho. —¿Y qué me dice de usted? ¿Es amiga del profesor? La joven dejó su cesta en la galería y le tendió una tarjeta de visita que sacó de entre los pliegues de su *obi*. «Mineko Satomi», decía la tarjeta. Vivía en Hongo, Masago-cho, a solo un corto paseo desde allí bajando la colina y

subiendo la siguiente. Se sentó en el borde de la galería mientras Sanshiro leía su tarjeta. Cuando él se hubo metido la tarjeta en la manga de su kimono, la miró: —Usted y yo nos habíamos visto ya antes. ¿Se acuerda? —Eso creo. Una vez, en el hospital... Le devolvió la mirada. —Y una vez más, antes de eso. —En la orilla del estanque —respondió ella de inmediato. Le había visto, pues, y se acordaba. Sanshiro se quedó sin nada más que decir. La joven zanjó el tema con una disculpa. —Me temo que fui muy brusca... —No, en absoluto. El intercambio se hizo con gran concisión. Se consagraron los dos a mirar el cerezo. Unas pocas hojas comidas por los gusanos colgaban todavía de sus ramas. Las pertenencias del profesor se estaban tomando su tiempo en llegar. —¿Quería ver al profesor para algo? —preguntó Sanshiro de sopetón. La joven, que había estado mirando fijamente las mustias ramas del alto cerezo, se dio la vuelta para mirarle. «Oh, es usted terrible, me ha dado un susto», parecía decirle su expresión, pero su respuesta no llevaba tinte alguno de acusación. —A mí también me pidieron que viniera a ayudar. Sanshiro vio que había una capa de arena en la parte de la galería donde la joven se había sentado. —Aquí hay arena, mire. Su kimono se va a manchar. —Oh, sí —dijo ella, mirando a ambos lados. No se movió. ¿Dónde estaban la escoba y el plumero?, preguntó. No había, él había venido con las manos vacías. ¿Quizá debería ir a comprarlos? Eso sería un desperdicio, insistió ella; mejor sería pedirselos prestados a algún vecino. Sanshiro se acercó a la puerta de al lado. Cuando volvió trayendo consigo la escoba y el plumero prestados —y un balde y trapos también—, la joven seguía en el mismo sitio de la galería que antes, con la vista levantada hacia las ramas del cerezo. —Oh, ¿los encontró? —dijo. Sanshiro llevaba la escoba sobre el hombro y el cubo colgando de su mano derecha. —Aquí están —contestó, confirmando lo evidente. La joven se puso de pie en la galería llena de arena. A cada paso que daba, con sus medias blancas dejaba una fina pisada en el suelo. Sacó un delantal blanco de la manga del kimono y se lo ató a la cintura. El delantal llevaba un borde de encaje; era demasiado bonito para las tareas de la casa. Entonces empuñó la escoba. —Vamos a barrer primero —dijo, deslizando su brazo derecho fuera de la manga del kimono, que colocó sobre su hombro. Desnudo más allá del codo, el brazo era precioso. Una bella camisa se dejaba ver por el borde de la manga levantada. Sanshiro, que la había estado observando ensimismado, entró por la puerta de la cocina con su balde tintineando. Mineko barrió los suelos de madera y Sanshiro fue tras ella fregándolos. Sanshiro sacudió los suelos alfombrados mientras Mineko quitaba el polvo del *shoji*.²⁰ Para cuando hubieron terminado el trabajo, los dos estaban en camino de hacerse amigos. Sanshiro fue a la cocina para cambiar el agua del cubo, y Mineko fue al piso de arriba con la escoba y el plumero. —¿Puedes subir un momento? —le llamó. —¿Qué pasa? —dijo él, acercándose al pie de las escaleras, cubo en mano. El sitio donde ella se encontraba estaba oscuro. Él no podía distinguir nada más que el delantal, de un blanco purísimo. Subió unos cuantos escalones con el cubo. Ella siguió muy quieta. Sanshiro subió dos escalones más. Sus caras se acercaron hasta quedarse a pocos palmos de distancia la una de la otra en las sombras. —¿Qué pasa? —No sé, está muy oscuro. —¿Y eso por qué? —No lo sé, está oscuro. Sanshiro decidió no seguir con la conversación y, deslizándose por el lado de Mineko, continuó subiendo las escaleras. Dejó el cubo en el suelo de la galería del segundo piso y se afanó en abrir las contraventanas. Claro que había un problema: no sabía cómo hacer girar el pomo. Pronto subió Mineko. —¿No consigues abrirla? —Fue al otro lado—. Es por aquí. —Sin decir palabra, Sanshiro se acercó al lugar donde estaba Mineko. Su mano estaba a punto de tocar la de ella cuando

tropezó con el balde, que se volcó con gran estrépito. Finalmente se las arregló para abrir una de las contraventanas, y un fuerte torrente de sol inundó la habitación. Resultaba cegador. Los dos se miraron y rieron. Abrieron también la ventana trasera, que tenía un enrejado de bambú a través del cual podían mirar desde arriba la parcela del casero. Había pollos en el jardín. Mineko empezó a barrer de nuevo. Sanshiro se puso a gatas y empezó a fregar el suelo tras ella. —¡Dios mío! —exclamó, mirándole desde arriba con la escoba en las manos. Cuando acabó, Mineko dejó caer su escoba y fue a mirar por la ventana trasera. Sanshiro pronto terminó también de fregar. Dejó caer los trapos en el balde y se unió a Mineko en la ventana. —¿Qué estás mirando? —Adivina. —¿Los pollos? —No. —¿Ese árbol tan grande? —No. —Entonces no lo sé. ¿Qué es? —He estado mirando esas nubes blancas. Él vio a lo que se refería. Nubes blancas viajaban a lo largo del amplio cielo. Navegaban sin descanso hacia delante como espesos, brillantes copos de algodón contra el claro cielo infinitamente azul. El viento parecía estar soplando con una fuerza tremenda allá arriba, y rasgaba los bordes de las nubes hasta que eran suficientemente finas como para que el fondo azul se transparentase a través de ellas. Algunas veces se deshilachaban en cendales y formaban ramilletes de esponjosas agujas blancas. Mineko las señaló: —Parecen boas de plumas de marabú, ¿no te parece? Sanshiro le dijo que no sabía el significado de la palabra «boa». Mineko exclamó «¡Dios mío!», y se lo explicó en dos palabras. —Oh, sí. He visto unas cuantas de esas —repuso él. A continuación le dijo que, según Nomomiya, las nubes estaban hechas de copos de nieve y que deberían de estar viajando a más velocidad que la de un huracán para que las vieran moverse tan rápidamente desde allí abajo. —Oh, ¿de verdad? —Mineko le miró —. Eso hace que pierda toda la gracia —declaró de una forma que no admitía discusión. —¿Por qué lo dices? —Porque simplemente es así. Una nube debe ser una nube. De otra forma, no vale la pena mirarla desde tan lejos. —Ah, ¿no? —No. ¿A ti no te importa que estén hechas de nieve? —Te gusta mirar las cosas que están en lo alto, ¿verdad? —Sí. Mineko continuó mirando al cielo a través del enrejado de bambú. Blancas nubes llegaron y se marcharon volando lejos, una detrás de otra. Pronto escucharon el sonido lejano de una furgoneta. Por la manera en que el suelo retumbaba, comprendieron que ya había tomado la tranquila callejuela y se acercaba a la casa. —Ya están aquí —dijo Sanshiro. —Llegan antes de tiempo —dijo Mineko aguzando el oído como si el sonido de la camioneta en movimiento tuviera alguna relación con el viaje de las nubes a través del cielo. La furgoneta se acercaba implacablemente atravesando el plácido otoño. Por fin, el vehículo llegó junto a la verja y se paró. Sanshiro dejó a Mineko atrás y se lanzó escaleras abajo. Alcanzó la puerta principal justo cuando Yojiro entraba por la verja. Yojiro fue el primero en hablar. —Llegaste pronto. —¡Bueno, más bien eres tú el que llegado tarde! —respondió Sanshiro. No pensaba lo mismo que Mineko. —¿Tarde? Si tú lo dices... Lo he hecho todo en un solo viaje, y yo solito. La única ayuda que conseguí fue la de la criada y el porteador. —¿Y el profesor? —Ha ido a las ceremonias de la escuela. Mientras hablaban, el porteador empezó a descargar la furgoneta. La criada entró con él en la casa. Ella y el hombre tendrían apañarse con las cosas de la cocina mientras Yojiro y Sanshiro llevaban los libros al cuarto, amueblado al estilo europeo. Había un montón de volúmenes, y ordenarlos todos en las estanterías iba a ser una empresa colosal. —¿Ha venido ya Mineko Satomi? —Sí, lo hizo. —¿Dónde está? —Arriba. —¿Y se puede saber qué es lo que hace ahí? —¿Cómo quieres que lo sepa? Está arriba, simplemente. —Oye, estoy hablando en serio. Con un libro en la mano, Yojiro atravesó el vestíbulo hasta el pie

de la escalera y exclamó en su habitual tono de voz: —¡Mineko, baja y ayúdanos a colocar los libros! ¿Quieres? —Ya bajo —se escuchó desde arriba. Sin prisa, con la escoba y el plumero en la mano, Mineko empezó a bajar las escaleras. —¿Qué estabas haciendo? —refunfuñó Yojiro impacientemente desde abajo. —Limpiaba el segundo piso —contestó ella. Incapaz de esperar, Yojiro caminó delante de Mineko a la puerta del cuarto europeo, donde el portero había dejado varias pilas de libros. Sanshiro estaba en cuclillas entre ellas, de espaldas a Yojiro. Estaba absorto en la lectura. —¡Dios mío, mira todos estos libros! ¿Qué se supone que tenemos que hacer con ellos? Sanshiro, aún en cuclillas, miró a su alrededor cuando oyó la voz de Mineko. Lucía una amplia sonrisa. —¿Qué piensas tú que tenemos que hacer con ellos? —repitió Yojiro bruscamente—. ¡Pues meterlos dentro y ordenarlos! De todos modos, no será tan malo; el profesor llegará pronto para echarnos una mano. ¡Ogawa, levántate y ponte a trabajar! Si estás tan interesado en ese libro, tómallo prestado más tarde y léelo en tu tiempo libre. A Mineko y Sanshiro les fue encomendada la tarea de sacar los libros y pasárselos a Yojiro, que los colocaría en los estantes. —Descuidada, descuidada... Tendría que haber otro volumen acompañando a este —dijo Yojiro blandiendo un fino libro azul. —No, ese es el único —dijo Mineko. —No puede ser. —¡Aquí está! —Oh, veamos. —Mineko se inclinó para ver el libro que Sanshiro había encontrado—. *Historia del desarrollo intelectual*. Ese es. — ¡Claro que es! Vamos, dámelo. Los tres se entregaron a la tarea durante media hora con esfuerzo concentrado, y para entonces Yojiro ya había dejado de gruñir. Un minuto estaba trabajando de firme, y al siguiente estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo, mirando hacia las librerías. Mineko dio con el codo a Sanshiro, que sonrió, y luego se dirigió a Yojiro: —Eh, tú, ¿qué te pasa? —Oh, nada, qué vergüenza. ¿Qué cree el profesor que va a hacer con todos estos libros que no necesita? Podía venderlos y comprar acciones o algo con lo que pudiera hacer de verdad algo de dinero. Ah, ¿de qué sirve? —suspiró, sin moverse ni descruzar las piernas. Sanshiro y Mineko se miraron y sonrieron: mientras el cerebro de la operación no funcionara, ellos podrían relajarse un poco. Sanshiro empezó a hojear un libro de poemas. Mineko abrió un gran libro con ilustraciones sobre su regazo. La criada y el porteador mantenían mientras tanto una ruidosa discusión en la cocina. —Mira esto —dijo Mineko suavemente. Sanshiro se inclinó hacia ella para mirar el álbum. Al hacerlo, percibió el perfume a agua de colonia de su pelo. Era un dibujo de una sirena, desnuda y en posición sentada con su cola de pez curvada por detrás. Miraba al frente peinando sus cabellos, sujetándose los rebeldes mechones con una mano. El mar se extendía por detrás como fondo. Las cabezas de Sanshiro y Mineko se tocaron, y dijeron a la vez «una sirena». Yojiro, acuclillado, pareció salir bruscamente de su ensimismamiento. —¿Qué es? ¿Qué miráis? —dijo, y salió al vestíbulo. Los tres, con las cabezas juntas, examinaron el libro de ilustraciones volviendo las páginas una por una. Los comentarios críticos fueron muchos y variados, y casi ninguno con fundamento. En ese momento llegó el profesor Hirota, procedente de las ceremonias, vestido con una levita. Dejaron el libro de imágenes a un lado para darle la bienvenida. El profesor, viendo que estaban así todavía, les pidió que al menos se ocuparan de los libros. Los chicos redoblaron sus esfuerzos. Con el profesor aquí, no tenían más remedio que trabajar más en serio, así que una hora más tarde todos los libros estaban ya fuera del vestíbulo y colocados en sus estanterías. Entonces los cuatro se quedaron parados en fila para inspeccionar los volúmenes pulcramente organizados. — Ordenaremos el resto mañana —dijo Yojiro, como si le estuviera suplicando a Hirota que

declarara que por aquel día se daba por satisfecho. —Tiene usted muchísimos libros — dijo Mineko. —¿Los ha leído todos? —preguntó Sanshiro como si tuviera una necesidad real de asegurarse de ello como referencia para su propio futuro. —¡Ni de lejos! Alguien como Sasaki podría hacerlo; pero sería incapaz... Yojiro se rascó la cabeza. Sanshiro explicó que su propósito había sido serio al hacerle la pregunta. Llevaba semanas leyendo libros en la biblioteca de la Universidad, y se había dado cuenta de que todos los libros que había consultado habían sido leídos antes por alguna otra persona. Una vez, incluso había probado y había sacado una novela de un tal Aphra Behn. Pero hasta esa tenía marcas de lápiz. ¿Cuál era el límite para la amplitud de las lecturas de una persona? —¿Aphra Behn? Vaya... —dijo Hirota incapaz de sacar a Sanshiro de su error—. Yo he leído algunas cosas tuyas. —Sanshiro se quedó boquiabierto. —¡Es increíble! —dijo Yojiro—. El profesor es capaz de leer libros que nadie más lee... Riendo, Hirota se encaminó a la sala de estar, seguramente para cambiarse de ropa. Mineko le siguió. Ahora que se habían quedado solos, Yojiro le dijo a Sanshiro: —Por eso es por lo que yo lo llamo «la Gran Oscuridad». Lo lee todo, pero no despide ninguna luz. Desearía que leyera cosas que estuvieran a la moda y que destacara un poco más. Yojiro no parecía estar criticando al profesor, hablaba con verdadero sentimiento. Sanshiro miró en silencio a las librerías. Entonces Mineko les llamó desde la sala. —¡Eh, vosotros, venid a comer algo! Cruzaron el vestíbulo y encontraron la cesta de Mineko destapada en medio del suelo de la sala, llena de sándwiches. Mineko estaba sentada al lado, distribuyendo el contenido en cuatro platos. —Qué bien. No te olvidaste de traer la comida —dijo Yojiro. —No, fuiste muy claro en ese aspecto. —¿También compraste la cesta? —No, en absoluto. —¿Tenías esta en casa? —Exacto. —Es enorme. Tu conductor de rickshaw debe de haber tenido que ayudarte con ella. Ya que habías venido con él, tendrías que haberle dicho que se quedara para que echara una mano. —Tenía que hacer un recado hoy. Además, la cesta no es tan grande. Cualquiera mujer puede manejarla. —Tú puedes manejarla. Cualquiera otra señorita la habría dejado en casa. —¿Sí? Quizá debería haberlo hecho. Mineko siguió organizando los platos de comida mientras hablaba con Yojiro. Respondía sin dudar un momento, pero sin prisa, con la mayor calma, y sin mirar casi nunca a su interlocutor. Sanshiro se sentía lleno de admiración por ella. La criada trajo té de la cocina. Sentados alrededor de la cesta, los cuatro empezaron a comer sus sándwiches. Nadie habló durante un rato. Entonces Yojiro se dirigió al profesor Hirota. —Profesor, acerca de ese escritor que ha mencionado antes, ese no-sé-qué Behn, ¿era así? —¿Aphra Behn, quieres decir? —¿Quién es Aphra Behn? —Era una famosa novelista inglesa. Siglo diecisiete... —¿Siglo diecisiete?! ¡Eso son antiguallas! ¡Ninguna revista querría publicarlo! —Es antiguo, cierto. Pero fue la primera mujer que hizo una profesión de escribir novelas. Por eso es tan famosa. —Aunque sea famosa, yo sigo sin saber nada de ella. ¿Qué escribió? —Lo único que he leído de ella es una novela llamada *Oroonoko*. Usted tiene que haberse topado con ese título. ¿No es así, Ogawa? Sanshiro no se acordaba. Era la historia de Oroonoko, dijo el profesor, un príncipe africano que, engañado por un capitán de marina inglés, fue vendido como esclavo y tuvo que sufrir grandes apuros. Se creía que la propia autora había conocido la historia de primera mano. —¡Vaya! ¡Eso sí que es una historia! —exclamó Yojiro—. ¿A qué esperas, Mineko? ¿Por qué no escribes tú una historia como *Oroonoko*? —No me importaría, pero yo no he conocido «de primera mano» nada interesante. —Si lo que necesitas tú es un héroe africano, aquí tienes a Ogawa, el hombre negro de Kyushu. —¡Eres terrible! —dijo ella

saliendo en defensa de Sanshiro. Pero entonces se dio la vuelta y preguntó—: ¿Te importaría que escribiera sobre ti? Cuando Sanshiro la miró a los ojos, la recordó como la había visto aquella misma mañana, con su cesta a cuestas junto a la verja del jardín. Sintió que le invadía una ola de embriaguez, pero era más paralizante que placentera. Haber respondido: «Oh, sí, por favor, hágalo» estaba para él fuera de cuestión. El profesor Hirota empezó a fumar, como solía hacer por lo demás. Yojiro comentó que lo que el profesor exhalaba por su nariz era literalmente el humo de la filosofía. Y de hecho el humo le salía de una forma un tanto inusual. Dos espesas bocanadas se deslizaban lentamente fuera de ambas ventanas de su nariz. Yojiro se apoyó contra la puerta y miró a los pilares de humo en silencio. Los ojos de Sanshiro vagaron hasta el jardín. Esto no se parecía en nada a una mudanza. Parecía más bien una reunión para tomar el té. La conversación también era adecuadamente ligera. Solo Mineko seguía ocupada. En las sombras detrás del profesor Hirota, empezó a doblar el traje que parecía que le había ayudado a quitarse antes. Sanshiro admiró la desenvoltura con la que asumía las pequeñas tareas engorrosas como esa. —Volviendo a *Oroonoko* —dijo el profesor interrumpiendo su río de humo—. No quiero que cometas otro de tus descuidados errores, así que déjame decir esto. —Apreciaré cualquier instrucción que me de— dijo Yojiro con la mayor propiedad. —Un hombre llamado Southern escribió una obra de teatro basada en la novela. Ambas tenían el mismo título. No debes confundirlas. —No, por supuesto que no. Mineko, que seguía doblando el traje, echó una mirada a Yojiro. —Había una frase de la obra que se hizo famosa. «*Pity's akin to love.*»²¹ —El profesor paró en ese punto y expelió grandes cantidades de humo filosófico. Ahora Sanshiro se unió a la conversación. —Suenan como una frase puramente japonesa. Los otros estuvieron de acuerdo con él, pero ninguno podía acordarse de haber oído una frase parecida en japonés. ¿Quizá deberían traducirla? Pero los resultados no fueron en absoluto concluyentes. Finalmente, Yojiro expresó una de sus opiniones características: —La única manera de trasladar esa frase exitosamente sería convirtiéndola en parte de una canción popular. Se trata del tipo de frase que se presta, después de todo. Todos decidieron ceder los derechos de traducción a Yojiro. Este reflexionó sobre el problema un rato, y después dijo: —Puede que suene un poquito forzado, pero ¿qué tal esto?: «Cuando digo que eres solo una cosita sin importancia, eso significa que te quiero». —¡Terrible, terrible! —gritó el profesor, frunciendo el ceño—. ¡Es la cosa de peor gusto que he oído jamás! Y de verdad parecía que lo encontraba ofensivamente de mal gusto. A Sanshiro y a Mineko les entró un ataque de risa. Todavía se estaban riendo cuando escucharon que se abría la puerta del jardín. Era Nomomiya. —¿Ya habéis colocado todo? —preguntó acercándose a la galería. —Oh, no, todavía queda mucho por hacer —dijo Yojiro, cazando al vuelo la oportunidad. —¿Por qué de paso no nos echa una mano? —intervino Mineko. Nomomiya sonreía. —Parecen estar pasando un buen rato. ¿Qué ocurre? Dio un rodeo y se sentó en la galería con la espalda apoyada en la pared de la habitación. —El profesor me gritaba por una traducción que había hecho. —¿Una traducción? ¿Qué tipo de traducción? —No es nada, en realidad. «Cuando digo que eres solo una cosita sin importancia, eso significa que te quiero.» —Dios todopoderoso... —Nomomiya volvió la cabeza hacia Mineko—. ¿Y qué se supone que dice el original? —«*Pity's akin to love.*» —dijo Mineko, repitiendo la frase. Su pronunciación del inglés era clara y adorable. Nomomiya se levantó de la galería, dio unas zancadas por el jardín, se volvió y luego regresó al punto de partida. —Pues yo no creo que sea una mala traducción... Sanshiro no pudo evitar observar a

Nonomiya y a dónde se dirigía su mirada. Mineko se marchó a la cocina. Lavó una taza, la llenó con té, y se la llevó a Nonomiya. —¿Cómo está Yoshiko? —preguntó. — Físicamente, al menos, parece que está recuperada. —Nonomiya volvió a su sitio y comenzó a beberse el té. Después se volvió hacia el profesor: —Me mudé hasta Okubo, profesor. Y ahora parece que tendré que volverme a vivir a este barrio. —¿Y eso? —Es por mi hermana. Dice que no quiere andar por esos campos llenos de hondonadas que hay por Toyamanohara cada vez que va y viene de la escuela. Y por las noches, cuando me espera mientras hago experimentos, se siente sola. Ahora que mi madre está con ella le va mejor, pero mi madre pronto se volverá al campo, y ella tendrá que quedarse sola con la criada. Y las dos son unas cobardes; no creo que sean capaces de aguantar solas en casa mucho tiempo. ¡Qué fastidio! —suspiró, sonriendo, y después miró a Mineko. —¿Qué le parecería tener a alguien que viniera y viviera a costa de usted durante una temporada? — Bien, no me supondría un problema. —¿De cuál de los dos Nonomiya hablamos? — interrumpió Yojiro—. ¿De Sohachi o de Yoshiko? —Me quedaría con cualquiera de los dos —respondió Mineko. Solo Sanshiro se quedó callado. Hirota, intentando aportar un poco de seriedad, dijo: —¿Y qué me dice de usted, Sohachi? ¿Qué es lo que haría usted? —Mientras mi hermana esté cómoda, no me importa vivir en un cuarto alquilado por un tiempo. Si no, tendría que mudarme a otra casa. Estoy pensando en meterla interna en un colegio o algo así. Tendría que ser un lugar que pudiera visitar en cualquier momento, en el que le dirán libertad para que me viera siempre que quisiera. Después de todo, es todavía una niña... —Bueno, pues entonces la casa de Mineko es obviamente el lugar adecuado. —Yojiro estaba de nuevo dando consejos. Hirota hizo como si no hubiera escuchado lo que Yojiro decía: —Podría usted quedarse aquí en el piso de arriba. Sin embargo, me temo que nuestro amigo Sasaki ya está viviendo conmigo. —¡Oh, por favor, profesor, deje que Sasaki se quede! —dijo Yojiro en tono suplicante. —Ya nos arreglaremos de alguna forma —dijo Nonomiya riendo—. Tengo las manos atadas con ella: ya es mayorcita y sin embargo sigue siendo una pequeña idiota. ¡Incluso quiere que la lleve a ver las muñecas de crisantemos a Dangozaka! —¿Qué hay de malo en eso? — dijo Mineko—. A mí también me gustaría verlas. —Bueno, pues cuando vayamos nos acompañará. —Me encantaría. Y que se venga Sanshiro. —De acuerdo, lo haré —dijo este. —Y Yojiro. —¿Muñecas de crisantemos? No, gracias. Antes iría a ver el cinematógrafo que eso. —Las muñecas de crisantemos no están mal —dijo el profesor Hirota—. Dudo que exista algo más artificial en ningún otro país. Todo el mundo debería verlas al menos una vez en su vida. Si las muñecas se asemejaran a personas normales nadie se molestaría en ir a Dangozaka para verlas, estoy seguro. Si lo que buscas son personas comunes y corrientes, en cada casa puedes encontrar cuatro o cinco. No hace falta que te des la caminata hasta Dangozaka. —Una teoría muy propia de usted, profesor. —dijo Yojiro alumbrando al grupo con una de sus opiniones críticas. —Yo siempre me quedaba prendado de esos razonamientos cuando era alumno del profesor — dijo Nonomiya. —Pues venga usted también, profesor... —dijo Mineko por fin. Hirota no respondió. Todos los demás rieron con fuerza. La vieja criada que estaba en la cocina llamó para que alguien fuera a ayudarla. Yojiro gritó una respuesta y abandonó la habitación. Sanshiro se quedó donde estaba. —Bueno, ya va siendo hora de que me vaya... —Nonomiya se levantó. —¿Tan pronto? Se supone que iba a ayudarnos —dijo Mineko. —Oh, Sohachi, ¿no le importa entonces que retrasemos algo más el asunto del que habíamos hablado? —dijo Hirota. —No, desde luego— contestó Nonomiya, y salió

por el jardín. En el momento en que su sombra desapareció más allá de la puerta, Mineko pareció acordarse de algo. —¡Oh, vaya! —murmuró, calzándose sus zuecos de madera bajo la galería y corrió detrás de Nomomiya. Estuvieron hablando durante un instante en el camino. Sanshiro se quedó sentado, en silencio, mirándolos.

Capítulo V

Sanshiro entró por la cancela. El alto arbusto de trébol que había visto en su última visita exhibía ahora una masa de follaje otoñal que arrojaba una oscura sombra sobre su base. La sombra se arrastraba a lo largo del terreno y hacia el interior de la casa, donde terminaba por desaparecer. También parecía trepar por el lado oculto de la densa planta con sus hojas, que luchaban por encontrar espacio, tan fuerte era el sol que llegaba de delante. Algunas nandinas se levantaban al otro lado de la pila de lavar del jardín, situada en la parte de fuera del cuarto de baño. Estas, como el arbusto de trébol, eran inusualmente altas. Sus tres frágiles penachos estaban muy juntos, sus hojas extendiéndose por encima de la ventana del baño. Echó un vistazo al tramo de galería que se abría entre el arbusto del trébol y las nandinas. Desde aquí, uno veía la galería en ángulo, con la esquina donde estaban las plantas próxima a él. La sombra del arbusto de trébol alcanzaba la casa en la esquina más lejana de la galería, aunque el arbusto en sí era lo primero que se divisaba dentro de la verja. Yoshiko estaba sentada a la sombra del arbusto de trébol, justo al borde de la galería. Sanshiro se acercó al arbusto hasta casi tocarlo. Yoshiko se incorporó, sus pies apoyados en la piedra grande y plana del caminito del jardín. Solo entonces Sanshiro se dio cuenta de lo alta que era. —Entre... De nuevo estaba hablando como si le hubiera estado esperando desde hace rato. A Sanshiro le vino a la memoria aquel día en el hospital. Se aproximó a la esquina más alejada de la galería pasando por delante del trébol. —Por favor, siéntese. Sanshiro se sentó en el borde de la galería, con los zapatos apoyados en la piedra del jardín. Yoshiko trajo un cojín. —Tome, siéntese sobre esto. De nuevo hizo lo que le mandaba. Desde que cruzara la verja, todavía no había abierto la boca. Esta muchacha tan sencilla y amable solo le había dicho lo que tenía en la cabeza sin, al parecer, esperar ninguna contestación por su parte. Sanshiro sintió que se hallaba en presencia de una inocente princesita. Solo necesitaba cumplir sus mandatos. La adulación estaba completamente fuera de lugar. Si decía alguna palabra aduladora, todo perdería automáticamente su valor. Sería agradable cumplir con todo lo que ella le mandara, como si fuera un esclavo mudo. La infantil Yoshiko le estaba tratando como a un niño, pero eso no lastimaba su autoestima. —¿Quería usted ver a mi hermano? Sanshiro no había venido a ver a Nonomiya. Tampoco era que no quisiera verle. Lo cierto es que Sanshiro no sabía muy bien a qué había venido en realidad. —¿Sigue aún en la Universidad? —Sí. Siempre llega a casa muy tarde por la noche. Sanshiro estaba perfectamente al corriente de esto. No supo qué contestar. Entonces reparó en el suelo de la galería, donde había una caja con pintura y pinceles. También había una acuarela a medio terminar. —¿Pinta usted? —Sí, por diversión. —¿Quién es su profesor? —No tengo. No soy tan buena... —¿Puedo verlo? —¿Esto? No lo he terminado todavía. Le pasó la pintura a Sanshiro. Iba a ser un cuadro de un jardín. Pero solo el cielo, el árbol de caquis del vecino y el arbusto de tréboles estaban ya pintados. Y los caquis eran extraordinariamente rojos. —Esto está bastante bien —dijo Sanshiro. —¿Esto? —dijo Yoshiko con mirada sorprendida. En su reacción no había nada forzado, no como en el cumplido de Sanshiro. Era demasiado tarde para que él aclarase lo que había dicho o

para insistir en que lo había dicho sinceramente. De cualquier manera, Yoshiko pensaría de él de modo despectivo. Siguió mirando el cuadro, sonrojándose por dentro. Volviéndose hacia la sala, la encontró vacía y silenciosa. No había señales de que hubiera nadie en el salón ni en la cocina. —¿Ha vuelto su madre a su casa en el campo? —Aún no. Se irá pronto, de todas formas. —¿Está aquí ahora? —Ha salido a hacer unas compras. —¿De verdad se va a mudar usted a casa de Mineko? —¿Por qué? —Por nada, estaban hablando de eso el otro día en casa del profesor Hirota... —Aún no lo hemos decidido. Puede que lo haga, aun así. Sanshiro ahora ya tenía parte de lo que estaba buscando. —¿Conoce Sohachi a Mineko desde hace mucho? —Sí, son viejos amigos... ¿Querría decir solo «amigos»? Había algo raro en cómo lo había dicho, pero no le convenía entrometerse más. —He oído que el profesor Hirota fue maestro de Sohachi. —Cierto. La respuesta de Yoshiko cortó de raíz el tema. —¿Preferiría vivir con Mineko que aquí? —¿Yo? No lo sé. No querría causar ninguna molestia a su hermano. —Oh, ¿tiene Mineko un hermano? —Sí, se graduó el mismo año que el mío. —¿También científico? —No, hizo la carrera de Derecho. Mineko tenía otro hermano que era muy amigo del profesor Hirota, pero murió joven. Ahora solo le queda Kyosuke. —¿Y sus padres? —No —contestó con una leve sonrisa, como dando a entender que le parecía muy cómico pensar en Mineko con padres. Debían haber muerto hacía mucho tiempo. Yoshiko probablemente no guardaba ningún recuerdo de ellos. —Así que es por eso por lo que Mineko conoce al profesor. —Sí. El hermano que murió tenía mucha amistad con el profesor, dicen. Y a Mineko le gusta el inglés. Estoy segura de que va mucho a sus clases. —¿Viene por aquí también? En algún momento de la conversación, Yoshiko había vuelto a coger los pinceles. No permitía que la presencia de Sanshiro interfiriese con su trabajo, pero seguía respondiendo a sus preguntas. —¿Mineko? —preguntó, añadiendo algo de sombra al tejado de juncos que había detrás del árbol de caquis—. Creo que me ha quedado un poco demasiado oscuro, ¿no le parece? Le enseñó el dibujo a Sanshiro. Esta vez él contestó con sinceridad. —Sí, un poco. Yoshiko mojó su pincel y empezó a diluir la mancha negruzca. —Sí, Mineko suele venir bastante, ya que lo pregunta. Sanshiro por fin consiguió su respuesta. —O sea, que viene a menudo... —Sí, bastante a menudo. —Ella estaba aún de cara al dibujo. La conversación se había hecho mucho más fácil para Sanshiro desde que ella se había puesto a pintar. Miró en derredor mientras Yoshiko se concentraba en quitar la mancha oscura de detrás del tejado de juncos. Pero había usado demasiada agua, y su manejo del pincel era ciertamente torpe. La mancha negra se expandía en todas direcciones y los caquis rojísimos se fueron tornando poco a poco del color agrio de los frutos que se secan a la sombra. El pincel de Yoshiko descansó. Sujetó el dibujo ante sus ojos con el brazo extendido y echó la cabeza atrás, separando el dibujo todo que pudo. Por fin murmuró: —Oh, vaya, se ha estropeado. No era posible negar que lo había destrozado. Sanshiro se sintió apenado por ella. —Debería dejar de preocuparse por este dibujo. Yo que usted empezaba otro. Vuelta hacia el papel, Yoshiko le miró por el rabillo del ojo. El ojo era grande y húmedo. Sanshiro se sentía más y más apenado por ella cada segundo que pasaba. Y entonces ella se echó a reír. —¡Qué estúpida, perder dos horas en esto! Trazó varias líneas gruesas a lo largo y a lo ancho del dibujo y cerró de golpe la tapa de la caja de pinturas. —¡Suficiente! —dijo, poniéndose de pie—. Pase adentro, le haré un té—. Sanshiro no se movió. Le resultaba demasiado trabajoso quitarse los zapatos. Yoshiko, decidió, era una criatura muy extraña. Se preocupaba de sus modales solo cuando le parecía. Cuando ella le ofreció servirle una taza de té, de repente

sintió un placer irreprimible. No se reía de su excentricidad, pero tampoco era esa la manera más correcta de dirigirse a alguien del sexo contrario. Oyó voces en la sala. La criada estaba allí, después de todo. Al final, la puerta se deslizó de nuevo y apareció Yoshiko trayendo un juego de té. Mirando su cara de frente, pensó que la suya era la más femenina de todas las caras femeninas. Yoshiko sirvió el té y colocó la tetera entre ambos. Se arrodilló al otro lado de la mesa en el suelo de tatami. Sanshiro había pensado en marcharse, pero ahora que estaba sentado junto a ella, desechó la idea. Había salido corriendo del hospital aquel día, después de haberse quedado mirando a su madre y haberla hecho sonrojar, pero hoy estaba bien. El té era una buena oportunidad para que volvieran a retomar la conversación. Después de que hubieran intercambiado un par de comentarios, Yoshiko le hizo una pregunta un tanto extraña a Sanshiro: ¿le caía bien su hermano Sohachi? En un primer momento sonó como el tipo de pregunta pueril que haría una niña malcriada, pero Sanshiro comprendió que lo que ella tenía en mente era algo mucho más profundo. Los académicos, dijo, lo miran todo como objeto de estudio, y de esta forma sus emociones se secan. Pero si miras las cosas con sentimiento, nunca quieres estudiarlas porque todo se reduce al amor o al odio que sientes por ellas. Como científico, su hermano no podía evitar verla como un objeto de estudio, lo que era algo horrible, y cruel, porque cuanto más la estudiaba, tanto más decrecería su cariño por ella. A pesar de ser un gran estudioso, de todas formas, Nonomiya aún mostraba un gran amor por su hermana. Sin duda era la mejor persona de todo Japón. Sanshiro sintió que todo esto era perfectamente razonable y, al mismo tiempo, escondía algo profundamente erróneo. Pero su confuso cerebro no podía decirle dónde residía exactamente el fallo, y no pudo ofrecer nada como comentario directo. Se sonrojó al pensar que, fallando al criticar lúcidamente los comentarios de alguien que era tan solo una niña, ofrecía una pobre imagen de sí mismo como hombre. Se dio cuenta, también, de que uno tenía que tomarse a las colegialas de Tokio como aquella bastante más en serio. Lleno de un renovado respeto por Yoshiko, Sanshiro volvió a su pensión. Allí encontró una carta aguardándole.

Ven a casa del profesor Hirota mañana. Salimos hacia la exposición de muñecas de crisantemos a la una en punto.

Mineko.

La letra le resultaba familiar. Recordó que ya la había visto en el sobre que Nonomiya llevaba en el bolsillo. Releyó la nota una y otra vez. Al día siguiente era domingo. Después de comer, Sanshiro fue directamente a Nishikatamachi con su uniforme nuevo y los zapatos bien lustrados. Anduvo por la tranquila callecita hasta la casa del profesor Hirota. Escuchó voces dentro. El jardín de casa del profesor se extendía justo desde la verja de entrada hacia la izquierda. Uno podía entrar por la cancela del jardín y acercarse a la galería sin tener que atravesar la casa. Sanshiro había empezado a girar el pomo, que era visible a través del seto, cuando reconoció las voces que se escuchaban en el jardín. Pertenecían a Nonomiya y a Mineko. —Entonces simplemente caes a la tierra y te matan. Este era Nonomiya. —Creo que eso es mejor, incluso si te matan de verdad —respondió Mineko. —Por supuesto, alguien suficientemente inconsciente como para subir tan alto merecería caer y matarse. —Qué comentario más cruel... En este punto, Sanshiro abrió la cancela. De pie en el centro del jardín, los interlocutores le miraron. Nonomiya le saludó con un simple «Hola» e inclinó la cabeza. Lucía un nuevo sombrero de fieltro de color marrón. —¿Cuándo recibiste la nota? —preguntó Mineko, poniendo punto final a su

conversación con Nonomiya. El señor de la casa estaba sentado en el borde de la galería, vestido con un traje y exhalando sus acostumbradas volutas filosóficas. Sostenía una revista extranjera entre las manos. Yoshiko estaba sentada a su lado, echada hacia atrás con las manos sobre la valla de la galería y mirando a las gruesas correas de sus sandalias de tatami en sus pies extendidos. Todo el mundo había estado esperando por él. Hirota tiró su revista a un lado. —En marcha, pues. Por fin habéis logrado sacarme de casa. — Qué horrible tarea para usted —dijo Nonomiya, saliendo tras él. Las dos chicas se miraron y se rieron disimuladamente. Fueron las siguientes en abandonar el jardín. —Qué alta eres —le dijo Mineko desde detrás. —Un palo de gallinero —replicó Yoshiko sin más. Cuando se encontraron codo con codo en la cancela, explicó: —Por eso llevo sandalias cada vez que puedo. Sanshiro estaba saliendo del jardín detrás de ellas cuando una de las puertas de papel del segundo piso se abrió de un golpe y Yojiro apareció en la barandilla. —¿Os vais ya? —preguntó. —Sí. ¿No vienes? —Sí, hombre, ¿para qué? ¿Para ver un montón de estúpidas flores arregladas? —Oh, venga. ¿Qué ganas quedándote en casa? —Estoy escribiendo un ensayo, un gran ensayo. No puedo perder el tiempo con actividades como esa. Con una risa sorprendida, Sanshiro se apresuró a seguir a los otros, que ya habían recorrido dos tercios del camino que conducía a la calle principal. Cuando divisó sus siluetas bajo la ancha extensión del cielo, Sanshiro sintió que su vida actual se estaba convirtiendo poco a poco en algo cuyo significado era mucho más profundo que el de su vana existencia en Kumamoto. Los mundos número dos y tres estaban encarnados en la silueta del grupo que se alejaba. Una de las mitades era oscura y triste, la otra brillante como un campo de flores. Las dos convivían en perfecta armonía en la mente de Sanshiro. Y el propio Sanshiro estaba siendo incluido en el tejido sin apenas darse cuenta. Pero había algo incierto en el dibujo, algo que le tenía preocupado. Mientras caminaba, se le ocurrió que la causa inmediata de su preocupación era el tema de la conversación de Nonomiya con Mineko en el jardín. Quería desentrañarlo, a ver si así podía disipar su ansiedad. Los cuatro paseantes habían llegado a la esquina. Pararon y se volvieron hacia Sanshiro. Mineko se llevó una mano a la frente. Sanshiro los alcanzó en menos de un minuto, pero ninguno dijo nada. Simplemente echaron a andar de nuevo. Después de un rato, Mineko habló a Nonomiya. —*Tenías* que decir algo así. Eres un científico. —Sonaba como la continuación de la charla que habían dejado interrumpida en el jardín. —Eso no tiene nada que ver. Si quieres volar, tienes que idear algún artefacto que sea capaz de volar. Pero tienes que usar la cabeza primero, ¿no lo ves? —Puede que eso fuera suficiente para alguien que no quisiera volar muy alto. —Tendría que haber sido suficiente para él. De otro modo, se habría matado. —Así que la mejor cosa que se puede hacer es ir a lo seguro y quedarse en el suelo. ¡Qué aburrimiento! En vez de responder a Mineko, Nonomiya se volvió hacia Hirota. —La mayor parte de las mujeres son poetas —dijo sonriendo. —Y el problema con los hombres— dijo Hirota— es que nunca podrán llegar a ser poetas puros. Nonomiya no encontró respuesta para esta extraña reflexión. Mineko y Yoshiko empezaron su propia conversación. Al fin Sanshiro pudo hacer su pregunta. —¿De qué estabais hablando cuando he llegado? —Oh, no era nada —dijo Nonomiya—. Máquinas voladoras. Sanshiro se sintió como si le hubieran desvelado la gracia de algún chiste. Poco más se dijo después de eso. Las conversaciones largas habrían sido imposibles en cualquier caso, porque se habían zambullido entre las hordas de domingueros que atestaban la ciudad. Un pordiosero estaba arrodillado en el suelo en el exterior del templo Ogannon. Con la frente apoyada sobre el suelo, iba dejando salir de

sus labios en voz muy alta una sarta de súplicas bastante variadas. Levantaba la cabeza a ratos para dejar ver una blanca mancha de arena en su frente. Nadie se molestaba en mirarle. Sanshiro y sus cuatro acompañantes pasaron por su lado despreocupados. Estaban ya unos cuantos metros lejos de él, cuando el profesor Hirota se volvió a Sanshiro de repente y le espetó: —¿Le diste algo a ese mendigo? —No —respondió Sanshiro, mirando atrás. El mendigo, con las manos juntas bajo su blanca frente, seguía desgranando a voces sus plegarias. —Desde luego, no hace nada para que a uno le apetezca darle dinero, ¿no es cierto? —intervino Yoshiko. —¿Qué quieres decir? —Su hermano la taladró con la mirada. Su tono de voz no era de reproche. La expresión de su cara era, en todo caso, indiferente y distante. Mineko brindó su crítica. —La manera en que grita y grita no logra causar ningún efecto. —No es eso —dijo Hirota—. Lo que pasa es que está en el sitio equivocado. Hay demasiada gente paseando de un lado a otro. Si se toparan con él en la cima solitaria de una montaña, todo el mundo acabaría dándole algo. —Sí, pero podría tirarse todo el día esperando sin que apareciera ni un alma por allí —dijo Nonomiya con una risita. Escuchando las críticas que los demás estaban haciendo al pordiosero, Sanshiro sentía que estaba faltando de algún modo a los preceptos morales en los que había sido educado. Pero lo cierto era que no solo no se le había pasado por la cabeza tirarle al mendigo unas monedas, sino que en realidad había experimentado una sensación de lo más desagradable cuando había pasado por su lado. Los otros estaban siendo más sinceros consigo mismos que él, tenía que admitirlo. Había tipos en las ciudades lo suficientemente lúcidos como para ser totalmente sinceros consigo mismos. Cuanto más se alejaban del centro, más numerosa era la multitud que llenaba las calles. Pronto se cruzaron con una niña perdida. Tendría alrededor de siete años. Caminaba de un lado para otro sin rumbo fijo, agarrándose de las mangas de la gente con la que se iba chocando. —Abuela, abuela... —llamaba entre lágrimas. Todos, al verla, parecían conmoverse. Unos pocos se pararon a mirarla. —Pobrecita... —dijo alguien. Pero nadie la cogía de la mano. La niña seguía buscando a su abuela y llorando fuerte, atrayendo la atención y la simpatía de todos los que la rodeaban. Era aquel un fenómeno de lo más extraño. —Estará también en el sitio equivocado, supongo —dijo Nonomiya, manteniendo la mirada en la silueta sollozante de la niña. —Todo el mundo pensará que antes o después vendrá un policía a hacerse cargo de ella. Así eluden la responsabilidad —apuntó el profesor Hirota. —Si viniera hacia mí la llevaría al puesto de policía —dijo Yoshiko. —Bueno, pues entonces ve, cógela y llévatela —aconsejó Nonomiya. —No me apetece perseguirla, la verdad. —¿Por qué no? —No sé, esto está lleno de gente. ¿Por qué tengo que ser precisamente yo quien lo haga? —Así me gusta, eludiendo la responsabilidad —dijo el profesor Hirota. —Lo que yo decía: está en el lugar equivocado, después de todo —dijo Nonomiya. Los dos hombres rieron. Cuando el grupo llegó por fin a la cima de Dangozaka, encontraron un enjambre de personas alrededor del puesto de policía. La niña estaba por fin en manos de los agentes. —Ya puedes quedarte tranquila —dijo Mineko volviéndose a Yoshiko. —Oh, ¡me alegro tanto! Vista desde arriba, la pendiente de Dangozaka se desviaba hacia la derecha. Estrecha, parecía el extremo afilado de una espada. Las ligeras naves de la exhibición de la izquierda dejaban ver a su espalda esbeltos edificios de dos plantas. Aún más arriba, más allá de las naves, ondeaban innumerables carteles y pendones. La gente parecía tirarse en picado hacia el valle que se abría a sus pies. Los que bajaban y los que se esforzaban por subir se mezclaban en un caótico revoltijo que taponaba la calle, haciendo que la muchedumbre

adoptara formas grotescas, como de serpientes de movimiento irregular que cansaban rápidamente la vista. —¡Esto es horrible! —exclamó el profesor Hirota, de pie en lo alto de la pendiente. Evidentemente, ya estaba dispuesto a volverse a casa. Había tenido suficiente. Descendieron como pudieron, haciendo de todo menos empujar al profesor colina abajo. Hacia el final, donde la pendiente empezaba a curvarse y nivelarse, había enormes naves de exposición con tejados de carrizo alineadas a ambos lados cerniéndose sobre la estrecha callejuela. Aquello era suficiente como para que el propio cielo pareciera encasillado sobre sus cabezas. Todo estaba tan abigarrado en las alturas que, al nivel de la calle, casi parecía que reinara la oscuridad. En medio de toda la barahúnda, los voceadores en las puertas de las naves gritaban sus consignas a pleno pulmón. Sus llamadas se alejaban tan completamente de las voces normales, que el profesor Hirota no pudo evitar hacer un comentario al respecto: —Esos no son sonidos propios de seres humanos. ¡Son la voces de las mismísimas muñecas de crisantemos! El grupo entró en una de las naves que se encontraban a la izquierda de la calle. El primer retablo estaba dedicado a una obra de *kabuki* que representaba el ataque de los hermanos Soga.²² Todas las muñecas, desde los hermanos al general Yoritomo en persona, llevaban ropajes igual de espectaculares realizados con crisantemos. Las caras, las manos y los pies, por su parte, estaban tallados en madera. Lo siguiente era un paisaje nevado sobre el que se podía ver a una mujer joven con cara de enfado. Esta figura estaba también tallada en madera y cubierta por ropajes hechos enteramente de crisantemos. Yoshiko estaba totalmente absorbida por las muñecas. Hirota y Nonomiya, por su parte, se habían enzarzado en otra discusión, esta vez sobre si aquellos crisantemos se cultivaban de manera diferente a los demás crisantemos. Los espectadores, mientras tanto, iban entrando y apelonándose detrás de Sanshiro, y este pronto se dio cuenta de que la masa de gente lo había desplazado a empujones varios metros. Vio cómo Mineko lo adelantaba. La mayor parte del gentío estaba compuesto por tenderos locales. Había muy poca gente que tuviera trazas de ser culta. Arrastrada por la muchedumbre, Mineko se dio la vuelta y se estiró para mirar en dirección a Nonomiya. Este estaba señalando a través del entramado de bambú hacia las raíces de los crisantemos, gesticulando acaloradamente. Mineko se volvió y, empujada por los otros espectadores, se dirigió a la salida más alejada. Sanshiro se abrió paso con esfuerzo entre el gentío, y dejó al resto de sus amigos atrás. —¡Mineko! —llamó cuando por fin logró darle alcance. Ella se agarró a una celosía de bambú y giró la cabeza lo justo para echarle una mirada. No dijo nada. Dentro de la celosía se representaba una escena que mostraba la catarata de Yoro. Un hombre joven de cara redonda con un hacha en su cinto estaba arrodillado junto a la cuenca de la cascada, sujetando una calabaza. Sanshiro estaba casi completamente ajeno a lo que había detrás del entramado. Entonces miró a Mineko. —¿Algo va mal? —Las palabras se le escaparon. Ella siguió sin decir nada. Sus ojos negros se posaron perezosamente sobre la frente de Sanshiro. Él encontró en el suave pliegue de sus párpados algún significado incomprensible, y en ese significado una fatiga del espíritu, una lasitud de la carne, una atracción cercana al sufrimiento. Sanshiro olvidó que estaba esperando una respuesta de ella y se abandonó por completo a sus ojos. —Quiero irme de aquí... —musitó Mineko. Las pupilas y los párpados parecían acercarse cada vez más. Cuando más se juntaban, más fuerte arraigaba en él la sensación de que debería dejar aquel lugar por el bien de ella. Cuando este sentimiento alcanzó su clímax, ella se dio la vuelta, y sacudió la cabeza. Retiró la mano de la celosía y anduvo hacia la salida. Sanshiro la siguió. Cuando se

encontraron fuera, Mineko bajó la mirada y se puso la mano derecha sobre la frente. La multitud se arremolinaba a su alrededor. Sanshiro se acercó a ella. —¿Algo va mal? Ella empezó a caminar a través de la multitud en dirección a Yanaka. Sanshiro, por supuesto, fue con ella. Habían recorrido media manzana cuando ella se paró en medio del gentío. —¿Dónde estamos ahora? —En el camino hacia Tennoji, en Yanaka. Exactamente en dirección contraria a tu casa. —Oh. No me encuentro bien... Plantado en medio de la calle, Sanshiro sintió dolorosamente que se quedaba sin recursos. Intentó pensar en algo. —¿No hay ningún lugar tranquilo a donde podamos ir? —preguntó Mineko. En la parte más baja del valle, donde confluían los barrios de Yanaka y Sendagi, había un pequeño arroyo. A su izquierda, atravesando esa parte de la ciudad, se extendía una especie de zona arbolada. El arroyo desde allí corría directamente hacia el norte. Sanshiro pensó en los paseos que solía dar por aquella zona de vez en cuando. Mineko estaba de pie al lado del puentecillo de piedra que cruzaba el arroyo. A partir de allí el río doblaba hacia el barrio de Nezu, tras haber atravesado el de Yanaka. —¿Te importa que caminemos un poco más? —Bien. Cruzaron el puente y torcieron a la izquierda. Después de recorrer unos veinte metros por ese camino llegaron a la verja de una casa. Cruzaron por un puente de madera y llegaron al otro lado del arroyo. Continuaron así caminando por la ribera, y pronto se encontraron solos en campo abierto. En la tranquilidad del otoño, Sanshiro se sintió parlanchín. —¿Qué tal te encuentras? ¿Qué tienes, dolor de cabeza? Debe de haber sido la aglomeración... Había un puñado de hombres de baja ralea en la nave de las muñecas. ¿Alguno te ha dicho algo? Mineko no respondió. Pasados unos instantes, levantó sus ojos del agua en movimiento y miró a Sanshiro. La piel de sus párpados estaba de nuevo tersa. Sanshiro se sintió reconfortado de alguna manera. —Gracias. Me siento mucho mejor ahora. —¿Descansamos un rato? —Sí, está bien. —¿Crees que podrás andar un poquito más lejos? —Creo que sí. —Bien. Mira, allí delante hay un sitio agradable donde podremos sentarnos. —De acuerdo. A unos cien metros arroyo arriba encontraron otro puente. No era más que un viejo tablón, quizá de medio metro de ancho, que alguien había tirado de un lado a otro del arroyo para ayudar a transponerlo. Sanshiro cruzó el puentecillo y Mineko le siguió. Sanshiro se volvió para esperarla. Le pareció que ella caminaba con la misma facilidad que si hubiera estado en terreno llano. Avanzaba con paso largo y seguro, no con esos pasitos afectados propios de las mujeres. No había razón para ofrecerse a darle la mano. Divisaron un techo de paja en la distancia. Pertenecía a una casa cuyas paredes, al menos a primera vista, parecían rojas. Al acercarse, descubrieron que en realidad la fachada de la casa estaba repleta de pequeños pimientos rojos puestos a secar. Cuando estaban lo suficientemente cerca como para distinguirlos, Mineko se paró en seco. —Qué encantador... —dijo, sentándose en la estrecha franja de hierba que bordeaba el arroyo. La poca hierba que quedaba había perdido su verdor veraniego. Mineko no mostró preocupación alguna por si se ensuciaba su brillante kimono. —¿Te apetece que vayamos más allá? —No te preocupes, así está bien. —¿No te encuentras mejor? —Estoy demasiado cansada. Sanshiro cedió y se sentó en un sucio parche de hierba a un par de metros de distancia de Mineko. El arroyo corría justo por debajo de ellos. Era poco profundo, ahora que el nivel del agua había descendido con el otoño, tan superficial como para que un gorrión pudiera sobrevolarlo y posarse en una roca que sobresaliera. Sanshiro miró largo rato el agua clara. Lentamente se iba volviendo fangosa. Un granjero, observó, estaba lavando nabos río arriba. Mineko miraba al horizonte. Al otro lado del arroyo se extendía el ancho campo, y más allá los

bosques, y por encima de los bosques el cielo. El color del cielo iba cambiando de modo gradual, tenuemente. Empezaron a verse rastros de color sobre su monótona claridad. El profundo y transparente fondo azul se volvió poco a poco más difuso, y una pesada y blanca cortina de nubes vino a revestirlo. El tapiz celeste empezó a derretirse y fluir en regueros, pero tan lánguidamente que era imposible distinguir donde acababa el fondo y empezaba la nube. Y sobre todo esto flotaba un suave matiz dorado. —El cielo estaba tan claro antes... —dijo Mineko—. Ahora parece como si se hubiese embarrado. Sanshiro apartó sus ojos del arroyo y miró al cielo. No era la primera vez que contemplaba una atmósfera como aquella, pero sí la primera vez que lo había oído describir como «embarrada». Y ella estaba en lo cierto, comprobó. No había otra manera de describir aquel color. Pero antes de que pudiera articular una respuesta, Mineko habló de nuevo. — ¡Es tan denso! Parece hecho de mármol. Mientras tanto miraba a lo alto con los párpados entornados. Entonces movió sus ojos lentamente hasta que su mirada se posó en Sanshiro. —Parece mármol de verdad, ¿no te parece? Sanshiro no tenía más opción que asentir. Mineko se quedó callada. Después de unos minutos fue Sanshiro quien habló. — Bajo un cielo como este, el corazón se vuelve pesado, pero los sentidos se aligeran. — ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Mineko. Sanshiro, la verdad, no quería decir gran cosa. En vez de responder la pregunta, apuntó: —Es un tipo de cielo tranquilizador y etéreo. —Sí, parece que se mueve, pero nunca lo hace. —Mineko empezó a mirar otra nube lejana. De vez en cuando, podían oír los gemidos de los perros de los voceadores de la feria de crisantemos. —Qué voces más sonoras tienen. —Es difícil creer que se pueda gritar así durante todo el día —dijo Sanshiro. De pronto recordó a los tres compañeros que habían dejado atrás. Abrió la boca, pero Mineko le contestó primero. —Ese es su problema... Como con el mendigo del templo de Ogannon. —¿No están en el lugar equivocado, entonces? —Un inusual raptó de ingenio afloró en Sanshiro, quien rió su propia gracia. El comentario de Hirota sobre el mendigo le había parecido muy gracioso de verdad. —El profesor siempre está diciendo cosas como esa, ¿sabes? —dijo Mineko con voz suave, casi como hablando para sí. Entonces añadió con repentina viveza: — ¡Por supuesto, al mendigo le habría ido mejor si hubiera estado sentado aquí! Ahora fue el turno de ella de reírse de su propio chiste. —Nonomiya estaba en lo cierto, aun así —respondió Sanshiro—. Podríamos esperar para siempre sin que nadie nos pasara por delante. —Pues mucho mejor, ¿no crees? —dijo ella rápidamente, pero continuó: —Nosotros somos como mendigos que no mendigamos, si lo piensas bien. —Sonaba como si esto lo hubiera dicho para aclarar su primer comentario. Justo entonces apareció un extraño. Había surgido de las sombras de la casa donde estaban secándose los pimientos rojos y había pasado al otro lado del arroyo. Ahora avanzaba decididamente hacia ellos. Vestía un traje y llevaba bigote, y parecía rondar la edad del profesor Hirota. Cuando llegó al lado opuesto del reguero, giró la cabeza con un movimiento brusco y les taladró con la mirada. Aquel hombre les odiaba por algo, eso era evidente. Sanshiro encontró difícil seguir sentado allí por más tiempo. El hombre por fin se alejó. Sanshiro, mirando la sombra del hombre que se perdía en la casa, dijo: —Estoy seguro de que el profesor Hirota y Nonomiya nos estarán buscando. Parecía que aquello no se le había ocurrido hasta ese momento. Sin embargo Mineko mostraba, como mucho, una cierta diferencia respecto al asunto. —No te preocupes. Ya somos mayorcitos tú y yo. No le importará que nos hayamos perdido. — ¡Pero no nos hemos perdido! Estoy seguro de que estarán intentando encontrarnos —insistió. La indiferencia de Mineko no hizo más que

acentuarse. —Le está bien empleado a alguien a quien le gusta eludir las responsabilidades. —¿A quién te refieres? ¿Al profesor Hirota? Mineko no contestó. —¿A Nonomiya? Tampoco esta vez respondió. —¿Te encuentras mejor ahora? Creo que deberíamos regresar... Mineko se volvió hacia él. Sanshiro ya se había levantado, pero volvió a sentarse de nuevo. Fue entonces cuando se dio cuenta de algo desde lo más profundo: esta joven era demasiado mujer para él. Sintió, también, una vaga sensación de humillación acompañando la conciencia de que aquella chica le había calado. Aún mirándole, Mineko dijo: —Niño perdido... Él no respondió. —¿Sabes cómo traducir eso al inglés? La pregunta era demasiado inesperada. Sanshiro no pudo responder ni que sí ni que no. —¿Te lo digo? —Por favor. —*Stray sheep*. ¿Entiendes lo que significa?²³ Sanshiro nunca sabía qué decir en ocasiones como aquella. Solo podía lamentar, cuando el momento había pasado y su mente comenzaba a funcionar con claridad, que había podido decir esto, o lo otro. Tampoco era lo suficientemente superficial como para anticipar sus lamentos y escupir una respuesta improvisada con fingido aplomo. Así que se quedó callado, sintiendo todo el tiempo que hacer eso era llegar al colmo de la estupidez. Pensó que entendía lo que significaba aquella expresión; aunque en realidad, quizá no fuera lo que él pensaba que era. Más que las palabras en sí mismas, de todas formas, era lo que en realidad quería decir la joven que las usaba lo que se le escapaba. La miró impotente y no respondió. Ella, por su parte, se puso seria. —¿Te parezco demasiado atrevida? —Su tono sugería un deseo de justificarse. Él no estaba preparado para aquello. Hasta ese momento ella había estado oculta en una niebla que él había esperado que se aclarara. Sus palabras disiparon la niebla, y ella emergió, claramente, como una mujer. ¡Ojalá nunca hubiera ocurrido! Sanshiro quería que la actitud de Mineko hacia él volviese a ser la de antes: una actitud llena de significado, ni clara ni embrollada, como el cielo que se extendía ante ellos. Pero se dio cuenta de que no iba a poder lograrlo con unas pocas palabras de adulación. —Bueno, entonces, volvamos —dijo ella sin previo aviso. No había ni rastro de resentimiento en su voz. Su tono era comedido, como si se hubiera resignado a no despertar ningún interés en Sanshiro. El cielo había cambiado súbitamente, y el viento soplaba en la distancia. El amplio campo se tornó oscuro y fríamente desolado. Sanshiro sintió de repente cómo la tierra húmeda le había ido helando el cuerpo sin que él se diera cuenta. A duras penas podía creer que hubiera permanecido sentado allí tanto tiempo. Si hubiera estado solo, haría rato que se habría marchado a otro sitio. Mineko también; aunque puede que Mineko fuera el tipo de muchacha que se quedaría sentada sola durante horas en un sitio como este sin dudarlo. —Ha refrescado. Deberíamos levantarnos, por lo menos. Un frío así te puede hacer enfermar. ¿Te encuentras bien ya? —Sí, estoy bien... —Su respuesta era inequívoca. Se levantó rápido, murmurando o casi entontando para sí misma mientras lo hacía—: *Stray sheep, Stray sheep...* Sanshiro, por supuesto, no respondió nada. Mineko señaló entonces en la dirección por la que había venido el hombre del traje, y dijo que a ella le gustaría volver por el mismo camino para ver si había alguna calle por la que pudieran salir. Anduvieron hacia la casa del tejado de paja y encontraron un camino por detrás. Habían recorrido la mitad de su longitud cuando Sanshiro le preguntó: —¿Se irá Yoshiko a vivir contigo? Sonriendo, Mineko le contestó preguntándole a su vez: —¿Por qué lo quieres saber? Antes de que pudiera responder, se toparon con un charco repleto de lodo que ocupaba por lo menos un metro el camino. En medio del charco alguien había colocado una piedra plana para pasar sin mojarse los pies. Sanshiro saltó al otro lado y entonces se

volvió para observar a Mineko. Esta posó su pie derecho en la piedra pero esta era inestable. Se balanceó varias veces preparándose para saltar al otro lado. Sanshiro le tendió la mano. —Toma, apóyate. —No, estoy bien. —Mineko sonreía. Sanshiro mantuvo la mano extendida hacia ella, pero Mineko permaneció quieta en el mismo lugar. Sanshiro entonces la retiró, y ella cambió todo su peso a su pierna derecha y balanceó su pierna izquierda hacia él. Decidida a no enlodarse los pies, de cualquier modo, saltó con demasiada potencia y perdió el equilibrio. Cayó hacia delante, chocando contra Sanshiro, sus manos aferrándole los brazos. —*Stray sheep...* —murmuró para sí. Sanshiro pudo sentir su aliento acariciándole la mejilla.

Capítulo VI

La campana sonó y el profesor abandonó el aula. Sanshiro sacudió la tinta de su pluma y estaba cerrando su cuaderno cuando Yojiro se volvió hacia él. —Eh, déjame un momento, ¿quieres? Me he perdido un par de cosas. Yojiro agarró el cuaderno, se lo acercó a la cara y sumergió la nariz en él. La página estaba cubierta de principio a fin con la misma frase, que se repetía una y otra vez: «*Stray sheep. Stray sheep*». —¿Qué diablos es esto? —Me harté de tomar notas y me puse a garabatear... —Presta más atención la próxima vez, ¿quieres? El profesor estaba diciendo algo así como que el idealismo trascendental de Kant se oponía al realismo trascendental de Berkeley... —Algo así. —¿No estabas escuchando? —No. —Tú sí que eres una «stray sheep» de tomo y lomo. Oh, bueno... Yojiro se levantó con su cuaderno y echó a andar. —Ven conmigo —dijo. Sanshiro le siguió fuera del aula. Bajaron las escaleras y salieron al césped. En medio del jardín se alzaba un gran cerezo. Los dos se sentaron debajo. Este lugar se convertía en un campo de tréboles a principios del verano. Cuando Yojiro vino por primera vez a la Universidad con su solicitud de admisión bajo el brazo, se encontró a dos estudiantes tumbados bajo ese mismo árbol. Uno le estaba diciendo al otro: —Si me hubieran dejado cantar en el examen oral, vaya recital habría dado. El segundo entonces había empezado a cantar suavemente:

Oh, dadme un buen profesor Que me guíe por la vida. Así, al probar el amor, Daré mi mejor medida.

Desde ese día, a Yojiro le encantaba aquel lugar. Cuando tenía algo que decirle a Sanshiro se lo llevaba hasta la pradera del cerezo. Cuando Sanshiro se enteró de la historia, entendió por qué Yojiro había traducido «*Pity's akin to love*» como una canción popular. Hoy, en cambio, Yojiro estaba extrañamente serio. Se sentó con las piernas cruzadas en la hierba y sacó una revista titulada *Bungei Jihyo*,²⁴ que le pasó a Sanshiro señalándole una página abierta. —¿Qué piensas de esto? —dijo. En la página había un artículo cuyo título, impreso en letras enormes, rezaba: «La Gran Oscuridad». El autor había firmado como «Reiyoshi». Sanshiro reconoció «La Gran Oscuridad» como el apodo que Yojiro solía utilizar para referirse al profesor Hirota, pero nunca había oído hablar de ese tal Reiyoshi que firmaba el artículo. Miró fijamente a Yojiro antes de atreverse a responder. Yojiro no abrió la boca, sino que acercó bruscamente su cara chata a la de Sanshiro, apretándose el dedo índice contra la punta de la nariz. Mantuvo esta pose por algún tiempo. Un estudiante que pasaba por el otro lado del camino empezó a sonreírse al verlos. Yojiro se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se quitó el dedo de la nariz. —¡Soy yo! ¡Yo soy quien lo ha escrito! —bramó. Ahora Sanshiro comprendió. —¿Esto es lo que estabas escribiendo cuando fuimos a ver la exposición de muñecas de crisantemos? —No seas idiota, eso fue solo hace un par de días. Las cosas no se imprimen tan rápido. El que escribí ese día saldrá el mes que viene. Este lo redacté hace mucho tiempo. Puedes imaginarte de qué trata solo por el título... —¿Del profesor Hirota? —Claro, hombre. Primero jalearé a la opinión pública, y luego me ocuparé de hacer los preparativos para que el profesor entre de una vez en la Facultad... —¿Tanta

influencia tiene esta revista? —Sanshiro nunca había oído hablar de ella. —No... Y ahí es donde está el problema —replicó Yojiro. Sanshiro no pudo evitar sonreírse. —¿Qué tirada tiene? Yojiro evitó dar una respuesta directa. —De cualquier forma, es mejor que no escribir nada en absoluto... —insistió. Explicó que llevaba mucho tiempo en contacto con la revista y que había colaborado en casi todos los números cuando podía encontrar tiempo. Afortunadamente, había cambiado su seudónimo cada vez. Así, decía, dejando aparte de dos o tres de los estudiantes que editaban la revista, nadie sabía que era él quien estaba detrás de todas aquellas colaboraciones. La falta de renombre de Yojiro no era nada sorprendente: esta era la primera vez que el propio Sanshiro había oído hablar de las extrañas relaciones literarias de su amigo. Aun así, no podía comprender cuál era el objetivo de Yojiro al usar un seudónimo tan poco serio como Reiyoshi —¿qué significaba, en todo caso? ¿sobrante? ¿superfluo?— y al publicar sus «grandes ensayos» en secreto. Cuando Sanshiro fue tan imprudente como para preguntar si por lo menos se ganaba algún dinero extra, los ojos de Yojiro casi se le salieron de las órbitas. —¡Solo a un palurdo recién salido de las tierras remotas de Kyushu y que no sabe nada de las últimas tendencias literarias se le podría ocurrir preguntar algo así! ¡Nadie con un mínimo de seso en la mollera podría quedarse ahí parado en medio de la vorágine intelectual y mostrarse indiferente ante la violenta agitación que se desata delante de sus ojos! Nosotros, los jóvenes, somos los que tenemos el poder literario en las manos. ¡Tenemos que avanzar y decir en voz alta cada palabra, cada frase que podamos, o de otro modo saldremos perdiendo! El mundo literario está experimentando una revolución espectacular. Todo se está moviendo en una dirección totalmente nueva, y no podemos permitirnos el lujo de quedarnos atrás. ¡Tenemos que hacer que las nuevas tendencias vayan por donde nosotros queremos, o no valdrá la pena que hayamos vivido! Intentan decirnos que la literatura es basura, pero eso es algo que solo podrás oír en la universidad. Lo que nosotros entendemos por literatura, la nueva literatura, es un gran espejo de la vida en sí misma. ¡La nueva literatura tendrá que influir sobre toda la sociedad japonesa en su conjunto! Y realmente lo está haciendo, mientras el resto duerme y sueña. Es impresionante... Sanshiro escuchaba en silencio. Pensaba que Yojiro estaba exagerando un poco con esos aspavientos. Aun así, su discurso había sido de lo más intenso. Había que reconocer que mientras hablaba, Yojiro derrochaba una absoluta solemnidad. Sanshiro sintió las lágrimas de la emoción aflorándole a los ojos. —Pues si ese es el espíritu de tu trabajo, entonces supongo que no se te habrá pasado por la cabeza siquiera que te paguen por hacerlo. —Ahí te equivocas. ¡Intento que me paguen lo más posible! Aunque, por supuesto, como la revista no vende no me han pagado nada aún... Tenemos que encontrar la manera de llegar al público. ¿Se te ocurre alguna idea? Ahí estaba ahora, pidiendo el consejo de Sanshiro. El nivel de discurso había descendido de nuevo a los asuntos cotidianos. Sanshiro encontró todo aquello bastante raro, pero a Yojiro pareció no afectarle. El timbre de la facultad comenzó a sonar violentamente. —De cualquier forma, toma la revista y léete mi ensayo. El título es buenísimo, ¿no te parece? Dejará a la gente atónita, eso seguro. ¡Si no les dejas atónitos, no leerán nada, los malditos! Entraron en la clase y se sentaron en sus pupitres. Pronto vino el profesor. Empezaron a tomar apuntes. Pero «La Gran oscuridad» había logrado despertar la curiosidad de Sanshiro. Puso el ejemplar del *Bungei* junto a su cuaderno y empezó a leer el ensayo tan discretamente como le fue posible durante las pausas en su toma de apuntes. Afortunadamente el profesor era bastante corto de vista y además estaba totalmente embebido en su propia

cháchara; la infracción de Sanshiro le tenía sin cuidado. Sintiéndose a salvo ahora, Sanshiro procedió a alternar la toma de apuntes con la lectura del ensayo, en su intento hacer las dos cosas a la vez; pero lo único que consiguió fue perder el hilo tanto del artículo como de la lección. La única impresión clara que retuvo fue un pasaje del texto de Yojiro: «¿Cuántos eones fueron necesarios para que la Naturaleza fraguara una piedra preciosa? ¿Y cuántos se pasó esta puliendo su brillo en la oscuridad de las cavernas hasta que el destino la arrojó fuera de allí?». El resto del artículo, simplemente, lo hojeó sin prestar mucha atención. Al menos, pensó Sanshiro, había conseguido apañárselas para superar aquella hora sin escribir una sola vez las palabras «*Stray sheep*» en su cuaderno. Tan pronto como la clase hubo terminado, Yojiro se volvió hacia Sanshiro. —¿Qué te ha parecido el artículo? Cuando Sanshiro respondió que en realidad aún no había terminado de leerlo, Yojiro le reprendió por no saber usar su tiempo. —¡Asegúrate de acabarlo! Sanshiro le prometió hacerlo en casa. Para entonces ya era mediodía. Salieron juntos. — Irás esta noche, ¿verdad? —preguntó Yojiro, parando en una esquina de la calle que conducía a Nishikatamachi. Sanshiro lo había olvidado: ¡la cena de la clase! Sí, dijo por fin; iría. —Pasa a buscarme cuando vayas de camino, ¿quieres? —dijo Yojiro—. Hay algo de lo que quiero hablarte. —Llevaba la tapa de una estilográfica prendida, casi elegantemente, detrás de la oreja. Sanshiro aceptó pasar a recogerle. Se dio un baño y subió a su habitación sintiéndose súbitamente refrescado. Encontró una postal en su escritorio. El remitente había hecho un pequeño dibujo en uno de los lados de la tarjeta. Representaba un minúsculo arroyo con una maraña de hierba en las orillas y dos ovejas tendidas en el borde de la hierba. Al otro lado del riachuelo había un hombre alto armado con una vara gigantesca. Tenía una cara de aspecto feroz que guardaba un gran parecido con la del diablo de las pinturas occidentales. Quien la había dibujado se había cuidado de etiquetarla cuidadosamente como «Diablo», a fin de evitar cualquier error a la hora de interpretarla. El único remitente de la carta era «Niño perdido». Sanshiro supo inmediatamente de quién se trataba. Y estaba enormemente complacido: al menos se había cuidado de dibujar dos ovejas descarriadas, como sugiriendo que él era también una de esas ovejas. Daba la impresión de que Mineko había querido incluirlo en su dibujo desde el primer momento. Ahora por fin entendía lo que había querido decir con aquello de «*Stray sheep*». Pensó en rematar la lectura de «La Gran Oscuridad», como le había prometido a Yojiro, pero no estaba de humor para hacerlo. En cambio siguió mirando la postal. El dibujo tenía una cualidad casi cómica que no sería fácil encontrar ni siquiera en Esopo. Parecía poco sofisticado, pero a la vez ingenioso y poco convencional. Y había algo detrás de todo aquello que a Sanshiro le llegó al alma. Técnicamente, también, aquel era un trabajo perfectamente digno de admiración. Cada detalle había sido plasmado con meridiana claridad. El árbol de caquis de Yoshiko no tenía ni punto de comparación con aquello, o al menos eso le pareció a Sanshiro. Por fin se enfrascó en «La Gran Oscuridad». Al principio no podía concentrarse, pero el ensayo empezó a engancharle después de dos o tres páginas, y antes de que se diera cuenta había avanzado cinco, seis páginas hasta que hubo despachado el artículo entero: veintisiete páginas. Solo cuando hubo leído la última frase se dio cuenta de que había llegado al final. Levantó los ojos de la revista y pensó: «Vaya, pues parece que me lo he terminado». Pero al instante siguiente, cuando empezó a recapitular sobre lo que había leído, se dio cuenta de que no recordaba nada en especial. Nada de nada. De hecho, había tanta cantidad de nada en el artículo que aquello resultaba sencillamente cómico. Sintió solamente que se había tirado

la mitad de la tarde leyendo con avidez un artículo que no le había dejado ningún poso. Sanshiro se sintió sacudido por el talento literario de Yojiro. El artículo se abría con un virulento ataque a los escritores contemporáneos y se cerraba con un extravagante panegírico al profesor Hirota. Era especialmente severo con los extranjeros que enseñaban Literatura Extranjera en la Universidad. A no ser que la Universidad fuera capaz de contratar a un profesor japonés adecuado para dictar cursos dignos de la misma, la institución, hasta ahora venerada como el último enclave del saber nacional descendería al nivel de las escuelas primarias. Sería como mucho una enorme momia de ladrillo. Con toda seguridad, la situación carecería de remedio si no existiesen personas adecuadas para cubrir nuestras más acuciantes necesidades; pero afortunadamente allí estaba el profesor Hirota, un hombre que había enseñado en el Instituto durante diez largos años, contentándose con un salario misérrimo y cuyo trabajo había estado inmerso en la más completa oscuridad, pero que de cualquier forma era un verdadero erudito. Un hombre que merecía un puesto profesional, que participaría en las nuevas tendencias del mundo académico y se relacionaría con las fuerzas vivas de la sociedad. Esto era, en resumen, todo lo que el ensayo tenía que decir. Pero este pequeño argumento había sido estirado hasta ocupar veintisiete páginas de prosa florida —una prosa que sonaba extraordinariamente razonable—, salpicada de brillantes aforismos. Entre los numerosos y amenos pasajes había declaraciones de enorme grandilocuencia: «Solo los ancianos nos enseñan que la calvicie es algo de lo que estar orgulloso», «Venus nació de las olas, pero los visionarios no nacen precisamente de la Universidad», «Si lo único que tiene la Universidad de lo que sentirse orgullosa son los Doctores, entonces es que la playa de Tago-no-ura solo puede presumir de sus medusas». Pero, por lo demás, el artículo no tenía nada que ofrecer. Lo más extraño de esto era que, después de haber comparado al profesor Hirota con una gran oscuridad, Yojiro había comparado a otros eruditos con farolillos de papel que no podían hacer más que brillar débilmente y con delgadas pipas que eran reliquias de épocas pasadas, «de ninguna utilidad para nosotros, los jóvenes». Sanshiro reflexionó sobre el artículo de Yojiro y concluyó que su discurso estaba dotado de una enorme vitalidad; su amigo escribía como se hubiera erigido, en solitario, en representante del nuevo Japón, y ese estado de ánimo suyo arrastraba consigo al lector. Su prosa, por lo demás, carecía completamente de sustancia. Era como una batalla a la que le faltara una auténtica base de operaciones. Y lo que era peor, su artículo podía ser interpretado como una mera muestra de sofistería política. Pero Sanshiro seguía siendo un chico de pueblo; no podía expresar sus sospechas con precisión. Simplemente sintió, una vez que hubo leído el artículo y considerado sus reacciones, que había algo en él que no le satisfacía. Cogió la postal de Mineko de nuevo y se dedicó a observar a las dos ovejas y al diablo. Encontró que todo lo que rodeaba la escena era agradable, y eso solo sirvió para aumentar su disgusto por el texto de Yojiro. Centró su atención en escribir una respuesta a Mineko. Por desgracia, no sabía dibujar. Así que haría algo de un tono más bien literario. Tendría que ser algo digno de la postal, eso desde luego. Pero las frases inspiradas no acababan de llegar a su mente. De ese modo, estuvo perdiendo el tiempo hasta que dieron las cuatro. Tras cambiarse y ponerse ropa más formal, Sanshiro salió hacia Nishikatamachi para recoger a Yojiro. Entró por la puerta trasera y se encontró al profesor Hirota tomando su cena en la pequeña mesa de la sala. Yojiro estaba sentado a su lado sirviéndole con gran ceremonia. —¿Le gustan, profesor? —le espetaba Yojiro. La mejilla del profesor estaba hinchada por lo que parecía un objeto duro y redondeado. En

la mesa había un plato sobre el que yacían como una decena de objetos de color rojo, negruzco, de aspecto requemado, cada uno del tamaño de un reloj de bolsillo. Sanshiro se sentó y se inclinó ante su amigo. El profesor seguía esforzándose por deglutir lo que tenía en la boca. —Toma, prueba. —Yojiro agarró con sus palillos uno de los extraños objetos que había en el plato y se lo tendió a Sanshiro. Sopesándola en la palma de su mano, Sanshiro vio que se trataba de una especie de almeja reseca asada en salsa de soja. — ¡Dios mío, qué grandes! —No son almejas corrientes —dijo Yojiro—. Son almejas idiotas. —¿Qué demonios...? —Ya sabes. Cuando mueren, sus conchas se abren y entonces les sale este pie largo y rojo. Parecen idiotas con la lengua colgando. —¿Por qué estáis comiendo estas cosas tan raras? —¿Qué quieres decir con raras? Pues están bien buenas. Pruébalas. Hice un viaje especial para conseguírselas al profesor. Nunca las había probado. —¿Un viaje especial? ¿A dónde has ido a por ellas? —Al centro, a Nihonbashi. Sanshiro empezó a encontrar la situación verdaderamente cómica; bastante diferente al tono del ensayo que acababa de leer. —¿Y a usted qué le parecen, profesor? —Están más duras que el demonio... —Puede ser, pero a que están buenas. Tiene que masticarlas bien para apreciar el sabor. —Si hubiera que masticarlas tanto, te quedarías sin mandíbula. ¿Por qué compras estas cosas tan pasadas de moda? —¿Cree que no debería haberlo hecho? Puede que no sean tan buenas para usted como pensé, profesor. Creo que le pegan más a Mineko Satomi... —¿Y eso por qué? —preguntó Sanshiro. —Es una chica tan calmada y paciente... Simplemente seguiría masticando que te mastica hasta que apareciera el sabor. —Es bastante tranquila, cierto —dijo el profesor—, pero también algo temeraria. —En verdad es temeraria. Tiene algo de heroína de Ibsen. —En las heroínas de Ibsen todo está al descubierto. Mineko solo es temeraria en el fondo. Por supuesto, no quiero decir temeraria en el sentido habitual. Mira la hermana de Nonomiya: tiene esa clase de mirada temeraria también, en un primer vistazo; pero cuando escarbas descubres que al final es tremendamente femenina. Es un asunto bastante extraño. —¿Así que con Mineko está todo escondido? Sanshiro escuchaba las elucubraciones de los otros dos sin decir nada. No podía estar de acuerdo con ninguno, empero. Encontraba especialmente incomprensible que describieran a Mineko precisamente como «temeraria». Por fin, Yojiro dejó la habitación y al rato volvió vestido de manera formal. —Nos vamos ya —dijo al profesor, que siguió bebiendo su té en silencio. Salieron. Para entonces ya estaba bastante oscuro. A los pocos pasos de cruzar la valla Sanshiro rompió su silencio. —El profesor llamó a Mineko «temeraria»... —Sí, él es así. Suele decir lo primero que se le viene a la cabeza. Es verdaderamente gracioso cuando la toma con las mujeres: si sumáramos todo lo que sabe de ellas probablemente descubriríamos que el total equivaldría a cero. ¡Cómo vas a entender a las mujeres si nunca has estado enamorado! —Sí, pero tú estuviste de acuerdo con él. —Cierto, dije que Mineko era temeraria. ¿Por qué lo preguntas? —¿Se puede saber qué veis de temerario en ella? —No es nada en concreto. Todas las mujeres modernas son así. Mineko no es la única. — Dijiste que es como un personaje de Ibsen, ¿verdad? —Lo hice. —¿A qué personaje te referías? —Bueno... Es como un personaje de Ibsen, eso es todo. Sanshiro no estaba nada convencido de la respuesta de su amigo, pero decidió no seguir incidiendo en lo mismo. Habían andado unos pasos en silencio cuando Yojiro exclamó: —¡Mineko no es la única chica que se parece a un personaje de Ibsen! En los tiempos que corren, todas las mujeres son así en cierto modo. Y no solo las mujeres. Cualquier hombre que haya aspirado la más mínima bocanada de la nueva atmósfera tiene algo de Ibsen en su interior. Lo que

pasa es que la gente no *actúa* libremente, como hacen los personajes de Ibsen. Por dentro todos ellos suelen sentirse bastante frustrados. —Pues yo no me siento frustrado. —Tú eres experto en engañarte a ti mismo. No existe sociedad que no tenga sus defectos, ¿no crees? —Supongo que no. —Pues bien. Toda criatura que viva en sociedad se sentirá insatisfecha respecto a algo. Los personajes de Ibsen son los que tienen la percepción más clara de los fallos del sistema social moderno. Antes de que pase mucho más tiempo, nosotros seremos como ellos. —¿Tú crees? —No soy el único. Cualquier hombre con dos dedos de frente puede verlo. —¿Y el profesor piensa igual que tú? —¿El profesor? No tengo ni idea de lo que opinará él. —Pero es lógico. Él dijo que Mineko es calmada y al mismo tiempo temeraria, ¿no? Si lo interpretas, significa que ella puede estar en calma porque es capaz de convivir con su entorno en armonía, pero como está insatisfecha con algo, en su interior es temeraria. ¿No lo ves? —Ahora sí. ¡Vaya mente privilegiada la suya! Cuando se trata de cosas así, el profesor *es grandioso*. Sanshiro había tenido la esperanza de que la discusión trascendiera un poco más allá hasta tocar el tema del carácter de Mineko, pero tras este estallido de alabanzas al profesor, Yojiro había hecho que la conversación derivara por otros derroteros. —Lo que quería decirte era... Oh, pero antes de que hablemos de eso, ¿leíste «La Gran Oscuridad»? Lo que iba a decirte no vendría mucho a cuento si no te lo hubieras leído. —Pues sí, lo leí en casa después de dejarte. —¿Y qué te pareció? —¿Qué opinó el profesor? —¿Y por qué iba a tener que opinar? Ni siquiera sabe que lo he escrito... —Bueno, disfruté leyéndolo, pero no sé, es como beberte una cerveza cuando lo que de verdad quieres es comer. No te llena... —Eso está bien. Así como está es emocionante. Así es como tiene que ser. Por eso usé un seudónimo. Todavía estoy en la fase de preparación, después de todo. Seguiré así durante un tiempo, y cuando llegue el momento desvelaré mi verdadero nombre. En cualquier caso, con eso basta. Entonces Yojiro le reveló aquello tan misterioso que quería decirle. En la reunión de aquella noche, Yojiro iba a quejarse muy en serio de la inactividad del Departamento de Literatura, y Sanshiro debía unírsele. Como dicha inactividad era un hecho conocido por todos, era seguro que los demás les apoyarían, y todos juntos trazarían un plan para corregir la situación. Yojiro sugeriría entonces que sin más demora trajeran a un profesor japonés al Departamento. Todos coincidirían con él, por supuesto, porque el asunto era tremendamente obvio. En ese punto, cuando se planteara la cuestión de a quién podrían nombrar para el puesto, Yojiro se sacaría de la chistera el nombre del profesor Hirota. Sanshiro entonces debería respaldarle lanzando las más encendidas alabanzas del profesor. Si no, cualquiera que supiera que Yojiro vivía con el profesor podría plantear dudas. Yojiro era indiferente a lo que cualquiera pudiera pensar sobre su persona, pero no quería por nada del mundo avergonzar al profesor. Por supuesto, todo saldría a pedir de boca, puesto que había más personas implicadas en la conspiración. Aun así, incluso un solo aliado más podría resultar una ventaja que marcará la diferencia. Era por esa razón por lo que Sanshiro debería hablar también. En el incierto caso de que se produjera una decisión unánime aquella noche, del cónclave saldrían unos representantes que irían a ver al Decano y al Rector. Lo más probable, sin embargo, era que las cosas no llegaran tan lejos, por supuesto. Pero no pasaba nada. Ya irían improvisando sobre la marcha. Yojiro hablaba con singular elocuencia. Pero, por desgracia, era la suya una elocuencia escurridiza y que no inspiraba confianza, y que por ello carecía de peso. En algunos momentos parecía como si estuviera pronunciando una conferencia terriblemente seria sobre algo cuyo trasfondo fuera una simple broma. En

esencia, aun así, la causa que lo inspiraba era buena, y Sanshiro expresó su aprobación general. Lo único que le molestaban eran los métodos un tanto ladinos de Yojiro, dijo. Esto hizo que su amigo se parara en seco en medio de la calle. Estaban plantados ahora frente a la puerta del santuario Morikawa-cho. —O sea, que te parece que estoy siendo algo taimado en este asunto. ¡Pero lo único que hago es utilizar la ingenuidad humana para asegurarme de antemano de que el orden natural de las cosas no se descarría! Eso es algo completamente distinto de urdir estúpidas conspiraciones que vayan en contra de la naturaleza. Así que, ¿y qué si estoy siendo ladino? Utilizar métodos arteros de vez en cuando no están mal. ¡Solo los métodos que no funcionan son reprobables! Sanshiro no pudo replicar a esta última afirmación. Pensaba que si tenía objeciones que hacerle a su amigo, aun así no sabría expresarlas. Las únicas partes del discurso de Yojiro que le habían impresionado fueron justamente las que nunca se le habrían ocurrido a él mismo. Y estas eran justamente las partes que él tendía a aprobar. —Esa es una manera de mirarlo —contestó vagamente. Ambos siguieron andando codo con codo. El campo de visión se amplió de repente cuando atravesaron la verja de la Universidad. Los edificios se levantaban ante ellos como enormes sombras negras. Donde acababan abruptamente las líneas de los tejados, empezaba el luminoso cielo de la noche. Había una enorme cantidad de estrellas. —Mira lo bonito que está el cielo... —dijo Sanshiro. Siguieron andando un rato más, con las caras vueltas hacia la noche. —Eh, Sanshiro. —¿Qué? — Sanshiro creyó que aquello iba a ser una continuación de la conversación anterior. — ¿Cómo te sientes cuando miras un cielo como este? Era una pregunta muy rara viniendo de Yojiro. Sanshiro tenía un sinnúmero de respuestas preparadas para él —respuestas sobre la eternidad, sobre la infinitud—, pero estaba seguro de que solo provocarían la risa de su amigo, así que se las guardó para sí. —Somos condenadamente inútiles —continuó Yojiro—. Puede que deje este estúpido movimiento después de hoy. «La Gran Oscuridad» no valdrá de nada... —¿A qué viene esto de repente? —Ha sido por mirar el cielo. Sanshiro, ¿alguna vez te has enamorado de verdad de una mujer? Sanshiro no pudo contestarle inmediatamente. —Las mujeres son aterradoras —dijo Yojiro. —Lo sé. Yojiro estalló en carcajadas. El silencio de la noche hizo que sus risotadas parecieran terriblemente estridentes. —¿Qué es lo que sabes *tú* sobre las mujeres? Sanshiro agachó la cabeza. —Mañana va a ser un buen día, justo lo que se necesita para una competición de atletismo. Asegúrate de ir. Habrá un montón de chicas guapas por allí. Los dos anduvieron a través de la oscuridad hasta la Sala de Asambleas, donde estaban reunidos los estudiantes. Dentro, las luces eléctricas brillaban con intensidad. Anduvieron por el porche de madera y torcieron hacia el interior del comedor. Varios estudiantes más habían llegado antes que ellos y se habían juntado a charlar. Había tres grandes grupos de distintos tamaños. Unos pocos que habían decidido no unirse al espíritu general leían silenciosamente los periódicos y las revistas que habían encontrado por la sala. Había conversaciones en marcha por todas partes —más conversaciones que grupos, daba la impresión—, pero la estancia estaba relativamente silenciosa y en calma. El mayor gasto de energía se concentraba en las volutas de humo de tabaco que ascendían por doquier. Poco a poco fueron llegando más y más estudiantes. Sus negras sombras se materializaban en la oscuridad del porche, para iluminarse después una tras otra conforme penetraban en la habitación. En ocasiones, cinco o seis sombras seguidas se iluminaban casi a la vez de esta forma. Todo el mundo estaría allí antes de que pasara mucho tiempo. Yojiro corría de acá para allá a través de las nubes de humo. Por todas

partes parecía discutirse algo en sordina. Sanshiro le miró y pensó para sí: —La conjura está ya en marcha... Un poco más tarde, el estudiante que había organizado la cena llamó la atención de los presentes para que fueran buscando sitio. Las mesas estaban ya puestas. Los estudiantes se dirigieron en desbandada hacia ellas, sin orden ni concierto, y sin más preámbulos empezó la cena. En Kumamoto, Sanshiro había bebido de vez en cuando una variedad de sake rojo, un brebaje local de lo más barato. De hecho, eso era lo único que los estudiantes de Kumamoto se podían permitir el lujo de beber, y nadie había cuestionado jamás esa costumbre. Si por casualidad salían a comer, se acercaban al asador del pueblo. Algunos sospechaban que los filetes de ternera que servían en aquel restaurante en realidad eran de caballo. Los estudiantes solían agarrar los filetes con sus tenedores y los arrojaban contra la pared. Si se caían al suelo, se suponía que eran de vaca; si se quedaban pegados, es que la carne era de caballo. ¡Aquello era magia! Para Sanshiro, pues, esta reunión elegante de estudiantes era una ocasión excepcional. Manejaba su cuchillo y su tenedor con gran destreza. Y de vez en cuando los dejaba sobre la mesa y se dedicaba a dar cuenta de sus buenos vasos de cerveza. —La comida es *atroz*, ¿no crees? —dijo el estudiante que estaba sentado al lado de Sanshiro. Era un joven de voz suave con el pelo cortado a cepillo y gafas de montura dorada. Sanshiro contestó con una evasiva. Con Yojiro podría haber contestado sinceramente que para un chico de campo como él aquella comida era excelente, pero en este caso temió que una respuesta tan sincera pudiera servir para que se rieran de él. El tipo entonces le preguntó: —¿A qué instituto fuiste? —Estudié en Kumamoto. —¿En serio? Mi primo estudió allí. Dice que el lugar es *atroz*. —Sí, algo primitivo... Se escuchó de pronto el eco del vocerío procedente del otro lado de la habitación. Sanshiro miró hacia allá y pudo distinguir a Yojiro discursando a los que se sentaban en su mesa. De vez en cuando se le oía exclamar algo así como «*De te fabula*». ²⁵ Sanshiro no tenía ni idea de lo que significaba aquello, pero cada vez que su amigo lo decía, sus oyentes estallaban en carcajadas. Su ánimo, paulatinamente, iba exaltándose más y más. «*De te fabula*, nosotros los jóvenes de la nueva era...» El estudiante que estaba sentado en diagonal en frente de Sanshiro, un joven de piel clara y apariencia gentil, dejó su cuchillo un momento para mirar al grupo de Yojiro. Entonces sonrió y dijo, riéndose de su propio francés: —*Il a le diable au corps*. ²⁶ Yojiro y su cohorte no parecieron escuchar al tipo, porque en aquel momento cuatro jarras de cerveza se levantaron y chocaron en un brindis exultante. —No cabe duda de que está lleno de vitalidad —dijo el joven de las gafas de montura dorada. —Sí, habla mucho. —Una vez me convidó a un plato de arroz con curry en el Yodomiken. No le había visto en toda mi vida, y él vino y me arrastró hasta allí —rió. Sanshiro cayó en la cuenta de que él no había sido el único a quien Yojiro había invitado a arroz en el Yodomiken. Pronto sirvieron los cafés. Uno de los estudiantes se levantó. Yojiro empezó a aplaudir salvajemente, y los demás se unieron a él. El que se había levantado llevaba un uniforme negro nuevo y tenía un bigote ya crecido. Era enormemente alto, un hombre que parecía hecho para levantarse delante de los demás. Empezó a discursar. —El que nos hayamos reunido aquí esta noche para tomar parte en el regocijo vespertino en nombre de la amistad, es en sí mismo causa del mayor placer. Viene a mi mente, además, que la trascendencia de esta reunión no es meramente social, sino que de ella podría salir algo que tuviera una influencia mucho mayor, y con este propósito me he levantado para dirigirme a vosotros. Esta cena comenzó con cerveza y acaba con café. Es una cena que podríamos considerar rigurosamente corriente. Y lo que es más, en el intervalo entre

nuestro primer sorbo de cerveza y el último de café, habremos alcanzado una conciencia de la expansión de nuestro destino... »La llamada por la libertad política tuvo lugar mucho tiempo atrás. La llamada por la libertad de expresión es, asimismo, una cosa del pasado. La libertad no es una palabra para ser usada solamente en momentos de solemnidad, a los que tan fácilmente se les dedican manifestaciones externas. Creo que los jóvenes de la nueva era han encontrado su momento, y se preparan para clamar por esa gran libertad que es la libertad del pensamiento. Aquí el ponente fue interrumpido con aplausos. —Nosotros, los jóvenes, no podemos aguantar un minuto más la opresión del viejo Japón. A la vez, vivimos en circunstancias que nos llevan a anunciar al mundo que nosotros, los jóvenes, no estamos dispuestos a soportar más tiempo la nueva opresión que viene de Occidente. En la sociedad, y también en la literatura, la nueva opresión de Occidente es tan dolorosa para nosotros, los jóvenes de la nueva era, como la opresión del viejo Japón. Más aplausos. —Todos nosotros estamos metidos en el estudio de la literatura occidental. El estudio de la literatura, aun así, por cierto, es siempre y para siempre estudio. Es radicalmente diferente de la inclinación servil ante los pies de esa literatura. Nosotros no estudiamos la literatura occidental para rendirnos ante ella, sino para emancipar nuestras mentes que ya están seducidas por ella. Poseemos la confianza y la determinación de no estudiar ninguna literatura sin tener en cuenta las coacciones y las presiones que ejerzan sobre nosotros, que no coincidan con este propósito. «Es la posesión de esta confianza y esta determinación la que nos diferencia de los hombres normales. La literatura no es una técnica ni un negocio. Es una fuerza motora de la sociedad, una fuerza que está más relacionada que ninguna otra con los principios fundamentales de la vida humana. He aquí por qué estudiamos literatura. Por eso tenemos la fuerza y la determinación de las que antes he hablado. Por eso esperamos que la reunión de esta noche dé frutos y produzca un efecto de una importancia más que mediana». «La sociedad está en violento movimiento. Esto es igualmente cierto para la literatura, que es un producto de la sociedad. Con el objetivo de aprovechar este motivo de energía y guiar a la literatura conforme a nuestros ideales, nosotros, los individuos insignificantes, debemos unirnos y llevar a cabo, desarrollar y expandir nuestro destino. Hacia esto tendemos, y estas cervezas y cafés vespertinos han llevado este objetivo oculto un paso más allá; son unas cervezas y unos cafés preciosos, cien veces más preciosos que la cerveza y el café corrientes». Cuando el discurso terminó, los estudiantes reunidos vitorearon con entusiasmo. Sanshiro estaba entre los más exaltados. Entonces Yojiro se puso en pie. —*De te fabula!* ¿A quién le importa un comino cuántas palabras usó Shakespeare o cuántas canas tenía Ibsen? No tenemos que preocuparnos por «rendirnos» ante lecciones estúpidas como esas. Pero es la Universidad la que sufre. Nosotros debemos procurarnos a un hombre que sea capaz de satisfacer a la juventud de la nueva era. Y reconozcámoslo: los extranjeros no pueden hacerlo. No saben cómo acercarse a nosotros. De nuevo la sala se llenó de vítores. Después todo el mundo se echó a reír, y el hombre que estaba al lado de Yojiro gritó: —¡Un brindis por *De te fabula!* El estudiante que había hablado antes secundó la idea inmediatamente. Pero se había acabado la cerveza. Yojiro salió corriendo hacia la cocina. Los camareros trajeron sake. Cuando se alzaron los vasos alguien gritó: —¡Otro brindis! ¡Esta vez por «La Gran Oscuridad»! Los que estaban alrededor de Yojiro estallaron en risas estridentes. Yojiro se rascó la cabeza. Cuando acabó la cena los jóvenes se dispersaron internándose en la oscuridad. Sanshiro le preguntó a Yojiro: —¿Qué significa *De te fabula?* —Es griego —dijo sin dar más

detalles. Sanshiro lo dejó estar. Los dos anduvieron hacia sus respectivas casas bajo el espléndido cielo estrellado. Al día siguiente, como estaba previsto, amaneció con buen tiempo. Había sido un año inusualmente benigno, y aquel día incluso hacía algo de calor. Sanshiro fue al baño público por la mañana. Estaba casi vacío, pues a aquellas alturas quedaban pocos hombres ociosos en el mundo. En el vestuario, vio un enorme anuncio de la tienda de telas Mitsukoshi, que presentaba un dibujo de una hermosa mujer que tenía un cierto parecido con Mineko. En una inspección más detallada vio que sus ojos era diferentes. En cuanto a sus dientes, no se podía saber a ciencia cierta cómo de rectos le crecían. Del aspecto de Mineko, habían sido los ojos y los dientes los que en mayor medida habían encandilado a Sanshiro. Yojiro era de la opinión de que en realidad tenía los dientes un poco salidos, lo que explicaría el hecho de que siempre los estuviera enseñando, pero Sanshiro no acababa de estar de acuerdo... Mientras estuvo sumergido en el baño tuvo la mente ocupada en estas cuestiones, así que cuando por fin salió del agua, se dio cuenta de que en realidad no se había lavado, solo se había remojado. La conciencia de que él era uno de esos jóvenes de la nueva era se había fortalecido súbitamente en su interior; físicamente, no obstante, se sentía igual que siempre. Durante los fines de semana se relajaba mucho más que cualquiera. Decidió que iría a la competición de atletismo después de comer. Sanshiro nunca había sido demasiado aficionado a los deportes. Alguna vez había ido a cazar un par de conejos mientras vivía en casa. En una ocasión le encargaron que diera la salida en una competición de remo en el instituto. Recordaba que se montó una gran conmoción cuando confundió la bandera roja con la verde. Por supuesto, la culpa había sido del profesor encargado de la pistola, que no la había terminado de disparar; o mejor dicho, sí la había disparado pero no había sonado como era debido y entonces Sanshiro se confundió con las banderas. Después de aquello había procurado mantenerse alejado de las competiciones atléticas. Aun así, aquella era la primera vez que iba a un evento atlético desde que llegara a Tokio, y pensaba pasárselo bien. Yojiro también le había animado a que acudiera. Según él, eran las mujeres, más que la competición en sí, lo que merecía la pena admirarse. Una de esas mujeres sería la hermana de Nonomiya. Y Mineko estaría con ella, sin duda. Pensó que lo mejor sería acercarse a ellas y saludarlas. Sanshiro salió de casa después de comer. La entrada al recinto de la competición estaba en el extremo sur del campo de deportes. Allí estaban desplegadas el Sol Naciente y la bandera inglesa colocadas en aspa. Entendió que tuvieran expuesto el Sol Naciente, pero ¿qué pintaba ahí la bandera inglesa? Puede que fuera por la Alianza Anglo-Japonesa, o algo así. Pero por más que pensaba, no encontraba ninguna relación entre esa alianza y una simple competición de atletismo universitaria. El campo de deportes consistía en un rectángulo de hierba. Buena parte de su color estaba desvaído dado que el otoño estaba ya avanzado. La zona de los espectadores caía en el lado oeste, y estaba limitada en su parte trasera por una colina artificial, y en la delantera por la valla del campo de juego. Así, estaba dispuesta de tal manera que todo el mundo tenía que apiñarse dentro, como en un redil. El recinto, en suma, era demasiado pequeño para la multitud que se había congregado, y el lugar estaba de bote en bote. Aun así, por lo menos no se sentía el frío debido al buen tiempo que hacía. Vio un buen número de abrigos, pero también a muchas mujeres con sombrillas. Sanshiro se decepcionó al ver que los asientos de las señoras estaban separados de los del resto de público y eran inalcanzables para el común de los mortales; también, que había un montón de hombres vestidos con levitas, cuyo porte distinguido hacía que Sanshiro, por comparación, luciera

un aspecto bastante anodino. Sanshiro Ogawa, joven de la nueva era, se sentía empujado entre tanto señor importante. No dejó de inspeccionar la zona de las señoras, aun así, a través de los huecos entre las cabezas de los hombres que tenía delante. La vista desde el lateral no era muy buena, pero era encantadora de todas formas. Todas las señoras se habían engalanado para la ocasión, y vistas desde la distancia no había una que no luciera una bonita cara. Pero esto significaba que en realidad ninguna destacaba como la mujer más hermosa de todas. El conjunto era bello por sí mismo, más del tipo de belleza que hace que las mujeres sometan a los hombres, que del que provoca que una mujer quede por encima de otra menos agraciada. Esto también decepcionó a Sanshiro. Le alivió pensar que si miraba con más detenimiento, lograría encontrar a Mineko y Yoshiko entre aquellas mujeres tan vistosas. Tras una somera búsqueda las descubrió por fin en las primeras filas, cerca de la valla. Ahora por fin sabía dónde debía mirar, y estaba disfrutando de su descubrimiento cuando seis o siete hombres pasaron volando delante de sus ojos. Era la llegada de la carrera de los doscientos metros. La meta estaba justamente a la altura de Mineko y Yoshiko —justo debajo de sus narices, en realidad—. Mientras las miraba, Sanshiro no pudo evitar que los jóvenes gladiadores se colaran en su campo de visión. Pronto los cinco o seis corredores del principio aumentaron hasta doce o trece, todos sin resuello. Sanshiro comparó la actitud de estos estudiantes con la suya propia, y la diferencia le abrumó. ¿Qué clase de espíritu les había poseído para que galoparan de aquella guisa? Las mujeres les observaban con gran entusiasmo, y Mineko y Yoshiko las primeras. Sanshiro sintió un deseo repentino de empezar a galopar él también. El hombre que acababa de ganar la carrera estaba allí de pie, ataviado con unos pantalones cortos morados, desafiando al palco de las señoras. Tenía un cierto parecido con el estudiante que había hablado en la reunión de la noche anterior. Sanshiro pensó que partía con ventaja. Cualquiera que fuera así de alto tenía que llegar el primero por fuerza. El responsable del cronómetro escribió «25,74 segundos» en la pizarra. Cuando acabó tiró la tiza al suelo y se volvió hacia las gradas. ¡Era Nonomiya! Llevaba una levita negra con una insignia oficial en el pecho. Sanshiro nunca le había visto tan esplendorosamente vestido. Luego sacó un pañuelo y lo sacudió dos o tres veces contra su manga. A continuación se apartó de la pizarra y cruzó a través del césped hacia donde estaban sentadas Mineko y Yoshiko. Inclinandose sobre la valla, estiró el cuello hacia la sección de las damas y empezó a hablar con algunas de ellas. Mineko se levantó y se acercó hasta donde él estaba. Ambos comenzaron a charlar animadamente cada uno a su lado de la valla. Desde su distante punto de observación, Sanshiro no les quitaba ojo. Acto seguido, Yoshiko se levantó y se acercó también a la valla. Ahora la pareja se había convertido en un trío. En el césped, un disparo anunció el comienzo de otra carrera. Probablemente nada requiriera tanta fuerza como lanzar el peso. Tampoco había nada que, en proporción a la fuerza que requería, fuera tan condenadamente aburrido. Todo lo que había que hacer era, literalmente, lanzar una bola por los aires. Aquello no tenía nada que ver con una habilidad de ningún tipo. De pie al lado de la valla, Nonomiya echó un vistazo a los preparativos y sonrió. Entonces pareció darse cuenta de que podía estar entorpeciendo la visión; se apartó de la valla y volvió al césped. Los dos jóvenes regresaron a sus asientos. De vez en cuando la gente vitoreaba algún lanzamiento. Sanshiro no podía entender hasta cuándo iba a durar aquello. Era todo tan estúpido... Pero perseveró en su empeño y se mantuvo allí de pie sin rechistar. Por fin, el evento pareció ir tocando a su fin. Nonomiya se acercó a la pizarra y escribió «11,38 metros». Después

hubo otra carrera, y cuando esta terminó comenzó la competición de salto de longitud, y después la de lanzamiento de martillo. Aquí fue donde la paciencia de Sanshiro se agotó. La gente podía organizar todos los encuentros de atletismo que se les antojara. Simplemente, lo que no podían era esperar que los demás tuvieran que aguantarlos sin hartarse. Convencido de que todas aquellas ardientes espectadoras estaban completamente equivocadas en sus gustos, Sanshiro se deslizó fuera del campo de deportes e intentó bordear la colina artificial que se alzaba detrás de las gradas. Vio que alguien había colocado una tela a modo de separación para que no se pudiera pasar sin autorización. Volvió entonces sobre sus pasos hacia la entrada, giró a la derecha y anduvo un tramo junto a una zona con gravilla donde encontró a algunos otros espectadores que se habían logrado escapar de la competición. Entre ellos había algunas mujeres ricamente ataviadas. Dobló de nuevo a la derecha y subió por un sendero hasta lo alto de la empinada colina. Donde acababa el camino, había una gran roca. Se sentó sobre ella y miró hacia el estanque que se divisaba a lo lejos. Allá abajo, en el campo de deporte, la multitud soltó un rugido. Sanshiro, sentado en lo alto de la roca, intentó dejar la mente en blanco cinco minutos. Pronto sintió la necesidad de moverse de nuevo y se incorporó, girando sobre sus talones. A través de las pálidas hojas rojizas de los arces en la falda de la colina tuvo una visión fugaz de Mineko y Yoshiko paseando. Sanshiro, de pie en la cima, se dedicó a espiar a las jóvenes. Vio cómo salían del entramado de ramas hacia un claro soleado. Si no les decía nada, pasarían de largo. ¿Debería gritar quizás? Pero ellas estaban demasiado lejos para que pudieran oírle. Empezó a bajar la colina herbosa a grandes zancadas, y coincidió que una de las jóvenes dio en mirar en su dirección. Sanshiro se paró en seco. No le gustaba la idea de tener que hacerse el simpático con ellas. Todavía estaba algo irritado por el desarrollo de la competición. —¡Oh! ¡Mira quién está ahí! —exclamó Yoshiko sonriendo. Parecía que uno podía estar seguro de que esta chica recibiría la visión más trivial con los ojos hinchados de admiración. No era difícil imaginar, de todas formas, que también sería capaz de enfrentarse cara a cara con lo extraordinario con la mirada llena de esperanzas cumplidas. Y de esta forma encontrarse con ella nunca era incómodo; uno siempre se sentía relajado. Allí de pie, se le ocurrió que esto era debido a aquellos enormes ojos negros que tenía ella, siempre tan húmedos. Mineko también se paró. Miró a Sanshiro, pero esta vez sus ojos no trataban de decirle nada. Habría mirado exactamente igual a la copa de un árbol. En su corazón, Sanshiro sintió como si una vela se apagase. Se quedó donde estaba, parado. Mineko también permaneció quieta. —¿Por qué no estás en la competición? —preguntó Yoshiko desde abajo, tuteándolo. —Me fui de allí hace un minuto; estaba bastante aburrido, así que decidí marcharme. Yoshiko se dio la vuelta para mirar a Mineko, pero la expresión de esta no cambió. —¿Y vosotras dos qué? ¿También os marcháis? Por lo que pude ver, estabais fascinadas —dijo en voz muy alta para intentar borrar cualquier rastro de reproche que pudiera haber en su afirmación. Mineko sonrió un poquito esta vez. A Sanshiro, sin embargo, el significado de su sonrisa no le pareció claro. Dio un par de pasos hacia las jóvenes. —¿Os vais a casa ya? Ninguna contestó. Sanshiro dio otros dos pasos hacia ellas. —¿Vais a alguna parte? —Sí, en un minuto —dijo Mineko suavemente. Terminó por fin de bajar la colina y se encontró frente a las muchachas. Pero en vez de acercarse a ellas, simplemente se quedó allí plantado, temeroso de insistir en averiguar a dónde se dirigían. La muchedumbre volvió a rugir en las gradas. —Es el salto de altura —dijo Yoshiko—. Me pregunto dónde habrán puesto el listón. Mineko sonrió levemente

de nuevo. Sanshiro permaneció callado. No tenía la más mínima intención de comentar lo que pensaba del salto de altura. Mineko preguntó: —¿Hay algo interesante ahí arriba? En lo alto de la colina lo único que había era una roca inmensa y una pared de piedra de lo más insulso. Debería saber ya que no había nada interesante allí. —Nada de nada. —¡Oh! —contestó ella, como si lo dudara. —Subamos a verlo —dijo Yoshiko animosamente. —¿Nunca antes habías subido? —preguntó Mineko, indiferente. —Oh, venga... Yoshiko abrió la marcha, y los otros dos la siguieron. Cuando llegó a donde comenzaba la hierba, Yoshiko se dio la vuelta y dijo haciendo grandes aspavientos: —Es un precipicio realmente escarpado, como el que habría podido usar Safo para tirarse. Mineko y Sanshiro se rieron bien alto, aunque él no tenía ni idea de qué aspecto tendría el lugar de donde Safo había saltado. —¿Por qué no lo intentas tú también? —preguntó Mineko. —¿Yo? Quizá debería... —dijo mirando el embarrado estanque que se divisaba desde allí. Era el mismo estanque en el que Mineko y él se habían conocido—. Lo que pasa es que el agua parece estar muy sucia. Se apartó del borde de la pendiente y se acercó a Mineko. Entonces las dos jóvenes se pusieron a discutir algo en voz baja. —¿Vas a ir? —preguntó Mineko. —Sí, ¿y tú? —No lo sé, ¿tú qué crees? —No importa. ¿Qué te parece si voy yo sola? Puedes quedarte aquí un rato y esperarme. —Me pregunto... Parecía como si estuvieran intentando tomar algún tipo de decisión. Sanshiro les preguntó de qué hablaban. Yoshiko le explicó que en realidad habían planeado hacer una visita de cortesía a la enfermera que la había cuidado en el hospital. El edificio quedaba bastante cerca. Mineko no tenía por qué ir, no estaba obligada, pero había estado pensando en aprovechar para visitar a una enfermera a quien había conocido aquel verano, cuando fue a visitar a un familiar enfermo. Al final Yoshiko, que no acostumbraba a andarse por las ramas, anunció que volvería en un rato y se lanzó colina abajo. Mineko y Sanshiro no tuvieron manera de detenerla, pero tampoco ninguna razón para seguirla. Así que se quedaron allí parados, mirando cómo Yoshiko se alejaba —o, para ser más precisos, cómo Yoshiko los abandonaba. Sanshiro se volvió a sentar en la piedra. Mineko se quedó de pie junto a él. La superficie del lodoso estanque captaba el sol otoñal como si se tratara de un espejo. En el estanque había una pequeña isla en la que crecían dos árboles. Las ramas verdes del pino y el rojo pálido del arce se entrelazaban de un modo ciertamente agradable, como si se tratara de un jardín en miniatura colocado sobre una bandeja. Más allá de la isla, el denso crecimiento de los árboles en la orilla más lejana del lago brillaba con un oscuro lustre. Mineko señaló el lugar sombrío. —¿Sabes qué árbol es ese? —Un castaño. Mineko se rió. —¡Así que te acuerdas! —¿La enfermera que ibas a ver ahora era la misma que vi contigo aquel día? —Sí. —Pero no es la misma que la de Yoshiko... —No, es la que dijo «esto es un castaño». Ahora fue Sanshiro quien se rió. —Estabas justo ahí de pie, al lado de ella, sujetando un abanico. La colina sobre la que se encontraban nacía casi de la misma orilla del estanque y se elevaba a una altura considerable sobre él. Una colina algo más pequeña, que no estaba conectada en ningún punto con la anterior, se extendía hacia la derecha a lo largo de su contorno. Desde ahí podían verse enormes pinos, una esquina de «La Mansión», una parte de la fina tela separadora que habían tendido detrás de la zona de los espectadores y detrás de todo ello una suave franja de hierba. —¿Recuerdas el calor que hacía ese día? En el hospital era algo insoportable. Tenía que salir de allí como fuera. ¿Qué estabas haciendo tú ahí arrodillado? —Era el calor también. Acababa de conocer a Nonomiya. Entonces salí y estuve deambulando un rato en una especie de estado de aturdimiento. No sé, creo que me sentía un poco

desanimado... —¿Por haber conocido a Sohachi? —No, no es eso... —empezó a decir, mirando fijamente a Mineko. Entonces cambió de tema—. Hablando de Nonomiya; está trabajando duro hoy, ¿no? —Sí, incluso se ha puesto la levita. Tiene que ser terriblemente molesto para él. La competición dura todo el día. —Sí, pero por lo demás parece muy satisfecho de sí mismo. —¿Sohachi? ¡Oh, por favor, Sanshiro! —¿Qué quieres decir? — Bueno, la verdad es que no es el tipo de hombre que se sentiría muy orgulloso de sí mismo en el papel de cronometrador de una competición deportiva... Sanshiro volvió a cambiar de tema. —Antes se acercó a decirte algo, ¿no? —¿En el campo? —Sí, cerca de la valla —dijo, y al instante deseó no haber hecho la pregunta. —Sí —dijo ella mirándole con parsimonia. Su labio inferior empezó a descender para dibujar una sonrisa. Sanshiro pensó que no podría soportarlo. Estaba a punto de inventarse algo para desviar la conversación de nuevo cuando Mineko dijo: —Aún no has contestado a mi postal. Avergonzado, Sanshiro replicó: —Lo haré. Mineko no hizo nada más para animarle. — ¿Conoces al pintor Haraguchi? —preguntó ella. —No. —Oh... —¿Qué pasa con él? — Oh, nada. Estaba en la competición hoy, dibujando a todo el mundo. Sohachi vino a avisarnos de que tuviéramos cuidado o Haraguchi nos haría una caricatura. Mineko se sentó junto a Sanshiro. Él se sentía tremendamente estúpido. —¿No va a volver Yoshiko con su hermano después de la competición? —No podría hacerlo aunque quisiera. Desde ayer vive conmigo. La madre de Nonomiya había regresado a su casa en el campo, dijo. Así que habían decidido que los hermanos se mudarían de su antigua casa de Okubo, Nonomiya buscaría una habitación y Yoshiko iría al colegio cada mañana desde casa de Mineko. Al menos por el momento. Lo que más sorprendió a Sanshiro, sin embargo, fue la despreocupación con la que Nonomiya había dado ese paso tan trascendental. Si iba a ser tan despreocupado sobre lo de volver a vivir en una pensión, para empezar no debería haber alquilado una casa cuando lo hizo. Sanshiro se preguntó qué habría hecho con todas las sartenes, con el cuenco del arroz, con los cubos y con todos los otros artilugios que se suelen guardar en las casas. Su imaginación se le disparó con estas zarandajas tan irrelevantes. Decidió mantener sus cavilaciones para sí. Nonomiya había dejado de ser el cabeza de la familia para volver a convertirse en alguien que llevaba una vida parecida a la de un simple estudiante. Esto era lo mismo que dar un paso atrás en el sistema familiar, aunque también tenía la ventaja de que quizás de ese modo podría poner distancia con sus obligaciones inmediatas. Por otra parte, Yoshiko se había ido a vivir con Mineko... Sohachi y Yoshiko eran de ese tipo de hermanos que no sabían vivir separados ni un día... Como sus visitas continuaran, la relación entre Nonomiya y Mineko iría tomando poco a poco un matiz peligroso..., y entonces, ¿quién podría decir cuándo volvería a dejar Nonomiya la vida en la pensión, y esta vez de forma definitiva? Sanshiro continuó hablando con Mineko, aunque negros nubarrones enturbiaban en su cabeza la imagen del futuro más cercano. La tensión de presentar un aspecto exterior normal estaba empezando a resultarle dolorosa. Entonces, afortunadamente, volvió Yoshiko. Las dos chicas comenzaron a hablar de volver a la competición, pero lo cierto era que se estaba poniendo el sol, y el aire de aquel día otoñal era cada vez más frío. Decidieron marcharse a casa. Sanshiro al principio pensó en dejar a las muchachas y volver solo a su pensión, pero al final se encontró caminando junto a las chicas, así que no tuvo mucha oportunidad de decirles adiós. Sentía como si ellas arrastraran de él, pero también como si él mismo, a la vez, deseara ser arrastrado. Bordearon el estanque y pasaron por delante de la biblioteca hacia la Puerta Roja, que se encontraba en el camino opuesto a sus casas. Sanshiro le dijo

a Yoshiko: —He oído que tu hermano ha alquilado una habitación. —Sí, por fin lo ha hecho. Y ha engatusado a Mineko para que se quede con su pobre hermanita. ¿No es terrible? —Lo decía como si buscara la aprobación de Sanshiro. Estaba a punto de contestar cuando Mineko habló a favor de Nonomiya. —Las razones de un hombre como Sohachi están más allá de nuestra comprensión. Es alguien que está tan por encima de nosotros en todo momento, pensando siempre en grandes cosas... Yoshiko la escuchó en silencio. Era por el bien de la investigación por lo que aquellos académicos tenían que mantener las distancias con las enojosas banalidades de la vida y contentarse con una existencia tan libre de complicaciones como fuera posible, continuó Mineko. Finalmente, resultó que constituía un signo de grandeza que un hombre como Nonomiya, cuyo trabajo era conocido incluso en el extranjero, pudiera vivir en una simple pensión de estudiantes. Cuanto más destartalada fuera la pensión, de hecho, más respeto merecería de cara a la posteridad. Sanshiro dejó a las chicas en la Puerta Roja. Mientras dirigía sus pasos hacia Oiwake, empezó a cavilar sobre la conversación que acababa de mantener. Mineko estaba en lo cierto. La diferencia entre Nonomiya y él mismo era enorme. Él acababa de llegar del campo. No era más que un novato en la universidad. No tenía ningún conocimiento especial, ni un criterio formado sobre nada. Era natural que no pudiera despertar en Mineko el mismo respeto que Nonomiya. Si lo pensaba, puede que ella incluso estuviera riéndose de él. Cuando antes le había dicho que había ido a la colina porque la competición deportiva le aburría, ella le había preguntado muy seria si es que había algo más interesante allá arriba. No lo había notado entonces, pero Mineko había estado jugando con él. Ahora, revisando una por una las cosas que le había dicho, se dio cuenta de que todo lo que había pasado adoptaba en su cabeza un matiz negativo. Allí mismo, en medio de la calle, notó que le subían los colores a la cara, hasta que se puso escarlata. Agachó la cabeza. Cuando la levantó de nuevo, se encontró a Yojiro que venía hacia él con el estudiante que había hablado en la cena de la noche anterior. Yojiro pasó por su lado y le saludó con una inclinación de cabeza, pero no le dijo nada. El estudiante se quitó el sombrero y se limitó a inclinarse. —Me alegro de que vinieras ayer. ¿Cómo va todo? ¡No te rindas! —Echó una risita y se perdió con Yojiro entre el gentío.

Capítulo VII

Cuando al día siguiente Sanshiro fue a buscar a Yojiro, la sirvienta, entre susurros, le dijo que el señorito no había pasado la noche en casa. Sanshiro se quedó parado en la puerta de atrás, pensativo, hasta que la sirvienta finalmente le invitó a pasar. El profesor, en cambio, sí que estaba en su estudio, le dijo. La criada tenía las manos ocupadas acarreando platos. El profesor probablemente acababa de terminar de cenar. Sanshiro atravesó el salón hasta el vestíbulo y fue directo al estudio. La puerta estaba entornada. —¡Entra! —ladró el profesor. Sanshiro cruzó el umbral. El profesor estaba sentado en su escritorio; su larga espalda ocultaba la mesa e impedía ver en qué trabajaba. Sanshiro se arrodilló en el tatami junto a la puerta. —Debe estar muy ocupado estudiando —dijo educadamente. El profesor se giró, la sombra de su bigote greñuda y poco definida. A Sanshiro le recordó a un retrato que había visto no sabía dónde; probablemente en alguna fotografía. —Oh, eres tú. Creí que eras Yojiro. Perdona. Dejó su asiento. En el escritorio había papel de escribir y un pincel. Así que el profesor había estado escribiendo. En alguna ocasión Yojiro le había dicho que el profesor trabajaba en una especie de manuscrito, que versaba sobre algo que solo él mismo podía comprender. «Espero que pueda acabar convirtiendo todo el asunto en una obra magna. Porque como se muera antes, lo único que habrá conseguido acumular será una inmensa y estúpida montaña de papel desechable», le había dicho con un suspiro. —Si está ocupado puedo marcharme. No venía por nada en especial. —No, no estoy tan ocupado como parece; no hace falta que te vayas. Tampoco esto es nada especial, no te creas. Ya lo haré luego. Sanshiro no pudo encontrar nada que decir en ese momento. Pensó para sí lo bueno que sería ver las cosas como las veía el profesor; estudiar sería tan fácil entonces... —En realidad, había venido a ver a Yojiro. —Oh, por supuesto. Creo que anoche no vino a dormir. De vez en cuando se marcha por ahí. A veces pienso que preferiría que no lo hiciera. —¿Alguna vez le ha pasado algo? —Las cosas nunca «pasan» sin más cuando se trata de Yojiro. Es él quien hace que las cosas pasen. Ese chico está aquejado de una especie de rara forma de estupidez. Lo mejor que Sanshiro pudo hacer fue decir: —Se toma las cosas con calma, ¿no es eso? —No, ojalá lo hiciera. No puede mantener su mente centrada en una sola cosa. Es como ese arroyito que hay cerca de Dangozaka: poco profundo y estrecho, con la corriente en constante cambio. Ese chico hace las cosas sin ninguna disciplina. Si vamos a la feria de un templo solo para mirar los puestos, tendrá de pronto una idea genial y me dirá que compre algo extravagante, qué sé yo, un pino enano. Antes de que pueda responderle, ya habrá regateado el precio y lo habrá comprado. Tengo que admitir, sin embargo, que siempre consigue buenos tratos en estos rastrillos a los que me lleva. Pero no bien se ha gastado mi dinero, va y se marcha en verano dejando la casa cerrada y el pino dentro. Cuando vuelves un par de meses después, te das cuenta de que el calor lo ha matado y lo ha convertido en un simple tronco pelado. Pues bien, es así con todo. No sé qué voy a hacer con él... Hacía unos días, Sanshiro le había prestado a Yojiro veinte yenes. Le debían algún dinero en el *Bungei Jihyo*, pero no le iban a pagar hasta dos semanas después, así que necesitaba que le hiciera un préstamo hasta entonces.

Conmovidamente, Sanshiro apartó cinco yenes del dinero que acababa de llegarle de su madre allá en el pueblo, y le dio a Yojiro el resto. El dinero aún no le había sido devuelto, pero la historia de Hirota estaba haciendo que Sanshiro empezara a sentirse un tanto incómodo. A duras penas podía revelar semejantes asuntos al profesor, de todos modos. Decidió lanzarse en defensa de Yojiro. —Aun así, Yojiro le profesa un enorme respeto, profesor, y se está partiendo la cara por usted allá donde va. El profesor se puso serio. — ¿Qué quieres decir con eso de que se está partiendo la cara por mí? Sanshiro había recibido órdenes estrictas de no revelar nada al profesor acerca de «La Gran Oscuridad» o de cualquiera de las otras actividades que Yojiro realizaba en su favor. Estaba seguro de que el profesor se enfadaría enormemente si se enterara de lo que estaban tramando en aquellos momentos. Era vital mantener sus planes en secreto. Cuando fuera el momento de revelar la verdad al profesor, Yojiro en persona se encargaría de hacerlo. Sanshiro cambió de tema. Había muchas cosas que habían traído a Sanshiro a visitar a Hirota. La primera era indagar en su extraña forma de vida. Algunos rasgos de su quehacer diario, por supuesto, resultaban totalmente incompatibles con el temperamento de Sanshiro, de manera que en parte era la curiosidad lo que le había traído a la casa: quería estudiar al profesor y así averiguar cómo tenía que hacer uno para llegar a ser como él. Además, la presencia de Hirota le hacía relajarse y olvidar las maneras competitivas del mundo. Nonomiya tenía en común con Hirota un cierto aire ajeno a este mundo, pero en el caso de Nonomiya parecía como si fueran las ambiciones —aunque fueran ambiciones de otro mundo— las que le mantuvieran a distancia de los apetitos convencionales. De esta forma, cada vez que Sanshiro hablaba a solas con Nonomiya sentía como si él tuviera también que apresurarse a conseguir una carrera absolutamente plena y hacer su contribución al mundo intelectual. Era una sensación desestabilizadora e irritante. En ese aspecto, Hirota era la tranquilidad personificada. Enseñaba idiomas en el instituto, eso era todo. No atesoraba otros logros —dicho esto con poco respeto a su persona, cierto, aunque la verdad era que no había publicado jamás ninguna de sus investigaciones, y no parecía estar preocupado ni lo más mínimo por el particular. En ello radicaba, quizás, la fuente de esa manera de ser que tenía, tan poco dada a complicaciones. Últimamente, Sanshiro se había convertido en el cautivo de una mujer: se había rendido, literalmente, a ella. Habría sido suficientemente agradable si hubieran sido amantes, pero esta era una forma incomprensible de entrega para él. No sabía si era correspondido o si, por el contrario, era un simple objeto de burla, si debería estar aterrorizado o mostrarse despectivo, si debería dejarlo todo o bien seguir adelante con su empeño. Estaba enfadado y frustrado a un tiempo. En aquellas circunstancias, no había nadie mejor para él que el profesor Hirota. Media hora en su compañía y todas las tensiones se esfumaban. ¡Al diablo con las mujeres! Era sobre todo por eso por lo que Sanshiro había ido aquella noche a visitarlo. Había una seria contradicción en la tercera de las razones por las que Sanshiro había ido a visitar a Hirota. Porque Sanshiro sufría cruelmente por Mineko. El pensamiento de que Nonomiya podría estar en ese mismo momento junto a Mineko le torturaba hasta lo indecible. La persona que mejor conocía a Nonomiya era el profesor. Así que al venir a visitarlo, quizás lograría aclarar para siempre la naturaleza de la relación entre Nonomiya y Mineko. Con esta incógnita aclarada, Sanshiro sabría el terreno que pisaba. A pesar de todo esto, Sanshiro nunca se había atrevido a preguntarle al profesor sobre el asunto en cuestión. Esta noche tomó la decisión de llegar hasta el final. —He oído que Nonomiya ha alquilado una habitación. —Eso me han dicho. —Yo

pensaba que alguien que ha vivido en su propia casa odiaría volver a alojarse en una pensión. Es sorprendente que Nonomiya sea capaz de hacerlo... —Sí, ese tipo de cosas le traen absolutamente sin cuidado. Lo puedes deducir por cómo viste. No es nada doméstico en su indumentaria. Pero cuando se trata de su investigación, en cambio, se convierte en alguien completamente obsesivo. —¿Cree que aguantará allí mucho tiempo? —Quién sabe. Quizá cuando menos lo esperemos alquile otra casa. —¿Cree que planea casarse? —Quizá. ¿Por qué no le buscas a alguien adecuado? Sanshiro sonrió forzosamente. No debería haber abordado esa conversación. —¿Y cuáles son tus planes, por cierto? —¿Yo? Yo... —Aún eres joven, claro. No sería una buena idea tener mujer a tu edad. —Pues en casa ya me están diciendo que me case. —¿Quiénes? —Mi madre. —¿Y tú quieres seguir su consejo y casarte? —Ni por asomo... Los dientes de Hirota lucieron debajo de su bigote en una amplia sonrisa. Eran unos dientes muy bonitos. Sanshiro se sintió de repente muy cercano a Hirota, de un modo que no tenía nada que ver ni con Mineko ni con Nonomiya. Era una cercanía que trascendía cualquier provecho inmediato que pudiera sacar y que le hacía sentirse avergonzado de seguir indagando con sus preguntas. —Deberías escuchar a tu madre —apuntó Hirota—. Los jóvenes de hoy en día sois demasiado conscientes de vosotros mismos, vuestro ego es demasiado fuerte, al contrario de los jóvenes de mi generación. Cuando yo era estudiante, no había nada de lo que hiciéramos que no tuviera que ver con los demás. Todo era por el Emperador, o por los padres, o por el país, o por la sociedad... Todo estaba centrado en los demás, lo que significaba que todos los hombres con educación eran en realidad unos hipócritas. Cuando la sociedad cambió, esta hipocresía dejó de estar al orden del día y, como resultado, la autocomplacencia fue colonizando gradualmente los pensamientos y las acciones de la gente, y su egoísmo se desarrolló enormemente. En vez de hipócritas, como antiguamente, ahora somos todos unos granujas redomados. ¿Entiendes lo que quiero decir con esto? —En realidad no. —A ver, deja que me explique. Incluso tú —bueno, quizás tú no—, pero sí; seguramente incluso tú eres un pillo. Yojiro, ni que decir tiene, es un caso patológico. Y ya conoces a Mineko Satomi. Es una especie de granujilla. Luego está la hermana de Nonomiya, una interesante variedad, con estilo propio. En mis tiempos solo teníamos que habérnoslas con dos tipos de canallas: los señores feudales y los padres. Ahora, con aquello de los derechos de igualdad, todo el mundo está apuntándose a la picaresca. No es nada malo, por supuesto. Todo el mundo lo sabe: levanta la tapa de algo que apesta y encontrarás un cubo de basura; arranca las estéticas formalidades y hallarás al mal a la vista de todos. Nadie se plantea siquiera esconderlo. Las formalidades no son nada más que un estorbo, así que todo el mundo economiza y se conforma con las cosas en crudo. Es una delicia, un glorioso florecer de la fealdad natural. Por supuesto, cuando las cosas afloran en demasiado número, los canallas se sienten un poco enojados unos con otros. Cuando el descontento alcanza su tope, resucita el altruismo. Y cuando eso se convierte a su vez en una mera formalidad y se torna amargo, el egoísmo vuelve por sus fueros. Y así hasta el infinito. Se podría decir que así es como vivimos. Y mientras tanto avanzamos, progresamos. Mira Inglaterra. El egoísmo y el altruismo han convivido en perfecto equilibrio desde hace tres siglos. Por eso es por lo que Inglaterra no se mueve. Por eso es por lo que no progresa. Los ingleses son una pandilla de lo más lamentable. No tienen ni un Ibsen ni un Nietzsche. Están infladísimos, pero míralos desde fuera y verás que se están anquilosando, convirtiéndose en auténticos fósiles vivientes. Sanshiro estaba algo impresionado por el discurso del profesor, y

también un poco sorprendido al ver el modo en que la conversación se había salido de su cauce y estaba precipitándose a toda velocidad en la dirección equivocada. Por fin Hirota, también, cayó en la cuenta de lo que estaba pasando. —¿De qué estábamos hablando? — Matrimonio. —¿Del matrimonio? —Sí, de que debería escuchar a mi madre... —Oh, sí. Eso era. Realmente deberías escuchar a tu madre —dijo el profesor sonriendo como si estuviera tratando con un niño. Sanshiro, aun así, no se sintió molesto. —Entiendo a lo que se refiere cuando dice que todos los de mi generación somos unos granujas, pero no comprendo eso de que en sus tiempos eran todos ustedes unos hipócritas. —Mira, ¿disfrutas cuando la gente es amable contigo? —Sí, supongo que sí... —¿Estás seguro? Pues yo no. Hay veces que la gente es tremendamente buena y amable conmigo y eso es odioso. —No lo entiendo. —Sí, es odioso cuando las formas son correctas pero los motivos que las impulsan no son tan bondadosos como parece. —¿Cree usted que es posible que eso pase? —Dime, ¿te sientes feliz de verdad cuando alguien te felicita el Año Nuevo? —Bueno, la verdad es que... —Estoy seguro de que no, ¿me equivoco? Si un hombre te dice que está «partiéndose de risa» o «retorciéndose en carcajadas», me apuesto lo que quieras a que jamás se está riendo de verdad. Pues con lo de ser amable es lo mismo. Algunas personas son amables de manera mecánica. Toma mis clases, por ejemplo. Lo único que pretendo es ganar algo de dinero para vivir, pero a mis alumnos no les gusta verlo de ese modo. Por ejemplo, Yojiro, el cabecilla de los granujas; Yojiro es un verdadero alborotador. Siempre me estaba dando problemas, me sobrepasaba; pero no había nada odioso en él. En realidad es un tipo adorable, como los americanos cuando se muestran tan brutalmente francos con los asuntos de dinero. Saben lo que quieren y se dedican a perseguirlo. Es lo más honesto que se puede hacer en la vida, y no hay nada tan inofensivo como la honestidad. La cosa más importante que nos inculcaron a los de nuestra generación fue la compostura: en consecuencia ninguno de nosotros sabemos abordar las cosas de manera honesta, sin teñirlo todo de afectación. Sanshiro, llegado a ese punto, fue incapaz de seguir la argumentación del profesor. La dolorosa pregunta que le acuciaba, de todas formas, no era un asunto que se solucionara teorizando sobre generalidades. Lo único que quería era saber si un determinado individuo estaba siendo honesto con él o no. Pensó en el comportamiento de Mineko hacia él, pero no pudo decidir si era afectado o no lo era. Sanshiro empezó a sospechar que sus percepciones podían ser el doble de torpes que las de cualquier otra persona que conociera. —Oh, sí — continuó Hirota—. Pero todavía hay más. Un fenómeno muy extraño se ha puesto de moda últimamente, desde el principio de este siglo; de algún modo hay gente que de un modo egoísta finge ser altruista. ¿Te has cruzado con alguien así? —¿Cómo quién? —A ver, déjame que te lo explique de otra forma. Hay gente que usa la pillería para practicar en realidad la hipocresía. Aún no lo entiendes, ¿verdad? Será que no lo estoy explicando bien. Mira. El hipócrita a la vieja usanza quiere, sobre todo, que los otros piensen bien de él, ¿correcto? Pero hay un tipo de hombre que hace justo lo contrario, que usará a propósito la hipocresía cuando quiera herir los sentimientos de otras personas. Actuará de tal manera que esas personas no tendrán más remedio que ver cuán hipócrita está siendo con ellas. Se sentirán mal, por supuesto, y por tanto el hipócrita cumplirá con creces sus objetivos. La sinceridad a la hora de expresar un gesto hipócrita a alguien que está al tanto de que ese gesto lo es, esa *sinceridad* es la característica que distingue precisamente al canalla. Y como toda palabra y acto se suponen buenos cuando salen a la luz, se produce una especie no ya de trinidad, no un tres en uno, sino más bien un dos en uno:

dos actitudes contrapuestas en el mismo gesto. Y el hecho es que la cantidad de personas capaces de utilizar esta técnica con habilidad parece haber aumentado considerablemente en los últimos años. Para una raza civilizada como la nuestra, cuyas sensibilidades se han vuelto con el tiempo extraordinariamente agudas, esta es la mejor técnica para alcanzar la más refinada maldad. Solo en un mundo de bárbaros es imposible matar sin derramar sangre. Aunque antes o después la moda pasará... El profesor Hirota hablaba como un guía describiendo un campo de batalla antiguo, como un testigo ventajoso situado en una posición distante y que hubiera presenciado los hechos desde una atalaya. El tono de afirmación que poseía su discurso era más propio de las conferencias que podían escucharse en las aulas magnas. Pero tuvo su efecto en Sanshiro, que inmediatamente comenzó a aplicar la teoría de Hirota sobre la joven que poblaba sus pensamientos. Ordenó esos principios en su mente y calibró todo lo que tenía que ver con ella en comparación. Y aun así había mucho de lo que pensaba que estaba más allá de toda medida. El profesor cerró la boca y empezó a exhalar su acostumbrado humo filosófico por la nariz. Justo entonces sonaron pasos en el camino de entrada. Alguien entró sin llamar y atravesó el vestíbulo. Un momento más tarde, Yojiro estaba arrodillado en la puerta del estudio. —El señor Haraguchi está aquí —Yojiro pareció optar por no entrar en explicaciones sobre su tardío regreso, quizá con buen tino. Dedicó a Sanshiro una seca inclinación de cabeza y volvió a desaparecer por donde había venido. Haraguchi entró, pasando por delante de Yojiro en el umbral. Sanshiro se fijó en que lucía un bigote de estilo francés. Llevaba cortado el pelo a cepillo y parecía estar provisto de una buena cantidad de grasa que lo acompañaba allá donde iba. Tenía aspecto de ser dos o tres años mayor que Nonomiya. Su kimono era mucho más elegante que el del profesor Hirota. — Bueno, ha pasado bastante tiempo, ¿no es así? —dijo Haraguchi. —Sasaki ha estado en mi casa. Comiendo, sobre todo. Al final ha conseguido arrastrarme hasta aquí. Haraguchi hablaba con gran aplomo, y había algo en su voz que alegraba el espíritu. Sanshiro había estado bastante seguro de que el Haraguchi que Yojiro había anunciado era el pintor cuyo nombre había oído en una ocasión. ¡Qué criatura tan sociable era Yojiro! A Sanshiro le cubrió una ola de admiración por la forma en que Yojiro hacía amigos con tantas personas mayores que él. Después se envaró. Sanshiro siempre se envaraba en presencia de sus mayores. Interpretaba esto como un resultado de su educación al estilo de Kyushu. Hirota le presentó a Haraguchi. Sanshiro se inclinó respetuosamente y recibió una despreocupada inclinación de cabeza como respuesta. Después de eso se quedó escuchando la conversación de los dos hombres sin decir palabra. Haraguchi dijo que había venido con un solo propósito, así que eso sería lo primero que se quitaría de encima. En breve daría una cena y quería que Hirota asistiera. Nada complicado; vendrían unos cuantos escritores y artistas, y varios profesores de la Universidad, solo un pequeño número de ellos, para que Hirota no se sintiera incómodo al unírseles. Los invitados se conocían ya, y no sería necesario observar ninguna formalidad. El propósito sería simplemente cenar juntos y después tener una edificante conversación literaria. Eso era todo. Hirota se limitó a contestar que iría, y despachó rápidamente el asunto. El resto de la conversación fue bastante más interesante. —¿Qué has estado haciendo estos días? —preguntó Hirota. —Sigo intentando cantar Itchubushi.²⁷ Ya he memorizado cinco piezas, algunas muy buenas como «Las ocho escenas de Yoshiwara en flores y colores otoñales» y «El suicidio por amor de Hanbei Koina en Karasaki». Deberías intentarlo tú mismo. Por supuesto, dicen que es de mal gusto cantar muy alto. Se supone que el

Itchubushi es una especie de música de cámara. Pero ya me conoces, yo siempre he sido algo ruidoso, y estas canciones tienen unas melodías tan intrincadas que todavía no he logrado que me salgan bien del todo. Tendrías que oírme cantar alguna vez... El profesor Hirota sonreía. Haraguchi continuó: —Malo como soy, aun así, Kyosuke Satomi es aún peor. No puede captar ni una nota como es debido. Me pregunto por qué. Su hermana es una joven con mucho talento. El otro día decía que no podía soportarlo más, que iba a dejar el canto y probar con otra cosa. Alguien sugirió que probara con el Placer del Idiota.²⁸ Le dijeron que probablemente le iría mejor si se dedicara a dar golpes a algún cacharro en un festival religioso. Fue desternillante. —¿De verdad dijeron eso? —De verdad. Y Satomi dijo, por cierto, que lo haría si lo hacía yo también. No es tan fácil como parece, aun así. Hay ocho estilos diferentes de tocar el Placer de Idiota. —¿Por qué no lo pruebas? Da la impresión de que cualquier persona normal podría tocarlo. —No, gracias. Preferiría tocar el *tsuzumi*.²⁹ No sé, cuando oigo el redoble hueco de ese tamborcito, me siento transportado fuera del siglo veinte. Me gusta. Quiero decir, ¿cómo puede algo ser tan deliciosamente tonto en tiempos como estos? Solo pararse a pensarlo es medicinal. Puede que esté siendo demasiado condescendiente, pero yo nunca podría pintar un cuadro que se asemejase siquiera al delicado sonido de ese tambor... —Apuesto a que nunca lo has intentado. —No podría hacerlo. ¿Cómo podría alguien que vive en Tokio pintar algo tan sereno? Por supuesto no es solo pintura —lo que me recuerda que quise hacer una caricatura de las hermanas de Satomi y de Nonomiya en la competición el otro día, pero huyeron de mí. Estoy planeando hacer un retrato formal pronto y exponerlo en una muestra. —¿El retrato de quién? —De la hermana de Satomi. La mujer japonesa normal tiene un estilo Utamaro³⁰ o una cara que es apropiada para xilografías pero que no luce bien sobre un lienzo. La hermana de Satomi y la de Nonomiya, sin embargo, sí podrían ser pintadas en mi estilo. Estoy pensando en hacer un retrato de tamaño natural de Mineko sosteniendo un abanico redondo y vuelta hacia la luz del sol con algo de vegetación de fondo. Un abanico plegable occidental sería una cursilada, pero un abanico redondo japonés será original e interesante. En cualquier caso más me vale apresurarme. Podría casarse pronto, y entonces seguramente no podría hacer las cosas a mi manera. Sanshiro escuchó a Haraguchi con inusitado interés. Cuando oyó que en el cuadro estaría Mineko sosteniendo un abanico, notó que se conmovía. Sintió que existía una especie de vínculo entre ellos, misterioso y fatídico. —Pues a mí no me parece una imagen especialmente interesante que digamos —dijo Hirota con franqueza. —Pero es como lo quería ella. Cuando sugirió llevar en la mano un abanico yo pensé que sería algo fuera de lo habitual y acepté pintarla de esa forma. No es una mala idea, todo depende de cómo se haga. —Ten cuidado de no pintarla *demasiado* guapa, o recibirá más propuestas de matrimonio de las que pueda atender. —¡Bien dicho! —rió Haraguchi—. Le daré un tratamiento medio. Hablando de matrimonio, ella está *justo en la edad*. ¿Sabes si tiene alguna perspectiva probable? Satomi me ha pedido que mantenga los ojos bien abiertos. —¿Qué tal tú, Haraguchi? —¿Yo? No me importaría, pero no tengo mucha paciencia con ella, me temo. —¿Por qué no? —Tengo la impresión de que su hermano le cuenta cosas sobre mí. Está enterada de cómo me cargué de provisiones de comida japonesa cuando fui a Europa. Le conté a todo el mundo que estaba decidido a atrincherarme en mi habitación en París. Así que Mineko, cuando se enteró se rió de mí y dijo: «En cuanto llegue a Europa se cambia de chaqueta». ¡Es demasiado para mí! — Mineko nunca se casará con quien no quiera. Y no la empujarán, eso desde luego. Lo

mejor que se puede hacer es dejar que siga soltera hasta que encuentre a alguien que le guste de verdad. —Estrictamente al estilo occidental. Por supuesto, todas las mujeres serán así de ahora en adelante. No hay nada de malo en ello... Después Haraguchi y Hirota hablaron largo y tendido sobre pintura. Sanshiro estaba asombrado de comprobar cuántos nombres de pintores occidentales conocía el profesor Hirota. Pronto se hizo la hora de marcharse. Mientras estaba buscando sus zuecos en la puerta trasera, el profesor se asomó al pie de la escalera. —¡Eh, Sasaki, baja un minuto! —llamó—. Tu amigo se marcha. Hacía frío fuera, y el cielo estaba tan alto y tan claro que Sanshiro se preguntó seriamente de dónde vendría el rocío de la mañana. Cada vez que su mano se rozaba con el kimono de seda, el trozo de piel sobre el que se posaba se quedaba frío. Anduvo por una calle desierta detrás de otra hasta que, al doblar una esquina, se dio de bruces con un adivino. Colgado de una trabilla de su cinturón, el hombre llevaba un farolillo de papel grande y redondo que le teñía de rojo encendido de cintura para abajo. Sanshiro sintió de repente la necesidad de comprar su fortuna. Pero reprimió el impulso y dejó que el hombre pasara de largo, poniendo tanto cuidado en evitar el farolillo rojo, que su hombro se rozó con la valla de cedro que delimitaba el callejón. Un poco más lejos, atajó por una zona especialmente oscura y salió a la calle Oiwake. En una esquina bastante bulliciosa había una tienda de fideos soba.³¹ Esta vez Sanshiro se rindió a sus impulsos y entró en la tienda agachándose por debajo de la cortina que colgaba de la puerta. Tenía una imperiosa necesidad de beberse un par de vasos de sake. En la tienda únicamente había tres estudiantes del instituto. Uno de ellos estaba explicando a los demás cuántos profesores se habían aficionado últimamente a comer soba en el almuerzo. Los repartidores acudían corriendo al recinto de la escuela en cuanto llegaba el mediodía, cargando bamboleantes pilas de cestas sobre sus hombros. Aquella tienda en concreto estaba haciendo bastante negocio con todo el asunto. Uno de los profesores comía soba hirviendo incluso en pleno verano. ¿Por qué haría una cosa así? Probablemente sufría mal de estómago. Los tres estudiantes siguieron hablando y charlotteando, refiriéndose a los profesores solo por su apellido. Uno de ellos, de repente, mencionó a Hirota, lo que dio lugar a una discusión acerca de por qué el profesor en cuestión seguiría siendo un solterón a su edad. Alguien dijo que probablemente no odiara a las mujeres, porque una vez había entrado en su despacho y, colgada en la pared, tenía una imagen de una chica desnuda. ¿Quizá a las que odiaba era a las mujeres japonesas? No, tenía que haber sido más bien algo relacionado con un desengaño amoroso. Quizá fuera eso lo que le había hecho tan excéntrico. ¿Era verdad que había una chica muy guapa que le visitaba a menudo? Los tres estudiantes acabaron diciendo que, aun así, Hirota era un hombre extraordinario. A Sanshiro no le quedó muy claro al principio el porqué de esa opinión, pero entonces se enteró de que los tres habían leído el artículo de Yojiro sobre «La Gran Oscuridad». Hasta ese momento había creído que el único propósito de Yojiro para perseguir la publicación de sus «grandes ensayos» en una revista que, como él mismo había reconocido, vendía poco, era alimentar su propio ego como autor. Pero mientras escuchaba a estos estudiantes, Sanshiro abrió los ojos al poder de la palabra impresa. ¡Lo que Yojiro había dicho era verdad!: escribir algo, por muy modesto que fuera, era mejor que no escribir nada en absoluto. ¡Ahí era donde se construían o se destrozaban las reputaciones de los hombres! Vivamente impresionado por la inmensa responsabilidad que abrumaba a aquellos que blandían la pluma, Sanshiro abandonó la tienda de fideos soba. El efecto del sake se le había pasado ya para cuando llegó a su pensión. De alguna

manera, todo era enormemente estúpido. Estaba sentado ante su mesa, con la mente en blanco, cuando la doncella subió con una tetera nueva y una carta para él. Era otra vez del pueblo. Abrió el sobre inmediatamente. Al ver la letra de su madre la emoción acudió a sus ojos. La carta era muy larga, pero no decía gran cosa. Se sintió especialmente complacido al ver que no mencionaba a Omitsu Miwata. Incluía un extraño consejo, empero:

«Has sido cobarde desde tu niñez. Esto es un inconveniente terrible, y puede hacer que los exámenes sean muy duros para ti. Sabes lo buen intelectual que es el profesor de Instituto Okitsu Taka, pero cada vez que intenta sacarse los exámenes de cualificación el pobre hombre tiembla y nunca puede dar la respuesta correcta, así que nunca le suben el sueldo. Pidió a un amigo, un médico de Tokio, creo, que le recetara unas pastillas para que se le pasasen los temblores, y se las tomó antes del examen, pero tembló lo mismo. No creo que lo tuyo sea tan grave como para que te dé por temblar, pero deberías dedicarte con regularidad a apretarle las tuercas a tu valor. Quizá funcionaría».

Sanshiro encontró ridículo el consejo, lo que lo hizo todo más reconfortante. ¡Las madres eran tan buenas y encantadoras! Siguió despierto hasta la una de la noche, redactando a su madre una larga carta. En una parte le confesaba: «Tokio, en realidad, no es un lugar demasiado interesante».

Capítulo VIII

Esta es la historia de cómo Yojiro contrajo una difícil deuda con su mejor amigo. Una noche, varios días antes, Sanshiro había recibido una visita inesperada de Yojiro. El tiempo estaba lluvioso y acababan de dar las nueve en el reloj. Cuando Sanshiro abrió la puerta, vio que su amigo lo miraba demudado desde el umbral: —¡Oh, Dios mío! ¡Estoy para el arrastre! Sanshiro nunca había visto a su amigo tan pálido. Al principio pensó que debía llevar fuera toda la tarde, en medio de la heladora tormenta otoñal, pero cuando le invitó a sentarse, se dio cuenta de que su color no era lo único que pintaba mal. Yojiro parecía una persona derrumbada. —¿Estás enfermo? Yojiro parpadeó dos veces, con los ojos nerviosos como los de un ciervo, y contestó: —Estoy en apuros. He perdido algún dinero... Con la preocupación pintada en su mirada, exhaló dos o tres bocanadas de vaho. Sanshiro no pudo esperar en silencio a que Yojiro se explicara. ¿Cuánto dinero debía? ¿Dónde lo había perdido? Tan pronto como la última bocanada de vaho se disipó, Yojiro le contó toda la historia de un tirón. El hecho era que había perdido veinte yenes que, para remate, no eran ni siquiera suyos. Parece ser que cuando el año anterior el profesor Hirota se mudó a la casa donde él vivía, había sido incapaz de pagar el depósito entero del alquiler de tres meses, así que había pedido prestada la diferencia a Nonomiya, que justamente acababa de recibir un dinero de su padre, supuestamente destinado a comprarle un violín a su hermana. No acordaron, aun así, una fecha tope para devolver el préstamo, aunque sabía que cuanto más lo pospusieran, más incomodarían a la pobre Yoshiko. Y de hecho la muchacha no había recibido todavía su violín, pues el profesor Hirota no había llegado a devolver el préstamo a Nonomiya. Lo habría hecho si hubiera podido, pero los meses fueron pasando uno tras otro sin que el profesor pudiera ahorrar un solo céntimo de lo que ganaba. No era el profesor Hirota del tipo de personas capaces de procurarse un segundo empleo, así que simplemente lo fueron dejando pasar. Sin embargo, hacía solo unos días, el profesor había recibido, tras mucha espera, unos sesenta yenes que le debían por haber corregido los exámenes estivales de ingreso en el instituto. Así que pensó que ya era hora de cumplir con su compromiso, y le pidió a Yojiro que se encargase de entregar el dinero a su legítimo propietario. —Y ese es el dinero que he perdido. ¡Es imperdonable! El aspecto de Yojiro parecía efectivamente el de una persona que sintiera en sus entrañas que lo que había hecho era realmente imperdonable. —¿Tienes alguna idea de dónde se te cayó el dinero? —¿Caérseme? ¡Lo aposté en el hipódromo! Sanshiro estaba atónito. Incluso los más irresponsables tenían sus límites, pero Yojiro se había pasado tanto de la raya que Sanshiro no conseguía ni siquiera encontrar motivos para reprocharle su actitud. Y además, el pobre Yojiro estaba tan abatido... Sanshiro comparó el estado de postración de su amigo con el habitual humor del que hacía gala, por lo demás tan exaltado, y no tuvo más remedio que llegar a la conclusión de que en realidad existían dos Yojiros. El contraste entre ambos era de lo más violento, ridículo incluso. La mezcla de estupor y compasión hizo que, primero Sanshiro y después también Yojiro, prorrumpieran en carcajadas. —Oh, bueno —dijo Yojiro—. Supongo que todo se arreglará... —¿Lo sabe el profesor? —Aún no. —¿Y Nonomiya? —

¡Por supuesto que no! —¿Cuándo te dio el dinero el profesor? —A principios de mes, hace ahora dos semanas justas. —¿Y cuándo lo apostaste a los caballos? —El día después de que me lo dieran. —¿Y lo has estado dejando pasar todo este tiempo? —No, qué te crees. He removido cielo y tierra tratando de encontrar la solución. Si la cosa se pone fea, como mucho puedo demorarlo hasta final de mes... —¿Esperas recibir dinero entonces? —Debería recibir algo del *Bungei Jihyo*... Sanshiro se levantó y abrió el cajón de su escritorio. —Yo tengo algo de dinero aquí —dijo mirando el contenido del sobre de la carta que había recibido de su casa hacía unos días—. Mi madre se adelantó este mes. — ¡Querido Ogawa! ¡Eres encantador! ¡Un príncipe entre los hombres! —respondió Yojiro con la voz repentinamente llena de vida. Parecía más bien un recitador profesional de cuentos cómicos. Ya eran más de las diez. Desafiando a la tormenta, los dos se dirigieron a la calle Oiwake y entraron en la tienda de fideos soba. Fue esa noche cuando Sanshiro aprendió todo lo que había que saber sobre las bebidas que se sirven en ese tipo de establecimientos. Trasegaron una buena cantidad de alcohol y luego Yojiro se hizo cargo de la cuenta. No era persona que dejara a los demás pagar por él. Cerca de dos semanas después, Yojiro aún no había devuelto a Sanshiro los veinte yenes que le debía. Sanshiro era demasiado honrado como para que no le preocupara dejar el alquiler de aquel mes sin pagar. Aunque no presionó a Yojiro para que le devolviera el dinero, no había mañana en que no deseara fervientemente que este hiciera algo al respecto. Así, pronto se plantó a dos días de que finalizara el mes. A Sanshiro no se le habría ocurrido ni por asomo aplazar el pago del alquiler, aun en el caso de que algo fuera mal. Yojiro le traería el dinero sin falta; aunque bueno, por supuesto Sanshiro no tenía una total confianza en su amigo, pero se dijo a sí mismo que Yojiro tendría al menos la bondad de intentar solucionar las cosas antes de que fuera demasiado tarde. Hirota le había dicho en alguna ocasión que la mente de Yojiro estaba en continuo movimiento, como el agua poco profunda; con un poco de suerte eso no implicaría que ignorara sus responsabilidades. No, la gente no podía ser tan malvada... Sanshiro estaba absorto mirando a la calle por su ventana del segundo piso cuando Yojiro apareció en la distancia, acercándose rápidamente. Se aproximó hasta la valla del jardín y levantó la vista hacia Sanshiro. — Hey, ¿estás ahí? Sanshiro, mirando hacia abajo, replicó: —Sí, aquí me tienes. Completado este absurdo intercambio vertical de saludos, Yojiro entró en la casa y comenzó a subir a zancadas las escaleras. —Apuesto a que estabas esperándome, reconcomiéndote por el alquiler. ¡Te conozco! Por eso es por lo que he estado corriendo de un lado para otro estos días. Qué ridiculez... —¿Recibiste el dinero del *Bungei*? — ¿Qué dinero? Esa gente no me debe ningún dinero. —¿Pero no me dijiste que te iban a pagar a final de mes? —¿Eso hice? Debiste de entenderme mal. Esa gente ya me había dado hasta el último céntimo de lo que me debían. —Qué raro. Estoy seguro de que me dijiste que te pagarían... —Dije que iba a recibir un anticipo, *un préstamo*. Pero no me lo quieren dar. No creen que se lo vaya a devolver, los muy bastardos. ¡Y son solo veinte yenes! Escribí «La Gran Oscuridad» para ellos y aun así no se fían de mí. Estoy harto de esa gente... —¿Así que no has recibido ningún dinero? —De ellos no. Se lo pedí a otra persona. Pensé que tendrías problemas si no lo hacía. —Oh. Siento que hayas tenido que pasar por eso. —Pero hay un pequeño problema. El dinero no lo tengo yo. Tienes que ir tú a recogerlo. —¿Dónde está? —Bueno, cuando me falló el *Bungei* fui a ver a Haraguchi y alguna otra gente, pero ninguno podía arreglárselas para tener el dinero antes de fin de mes. Finalmente, desesperado, fui a casa de Satomi. Creo que no le conoces. Kyosuke

Satomi. Graduado en leyes, y además hermano de Mineko. De cualquier forma, él había salido, así que no conseguiría nada por ese lado tampoco. Para entonces ya tenía un hambre canina y no me apetecía seguir dando vueltas con el estómago vacío, así que me quedé y hablé con Mineko. —¿No estaba Yoshiko? —¡Por supuesto que no! Era mediodía y Yoshiko aún seguía en el colegio. Además, estábamos en el salón para las visitas, así que no habría supuesto ninguna diferencia. —Oh, ya veo... —Así que Mineko accedió a prestarme el dinero. —¿Tiene ella su propia asignación? —Sinceramente, no tengo ni la más remota idea. De cualquier forma, está todo arreglado. Me dijo que lo haría. Y conociendo la manera que tiene de comportarse, como si fuera la hermana mayor de todo el mundo, creo que puedes estar tranquilo. Ha aceptado, no hay de qué preocuparse. Lo único que tienes que hacer es ir y pedirselo. ¡Porque ahí es donde está lo más extraño! No bien acabó de confirmarme que tenía el dinero me anunció que si pensaba que me lo iba a dar *a mí*, es que estaba loco. Le pregunté: «¿Es que no te fias de mí?». «No», me dijo. ¡Y mientras tanto se reía, la muy cínica! Cuando le pregunté si podías ir tú a que te lo entregara me dijo que sí, que a ti sí te lo daría. Así que, ¿crees que puedes pasarte por su casa y recogerlo? —Qué remedio. Si no lo hago tendré que mandarle un telegrama a mi madre. —Olvídalo. Un telegrama a estas alturas sería estúpido. Incluso tú puedes hacer eso, estoy seguro. —¡Puedo hacerlo! Una vez zanjado el asunto de la deuda, Yojiro procedió a referirle a su amigo los últimos informes del asunto Hirota. El movimiento progresaba con paso firme. Cada vez que se le presentaba la ocasión, Yojiro visitaba estudiantes afectados uno por uno en sus pensiones. Las discusiones individuales eran el único modo de conseguir algo. Cuando uno reúne a demasiada gente en un mismo lugar, los que intervienen suelen hacerlo solamente para captar la atención. Y si no lo hacen, se decepcionan y a partir de ese momento actúan con indiferencia. Las discusiones individuales en este caso son el único camino. Por otra parte, llevan tiempo. Y requieren dinero. Pero si iba a preocuparse por esas minucias, no se produciría movimiento alguno. Otra cosa: estaba intentando que el nombre del profesor Hirota no saliera a relucir en las conversaciones demasiado a menudo. Si los otros pensaban que esto lo hacía solo por el bien de Hirota y no por sus propios intereses, todo se vendría abajo. Con esta técnica hacemos avanzar el movimiento en la dirección correcta, dijo Yojiro. Todo había ido bien hasta ahora, de hecho. Yojiro estaba en ese punto en que había empezado a convencer a todo el mundo de que no era aceptable que solo hubiera occidentales en las aulas y de que la literatura extranjera podía ser impartida perfectamente por japoneses. Todo lo que tenían que hacer ahora era organizar otra gran reunión, escoger algunos delegados, y mandarlos a expresar los deseos de los estudiantes al Decano, al Rector o a cualquier otro que tuviera competencia en el asunto. Por supuesto, la reunión en sí constituiría solo una mera formalidad y podía prescindirse de ella, porque todos los estudiantes sabrían perfectamente quiénes de entre ellos serían los delegados. Todos eran favorables a Hirota. Dependiendo del progreso de las negociaciones podrían incluso sacar a relucir antes de tiempo el nombre del profesor elegido para ocupar el puesto. Sonaba como si Yojiro tuviera el mundo en la palma de su mano, pero Sanshiro no se dejó impresionar por sus habilidades. Después Yojiro habló de cuando trajo a Haraguchi a ver al profesor la otra noche. —¿Te acuerdas de cómo Haraguchi insistió al profesor para que asistiera a aquella cena de literatos? Sanshiro se acordaba, por supuesto. Pues bien, había sido otra de las tretas de Yojiro. Tenía muchas razones para que Hirota asistiera al evento, dijo, pero la más inmediata era que quería que

se reuniese con un profesor muy influyente del Departamento de Literatura que también iría. Sería de gran provecho para el profesor que ambos charlaran. Excéntrico como era, el profesor no haría ningún esfuerzo por mezclarse con los demás. Pero si Yojiro movía las fichas adecuadas para procurarle los contactos clave, quizás entonces —a su propia y excéntrica manera— el profesor podría empezar a relacionarse con la gente correcta. — ¡Así que de eso se trataba! No tenía ni idea. Dices que eres tú el que promueve la cena, pero ¿van a venir todos esos hombres importantes cuando reciban una invitación de alguien tan insignificante como tú? Yojiro dirigió una mirada sombría a Sanshiro. Después, con una sonrisa agria, apartó la vista. —No digas tonterías. Fue idea mía, pero nadie tiene por qué saberlo. Le sugerí todo el asunto a Haraguchi y me las arreglé para que fuera él quien usara sus influencias. —Oh, ya veo... —¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? ¡Todavía hueles a granja! De cualquier modo, deberías ir tú también a la cena. Será en unos días, según creo. —¿Y qué voy a hacer yo con todos esos señores importantes? Creo que prefiero saltármela, si no te importa. —Ahí tienes: el tufo a granja de nuevo. La única diferencia entre un hombre importante y otro que no lo es tanto, es el orden en el que ambos se han metido en sociedad. Oyes que este tipo o aquel son Doctores, pero los conoces y de cerca son como el resto de los mortales. No se pasean por ahí pavoneándose sobre lo «importantes» que son. Realmente deberías venir a la cena. Podría ser bueno para tu futuro. —¿Dónde será? —Probablemente en el Seikoyen. —En mi vida he estado en un sitio como ese. Será carísimo... —Bueno, puede que toquemos a dos yenes cada uno. Pero no te preocupes si no tienes el dinero, yo pagaré por ti. Sanshiro pensó en el asunto de los veinte yenes, pero lo más sorprendente fue que ya no le parecía tan extraño. Entonces Yojiro sugirió que fueran a comer tempura a un restaurante en el distrito de Ginza. —¡Tengo dinero! —dijo. Era un tipo de lo más raro. Sanshiro, que normalmente aceptaba cualquier cosa que le propusieran, optó esta vez por decir que no. En vez de eso se limitaron a dar un paseo. Pararon en donde Okano en su camino de vuelta y Yojiro compró una caja de pequeños pastelitos de mermelada de castaña. Eran para el profesor, dijo, y se marchó agarrando la bolsa repleta de golosinas. Esa noche, Sanshiro dedicó un rato a pensar en Yojiro y su carácter. ¿Era así como se volvía uno después de vivir mucho tiempo en Tokio? Entonces se dio cuenta de que tenía que ir a la casa de los Satomi. Estaba muy contento por tener al fin una excusa para ver a Mineko, pero no le gustaba la idea de abordar a nadie por cuestiones de dinero, poniendo la gorra como quien dice. Sería una experiencia completamente nueva, complicada por el hecho de que en este caso el prestamista era una mujer, no una persona independiente. Quizá tuviera su propio dinero, pero si se diera el caso de que Mineko tuviera que tomarlo prestado en secreto, sin el permiso de su hermano, más tarde su ofrecimiento podría ocasionarle vergüenza, por no hablar de la que tendría que pasar su hermano. Conociendo a Mineko, empero, bien podía estar todo acordado desde el principio para que no se convirtiera en motivo de vergüenza. En cualquier caso, iría a verla, y si le daba la impresión de el hecho de que ella tuviera que prestarle el dinero resultara de algún modo un asunto desagradable, lo rechazaría, atrasaría el pago de su alquiler por unos días y le pediría más dinero a su madre. Y así daría carpetazo a este asunto. Una vez llegados hasta aquí, sus pensamientos tomaron un rumbo distinto, y la cabeza de Sanshiro se llenó de imágenes de Mineko: su cara, sus manos, la línea de su cuello, el *obi* y el kimono que solía llevar con tanta naturalidad. Su imaginación multiplicaba en todas direcciones y fragmentaba esos detalles hasta el infinito. Y en lo que se refería a su encuentro del día

siguiente: ¿cómo se comportaría Mineko con él? ¿Qué diría? Barajó diez, veinte versiones diferentes de la escena. Sanshiro siempre había sido así. Cada vez que tenía que ver a alguien, su imaginación se concentraba en cómo actuaría esa persona, más que en su propia expresión, en las cosas que le diría cuando la tuviera delante, en el tono de voz que adoptaría... Eso lo hacía siempre a toro pasado. Entonces se torturaba cruelmente, presa del arrepentimiento. Esta noche en especial no tenía ni una pizca de imaginación de sobra para sí mismo. Había albergado dudas respecto a Mineko. Pero las simples dudas no resolverían nada. Por otra parte, no tenía preguntas con las que enfrentarla, ningún nudo gordiano que cortar de un solo golpe. Si hacía falta una solución para la propia paz mental de Sanshiro, lo único que tenía que hacer era ir a ver a Mineko y darse a sí mismo la oportunidad de tomar una decisión basada en la forma en que ella se comportara con él. Ni más ni menos. La entrevista le aportaría datos indispensables para tomar una decisión. Así que ahora se concentró en imaginar cómo la encontraría. Las escenas que le venían a la cabeza, sin embargo, le eran siempre demasiado favorables y halagüeñas, y por tanto su exactitud se le apareció como altamente sospechosa. Era como hacer una bella fotografía de un lugar espantoso. Una fotografía podía ser precisa en todos sus aspectos, pero nunca sería igual que el lugar que reflejaba. Al final, a Sanshiro se le ocurrió un pensamiento agradable. Mineko había accedido a prestarle los veinte yenes, pero no había querido dárselos a Yojiro directamente. Yojiro podía ser muy poco de fiar cuando se trataba de dinero, pero ¿habría sido esa la única razón por la que ella no le había querido dar el dinero? En tal caso, la perspectiva para Sanshiro sonaba bastante prometedora. La disposición de Mineko a dejarle el dinero era en sí misma un indicio suficiente de que ella tenía buena opinión de él, pero el hecho de que insistiera en dárselo en mano... Ya se había atrevido a plantearse abiertamente semejante presunción cuando se vio asaltado por un nuevo pensamiento: «¿No será, simplemente, que está volviendo a jugar conmigo?» Esto fue suficiente para hacer que se sonrojara hasta las orejas. Si alguien le hubiera preguntado por qué razón iba a molestar a Mineko en jugar con él, Sanshiro no habría podido encontrar una respuesta satisfactoria. Si el que preguntaba le hubiera presionado para que le diera una respuesta, quizás él podría haber contestado que Mineko era el tipo de mujer a la que le gustaba jugar con los hombres. Nunca se le habría ocurrido, seguro, que lo hacía para castigar su vanidad, la cual él creía debida a Mineko en primer lugar. Al día siguiente, con dos profesores, Sanshiro fue relevado de las clases de la tarde. No se molestó en volver a su pensión para almorzar, sino que en vez de eso se conformó con un ligero tentempié de camino a casa de Mineko. Había pasado por delante de esa casa un sinnúmero de veces pero nunca se había atrevido a entrar. «KYOSUKE SATOMI», decía la placa colgada en uno de los pilares que sostenían el tejado de teja. ¿Cómo sería este Kyosuke Satomi? Sanshiro se lo preguntaba cada vez que pasaba por allí. Todavía no se había encontrado con él en persona. Los paneles centrales de la verja estaban cerrados con llave. Entró por una pequeña puerta lateral. La distancia que había de la verja a la puerta de entrada era más corta de lo que había imaginado. Alargados bloques de granito marcaban el camino. La puerta de bello y apretado entramado estaba cerrada. Sanshiro tocó la campana. Una criada salió a recibirlo. —¿Está la señorita Mineko en casa? Se sintió extrañamente avergonzado. Nunca antes había preguntado por una joven a la puerta de su casa, y encontró el trago muy difícil. La criada, sin embargo, se mostró inesperadamente ceremoniosa, casi reverencial. Le dejó en la entrada un instante, y luego reapareció, se inclinó y lo condujo al salón de las visitas, una estancia

orientada a poniente, y cuyas ventanas se hallaban cubiertas con pesados cortinajes. La habitación estaba tan en penumbras que apenas se veía. —Por favor, espere aquí. La señorita Mineko estará con usted enseguida. La criada salió. Sanshiro tomó asiento en la silenciosa estancia. Había una pequeña chimenea en la pared que quedaba frente a él. Sobre ella había un largo espejo, y delante de este dos candelabros. Sanshiro se levantó para mirar su propio reflejo entre los dos candelabros, y luego se volvió a sentar. Justo entonces, desde otro lugar de la casa, llegó el rumor de un violín. La música, sin embargo, se apagó inmediatamente, como si una ráfaga de viento lo hubiera traído de alguna parte, se hubiera deshecho del sonido y hubiera pasado de largo. Sanshiro se sintió decepcionado. Hundido en el asiento demasiado mullido, escuchó atentamente, deseando que hubiera más. En el espacio de un minuto, sin embargo, se había olvidado del violín. Observó curioso el espejo y los candelabros. Había en ellos como un aire extrañamente occidental, que él asoció automáticamente con el catolicismo, a pesar de que no sabía nada de esa religión. El violín comenzó a sonar de nuevo. Esta vez algunas notas altas y bajas hicieron eco dos o tres veces en rápida sucesión antes de que el sonido fuera interrumpido bruscamente. Sanshiro no sabía nada de música occidental, pero no podía creer que esto formara parte de ningún tipo de melodía. Era solo alguien haciendo ruidos con un violín. Eso le gustó; se ajustaba perfectamente a sus emociones en ese momento. Las notas dispersas habían caído del cielo como un inesperado puñado de granizo. Sanshiro echó un vistazo al espejo y allí estaba Mineko. La criada había cerrado la puerta, pensó, pero ahora, sorprendentemente, volvía a estar abierta. La silueta de Mineko se reflejaba claramente desde el pecho para arriba, sosteniendo a un lado la cortina que pendía más allá de la puerta. Miró el reflejo de Sanshiro en el espejo. Sonrió. —Bienvenido. La voz venía de su espalda. Sanshiro tuvo que darse la vuelta. Cuando estuvieron cara a cara, Mineko se inclinó con el más delicado movimiento y su pelo ondulado cayó como una cascada frente a Sanshiro. El gesto implicaba una intimidad que hacía innecesaria una cortesía mayor. Sanshiro, por su parte, se levantó de la silla y se inclinó profundamente en un saludo formal. Ignorando su reverencia, Mineko rodeó a Sanshiro y se sentó de cara a él, dando la espalda al espejo. —Así que por fin has venido... Su tono estaba tan cargado de intimidad como su última reverencia. Sanshiro se sintió súbitamente contento. Mineko llevaba puesto un kimono de seda brillante. ¿Quizás le habría tenido esperando a fin de cambiarse de ropa para él? Pero no. No había indicios de ello en su digna calma. Ella le miró de frente, sin decir nada, con una sonrisa flotando sobre sus ojos y sus labios, y la sola visión que tuvo de ella de esta guisa hizo que a Sanshiro le embargara una dulce agonía. Dulce como era, empezó a sentir casi desde el momento de sentarse que no podría soportar que le mirara así durante más tiempo. Abrió la boca inmediatamente en una especie de espasmo. —Sasaki... —Yojiro ha ido a verte, estoy segura. —Mineko mostró sus blancos dientes. Detrás de ella, a derecha y a izquierda, los candelabros se alineaban sobre la repisa de la chimenea. Tenían unos pedestales de formas raras, modelados en oro. Sanshiro había supuesto que eran candelabros; aunque quizás no lo fueran. Estos inescrutables objetos estaban enmarcados por la amplitud luminosa del espejo. Obstruida por las pesadas cortinas, la luz de las ventanas se filtraba a duras penas en la estancia. El tiempo nublado añadía oscuridad a la escena. Sanshiro admiró la blancura de los dientes de Mineko. —Sí, en efecto Yojiro vino a verme. —¿Y qué te dijo? —Que viniera a verte. —Eso suponía. ¿Y es por eso por lo que has venido? —Mineko insistió en repetir la pregunta. —Sí —dudó Sanshiro—.

Supongo... Mineko ocultó sus dientes. Se levantó de su asiento, se acercó a la ventana y miró al exterior. —Ya no hay sol. Debe hacer frío ahí fuera. —No, está sorprendentemente templado. No hay nada de viento. De hecho, Sasaki... —Lo sé —le cortó ella. Sanshiro se interrumpió—. ¿Qué pasó con el dinero? —Apostado en las carreras de caballos. —¡Madre mía! —exclamó, pero su cara no mostraba demasiada sorpresa. De hecho, sonreía—. ¡Qué chico más malo! —añadió. Sanshiro no intentó responder—. Debe ser difícil intentar adivinar el resultado de una carrera, más difícil que adivinar lo que pasa por la mente de otra persona. Algunas personas llevan fichas, también, pero tú no te preocupas por saber lo que tienen en la cabeza. Eres tan despreocupado... —No he sido yo el que ha apostado a los caballos. —¿No? ¿Entonces quién? —Sasaki. Mineko se empezó a reír muy alto. Sanshiro también empezó a divertirse. —Así que no necesitas el dinero después de todo. ¡Qué bobo! —No, soy yo el que lo necesita. Es cierto. —¿De verdad? —De verdad. —Todo esto es muy extraño... —Sí, lo sé. Por eso no necesito pedírtelo prestado a ti. —¿Por qué no? ¿No crees que sea una buena idea? —No, no me importa; pero no debería aceptártelo sin decírselo a tu hermano. —¿Por qué no? Él no supondrá ningún problema. —Oh, entonces supongo que tendré que aceptar. Pero de verdad que no necesito que hagas esto por mí. Si escribo a casa puedo tener el dinero en una semana. —Por favor, no me hagas obligarte... De repente Mineko pareció estar muy lejos. La joven que solo un momento antes charlaba a su lado, sonriéndole, ahora se había marchado a kilómetros de distancia. Sanshiro se arrepentía de no haber cogido el dinero cuando tuvo la oportunidad, pero ahora era demasiado tarde. Miró a los candelabros, inexpresivo. Nunca en su vida había intentado congraciarse con nadie. Mineko tampoco acababa de salir de su ensimismamiento. Tras un rato en silencio se levantó y se volvió a asomar a la ventana. —No parece que vaya a llover, ¿verdad? —No, no creo —contestó él, en el mismo tono inexpresivo. —Creo que saldré, entonces —dijo ella, todavía de pie donde la ventana. Sanshiro interpretó esto como una invitación a que se marchara. No, no se había puesto aquella seda brillante para él. —Creo que es hora de que me vaya. —Se levantó. Mineko le acompañó a la puerta. Se estaba poniendo sus zapatos en la entrada cuando Mineko le dijo: —Te acompañaré un trecho, ¿de acuerdo? —Como quieras —replicó Sanshiro atándose los cordones. Un momento más tarde ella estaba a su lado caminando por el sendero de cemento que conducía a la calle. Se inclinó hacia él y le susurró al oído: —¿Estás enfadado? Justo entonces la criada salió apresuradamente para despedirles. Echaron a andar juntos en silencio. Sanshiro iba pensando en Mineko. Esa chica debía haber sido educada para salirse siempre con la suya. Y ahora, como mujer joven, sin duda tendría más libertad en casa que la mayoría de las demás chicas de su edad, y podría hacer cualquier cosa que se le antojara. Todo estaba tan claro como el agua. Incluso era capaz de salir a pasear con él sin permiso. Y si podía hacerlo era porque no tenía padres y porque su hermano mayor, que también era joven, no le ponía ninguna traba. Si hubiera estado en el campo no lo habría tenido tan fácil. ¿Cómo reaccionaría Mineko si alguien le ordenara llevar una existencia como la de Omitsu Miwata? Tokio era un lugar muy diferente a donde él vivía; Tokio era un lugar mucho más abierto, así que quizás todas las mujeres de la ciudad fueran como Mineko. Apenas alcanzaba a imaginar cómo serían las otras, pero a primera vista parecían un poco más chapadas a la antigua que Mineko. Se le pasó por la mente lo acertado que había estado Yojiro: esa chica era una auténtica heroína de Ibsen, era cierto. Pero ¿lo era solo por su absoluta falta de preocupación por lo convencional, o la

caracterización implicaba también sus más profundos pensamientos y sentimientos? No lo sabía. Pronto llegaron a la calle principal de Hongo. Paseaban juntos, pero ninguno de los dos sabía a dónde iba el otro. Para entonces habían doblado ya tres esquinas, y mientras tanto no intercambiaron una sola palabra, como si lo hubieran acordado así de antemano. Mientras se acercaban a la intersección de Yonchome, Mineko preguntó: —¿A dónde vas tú? —No, la pregunta es: ¿a dónde vas *tú*? Se miraron. Sanshiro parecía muy serio. Mineko no pudo evitar descubrir sus dientes de nuevo. —Ven conmigo —dijo ella. Doblaron la esquina, encaminándose a Kiridoshi. Media manzana más allá, en el lado de la derecha, se alzaba un gran edificio de piedra. Cuando llegaron delante de él Mineko se detuvo. Sacó una delgada libreta de ahorros y un sello de su *obi* y se los tendió a Sanshiro. —Por favor —dijo. —¿Qué quieres que haga con esto? —Me gustaría que sacaras algún dinero para mí, si no te importa. Sanshiro tomó la libreta de ahorros. En el centro de la tapa podía leerse «Libro de Depósitos», y debajo de eso «Mineko Satomi». Sanshiro se quedó allí de pie mirándola, con la libreta y el sello en la mano. —Treinta yenes, por favor —dijo. Hablaba como si estuviera acostumbrada a sacar dinero habitualmente. Por suerte, mientras todavía vivía en casa, a Sanshiro le habían enviado a Toyotsu con frecuencia con la libreta. Subió las escaleras en seguida, abrió la pesada puerta y entró en el banco. Presentó el libro y el sello y recibió el dinero, pero cuando salió, Mineko ya no estaba donde la había dejado. Vio que se alejaba por la calle hacia Kiridoshi. No le llevaba mucho trecho. Sanshiro se apresuró a seguirla. Cuando la alcanzó, se metió la mano en su bolsillo y sacó el dinero. Mineko fingió no darse cuenta. —¿Has visto la exposición del Grupo Tanseikai? —Aún no. —Me regalaron dos entradas para verla, pero hasta ahora no he tenido tiempo de ir. ¿Te gustaría acompañarme? —No veo por qué no. —Vamos, entonces. La exposición cerrará pronto. Se lo debo al señor Haraguchi. —¿Fue Haraguchi quien te mandó las entradas? —Sí, ¿le conoces? —Le vi una vez en casa del profesor. —Un hombre interesante, ¿no crees? Está pensando en probar con el Placer del Idiota. —Yo le oí decir que quería aprender el tambor *Noh*. Y... —¿Y? —Y también que iba a pintar tu retrato. ¿Es verdad? —Sí, soy una modelo muy cotizada. Sanshiro fue totalmente incapaz de pensar en una réplica mínimamente inteligente. En la vida se le ocurriría nada que superase aquella afirmación. Por eso no dijo nada, incluso cuando le pareció que Mineko debía de estar deseando que lo hiciera. De nuevo Sanshiro se metió la mano en el bolsillo. Sacó la libreta de ahorros y el sello y se los tendió a Mineko. Se suponía que el dinero debía estar metido entre las páginas de la libreta, pero aun así Mineko preguntó: «¿Y el dinero...?». No estaba. Sanshiro rebuscó en su bolsillo y sacó un puñado de billetes usados. Mineko no los cogió. —Por favor, guárdalos por mí. Sanshiro se sintió utilizado, en cierto modo, pero prefirió no estropear aquel momento discutiendo. Además, estaban en medio de la calle, a la vista de todo el mundo. Devolvió los billetes a su lugar, los mismos billetes que ella le había hecho sacar del bolsillo segundos antes para que se los enseñara, e intentó pensar en otra cosa. ¡Qué chica tan condenadamente extraña! La calle estaba repleta de estudiantes. No había ni uno solo que no les echara una mirada cuando pasaban por su lado. Unos cuantos con los que se cruzaron venían ya observándoles incluso desde la distancia. A Sanshiro el camino se le hizo insufriblemente largo, pero no lo suficiente para que se hiciera necesario tomar un tranvía. Y de ese modo fueron avanzando en dirección a la exposición, con pasos lentos y cavilosos. Cuando llegaron al museo eran ya casi las tres. Los edificios que alojaban la exposición estaban todos adornados con extraños carteles. A Sanshiro tanto el

nombre mismo de Tanseikai como los diseños que lucían alrededor de sus caracteres le parecieron totalmente novedosos. Pero novedosos en el sentido de que sería imposible encontrarse nada parecido en Kumamoto, y por tanto extraños. Pero más extrañas aún eran las pinturas de la exposición. Para Sanshiro, que tenía unos ojos totalmente inocentes, hasta entonces la única diferencia clara entre géneros pictóricos era la que existía entre el óleo y la acuarela. Aun así tenía cierto gusto para discernir lo que le gustaba de lo que no. Vio un par de cuadros que no le importaría haber adquirido. En lo que atañía a la excelencia técnica, aun así, no entendió gran cosa. Así que se abstuvo de decir nada, resignado desde el principio a reconocer su propia falta de sentido crítico. — ¿Qué tal este? —preguntó Mineko. Sí, qué tal—. Este es interesante, ¿no te parece? —Sí, supuso que sí. El arte le dejaba totalmente indiferente. Sanshiro podría haber pasado perfectamente por una de estas dos cosas: o por un idiota incapaz de mantener una conversación, o bien por un hombre tan importante que no se molestaría siquiera en hacer el esfuerzo. Si resultaba que era un idiota, su falta de afectación resultaría encantadora; si en cambio se tratara de un hombre prominente, entonces su silencio parecería vergonzoso. La mayoría de los cuadros eran obra de solamente dos pintores, un hombre y una mujer, hermanos entre ellos, que habían viajado mucho por el extranjero. Ambos firmaban sus trabajos con el mismo apellido, y los responsables de la exposición habían colgado sus cuadros cerca los unos de los otros. Mineko se paró ante uno de ellos. —Esto debe ser Venecia —dijo. Sanshiro hasta ahí llegaba. Era muy veneciano por naturaleza. Quería dar un paseo en góndola. *Góndola* era una de sus palabras preferidas desde que iba al Instituto de Bachillerato. Había solo una forma de ir en góndola: acompañado de una mujer. El agua azul, las altas casas a ambos lados del canal, sus reflejos invertidos... Sanshiro lo visualizó todo en silencio. Entonces Mineko dijo: —El hermano parece mucho mejor pintor, ¿no estás de acuerdo? —¿El hermano...? —Este lo pintó el hermano, seguro. —¿El hermano de quién? Mineko le miró inquisitivamente. —Los cuadros de la hermana están en ese lado. Los de aquí son los del hermano. Sanshiro dio un paso hacia atrás y se volvió a mirar hacia el otro lado del pasillo. Los numerosos cuadros allí colgados mostraban el mismo tipo de escenas extranjeras. —Ah, pero ¿esos son de otra persona? —¿Es que creías que eran todos de la misma? —Sí —dijo, y de repente en su cabeza se hizo el vacío. Ambos se miraron y se echaron a reír. Mineko abrió mucho sus ojos con asombro burlón. —¡De verdad! —murmuró, avanzando varios pasos. Sanshiro se quedó donde estaba y examinó el canal veneciano de nuevo. Mineko se dedicó a curiosear. Sanshiro no la miraba. Entonces ella se paró y se dedicó a estudiar el perfil de su acompañante. De repente, alguien les interrumpió. —¡Mineko! —llamó alguien en voz alta. Mineko y Sanshiro se volvieron al tiempo en dirección a la voz. A varios metros de una puerta marcada como «Oficina» estaba Haraguchi. Detrás, y medio oculto por él, estaba Nonomiya. Mineko, en vez de mirar a quien la había llamado por su nombre, se fijó en Nonomiya. Resueltamente volvió a su puesto junto a Sanshiro y, buscando evitar que los otros se dieran cuenta, se inclinó sobre él y le susurró algo al oído. Este no se enteró de nada, y ya le iba a pedir que se lo repitiera cuando Mineko se lanzó hasta donde estaban los dos hombres y los saludó afectuosamente. Nonomiya se volvió a Sanshiro: —Has venido con una extraña compañera. Antes de que pudiera responder, Mineko dijo: —Hacemos buena pareja, ¿no crees? En vez de responder, Nonomiya giró sobre sus talones. Tras él había un cuadro enorme, quizás alcanzara los dos metros de alto por uno de ancho. Era un retrato en el que predominaba el color negro. Apenas se veía un contorno.

Sobre el sombrero y la ropa de la persona retratada caía tan poca luz que la silueta a duras penas podía distinguirse del fondo. Solo la cara brillaba, blanca sobre la negrura. Era una cara ajada, de mejillas hundidas. —Esto es una copia, ¿no? —dijo Nonomiya a Haraguchi. Pero en ese momento Haraguchi estaba enfrascado explicándole algo a Mineko. La exposición estaba a punto de cerrar. El número de visitantes había descendido considerablemente. Haraguchi dijo que al principio él mismo había estado viniendo a la oficina todos los días, pero que ahora rara vez se molestaba. Hoy había surgido algo para variar, y había traído a Nonomiya con él. ¡Qué afortunada coincidencia que se hubieran encontrado! Tan pronto como esta exposición terminara, tendría que empezar a preparar la siguiente, así que ahora estaba muy ocupado. La exposición de cada año normalmente se abría cuando florecían los cerezos, pero algunos de los otros artistas querían que empezara un poco antes, lo que para él era como tener dos inauguraciones, una justo después de la otra. Esto suponía que tendría que hacer desesperados esfuerzos con el pincel y el lienzo. Definitivamente quería tener el retrato de Mineko terminado para entonces. Era una imposición, lo sabía, pero ¿podría ella por favor seguir posando para él de modo continuado hasta final de año? —Para compensarte, colgaré el cuadro aquí. Solo ahora se volvió Haraguchi hacia el retrato negro. Nonomiya había estado plantado ahí todo el tiempo, mirando la pintura. —¿Qué te parece? Tiene un aire a Velázquez. Es una copia, por supuesto, y por cierto, no demasiado buena. —Haraguchi empezó por fin a explicar la pintura. Ya no fue necesario que Nonomiya dijera nada. —¿Quién hizo la copia? —preguntó Mineko. —Mitsui. Verdaderamente, hay que reconocer que puede hacer cosas mejores. No tengo la mejor opinión de esto —dijo Haraguchi, apartándose un par de pasos del lienzo—. Estaba predestinado a fallar. El original fue pintado por un hombre en la plenitud de su talento y este... Haraguchi ladeó la cabeza. Sanshiro miró la curva de su cuello. —¿Has recorrido toda la exposición? —preguntó el pintor a Mineko. De hecho solo se dirigía a ella cuando hablaba. —Aún no. —¿Por qué no lo olvidas y vienes con nosotros al Seiyoken? Te invitaré a una taza de té. Tengo que ir para allá de todas formas para hablar con el director sobre nuestra cena. Es amigo mío. Ahora es el momento perfecto para tomar un té. En un rato será demasiado tarde para un té, demasiado pronto para una cena, bueno para nada. ¿Qué dices? Ven con nosotros... Mineko miró a Sanshiro. Hiciera lo que hiciera, a él no le importaba, decía su expresión. Nonomiya se había quedado fuera de la conversación. —Ya que estamos aquí, igual podríamos verlo todo, ¿no te parece? —preguntó ella a Sanshiro. Él asintió. —Te diré lo que haremos, entonces —continuó Haraguchi—. Hay una galería especial en la parte de atrás. Todos los trabajos póstumos de Fukami están allí. Con que miréis esos bastará. Después veníos al Seikoyen. Os estaremos esperando. —Muchas gracias. —Eso sí, en lo que se refiere a las acuarelas de Fukami, no las miréis como lo haríais con otras acuarelas. Son suyas y solo suyas. Encontraréis que poseen algunas cualidades muy interesantes, pero no debéis mirarlas como si fueran reflejos de cosas. Prestad atención solo al magnífico toque personal de Fukami. Con estos últimos consejos, Haraguchi abandonó el museo acompañado de Nonomiya. Mineko le dio las gracias y vio partir a los dos hombres. Se fueron sin volver ninguno de los dos la vista atrás. Mineko se encaminó a la galería especial de la que les había hablado Haraguchi. Sanshiro iba un paso por detrás de ella. En esa parte del museo había ya muy poca luz. Justo como Haraguchi había dicho, casi todas las pinturas de Fukami eran acuarelas. Estaban colocadas todas seguidas en una de las paredes de la sala, larga y estrecha. Lo

que más les sorprendió fue su color apagado. Había muy poca variedad de colores, y aquellos que el artista había usado eran pálidos y bajos en contraste. Probablemente no se verían bien a no ser que se admiraran a plena luz del sol. Más interesante, en cambio, era el manejo del pincel. No revelaba ni la más mínima duda. Cada pieza parecía haber sido hecha en el espacio de una sola respiración. Denotaban un estilo desenfadado, eso quedaba claro por el modo en que las líneas de lápiz se calcaban violentamente por debajo de los trazos de pincel. Las figuras humanas eran enjutas y alargadas. A Sanshiro le recordaron a mayales de grano. En esta colección, curiosamente, había también un paisaje veneciano. —Aquí hay otro cuadro sobre Venecia —dijo Mineko, acercándose hasta casi tocar la lámina con la nariz. —Sí —respondió él. La referencia, de repente, le hizo recordar otra cosa—. Por cierto, ¿qué me querías decir antes? —¿Antes? —Cuando yo estaba mirando la otra Venecia y me susurraste algo al oído. De nuevo Mineko destapó sus blancos dientes, pero no habló. —No era nada especial, no recuerdo exactamente. —No era nada especial... Sanshiro siguió mirándola de manera extraña. Para entonces ya eran más de las cuatro de un nublado día de otoño. Las salas estaban casi sumidas en la oscuridad. Quedaba muy poca gente, y en la galería especial solo estaban Sanshiro y Mineko, dos sombras enmarcadas en la penumbra. Ella se apartó del cuadro y se quedó en pie justo delante de él. —Era Sohachi. Ya sabes... —¿Nonomiya? —Ya sabes. El significado de lo que Mineko estaba intentando insinuar le inundó con el poder devastador de una ola gigante. —¿Estabas jugando con Nonomiya? —¿Por qué se supone que debería hacer algo así? —Su voz estaba teñida de inocencia. Sanshiro sintió de pronto que por fin había reunido el valor para ir más allá. Se apartó unos pasos sin decir una palabra. Ella le siguió. Solo le faltaba colgarse de su brazo. —No eres tú con quien estaba jugando. De nuevo Sanshiro se detuvo. Era un joven muy alto. Miró a Mineko desde arriba. —Da igual... —¿Por qué piensas tan mal de mí? —Da igual. Está bien. Mineko apartó la cara. Anduvieron por la galería juntos, en silencio, y mientras cruzaban el umbral de la salida sus hombros se tocaron. En ese instante, Sanshiro pensó en la mujer del tren. El tacto del cuerpo de Mineko fue como una punzada de dolor en un sueño. —¿De verdad que no pasa nada? —preguntó Mineko con un hilo de voz. Dos o tres visitantes seguían su mismo camino. —Da lo mismo. Salgamos de aquí —dijo Sanshiro. Recuperaron sus zapatos en el ropero. Fuera había empezado a llover. —¿Quieres ir al Seikoyen? Mineko no respondió. Se quedaron los dos parados bajo la lluvia en frente del museo. Una amplia pradera se extendía delante de ellos. La lluvia acababa de empezar a caer, afortunadamente, y no era muy violenta. Mineko miró al otro lado del campo y señaló los bosques de Ueno. —Refugiémonos bajo los árboles. Si esperaban un rato más, seguramente escamparía. Cruzaron la zona de césped y se metieron bajo la sombra de un gran cedro. No era un buen árbol para resguardarse de la lluvia, pero ninguno de ellos se atrevió a moverse. Se quedaron allí plantados, empapándose y notando que el frío comenzaba a calarles los huesos. —¿Sanshiro? Él estaba contemplando el cielo con el ceño fruncido. Volvió su cara hacia Mineko. —¿Crees que me porté mal hace un rato? —dijo ella. —No le des importancia... —Pero —se acercó— yo solo quería hacerlo. No sé por qué, pero sentí el impulso de hacerlo. No quería faltarle al respeto a Sohachi. Mineko fijó su mirada en Sanshiro. Él vio en sus ojos una llamada más profunda de lo que sus palabras expresaban. —¿No lo ves? —decían sus ojos—. Lo hice por ti. —No te preocupes, está bien —insistió Sanshiro. La lluvia empezó a caer cada vez más violentamente. Solo quedaba una minúscula parcela donde las gotas no impactaban. Los

dos se fueron acercando hasta casi juntarse del todo. Se quedaron allí, encogidos debajo del árbol, con los hombros tocándose. —Por favor, quédate el dinero —dijo Mineko alzando la voz por encima del sonido de la lluvia. No le miraba. —Lo tomaré como un préstamo, pero te devolveré lo que no necesito —dijo él. —Por favor, cógelo todo.

Capítulo IX

Sanshiro asistió a la cena del Seiyoken solo después de que Yojiro le insistiera mucho. Eligió para la ocasión un atuendo tradicional que incluía un abrigo negro de fina seda salvaje. Su madre le escribió una carta en la que le daba todo tipo de detalles sobre su confección. La madre de Omitsu Miwata había tejido la tela, y después de estamparle el emblema de la familia Ogawa, había sido la propia Omitsu quien se había encargado de las labores de costura. Sanshiro se lo probó cuando lo sacó del paquete, pero era algo reacio a llevar encima algo que hubiera pasado por las manos de las mujeres Miwata, así que lo metió directamente en un cajón y no lo sacó hasta aquel mismo día. Yojiro, que siempre estaba pinchando, le dijo que era un auténtico desperdicio tenerlo ahí guardado, y lo convenció para que lo llevara a la cena, amenazando con ponérselo él mismo si Sanshiro no lo hacía. Cuando Sanshiro cedió por fin y se miró al espejo, se dio cuenta de que el abrigo no le sentaba tan mal como había pensado en un primer momento. Cuando llegaron al Seiyoken, Sanshiro y Yojiro se apostaron a ambos lados de la puerta. Llevaban el atuendo perfecto para recibir invitados, dijo Yojiro. Aun así, Sanshiro no sabía que tuvieran que recibir a nadie. Había dado por hecho que él mismo sería un invitado más. Se sintió como un portero especialmente presumido que se hubiese pasado con las galas. Pensó que tenía que haberse dejado de tonterías y haberse puesto su uniforme de estudiante. Los invitados empezaron a llegar poco a poco. Yojiro fue saludando a cada uno por turno, tratándoles como a viejos amigos. Entonces, el recién llegado entregaba su sombrero y su abrigo al mozo y enfilaba por el largo pasillo junto a la ancha escalinata, momento que Yojiro aprovechaba para comentarle a Sanshiro quién era el tipo en cuestión. De esta forma, Sanshiro tuvo oportunidad de conocer las fachas de muchos hombres eminentes. Poco después, habían llegado todos los invitados. En habría como treinta comensales. El profesor Hirota estaba entre ellos. Sin olvidar a Nonomiya, que era científico, desde luego, pero también un conocido aficionado al arte y la literatura y, por tanto, según Yojiro, alguien que por fuerza tenía que asistir a la cena, siempre a instancias de Haraguchi. El propio Haraguchi estaba allí en persona. De hecho había llegado el primero de todos y se dedicaba a pasear oficiosamente entre los invitados, irradiando carisma y mesándose la barba. Pronto fue hora de dirigirse a la mesa. Cada cual se sentó donde quiso, sin que nadie tuviera que ceder o pelear por su lugar. Desmintiendo su pretendida tendencia a la lentitud, el profesor Hirota fue el primero en sentarse a la mesa. Solo Yojiro y Sanshiro se sentaron juntos a propósito, cerca de la puerta. Todos los demás dejaron al azar la elección de sus compañeros de mesa. Un crítico vestido con un abrigo formal a rayas escogió su lugar entre Nonomiya y el profesor Hirota. Al otro lado de la mesa se colocó un tal doctor Shoji, influyente profesor en el Departamento de Literatura de quien Yojiro hablaba frecuentemente. Llevaba una levita y emanaba un cierto aire de dignidad. Su pelo, que era el doble de largo de lo normal, parecía enroscarse en negras espirales bajo la luz de las lámparas eléctricas, lo que producía un contraste notable con el pelo de Hirota, de corte monacal, rapado casi al cero. Haraguchi estaba sentado en la esquina más apartada, lo que le situaba en diagonal con Sanshiro, que se encontraba al

otro lado de la larga mesa. Vestía un traje muy elegante y lucía una banda ancha de satén negro anudada al cuello, con las puntas separadas cruzándole el pecho. Yojiro informó a Sanshiro que entre los artistas franceses estaba bastante de moda llevar ese tipo de corbata. A Sanshiro, que sorbía su sopa absorto, le pareció más bien que era como el nudo de un fajín de hombre. Pronto cundió la conversación. Yojiro, inusualmente callado aquella noche, se concentró en su cerveza. Era esta una ocasión en la que incluso él parecía verse obligado a controlar su naturaleza. —¿Qué tal un poco de *de te fabula*? —sugirió Sanshiro en un susurro casi inaudible. —Hoy no —contestó Yojiro, y se dio la vuelta para entablar una conversación con el comensal que tenía a su izquierda. De hecho, empezó a decirle lo mucho que le había gustado la lectura de un ensayo suyo que acababa de leer. Esto provocó la extrañeza de Sanshiro, porque en varias ocasiones había sido testigo de cómo el propio Yojiro había criticado el mismo ensayo hasta casi hacerlo trizas. Una vez terminó de complimentar a su vecino, Yojiro se volvió a Sanshiro. —¡Me encanta el abrigo magnífico que has elegido! ¡Te sienta la mar de bien! —exclamó clavando la vista en los blancos blasones familiares bordados en la tela. Fue entonces cuando Haraguchi, a voz en grito, empezó a dirigirse a Nonomiya desde su apartada esquina. Por suerte, su estentórea voz le era muy útil para una conversación a tanta distancia. El profesor Hirota y el doctor Shoji, temiendo que la discusión a gritos interfiriera con el diálogo que estaban manteniendo, optaron por cortar su conversación por lo sano. Todos los demás callaron también. La reunión se centró entonces en un solo punto de interés. —Nonomiya, dinos: ¿Has terminado tu experimento sobre la presión de la luz? —No, ni de lejos —contestó Nonomiya. —Es una auténtica pesadez, ¿no crees? Nosotros, los artistas, nos vemos obligados a aguantar muchas cargas, pero parece que tu trabajo es aún más extenuante que el nuestro. —Lo único que un artista necesita es inspiración. No es tan sencillo cuando trabajas con la Física. —¿Inspiración dices? ¡He ahí una palabra que me horroriza! Este verano oí a dos ancianas hablando. Compartían una «investigación» acerca de si había acabado o no la temporada de lluvias. La primera se quejaba de que en los viejos tiempos la temporada terminaba con un buen trueno, pero que últimamente el famoso trueno no aparecía por ningún lado. La otra se enfadó muchísimo. «¡Pero qué estás diciendo!», le increpó. «Como si eso pudiera arreglarlo un truenecito de nada.» Bueno, pues así funciona también la pintura en nuestros días. Un poquito de inspiración no te solucionará la papeleta. ¿Qué dices tú, Tamura? Debe ser lo mismo para un escritor. El tal Tamura, novelista por más señas, estaba sentado al lado de Haraguchi. —La única inspiración que recibo yo es la que me provocan los editores cuando se lanzan en mi busca para que les entregue el manuscrito —respondió. Su comentario fue acogido con una gran carcajada general. Entonces Tamura se puso serio y le preguntó a Nonomiya acerca de su trabajo. ¿Tenía presión la luz? Si era así, ¿cómo experimentaba uno con ella? Las respuestas de Nonomiya resultaron bastante interesantes: —Fabricas un fino disco de mica u otro material similar, más o menos del tamaño de una ficha de damas, la cuelgas de un hilo de cuarzo, y haces el vacío en torno a ellos. Entonces enciendes el haz de un arco voltaico y lo proyectas sobre la superficie del disco en un ángulo determinado. Empujado por el haz, el disco se mueve. Todo el mundo en la mesa escuchaba ensimismado. Sanshiro recordó el tiempo en el que era un recién llegado a Tokio y miraba todo con esa cara de asombro. Recordó la primera vez que había mirado a través del telescopio, en cuyo interior debía encontrarse el mecanismo que ahora estaba describiendo Nonomiya. —Yojiro —susurró—. ¿De verdad crees que

es posible fabricar hilo de cuarzo? Yojiro agitó la cabeza. Entonces Sanshiro se dirigió a Nonomiya: —¿Cómo se las arregla para fabricar ese hilo de cuarzo? —Bien. Lo primero que hay que hacer es derretir cuarzo en polvo con la llama de un soplete de oxihidrógeno, y luego se estira el material a izquierda y derecha con las dos manos hasta que se obtiene un hilo fino. —Oh, ya veo... —Sanshiro no tenía palabras. Decidió no seguir preguntando. El crítico con el abrigo a rayas que se sentaba detrás de Nonomiya fue el siguiente en hablar. —Nos reconocemos completamente ignorantes cuando se trata de estas cosas, pero lo que a mí me gustaría saber es cómo se dio cuenta del problema por primera vez. —El asunto ha sido objeto de conjeturas teóricas desde Maxwell, pero Lebedev fue el primero en probarlo a través de la experimentación. Ahora está llegando a un punto en el que alguien está usando la idea para explicar el comportamiento de los cometas. Las colas se supone que van orientadas al sol, pero siempre están curvadas hacia el lado contrario cuando aparecen. Quizás es la presión de la luz la que los redirige. El crítico parecía muy impresionado. —La idea en sí es interesante, supongo, pero lo que más me gusta de ella es que sea grande. —No solo es grande —dijo el profesor Hirota—. Es divertida porque es inofensiva. —Y si la idea está equivocada, es más inofensiva aún —dijo Haraguchi con una carcajada. —No, me temo que es acertada. La presión de la luz es proporcional al cuadrado del radio, pero la gravedad es proporcional al cubo del radio, así que cuanto más pequeña sea la cosa, menos tirará la fuerza gravitacional de ella y más fuerte, en consecuencia, será el efecto de la presión de la luz. Si aceptamos que la cola de una cometa está compuesta de partículas minúsculas, obviamente tendrá que volverse a desplazar lejos del sol. Nonomiya había adoptado un tono serio, pero Haraguchi siguió igual que antes. —Ahora nos toca pagar por lo inofensivo que parecía usted con todos estos cálculos. ¡No puede ganar, eso es todo! Este comentario restauró el ánimo cervecero de la concurrencia. El profesor Hirota dijo: —Esto es como si un escritor naturalista no pudiera ser, pongamos por caso, un físico. El emparejamiento entre los físicos y la escuela literaria dominante en el recinto espoleó la curiosidad de los reunidos hasta un grado insospechado. —¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Nonomiya. Se sintió preocupado. Ahora Hirota tuvo que explicarse. —Bien, mira. Si lo que te interesa es comprobar la presión de la luz, no te hará ningún bien limitarte a abrir los ojos y observar la naturaleza. No sé si el hecho mismo de «la presión de la luz» está impreso en el menú de la Naturaleza. ¿Tú lo sabes acaso? Si quieres que dicha presión se vuelva más visible a ojos del físico, de hecho, tienes que acometer la tarea artificialmente, y fabricar hilillos de cuarzo, y discos de mica, y crear el vacío a su alrededor. En otras palabras, los físicos no son lo que se dice naturalistas. —Pero tampoco son unos románticos en sentido estricto —objetó Haraguchi. —¡Oh, sí que lo son! —se defendió Hirota con aire de grandeza—. Afirmar que un haz de luz y la cosa a la que ilumina tengan algún tipo de relación espacial, algo que de hecho es imposible encontrar en la naturaleza, no puede sino corresponder a un espíritu de temperamento romántico. —Pero una vez que has puesto esos objetos en esa especial relación —respondió Nonomiya—, todo lo que se observa es la presión característica de la luz, y eso sí que pertenece a la escuela naturalista. —Entonces los físicos son románticos naturalistas —intervino el doctor Shoji, sentándose en diagonal respecto a Nonomiya. Entonces apuntó una comparación—: En literatura, eso le convertiría en alguien como Ibsen, supongo. —Cierto —dijo el crítico del abrigo a rayas—. Ibsen tiene a su servicio tantos mecanismos como Nonomiya, pero dudo que sus personajes obedezcan las leyes naturales de la misma forma en que lo hace la luz. —Ese

sí es un buen argumento —dijo el profesor Hirota—. Pero hay una cosa que deberías tener en cuenta para el estudio del hombre. A saber, que un ser humano colocado en unas determinadas circunstancias tiene la habilidad y el derecho de hacer justo lo contrario de lo que dictan esas circunstancias. El problema es que tenemos esta extraña costumbre de pensar que los hombres y la luz actúan sujetos a leyes mecánicas e inmutables. Esto nos lleva a cometer algunos errores asombrosos. Preparamos las cosas para que un hombre se enfade, pero él, en cambio, se ríe. Intentamos hacerle reír, y de nuevo hace justo lo contrario y se enfada. De cualquier forma, aun así, todavía sigue siendo un hombre. Hirota había vuelto a ampliar de nuevo el campo del problema. —Pues bien. Si no me equivoco, lo que estás diciendo es que, haga lo que haga un hombre sometido a un determinado cúmulo de circunstancias, su comportamiento seguirá siendo natural —dijo el novelista desde el extremo más alejado de la mesa. —¡Exacto! —respondió Hirota inmediatamente—. Me parece que por cada tipo de personaje que exista en una novela, habrá al menos una persona en el mundo justo como él. Nosotros los humanos somos sencillamente incapaces de imaginar acciones o comportamientos no humanos. Es un fallo del escritor si no creemos en sus personajes como seres humanos de carne y hueso. El novelista no encontró nada para contrarrestar el argumento de Hirota. Ahora le tocó el turno de hablar al doctor Shoji. —Mira a los físicos. Galileo se dio cuenta de que el vaivén de la lámpara de la catedral de su ciudad tardaba el mismo tiempo en hacer su recorrido independientemente de lo amplio que fuera el movimiento; Newton descubrió que la manzana se caía por causa de la gravedad. Hombres como esos pertenecen a la escuela naturalista. —Si es en eso en lo que consiste la escuela naturalista, supongo que estará bien que la Literatura tenga una escuela así también —dijo Nonomiya—. Haraguchi, ¿existe alguna escuela naturalista de pintores? —Por supuesto. Estaba aquel tipo aterrador llamado Courbet. *Vérité vraie!*³² El tipo solo aceptaba los hechos. No es que sus ideas arrasaran con todo lo demás. Simplemente fueron reconocidas como pertenecientes a una escuela en particular, que es como debe ser. Probablemente pase lo mismo con la ficción, ¿no es así, Tamura? Tiene que haber algunos escritores que prefieran el simbolismo y el idealismo, no sé, gente como Moureau y Chavannes.³³ — Tiene que haberlos —apuntó el novelista a su lado. Al final de la cena, nadie se levantó para dar un discurso de clausura. Solo Haraguchi parecía tener ánimos para decir algo. Estaba abstraído criticando la figura de bronce que coronaba lo alto de Kudan. ¿De verdad tenían que seguir erigiendo estas estatuas, una detrás de otra? Qué daño tan terrible se le infligía a los ciudadanos de Tokio. ¡Cuánto más inteligente sería poner en su lugar imágenes de bronce de bellas geishas! Yojiro le dijo a Sanshiro que Haraguchi no se llevaba muy bien con el escultor de la estatua de Kudan. La fiesta terminó. Fuera, el claro aire de la noche cortaba, y del cielo colgaba una espléndida luna. Yojiro le preguntó a Sanshiro si pensaba que el profesor Hirota había causado una buena impresión al doctor Shoji. Probablemente sí, contestó él. Cuando pasaron por delante de una fuente pública, Yojiro contó la historia de cómo había ido a parar a aquel lugar el último verano, mientras daba un paseo. Hacía un calor sofocante y estaba chapoteando en la fuente cuando un policía lo descubrió y él tuvo que huir a toda prisa colina Suribachi arriba. Ahora ambos ascendieron también la colina para contemplar la luna. Yojiro empezó a excusarse entonces por el dinero que le debía a su amigo; pero no era precisamente el dinero lo que ocupaba la mente de Sanshiro en esos momentos. No podía tomarse a Yojiro en serio. De cualquier modo, pensó, Yojiro no le devolvería jamás lo que le debía. Esa, curiosamente,

era la única cosa que Yojiro olvidó mencionar en su cháchara. Se concentró en cambio en exponer una por una todas las razones por las que no podía devolvérselo. Más que lo que decía, empero, lo que le interesó a Sanshiro era cómo lo hacía. Yojiro conocía a un hombre que, a causa de un desengaño amoroso, empezó a sentirse cansado de vivir y al final decidió suicidarse. A la hora de elegir cómo hacerlo, pensó que no le gustaría morir ahogado; sería bastante desagradable. En cuanto a lanzarse a un volcán ardiente, la solución sería incluso peor. Y menos aún le apetecía ahorcarse. Así que se compró una pistola. Pero antes de que tuviera oportunidad de usarla, un amigo vino a pedirle un préstamo. Como no tenía dinero, el suicida en potencia rechazó a su amigo en apuros, pero este siguió rogándole. Todo lo que pudo hacer este hombre fue prestarle su pistola. El amigo la empeñó y luego continuó con su vida. Cuando volvió a tener dinero, desempeñó la pistola y se la llevó de vuelta a su propietario. Pero para entonces el dueño de la pistola ya no tenía deseos de morir. En otras palabras, había salvado su vida porque alguien le había pedido un préstamo. —¡Así que ya ves lo que te puede pasar! — concluyó Yojiro. Para Sanshiro, simplemente se trataba de una trola curiosa. Nada más. Levantó la vista al cielo iluminado por la luna y empezó a reírse a carcajadas. No importaba si Yojiro no le devolvía el dinero. Se sentía bien. —¡Eh, no tiene gracia! — protestó Yojiro. Esto hizo que Sanshiro se riera aún más—. Para de reírte y piénsalo. Si finalmente fuiste a pedirle prestado el dinero a Mineko no fue solo porque yo no te lo devolví. Sanshiro paró de reírse. —¿Qué quieres decirme? —Y tú qué crees. Estás loco por ella, ¿no? ¡Yojiro lo sabía! Sanshiro gruñó y volvió a mirar a la luna. Estaba a punto de ser alcanzada por una nubecilla blanca. —¿Le has devuelto ya el dinero? —No, aún no... —Hazle un favor: nunca se lo devuelvas. Yojiro hablaba demasiado a la ligera sobre lo que no entendía. Sanshiro no le contestó, pero por supuesto no tenía intención de seguir su consejo. De hecho, después de pagar veinte yenes por el alquiler de su habitación y por el derecho a comida, había pensado llevarle a Mineko los diez yenes que le habían sobrado, pero luego lo había reconsiderado: si se lo devolvía tan pronto, sería como rechazar su amistad. Esperaría, incluso sacrificando una excusa excelente para volver a visitarla. El momento pasó, su decisión se debilitó, y había acabado echando mano de los diez yenes. De ahí había salido, de hecho, el dinero para la cena de aquella noche, y no solo para la suya sino también para la de Yojiro. Apenas le quedaban en el bolsillo dos o tres yenes, y pensaba destinarlos a comprarse una camiseta interior para el invierno. Pero Sanshiro ya había movido ficha unos días antes. Concluyendo que Yojiro jamás le devolvería el dinero, había escrito a casa para pedir treinta yenes extra. Teniendo en cuenta lo generosa que era la asignación mensual que recibía, no habría sido suficiente con decir solamente que se le había quedado escasa. Jamás fue un buen mentiroso. De hecho, se había visto en aprietos para inventar una razón plausible para su petición. Todo lo que se le ocurrió fue explicarle a su madre que, por compasión, se lo había dejado a un amigo que había perdido algún dinero y que estaba en aprietos, a resultas de lo cual era él ahora quien se hallaba en apuros. ¿Podría hacer el favor de mandárselo? Si, como preveía, su madre le hubiera respondido de inmediato, la carta le tendría que haber llegado ya. Quizás la encontrara esperándole en su cuarto esa misma noche. Por eso, no se sorprendió cuando, al entrar en su habitación, vio un sobre aguardándole desde el escritorio. Reconoció la letra de su madre. Todas las otras cartas que ella le había mandado solían llegar por correo certificado, pero esta última, cosa rara, llevaba estampado solamente un sello de tres yenes. La nota que le mandaba su madre era la más

breve que jamás le había escrito. Iba directamente al grano, lo cual, tratándose de su buena y cariñosa madre constituía casi una muestra de crueldad. Telegráficamente, la madre le anunciaba que había enviado el dinero solicitado a Nonomiya; podría ir a recogerlo a su casa cuando él quisiera. Sanshiro enrolló la carta, la dejó sobre el escritorio, extendió su lecho y se fue a dormir. No fue a casa de Nonomiya al día siguiente, ni tampoco el otro. Tampoco tuvo noticias de él durante días. De este modo pasó una semana. Hasta que por fin una criada de la pensión de Nonomiya llegó con una nota en la que decía que tenían algo para él de parte de su madre. Sanshiro aprovechó una pausa entre clases para bajar al sótano del edificio de Ciencias. Creía que podría dejar zanjado el asunto con una breve charla, pero finalmente las cosas no se desarrollaron como él esperaba. Cuando llegó al pequeño cuarto del sótano, vio que estaba lleno de hombres con bigote rodeados de unos cuantos estudiantes uniformados. Nonomiya estaba entre ellos. Se aplicaban a su tarea con una especie de intensidad silenciosa, como si el mundo bañado por el sol que se extendía sobre sus cabezas no tuviera nada que ver con ellos. Nonomiya parecía el más ocupado de todos. Tras echar una mirada a Sanshiro, que había asomado la cabeza por la puerta, se acercó a él sin decir palabra. —Ha llegado algún dinero de tu casa —susurró—. Ven a recogerlo, ¿quieres? No lo tengo aquí. Además, hay algo sobre lo que me gustaría hablarte. Sanshiro dijo que se pasaría esa noche y luego abandonó el tétrico sótano. Mientras salía, empero, sintió un ramalazo de admiración por la gran tenacidad que mostraban todos aquellos científicos. Recordó haber visto que el recipiente metálico y el telescopio que había visto el pasado verano estaban aún en el mismo sitio, como si el tiempo no hubiese pasado en realidad. En la siguiente clase le contó a Yojiro lo que le había ocurrido. Yojiro se le quedó mirando con aire incrédulo. —¿Ves por qué te dije que no se lo devolvieras? No tenías por qué escribir a casa. Ahora tienes a tu madre preocupada y Sohachi te va a echar un sermón de tomo y lomo. ¡Mira que puedes ser estúpido cuando te lo propones! Las protestas de Yojiro parecían obviar el curioso hecho de que era él precisamente quien había echado a rodar todo el asunto. Paradójicamente, no parecía sentirse responsable de nada de lo que estaba pasando, y el propio Sanshiro tampoco lo culpaba realmente de nada. Su respuesta, por este motivo, no adoptó ningún tinte recriminatorio. —Escribí a casa simplemente porque no me gustaba la idea de no devolverle el dinero. —Puede que *a ti* no te gustara, pero ¿has pensado en Mineko? —¿Por qué no le iba a gustar? Su propia pregunta le sonó a Sanshiro un poco falsa, pero no tuvo ningún efecto perceptible en Yojiro. —¿Por qué no iba a gustarle? ¿Por qué no iba a gustarme? Supón que tengo algún dinero extra. ¿Me sentiría mejor dejando que te lo quedaras o haciéndotelo devolver? A la gente le gusta ser amable con otra gente mientras puedan permitírselo. En vez de responderle, Sanshiro empezó a tomar apuntes de lo que estaba diciendo el profesor. Después de que hubiera escrito unas cuantas líneas, Yojiro se inclinó hacia él de nuevo. —Incluso yo he prestado dinero cuando lo he tenido, y nadie me lo ha devuelto. Por eso es por lo que siempre me siento tan feliz. Sanshiro apenas podía hacerle el honor de darle una respuesta seria. Después de esbozar una débil sonrisa, continuó meneando su pluma sobre el papel. Yojiro también se quedó tranquilo y mantuvo el pico cerrado hasta el final de la clase. Pronto sonó la campana, y ambos se precipitaron fuera del aula, Yojiro preguntó de repente: —¿Y ella qué? ¿Está enamorada de ti? Los demás estudiantes salieron en tropel tras ellos. Sanshiro se vio obligado a guardar silencio mientras bajaban. Solo cuando finalmente salieron por la puerta lateral al espacio abierto junto a la biblioteca, Sanshiro se volvió

hacia su amigo. —No lo sé. Yojiro se quedó mirando a Sanshiro unos instantes. —Supongo que no es posible saberlo —dijo—. Pero suponiendo que fuera así, ¿serías capaz de convertirte algún día en su marido? Sanshiro nunca había pensado en eso antes. Le había parecido que ser amado por Mineko era lo único que se necesitaba para convertirse en su esposo. Ahora que se le presentaba esta incógnita, empezó a albergar dudas. Ladeó la cabeza. —Nonomiya podría, estoy seguro —dijo Yojiro. —¿Es que hay algo entre Nonomiya y ella? La cara de Sanshiro traslucía tal solemnidad que parecía haber sido tallada en piedra. —No lo sé. Sanshiro no dijo nada. —De cualquier forma, ve a recibir tu sermón a casa de Nonomiya. Después de espetarle estas palabras, Yojiro echó a andar hacia el estanque. Sanshiro se quedó clavado en el suelo como un anuncio ambulante de su propia estupidez. Yojiro dio cinco o seis pasos y volvió sonriendo. —¿Por qué en vez de eso no te casas con Yoshiko? —Arrastró a Sanshiro en dirección al estanque gritando —: ¡Eso es! ¡Eso es! Pronto volvió a sonar la campana. Esa misma tarde Sanshiro salió de su pensión dispuesto a enfrentarse de una vez por todas a la reprimenda de Nonomiya. Todavía era pronto, así que decidió ir dando un paseo hasta Yonchome para comprar una camiseta interior de lana en una gran tienda de artículos importados. El dependiente le sacó unas cuantas de diferentes tipos. Sanshiro las manoseó y las estiró, las dobló y las desdobló, sin decidirse a comprar ninguna en concreto. Estaba fingiendo aires de dignidad como quien no quiere la cosa cuando de repente vio que por la puerta entraban Mineko y Yoshiko. Seguramente andaban buscando un perfume. Tras la primera sorpresa, se saludaron cortésmente. Mineko, muy correcta, hizo un aparte con Sanshiro y le dedicó una breve frase de agradecimiento. Sanshiro supuso que se refería a la educada nota de gratitud que él le había enviado unos pocos días después de que decidiera posponer la devolución del préstamo. La carta había constituido una expresión sincera de los sentimientos inmediatos de su autor, aunque por supuesto había sido reescrita hasta la extenuación. Tras cambiar de orden todas las frases varias veces, Sanshiro finalmente había logrado dotar de una voz apasionada a su gratitud. De sus páginas se desprendía tal sentimiento, que un espectador inocente a duras penas habría podido suponer que se trataba de una mera carta de agradecimiento por un préstamo. Pero además de expresar gratitud, la carta no decía nada. Y de esta forma, en el curso natural de las cosas, la propia gratitud dejaba traslucir un significado oculto. Cuando Sanshiro hubo metido su carta en el buzón, esperó impaciente una respuesta inmediata. Pero todo lo que tan laboriosamente había intentado reflejar de manera implícita pareció esfumarse sin dejar ningún rastro. De hecho, hasta ese día no había tenido oportunidad de reencontrarse con Mineko, y ahora no podía encontrar nada que responder a su desvaída expresión de agradecimiento. Levantó ante sí una enorme camiseta interior con ambas manos y, mientras la miraba, pensó si la frialdad de Mineko se debería quizás a la presencia de Yoshiko. También se le ocurrió que compraría la camiseta con el dinero que ella le había prestado. El dependiente le miraba impaciente, como urgiéndole a que tomara una decisión. Las dos jóvenes se acercaron, sonriendo, y le ayudaron con las camisetas. —Llévate esta —dijo Yoshiko por fin. Sanshiro la cogió. Después fue su turno de aconsejarlas a ellas con los perfumes, aunque no sabía nada sobre el tema. Cogió al azar un frasco etiquetado como «Heliotropo» y les preguntó qué les parecía ese. Mineko lo escogió sin mirarlo, y Sanshiro se sintió mal por la inconsciencia que había demostrado. Cuando salieron, Sanshiro les anunció que tenía que marcharse. Entonces las jóvenes empezaron a hacerse reverencias la una a la otra. —Te veré luego —dijo Yoshiko. —No tardes mucho —

respondió Mineko. Yoshiko, de hecho, iba de camino a la pensión de Nonomiya. El sol se mantenía todavía sobre el horizonte, pero no tardaría en ocultarse. Sanshiro, en el fondo, se sentía un poco irritado, no tanto por tener a su lado a Yoshiko cuanto por que la perspectiva de que ella lo acompañara a ver a Nonomiya. Quizás debiera decirle que tenía regresar a casa por algún asunto repentino. Ya vería a Nonomiya en algún otro momento. Pero cuando lo pensó más detenidamente decidió que, ya que recibiría un sermón de todas todas, tal como había augurado Yojiro, quizás sería más conveniente tener a Yoshiko cerca. Si lo que Nonomiya pretendía era regañarle de parte de su madre, seguramente no podría hacerlo en presencia de otra persona. Incluso era posible que consiguiera librarse de la reprimenda y que Nonomiya simplemente le diera el dinero y le dejara libre. En la resolución de Sanshiro pesó no poco su sentido de la astucia. —Yo mismo iba de camino a ver a tu hermano —anunció. —¡Oh! ¡Qué casualidad! ¿Y vas a hacerle una visita así, sin más? —No, tenemos asuntos pendientes. ¿Y tú? —Yo también tengo asuntos pendientes. A pesar de aquella misteriosa coincidencia en sus respuestas, ninguno de los dos mostró signos de irritación. Como precaución final, Sanshiro preguntó si no la estorbaría con su presencia. Ella le contestó que no, que en absoluto. Y no solo negó con sus palabras semejante posibilidad, sino que cuando lo hizo arrugó su cara con gesto de sorpresa, como diciendo: «¿Cómo se te ocurre siquiera preguntarlo?». Sanshiro pensó que había visto esa expresión en sus ojos negros quizás engañado por efecto de la luz de las lámparas de gas de una tienda junto a la que acababan de pasar. Pero luego se dio cuenta de que sus ojos eran enormes y negros porque sí. —¿Conseguiste por fin tu violín? —¿Cómo lo sabes? Sanshiro se vio en apuros para encontrar una respuesta creíble. Inmutable, Yoshiko continuó: —No me valió de nada suplicar. Sohachi continuó haciendo promesas, y aun así tardó siglos en comprarlo. Para sus adentros, Sanshiro no culpaba a Nonomiya ni a Hirota, sino a Yojiro. Los dos abandonaron Oiwake y se internaron por una estrecha callejuela. Había montones de casas. La calle estaba iluminada de trecho en trecho por las lamparillas que colgaban en las entradas. En una de aquellas casas vivía Nonomiya. La pensión de Nonomiya, de hecho, estaba separada de la de Sanshiro por tan solo unas manzanas. Sanshiro ya había estado allí antes. Nonomiya disfrutaba de un ala separada de la casa, y ocupaba dos habitaciones a las que se accedía después de atravesar un ancho pasillo y subir un par de escalones. El espacioso jardín comunal llegaba hasta los pies de su terraza, que estaba orientada al sur. El lugar era extraordinariamente tranquilo tanto de día como de noche. Sanshiro se había quedado impresionado la primera vez que vio a Nonomiya recluido en su ala privada. No, esta decisión que había tomado de volver a una pensión no había resultado mala en absoluto. El primer día en que lo visitó Nonomiya había bajado al pasillo y había hecho un gesto señalando hacia los aleros. —Mira —había dicho—. Tejado de junco. —Era probablemente el único tejado de Tokio no recubierto de tejas. Pero esta vez había ido de noche y no se podía ver el tejado. El interior de la casa estaba iluminado con lamparillas. Tan pronto como las vio, Sanshiro pensó en el rústico junco, y el contraste le pareció original. —¡Vaya pareja de visitantes tan extraña! —dijo Nonomiya a Yoshiko cuando los vio—. ¿Os habéis encontrado en la puerta? Ella le explicó cómo se habían cruzado en la tienda y añadió que quizás él debería decidirse de una vez y comprarse una camiseta interior como la de Sanshiro. Después empezó a quejarse de que el tono de su nuevo violín japonés no era bueno. Ya que había demorado el comprarlo tanto tiempo, quizás deberían cambiarlo por uno mejor. Se contentaría con que su violín fuera al menos igual

de bueno que el de Mineko. Nonomiya pareció incluso que se lo estaba pensando. Pero tampoco dijo nada para animarla. Se limitaba a asentir con la cabeza de cuando en cuando. Sanshiro mientras tanto aguardaba en silencio en la puerta. Yoshiko no hacía más que decir tonterías, pero a Sanshiro su actitud no le pareció idiota, ni egoísta. Sentía como si hubiera salido a pasear por un amplio campo bañado por el sol. Olvidó completamente todo el asunto del sermón. Entonces, de repente, una frase de Yoshiko hizo que diera un respingo. —Oh, Sohachi, casi lo olvido. Tengo un mensaje para ti de parte de Mineko. — ¡Oh! —No finjas. Sé lo feliz que te hace... Parecía que a Nonomiya le iba a salir un sarpullido en la cara. Se volvió hacia Sanshiro. —Mi hermana es un poco estúpida, ya sabes... Sonrió otra vez, pero se le notaba que por dentro estaba harto de hacerlo. — Mineko quiere que un día de estos la lleves a una de esas veladas teatrales de la Sociedad Literaria. —¿Y por qué no va con su hermano? —Está muy ocupado. —¿Y tú? ¿También vendrías? —Por supuesto... Nonomiya se volvió de nuevo a Sanshiro sin que su hermana hubiera logrado arrancarle una respuesta definitiva. De hecho, le anunció que había requerido la presencia de Yoshiko por un asunto de la máxima seriedad. Nonomiya se confió a Sanshiro con franqueza de intelectual: habían recibido una propuesta de matrimonio para su hermana. Nonomiya había escrito a sus padres, y ellos no habían puesto ninguna objeción. Ahora era necesario asegurarse sobre la opinión de la propia Yoshiko. Sanshiro le dijo que comprendía perfectamente la situación. Dejaría resuelto el problema que le había traído hasta allí y se marcharía lo antes posible. —Mi madre dice que te importunó mandándote algo para mí... —No seas tonto, no fue molestia. — Nonomiya sacó un sobre de un cajón del escritorio y se lo pasó a Sanshiro—. Tu madre simplemente está preocupada por ti. Me envió una carta muy larga, donde decía que tú le contaste que te habías visto obligado a prestar tu asignación mensual a un amigo. Ella piensa que ni siquiera a un verdadero amigo se le deberían prestar sumas tan grandes, sobre todo al que no está muy dispuesto a devolverlas. Su comentario no me sorprende, de hecho: la gente de campo es muy honrada. De cualquier modo, ella piensa que te pasaste de la raya. Cree que estás aquí viviendo del dinero que te manda ella, y que no deberías permitirte el lujo de ir por ahí prestando veinte yenes a la gente. Aunque lo peor es que, por la manera en que me escribía tu madre, parecía que me hacía en cierto modo responsable de todo lo que estaba pasando. Mientras Nonomiya decía esto, sonreía. Aun así, Sanshiro se lo tomó muy a pecho. —En tal caso, ¡lo siento mucho! Nonomiya cambió el tono, dejando claro que no había sido su intención leerle la cartilla. —No dejes que te preocupe. No es nada. Tu madre piensa en el dinero de acuerdo con lo que vale en el campo. Para ella, treinta yenes son una fortuna. En su carta me decía que con treinta yenes ella podría dar de comer a una familia completa de cuatro miembros durante un año. ¿Te lo puedes creer? Yoshiko no pudo evitar echarse a reír. Sanshiro pudo apreciar el lado cómico de la carta, pero lo cierto es que las afirmaciones de su madre no contenían ni la más mínima pizca de ficción. Había cometido una imprudencia y ahora se sentía un poco arrepentido de todo lo que había pasado. —O sea —empezó a calcular Nonomiya —, según lo que dice tu madre, ella daría de comer a una familia por cinco yenes al mes, ¿no es cierto? O lo que es lo mismo, por un yen y veinticinco sen por persona.³⁴ Divide eso entre los treinta días que tiene un mes, y cada uno de los mocosos de esa familia habrá de apañárselas con cuatro miserables sen al día. ¡Venga ya! ¡Eso es muy poco, incluso para una familia que viva en un chamizo en medio del campo! —¿Qué clase de comida se puede comprar con cuatro sen? —preguntó Yoshiko con toda seriedad.

Sanshiro se sentía fatal por la carta de su madre. Les contó a los hermanos algunas cosas sobre su vida en la aldea, y en concreto les habló de una costumbre local llamada «El Retiro en el Templo». Una vez al año la familia de Sanshiro donaba diez yenes a la aldea. Entonces, cada una de las sesenta familias que vivían en ella elegía a un hombre. El grupo se tomaba el día libre, se reunía en un pequeño templo que había en la aldea y comía y bebía hasta bien entrada la noche. —¿Y con diez yenes daba para todo eso? — Yoshiko estaba estupefacta. El sermón de Nonomiya pareció pasar a un segundo plano. Pero el espejismo duró poco tiempo. —De cualquier modo, tu madre me ha dicho que quiere que averigüe qué es lo que está pasando. Me ha dado instrucciones estrictas de que solamente una vez me asegurase de que todo está en orden, te diese el dinero. Y que entonces debería informarla de lo que hubiera descubierto. Aun así, como has visto, te he dado el dinero sin preguntarte nada. ¿Qué me dices? Fue a Sasaki a quien le prestaste el dinero, ¿no es cierto? Sanshiro imaginó que la historia habría pasado de Mineko a Yoshiko, y de ahí a Nonomiya. Se sintió raro, sin embargo. Ni Yoshiko ni su hermano parecían muy conscientes de la forma en que el dinero había cambiado de manos para terminar convirtiéndose en un violín. —Sí —contestó, dejando las cosas como estaban. —He oído que Sasaki perdió su dinero en los caballos. —Has oído bien. Yoshiko volvió a reírse. —Bueno, pues, ya pensaré en algo que contarle a tu madre. En lo que se refiere a ti, creo que de ahora en adelante no deberías hacer más préstamos. Sanshiro ya se estaba encaminando hacia la puerta cuando Yoshiko dijo que la esperase. —No, tú quédate ahí. Aún no hemos terminado nuestra charla —le espetó su hermano. —No. Está bien así. — De bien nada. —No me apetece hablar de ello. Ni siquiera creo que merezca la pena... Nonomiya observó a su hermana. Ella continuó: —¿No te da la impresión de que lo que me propones no tiene ningún sentido? ¿Quieres que te diga que seré feliz casándome con un hombre al que jamás he visto? Sea quien sea, no puedo quererlo. Tampoco puedo odiarlo, porque sencillamente no lo conozco. No hay nada que pueda decir al respecto. Por eso es por lo que no quiero ni oír hablar del tema. Sanshiro dejó a los hermanos discutiendo y se apresuró a marcharse a su pensión. Los farolillos iluminaban de trecho en trecho la oscura callejuela, que a aquellas horas estaba desierta. De nuevo en la calle principal, se dio cuenta de que se había levantado un aire muy frío. Cuando giró en dirección al norte, las ráfagas de viento le azotaron la cara. Cuando llegó a su habitación Sanshiro pensó que, con el aire que hacía, seguramente Nonomiya tendría que acompañar a su hermana a la casa de los Satomi. Aún podía escuchar el rumor del viento cuando subía las escaleras hasta su cuarto. Cada vez que escuchaba soplar el viento de esa manera le venía a la cabeza la palabra «destino», y sentía deseos de agazaparse bajo las sábanas, de hacerse un ovillo. Nunca se había considerado un hombre especialmente fuerte. Ahora que lo pensaba, su destino desde que llegara a Tokio había sido determinado en gran medida por Yojiro, quien le había tenido sometido a sus antojos geniales. Yojiro era un artista de la travesura, lo sabía, pero era adorable. Y Sanshiro supo que su destino estaría ligado a ese adorable enredador durante buena parte de su futuro cercano. El viento no amainaría. Seguro que el viento era algo más grandioso aún que Yojiro. Sanshiro puso los treinta yenes de su madre debajo de su almohada. Estos treinta yenes, también, habían nacido gracias a un capricho del destino. ¿Qué papel desempeñarían? Se los llevaría a Mineko, y cuando ella los cogiera, seguro que las llamas se avivarían de nuevo. Déjala que venga a mí con tanto valor como ella sabe, pensó Sanshiro. Con aquello se quedó dormido. Era un sueño demasiado profundo como para

que lo perturbaran el viento o la presencia de Yojiro. Se levantó con el tañido de una campana de incendios. Escuchó voces a su alrededor. Este era el segundo incendio que se declaraba desde que él había llegado a Tokio. Sacó un abrigo del armario y se lo puso encima del camisón. Entonces abrió la ventana. El viento había amainado de modo considerable, pero aún seguía soplando. Vio que la casa de dos pisos que había al otro lado de la calle se recortaba sobre el horizonte negra como la pez, bajo el cielo pintado de rojo intenso. Sanshiro se quedó absorto mirando el cielo, soportando el frío lo mejor que podía. En su cabeza, el destino refulgía en color rojo brillante. Se volvió al futón y se deslizó dentro de los cobertores aún calientes, y allí olvidó las vidas de aquellas personas que corrían arrastradas por el rojo destino. A la mañana siguiente, notó que volvía a ser de nuevo una persona normal. Se puso el uniforme, cogió su cuaderno y salió caminando hacia la facultad. Lo único que diferenciaba esa mañana de las anteriores es que hoy tenía bastante más dinero. Antes de salir de casa decidió guardarse el sobre lleno de billetes en el bolsillo. Su horario aquel día no era bueno. Hasta las tres la jornada estaba repleta de clases. Si decidía ir a ver a Mineko después de esa hora, Yoshiko probablemente habría regresado ya del colegio. Puede que el hermano de Mineko, al que solo conocía por el nombre, Kyosuke Satomi, también estuviera allí. Era un fastidio: supo que no sería capaz de devolver el dinero si hubiera un solo testigo presente. Yojiro le abordó por la espalda. —Hey, ¿qué pasó anoche? ¿Te echaron el sermón finalmente? —No, yo no lo llamaría así... —Eso pensaba. Nonomiya no es ningún idiota —dijo, y salió corriendo. Sanshiro volvió a chocarse con él un par de clases después. —Parece que las cosas van viento en popa para el profesor Hirota —dijo. Sanshiro le preguntó cuánto había avanzado el movimiento—. No te preocupes. Te lo contaré todo cuando tengamos tiempo. El profesor ha estado preguntando por ti. Deberías ir a verle más a menudo. Al fin y al cabo, está soltero. ¡Tenemos que alegrarle como sea! Llévale algo la próxima vez que vayas a verlo. Dicho esto, Yojiro desapareció de nuevo. En la clase siguiente, volvió a materializarse. Sanshiro estaba tomando notas en su cuaderno, cuando vio que Yojiro le pasaba una blanca hojita de papel con una nota telegráfica escrita en ella: «¿Recibiste por fin dinero?». Sanshiro pensó en escribirle una respuesta, pero se dio cuenta de que el profesor no le quitaba ojo. Hizo una bola con el papel y la tiró al suelo. Yojiro tuvo que esperar a que acabara la clase para obtener su respuesta. —Lo recibí. Está aquí mismo. —Bien. ¿Y lo vas a devolver? —Por supuesto que lo haré. —Deberías. Y cuanto antes mejor. —Voy a pasarme hoy por donde Mineko. —Si te dejas caer por allí al final de la tarde, seguro que la encuentras. —¿Por qué lo dices? ¿Sugieres que ha estado saliendo por ahí? —¡Que si...! Mira que eres ingenuo. Mineko sale cada tarde para que la pinten. —¿Y adónde va? ¿A casa de Haraguchi? —Exacto. Y entonces Yojiro le dio la dirección de la casa donde vivía el pintor.

Capítulo X

Poco tiempo después, Yojiro le contó a Sanshiro que el profesor Hirota no se encontraba demasiado bien. Así que Sanshiro decidió hacer una visita al enfermo. Cuando llegó a la verja de la casa del profesor, reparó en que en la entrada había plantados un par de zapatos. Quizás fueran del doctor, pensó Sanshiro. Dio un rodeo hasta la cocina como siempre hacía, pero no encontró a nadie. Se aventuró entonces hasta la salita de estar. Se escuchaban voces airadas en el salón. Sanshiro se quedó quieto. En la mano llevaba colgando un gran fardo de tela lleno de caquis. Los había comprado en la calle Oiwake, siguiendo órdenes estrictas de Yojiro. De repente en el salón se oyó un gran golpe, y lo que parecía ser el ruido de un forcejeo. No había duda. ¡Tenía que tratarse de una pelea! Sanshiro se quedó petrificado. Todavía sosteniendo su fardo de tela, abrió de golpe la puerta y la escena que vio dentro le dejó anonadado. El profesor Hirota yacía en el suelo, inmovilizado por un individuo enorme ataviado con un *hakama*³⁵ de color marrónáceo. El profesor, haciendo esfuerzos por levantar la cara del tatami, se dirigió a Sanshiro con una amplia sonrisa. —Anda, si es Sanshiro. Entra. Por su parte, el individuo que estaba encima del profesor echó una mirada al recién llegado y luego siguió estrujando a su presa. —Perdone, profesor. Intente levantarse ahora —dijo. El profesor estaba boca abajo con los brazos retorcidos detrás de la espalda. Los codos, aprisionados bajo las rodillas del extraño, se aplastaban contra el suelo. El profesor replicó con voz nasal que no sería capaz de levantarse ni aunque lo intentara. El hombre entonces alivió la presión de sus rodillas, se enderezó las tablas de su *hakama* y volvió a su asiento. Sanshiro consideró que se trataba de un tipo magníficamente proporcionado. El profesor también se puso en pie. —Ya veo a qué te refieres —dijo. —Es una técnica peligrosa si no la sabes utilizar. Estando en el suelo, si te da por resistirte incluso te puedes romper los brazos. Ahora Sanshiro cayó en la cuenta de lo que había estado presenciando. —Me dijeron que estaba enfermo, profesor. ¿Se encuentra bien ya? —Sí, por fortuna. Sanshiro desanudó el envoltorio de tela y repartió su contenido entre el profesor y su invitado. —Le había traído unos caquis. El profesor Hirota desapareció por la puerta de su despacho y un rato después volvió con un cortaplumas. Sanshiro por su parte trajo un cuchillo de la cocina. Los tres se pusieron codo con codo a dar buena cuenta de los caquis, mientras Hirota y el tipo del *hakama* se explayaban sobre la situación de las escuelas medias de provincias, y sobre la dificultad de mantenerse con el mísero sueldo y de soportar las molestas huelgas de los estudiantes. El hombre empezó a quejarse sobre lo difícil que era quedarse mucho tiempo en el mismo sitio, habida cuenta de lo difícil que estaba el trabajo. De vez en cuando, tenía que recurrir a dar clases extracurriculares de judo para poder llegar a fin de mes. Un colega suyo tenía incluso que coserse las correas viejas de los zuecos de madera. Ahora que se había visto obligado a dimitir de nuevo, dijo el tipo, la única solución había sido enviar a su mujer a casa de sus padres hasta que encontrara de nuevo un empleo. Sanshiro, que estaba bastante entretenido escupiendo las pepitas del caqui, se fijó en la cara del tipo y empezó a sentirse realmente miserable. Era casi como si aquel hombre y él mismo fueran individuos de razas completamente distintas. —Desearía poder volver a ser

estudiante... —repetía una y otra vez—. ¡Vaya vida tan regalada! Sanshiro empezó a albergar la sospecha de que sus actuales condiciones de vida durarían apenas un suspiro, que su juventud sería la frontera entre la alegría y la más absoluta desdicha. En aquel momento su ánimo distaba de ser tan despreocupado, por ejemplo, como cuando comía fideos soba con Yojiro. Hirota se incorporó y volvió a su despacho. Cuando reapareció, llevaba un libro con una cubierta de color rojo oscuro y cantos renegridos por el polvo. —Este es el libro del que te hablé el otro día, *Hydriotaphia*.³⁶ Si un día estás aburrido, échale un vistazo... Sanshiro cogió el volumen y le dio las gracias. Lo abrió al azar y leyó un pasaje que le llamó especialmente la atención:

«To subsist in lasting monuments, to live in their productions, to exist in their names and predicament of chimeras, was large satisfaction unto old expectations, and made one part of their Elysiums. But all this is nothing in the metaphysicks of true belief. To live indeed, is to be again ourselves, which being not only an hope, but an evidence in noble believers, 'tis all one to lie in St Innocent's church-yard as in the sands of Egypt. Ready to be anything, in the ecstasy of being ever, and as content with six foot as the moles of Adrianus.»³⁷

Hirota era libre ahora de continuar la conversación con doctor Judo. —Cada vez que escucho hablar sobre la manera en que viven los profesores de escuela media, el asunto se me antoja terriblemente triste. Pero lo cierto es que los únicos que se sienten realmente tristes son los profesores que trabajan en ellas. Eso se debe a que el hombre moderno tiene un gusto por el conocimiento factual, pero está acostumbrado a deshacerse de los sentimientos que acompañan a los hechos —lo que es inevitable, pues la sociedad lo presiona de una manera tan implacable que le fuerza a actuar de esa manera. Puedes comprobarlo leyendo el periódico. Nueve de cada diez historias de interés humano son tragedias, pero no tenemos nada que nos permita sentir las como tales. Las leemos solo como informes de meros hechos. Mi propio periódico trae cada día un artículo titulado: «Tantos y tantos han muerto». Debajo del titular el periódico incluye una lista en letra pequeña con el nombre, la causa de la muerte y la dirección de todos los que han fallecido por causas no naturales en ese día: se dedica una línea a cada persona. No me digáis que no es un ejemplo de lucidez y concisión. Hay también una columna titulada «Robos en un vistazo». En un solo artículo se incluyen todos los robos producidos durante el día, a fin de que en un instante puedas hacerte una idea cabal de qué tipo de delitos se han cometido y dónde. ¡Otra gran comodidad! Y todo es así, reconozcámoslo. Y lo mismo por lo que se refiere a una dimisión como la tuya. Para el hombre implicado, probablemente el incidente raye en la tragedia. Pero tienes que enfrentarte al hecho de que los demás no lo sentirán con la misma intensidad. Lo más seguro es que te convenga tener esto en mente cuando vuelvas a buscar trabajo. —Aun así, profesor —dijo el señor judo, con expresión grave—, si a alguien le sobrara tanto como le sobra a usted, creo que no estaría de más que sintiera las cosas con *un poco* de intensidad. Los tres se echaron a reír. Parecía como si el señor judo no se fuera a marchar nunca. Sanshiro se despidió, cogió el libro y salió a la calle por la puerta de la cocina. Leyó el párrafo final del libro mientras paseaba tranquilamente calle abajo hacia Hakusan. Según el profesor Hirota, este escritor era especialmente famoso por su estilo, y este ensayo era el mejor ejemplo del mismo. —Esa no es precisamente *mi* opinión, por supuesto —le había confiado risueño. Y de hecho Sanshiro no podía ver qué era lo que la gente consideraba tan sobresaliente de su estilo. Las frases eran pésimas, la dicción extravagante, el discurrir de

las palabras lento. En términos de distancia a pie, solamente leer el último párrafo le había llevado tres o cuatro manzanas, y aun así no tenía demasiado claro qué venía a decir. Lo único que le había quedado tras leer el texto fue una especie de pátina de antigüedad. Era como si alguien hubiera hecho sonar la campana del Gran Buda de Nara y las persistentes reverberaciones hubieran llegado a sus oídos en Tokio. Más que el significado del pasaje en sí, a Sanshiro le gustó la sombra de sentimiento que se superponía al significado. Nunca había pensado con profundidad en la muerte; su sangre joven estaba demasiado caliente aún para eso. Un gran fuego se levantaba ante él, tan gigante que podía chamuscar sus cejas, y este sentimiento era su yo verdadero. Ahora se dirigía a Akebono-cho, a casa de Haraguchi. Hacia él discurría la procesión fúnebre de un niño. Dos hombres ataviados con abrigos formales eran los únicos dolientes. El pequeño ataúd estaba envuelto por una blanca tela inmaculada, con un bonito molinillo prendido a uno de los lados. La rueda giraba y giraba. Cada una de sus cinco hojas estaba pintada de un color, y el viento las movía hasta que parecían formar un solo disco, que reverberaba en el aire. El blanco ataúd pasó a su lado, con el molinillo girando y siseando. Pensó que se trataba de un funeral precioso. Sanshiro solía ver siempre los funerales de otras personas desde fuera, igual, por ejemplo que su caligrafía. Si alguien viniera y le sugiriera que, estando como estaba tan enamorado de Mineko, tendría que mirarla desde fuera, se habría quedado estupefacto, porque sus ojos ya no eran capaces de hacer algo así. Estaba demasiado apegado a ella. Por supuesto, nunca había sido consciente de que existiera una distinción tan clara entre la gente que estaba dentro y fuera de su vida. Solo sabía que, mientras podía sentir la tranquila belleza en la muerte de otro, había una especie de angustia bajo el bello placer que sentía por causa de Mineko, estando viva. Seguiría hacia delante sin desviarse, intentando mientras tanto sofocar su ansiedad. Si seguía adelante, la angustia le abandonaría. Incapaz de asumir en realidad semejante pensamiento, Sanshiro veía la muerte desde la lejanía, como una palabra impresa en una página, y sentía también con cierta distancia el patetismo inherente a una muerte temprana. Veía con placer y juzgaba como hermoso lo que hubiera debido provocarle tristeza. Cuando por fin llegó a Akebono-cho, se topó con un pino enorme. Yojiro le había dicho que lo buscara como referencia, pero cuando miró más detenidamente, se dio cuenta de que la casa que buscaba no era esa. Vio que un poco más lejos había otro pino. Y otro detrás de ese. De hecho, en aquella calle había muchísimos pinos. Era un buen vecindario, pensó Sanshiro. Tras inspeccionar varios árboles y sus correspondientes casas adyacentes, tomó un camino que torcía a la izquierda. Había un seto y una bonita verja. La placa, una oscura plancha de madera pulida, con el nombre espléndidamente grabado en pintura al óleo, anunciaba, en efecto, que allí vivía Haraguchi. La caligrafía era tan elaborada que los caracteres parecían más bien diseños abstractos. Nada se interponía entre la verja y la puerta principal; el camino estaba despejado y limpio. A ambos lados de la vereda crecía la hierba. Los zuecos de madera de Mineko estaban en la entrada. Los reconoció porque ella siempre llevaba cada correa de distinto color. Haraguchi estaba trabajando en un cuadro, le dijo la doncella, pero Sanshiro era igualmente bienvenido. Así, le acompañó hasta el estudio. Era una habitación enorme, que se extendía de norte a sur. El suelo estaba hecho un desastre, como debe estar el suelo del lugar de trabajo de un artista. Una parte del cuarto estaba cubierta por una alfombra. Desproporcionada respecto al tamaño de la habitación, parecía menos una alfombra que una colorida muestra de tela elegantemente dispuesta que alguien hubiera tirado al suelo. Lo mismo pasaba con la piel

de tigre, más grande, que había tirada un poco más allá. No parecía haber sido puesta allí para tener algo mullido donde sentarse. Su larga cola se estiraba en un ángulo incongruente respecto a la alfombra. Había una gran tinaja que parecía estar modelada con arena. Dos flechas sobresalían de su boca. Entre las hileras de plumas grises, las astas de las flechas estaban decoradas con brillante pan de oro. Cerca de la tinaja había una armadura con placas superpuestas blancas y verdes. Esto, pensó Sanshiro, era probablemente lo que los cuentos de guerra medievales llamaban *unohana-odoshi*.³⁸ En la esquina más apartada había algo brillante que atraía el ojo del visitante. Era una túnica violeta de seda salvaje, bordada lujosamente con hilo de oro. La habían colgado como para airearla, con una cuerda pasando a través de las cortas mangas cilíndricas. Esto debía ser lo que llamaban una túnica Genroku.³⁹ Además de estos objetos, la habitación estaba repleta de pinturas. Solo las que había en las paredes ya sumaban un buen número, y las había de todos los tamaños. Otras que carecían de molduras, posiblemente esbozos, descansaban en rollos sueltos con los bordes al aire. Pero todo este embriagante despliegue de color solamente parecía servir de marco para el retrato que Haraguchi estaba pintando. La modelo posaba de pie junto a la pared más lejana, sujetando un abanico. El obeso artista, con la paleta en la mano, al escuchar que alguien venía giró sobre su eje hasta que estuvo cara a cara con Sanshiro. Sostenía una pesada pipa entre sus dientes. —Pero bueno, mira quién está aquí —dijo, sacándose la pipa de la boca y depositándola en una pequeña mesa redonda donde ya había un cenicero y unas cerillas. —Siéntate. Aquí —dijo, señalando una silla que había junto a la mesita y volviéndose hacia el óleo a medio terminar. El lienzo tenía sus buenos dos metros de largo. —Es muy grande, ¿no? —dijo Sanshiro. —Sí, sí que lo es —respondió Haraguchi, más para sí mismo que dirigiéndose a Sanshiro. Empezó a pintar donde el cabello de la modelo y el fondo se juntaban. Sanshiro por fin miró a Mineko. Sus blancos dientes relucían débilmente bajo la sombra de su abanico. Durante varios minutos todo permaneció en silencio. El calor de una estufa llenaba la habitación. Hoy no parecía hacer tanto frío, sin embargo. El viento había amainado; los árboles pelados se elevaban mudos, enfundados en el sol de invierno. Cuando entró en el estudio Sanshiro había sentido como si se estuviera internando en un banco de niebla. Con el codo descansando en la mesa, se rindió a aquel silencio, más cerrado que el de la propia noche. En el silencio estaba Mineko y la imagen de esta que poco a poco iba tomando forma en el lienzo. Todo lo que se movía era el grueso pincel del artista. Se movía solo para los ojos del espía; para los oídos, seguía en silencio. El orondo pintor también se movía de vez en cuando, pero sus pasos carecían de sonido. Encerrada en su mutismo, Mineko permanecía completamente quieta. De pie en su pose, con el abanico en el aire, era en sí misma un cuadro viviente. Tal y como Sanshiro lo veía, Haraguchi no estaba pintando a Mineko; estaba copiando un cuadro ya existente, de misteriosa profundidad; utilizando toda su energía para plasmar una pintura mediocre a la que le faltaba, precisamente, lo que la modelo derrochaba con tanta prodigalidad: sentido de lo profundo. Y aun así, en medio del silencio, la segunda Mineko se estaba haciendo incluso más presente que la primera. Sanshiro imaginó que entre estas dos Minekos discurría un largo tiempo de silencio que no había sido mancillado por el sonido de un reloj. Mientras ese tiempo pasaba, tan quedamente que ni el propio artista se daba cuenta de su existencia, la segunda Mineko conseguiría alcanzar a la otra, la atraparía al final. Y cuando las dos se hallaran a punto de encontrarse y unirse formando una sola persona, el río del tiempo cambiaría de repente su curso y fluiría hacia

la eternidad. El pincel de Haraguchi no podría trascender. Sanshiro estaba en estas meditaciones cuando súbitamente volvió en sí y fijó sus ojos en Mineko. Ella siguió impassible. Sanshiro se sintió intoxicado. De repente Haraguchi estalló en carcajadas. — ¡Muy bien! Veo que vuelve a ser doloroso para ti... Sin decir palabra, Mineko abandonó su pose y cayó de golpe sobre el sillón que tenía a su lado. De nuevo sus dientes brillaron. Acariciándose la cara con la manga del kimono, reparó en Sanshiro. Su mirada se quedó prendida en su frente como si fuera un meteoro. Haraguchi se acercó a la mesa redonda. —¿Qué te parece? —preguntó a Sanshiro. Encendió una cerilla y prendió su pipa de nuevo. Apretando la gran cazoleta de madera entre sus dedos, exhaló dos espesas nubes de humo a través de su mostacho, después giró hasta dar otra vez la espalda a Sanshiro y se acercó de nuevo al retrato. Empezó a trabajar en el fondo. El retrato estaba sin terminar, pero no había ni un solo trozo sin pintar en el lienzo, y para el ojo poco acostumbrado de Sanshiro, el resultado parecía bastante bueno. Si era o no un trabajo habilidoso, no podía decirlo con seguridad. Incapaz de evaluar la técnica, Sanshiro contaba solo con el sentimiento que esta le provocaba. E incluso así, le parecía que adolecía de una tremenda falta de experiencia. Pero por lo menos sabía que no era completamente insensible a los efectos del arte. En ese aspecto, se consideraba un hombre de gustos refinados. Para Sanshiro el cuadro era como un solo brote de luz. Todo el lienzo parecía haber sido cepillado con polvos y bañado en el suave y mate resplandor del sol. Ni siquiera las sombras eran verdaderamente negras. Si acaso, revelaban un suave toque de violeta pálido. El cuadro hacía que Sanshiro se sintiera, de alguna manera, despreocupado. El conjunto tenía sobre él un efecto estimulante, como un paseo en barca por un río. Y aun así había algo calmado y sereno en él. No era amenazador, ni desagradable, ni brusco, ni saturado de color. Era el tipo de pintura que habría esperado de un maestro como Haraguchi. Justo entonces el pintor habló, manejando el pincel casi con descuido. —Aquí tienes una interesante historia, Ogawa. Una de las que te gustan. Un tipo que yo conozco se cansó de su mujer y le pidió el divorcio. Ella se negó. «El destino me ha traído a esta casa», dijo. «Incluso aunque estés cansado de mí, jamás me marcharé.» Haraguchi dio un paso atrás para separarse del lienzo y evaluar los resultados de sus pinceladas. Esta vez habló a Mineko. —Desearía que te hubieras puesto ropa de verano para mí. Estoy pasándolo realmente mal con el kimono. Tengo que hacerlo todo por intuición y creo que estoy siendo demasiado audaz. —Es culpa mía —dijo Mineko. Haraguchi, que no pareció escucharla, se acercó de nuevo al lienzo y volvió a dirigirse a Sanshiro. —Bueno, de cualquier forma, como su mujer se había plantado tan firmemente como para pensar en que se fuera, mi amigo le dijo: «No te vayas si no quieres. Quédate mientras lo desees. Seré yo quien me marche»... Mineko, ¿podrías levantarte un momento, por favor? No, no te preocupes por el abanico, solo levántate. Eso es. Gracias... Así que la mujer dijo: «¿Cómo puedo yo quedarme si tú te vas?». Mi amigo le dijo: «No seas ridícula. Siempre puedes encontrar un hombre que se case contigo y adopte tu apellido, que de hecho es el mío». —¿Y qué pasó entonces? —preguntó Sanshiro. Haraguchi pareció pensar que no valía la pena contar el resto de la historia. —No pasó nada. Por eso es por lo que tienes que pensártelo dos veces antes de casarte. Es el final de tu libertad: la libertad para separarte, la libertad para juntarte con otra persona. Mira al profesor Hirota, mira a Nonomiya, mira a Kyosuke Satomi, ¡mírame a mí!: todos solteros. Desde que a las mujeres les ha dado por ascender en la sociedad, muchos hombres nos hemos quedado solteros. Existe una regla básica: las mujeres deberían

avanzar solo hasta el punto en que no queden solteros a su alrededor. —Mi hermano se va a casar muy pronto, ¿sabe? —interrumpió Mineko. —¿Sí? ¿Y qué va a pasar contigo? —No lo sé. Sanshiro miró a Mineko. Mineko le devolvió la mirada y le sonrió. Solo Haraguchi miraba al retrato. —«No lo sé», dice. Muy bien, pues. Empezó a pintar otra vez. Sanshiro aprovechó la oportunidad para dejar la mesa y acercarse a Mineko. Esta se había desplomado otra vez sobre el sillón, demasiado agotada como para preocuparse por las apariencias, su cabellera mate cayendo lánguida por el respaldo de la silla, su garganta arqueada prominentemente desde el cuello de su kimono interior. La bella línea de su abrigo, que estaba colgado en el respaldo de la silla, era visible sobre su ondulado peinado. Sanshiro tenía los treinta yenes en el bolsillo, junto a su pecho. Este dinero representaba alguna cosa inexplicable que existía entre ellos dos, o al menos eso creía él. Era debido a esta confianza por lo que se había planteado devolver el dinero de una vez. Cuando lo hubiera hecho, ellos podrían bien distanciarse por la desaparición de ese asunto que los unía, o bien acercarse a pesar de ello. Sanshiro era de alguna manera más supersticioso que una persona normal. —Mineko. —¿Sí? Ella levantó la mirada hacia Sanshiro sin mover la cara. Solo sus ojos se movieron. Él pudo ver que estaba un poco cansada. —Ya que te he encontrado aquí, deja que te devuelva esto. —Se desabrochó un botón de la chaqueta y metió la mano en uno de los bolsillos interiores. —¿Qué es? Su tono, como antes, no dejaba traslucir ninguna emoción. Sanshiro, con la mano metida en el bolsillo, pensó qué debería hacer a continuación. —El dinero... —dijo por fin. —¿Qué quieres que haga con él aquí? Mineko no se estiró ni cambió de posición. Su cara permaneció impassible. Sanshiro no conseguía terminar de entender a esa chica. De hecho, no comprendía siquiera el porqué de su pregunta. Justo entonces una voz detrás de él dijo: —Ya no falta mucho. ¿Qué me dices? Sanshiro se dio la vuelta y se encontró a Haraguchi taladrándoles con la mirada. Con un pincel entre los dedos, mesaba el pulcro triángulo de su barba y sonreía. Mineko se agarró a los brazos del asiento y se puso de pie muy derecha. —¿Llevará mucho tiempo? —preguntó Sanshiro en voz baja. —Puede que una hora más —contestó ella en el mismo tono neutro. Sanshiro volvió a su lugar junto a la mesa redonda. Mineko adoptó su pose. Haraguchi volvió a encender su pipa, y de nuevo su pincel comenzó a moverse. —Ogawa, mírale a los ojos a Mineko. Sanshiro hizo lo que le decía. Ella se volvió a mirar por la ventana hacia el jardín. —¡No, no puedes moverte ahora! Acabo de empezar. —¿Por qué ha tenido que decir eso? Mineko volvió a mirar al frente. Haraguchi intentó tranquilizarla: —No me estoy riendo de ti. Tengo algo que decirle a Ogawa. —¿Qué es? —Tú solo escucha. Vamos, vuelve a ponerte como estabas. Eso es. El codo un poco más hacia allá. Ahora, como te decía, Ogawa, ¿piensas que los ojos que he pintado tienen la misma expresión que el original? —No lo sé, de verdad. Pero, por su experiencia, cuando tiene que pintar a alguien durante un largo periodo de tiempo, ¿pueden los ojos mantener la misma expresión un día tras de otro? —No, por supuesto. Cambian. Y no solo cambia el modelo. El humor del pintor también es diferente cada día. En realidad, al terminar deberían existir varios retratos. Afortunadamente, el asunto no funciona de esa manera. Lo más extraño es que, al final, el cuadro que resulta engloba todos los estados de ánimo que han contribuido a que el cuadro sea como es. ¡Ahí tienes algo sobre lo que vale la pena pensar! Mientras hablaba, Haraguchi seguía pintando como si nada, fijándose de hito en hito en su modelo. Sanshiro contemplaba sobrecogido al pintor, y admiraba esa capacidad que tenía de hacer tantas cosas de modo simultáneo. —Cuando trabajo en un cuadro un día tras otro, como ahora,

la experiencia de cada día se acumula con la del anterior, y pronto la pintura se impregna de un cierto sentimiento. Así que incluso si algún día llego de un humor extraño, una vez que entro en el estudio y me planto ante el cuadro, soy capaz de meterme en él casi de inmediato, porque el sentimiento del cuadro cubre todo lo demás, lo anega. Lo mismo ocurre con Mineko. Si la dejas ser ella misma, los estímulos exteriores hacen que adopte todo tipo de expresiones sin que se dé cuenta. Pero la razón de que esto no tenga un efecto determinante sobre el cuadro final es que su pose, digamos, en consonancia con el desorden que hay en el estudio —el tambor, la armadura, la piel de tigre— hacen que ella adopte de un modo natural esa expresión particular que a mí me interesa. Finalmente, la modelo se acostumbra a ese estado de ánimo, y después de un tiempo logra incluso suprimir cualquier otra expresión. Notarás que utilizo la palabra «expresión», pero... Haraguchi de pronto se paró en seco. Parecía haberse topado con algo difícil. Dio dos pasos hacia atrás y empezó a mirar alternativamente a Mineko y al cuadro. —Mineko, ¿algo no va bien? —No, nada. Parecía increíble que semejante respuesta hubiera salido de su boca, dada la calma inalterable con que mantenía su pose. —Pues bien, notarás que uso la palabra «expresión» —continuó Haraguchi—, pero lo cierto es que un artista no pinta lo que está *dentro*, no pinta *el corazón*. Pinta lo que el corazón pone en funcionamiento. Mientras observa todo lo que transcurre ante él, puede saber lo que hay encerrado en lo más recóndito de su modelo. Podemos dar esto como válido, supongo. Un pintor tiene que resignarse al hecho de que todo lo que no puede ver en escena está más allá del alcance de su responsabilidad. Por eso pintamos solo la carne. Sea cual sea la carne que pinte el artista, si no es capaz de mostrar el espíritu que hay en su interior, está muerto, no tiene ninguna validez como pintor. Ahora piensa en los ojos de Mineko, por ejemplo. Cuando los pinto, no estoy intentando hacer un retrato de su corazón, solo los estoy pintando como ojos. Estoy pintando estos ojos porque me gustan. Estoy pintando todo lo que veo de ellos —la forma, la sombra en los pliegues de los párpados, la profundidad de sus pupilas—, sin dejar nada fuera. Como resultado, casi por pura coincidencia, una especie de expresión cobra forma en el lienzo. Si no lo hace, significa que mezclé mal los colores o que capté mal la forma, una de dos, porque ese color y esa forma son en sí mismos una forma de expresión. De nuevo Haraguchi dio dos pasos atrás, comparando a Mineko con la pintura. —Hay algo que no va bien hoy, estoy seguro. Debes estar cansada. Si lo estás, lo dejamos. ¿Lo estás? —No. Haraguchi se acercó al lienzo de nuevo. —Bien, deja que te diga por qué elegí los ojos de Mineko. Todas las bellezas de los cuadros occidentales, y no importa quién los hayan pintado, tienen los ojos grandes. Todas las mujeres tienen esos enormes ojos de extraño aspecto. En el arte japonés, en cambio, todas las modelos tienen los ojos tremendamente estrechos, desde las imágenes de Kannon a las máscaras de comedia y las máscaras de *Noh*, especialmente las bellezas de los grabados de *ukiyo-e*. ¡Todas tienen ojos de elefante! ¿Por qué los estándares de belleza tienen que ser tan diferentes en oriente y occidente? Parece extraño de entrada, pero en realidad la explicación es muy simple. Lo único que tienen en Occidente son ojos grandes. Así que la selección estética se realiza forzosamente entre ese tipo de mujeres. En Japón, en cambio, todas las mujeres tienen ojos de ballena. Pierre Loti se burló de ellos. ¿Cómo consiguen abrirlos, teniéndolos como los tienen?, preguntaba en *Madame Chrisanthème*. Ya ves, está en la naturaleza del país. No hay manera de que se desarrolle una apreciación estética de los ojos grandes cuando el material es tan escaso. Siempre hubo mucho donde elegir entre los ojos estrechos, así que

de ahí surgió el ideal. Para el tiempo de Utamaro o incluso de Sukenobu,⁴⁰ los ojos finos eran los más apreciados. Tan bonitos y japoneses como nos parecen, empero, los ojos finos se ven horribles en las pinturas de estilo occidental. La gente pensaría que lo que has pintado es una mujer ciega. Por otra parte, aquí no tenemos a nadie que sea comparable a la *Madonna* de Rafael; y si la tuviéramos, nadie la consideraría realmente japonesa. He ahí, finalmente, por lo que acabé metiendo a Mineko en esto... Solo un poco más, Mineko. Ella no contestó. Seguía absolutamente impasible. Sanshiro encontró los comentarios del pintor muy interesantes. Si tan solo hubiera venido específicamente para escucharlos, pensó, su interés habría aumentado muchísimo. El foco de su atención, aun así, no era la conversación de Haraguchi o su pintura. Sanshiro estaba concentrado, por supuesto, en la esbelta figura de Mineko. Oía todo lo que el pintor tenía que decir, pero sus ojos no se apartaban de la modelo. Era como si hubiera sido atrapada en un movimiento fugaz, congelada en su instante más bello, inmovilizada en el tiempo. En su pose apacible había una especie como de consuelo duradero. Haraguchi volvió a interrumpir sus pensamientos para preguntarle a Mineko de nuevo si algo iba mal. Sanshiro sintió que le invadía un temor ciego, como si el pintor le hubiera informado con su pregunta de que los medios para mantener esta belleza incólume podrían agotarse en cualquier momento solo con que él chasqueara los dedos. Aunque, ahora que Haraguchi lo mencionaba, puede que sí que hubiera algo raro en Mineko. Tenía mal color, y era como si a su cara se le hubiera borrado el resplandor. Los rabillos de sus ojos reflejaban una insoportable languidez. A Sanshiro le asaltó el sentimiento de que quizás fuera él mismo la causa de aquel empeoramiento en su ánimo. Un intenso y personal estímulo invadió su corazón en aquel instante. El sentimiento de pena por el paso de la belleza desapareció sin dejar rastro. ¡Tan grande era su influencia sobre ella! Con este nuevo descubrimiento, Sanshiro se hizo por completo consciente de su propio ser. Pero ¿obra esta influencia en su favor o en su contra? Para esta pregunta aún no había encontrado respuesta. Haraguchi por fin dejó su pincel a un lado. —Paremos ahora —dijo—. Hoy será imposible que acabemos nada... Mineko dejó caer el abanico al suelo. Cogió su abrigo de la silla y mientras se lo ponía anduvo hacia donde estaban Haraguchi y Sanshiro. —Hoy pareces cansada —dijo Haraguchi. —Ah, ¿sí? —Mineko se alisó el abrigo y ató el cierre por delante. —De hecho, yo también estoy algo cansado. Probemos mañana, cuando tengamos un poco más de energía. Y ahora tómate una taza de té, no salgas corriendo como siempre. Aún quedaba bastante para la tarde. Pero ella tenía cosas que hacer, dijo Mineko. Sanshiro, viendo que ella se iba, también declinó la invitación de Haraguchi. Ninguna planificación, por cuidadosa que fuera, le habría brindado una oportunidad tan perfecta, y pensaba aprovecharla para estar al lado de Mineko el mayor tiempo posible. El vecindario estaba bastante tranquilo, y por la calle había muy pocos viandantes. Ella no pareció demasiado receptiva con la idea de que paseasen juntos, de todas formas. Se dirigió resueltamente hacia la calle principal, con Sanshiro pisándole los talones. —Haraguchi no andaba desencaminado, ¿verdad? No tienes muy buen aspecto esta mañana... —¿Tú crees? —dijo. Su tono era el mismo que había utilizado hacía un rato para contestar a Haraguchi. Sanshiro nunca había tenido a Mineko por una chica demasiado habladora. Normalmente le bastaba con una frase o dos para dejar clara su opinión. Y aun así, en los oídos de Sanshiro estas simples palabras provocaron una serie de profundas resonancias. Había como un sabor en su charla que era de todo punto imposible encontrar en la de otras. Escuchándola, Sanshiro no podía evitar quedarse

anonadado, maravillado en su presencia. Con su respuesta, Mineko se había vuelto un poco hacia Sanshiro y ahora le miraba de refilón. La luz de su ojo parecía haberse vuelto opaca, y denotaba una especie de indiferencia bastante desazonadora. La mejilla también estaba algo pálida. —Sí. Pareces un poco mustia, me da la impresión... —¿Tú crees? Caminaron un buen trecho sin hablar. Sanshiro deseaba desesperadamente descender la pesada cortina que los separaba, pero no conocía las palabras que lo harían posible. Se negó a recurrir a las frases empalagosas que se usaban en las novelas. Personalmente, no eran de su gusto, y hacía tiempo que habían pasado de moda entre los jóvenes. Estaba aguardando un imposible; no solo esperándolo, sino esforzándose por concebir una manera de que este llegara. Al final fue Mineko quien habló. —¿Tenías algún asunto que tratar con el señor Haraguchi? —No, ninguno. —¿Entonces solo viniste a hacerle una visita? —No, tampoco era eso. —Bueno, pues ¿por qué viniste? Sanshiro no dejó pasar la oportunidad. —Vine porque quería verte. Sintió que ya había dicho todo lo que era posible decir. Mineko le respondió en un tono que no revelaba emoción alguna. Un tono que, por lo demás, siempre había tenido un efecto embriagador para Sanshiro. —Pues difícilmente podría haberte cogido el dinero allí... Se quedó chafado. Dieron varios pasos más sin hablar. Sanshiro dijo atropelladamente: —Pero es que no vine solamente para darte el dinero. Mineko no contestó inmediatamente. Cuando por fin lo hizo, su voz era suave. —Tampoco necesito el dinero. Quédatelo. Sanshiro no pudo soportarlo más. — ¡Vine porque necesitaba verte! —Buscó sus ojos, pero Mineko rehuyó su mirada. Un pequeño suspiro escapó de entre sus labios. —El dinero es... —El maldito dinero... Sanshiro y Mineko anduvieron otra media manzana más. Esta vez fue ella quien habló. —¿Qué pensaste cuando viste el retrato de Haraguchi? Había muchas formas de responder a esto. Sanshiro se guardó su opinión. —¿No te sorprendió lo rápido que lo ha pintado? —Sí —respondió, pero en realidad no se le había ocurrido. Ahora que caía, solo había pasado un mes desde que Haraguchi visitara al profesor Hirota y le revelara su deseo de pintar a Mineko. Completamente ajeno a los mecanismos con que se gestaba el arte, Sanshiro no podía siquiera imaginar cuánto tiempo llevaría pintar un cuadro de ese tamaño. Ahora que Mineko había sacado el tema, sentía como si la pintura se hubiera rematado demasiado deprisa. —¿Cuándo empezó a trabajar en ella? —Se puso en serio no hace mucho. Pero antes ya había hecho algunos esbozos. —¿Cuándo fue eso? — Cielos, *tienes* que acordarte. Estabas de rodillas bajo un castaño. —Y tú estabas de pie en la colina, sujetando un abanico. —Justo como en el cuadro... —Sí, justo como en el cuadro. Se miraron. Pronto alcanzarían la cima de la colina Hakusan. Un rickshaw llegó corriendo hacia ellos desde aquella dirección. El pasajero, vestido elegantemente, llevaba un sombrero negro y gafas de montura dorada. El brillo de su tez era evidente incluso desde la distancia. Desde el momento en que el rickshaw entró en su campo de visión, Sanshiro sintió que el joven caballero que iba dentro observaba fijamente a Mineko. El rickshaw se paró justo delante de ellos. Sanshiro vio al joven apartar con prontitud la manta de sus rodillas y saltar desde el pescante. Se trataba de un hombre de gran apostura, bien proporcionado, alto y delgado, con una cara alargada, y, aunque estaba bien rasurado, tenía un porte completamente masculino. —Tardabas tanto, que vine a buscarte. —El individuo se plantó directamente frente a Mineko. Bajó la mirada hacia ella, sonriendo. —Oh, gracias. —Ella también sonrió cuando le devolvió la mirada. Inmediatamente se volvió hacia Sanshiro. —¿Quién es este? —preguntó el recién llegado. —Sanshiro Ogawa. Va a la Universidad —dijo ella. El hombre se llevó la mano

al sombrero en actitud de saludo. —Démonos prisa. Tu hermano te está esperando. Casualmente, se encontraban en la esquina por la que Sanshiro tenía que torcer si quería ir a Oiwake. Cuando la pareja se perdió en la distancia, se dio cuenta de que el dinero seguía guardado en el bolsillo de su chaqueta.

Capítulo XI

Por aquellos días Yojiro andaba dando vueltas por la facultad, intentando vender entradas para las veladas de teatro de la Sociedad Literaria. Después de dos o tres mañanas, ya le había colocado alguna a casi todos sus amigos y conocidos. Una vez hecho esto, se concentró en la gente que no conocía. Por lo general daba caza a sus presas en la misma puerta de la facultad, y una vez que los agarraba no los dejaba irse así como así. Al final, casi siempre lograba que la gente se llevara las entradas. Había veces, aun así, que la campana sonaba en el momento menos oportuno y el cliente se le escapaba. Para explicar estos percances, Yojiro solía confiar en Xiang Yu: ⁴¹ «La oportunidad del tiempo no me ha sido garantizada», decía. Tenía una declaración similar para las ocasiones en que su adversario se las arreglaba para deshacerse de él con sonrisas: «La conformidad de los hombres no está a mi alcance». Una vez, abordó a un profesor que acababa de salir del servicio de caballeros y estaba aún secándose las manos. «¡Ahora no!», gruñó este, y desapareció en la biblioteca. Ante tal situación, Yojiro no encontró ningún dicho rimbombante. Simplemente vio al profesor alejarse, se volvió a Sanshiro y le espetó: «Ese desgraciado tiene como poco un catarro intestinal». —Yojiro, ¿cuántas entradas se supone que tienes que vender? —Todas las que se pueda. —¿Y no has pensado que lo mismo vendes más entradas que asientos hay en el auditorio? —Sí, cabe posibilidad de que eso ocurra... —¿Y eso no supondría un problema una vez que la gente acudiera y se diera cuenta de que no tiene sitio? —No, en absoluto —explicó Yojiro con la cara completamente seria—. Mucha gente compra las entradas por puro compromiso. Muchas veces ocurren cosas imprevistas, y la gente finalmente no acude a la función. Además, como sabes hay una epidemia galopante de catarro intestinal... Sanshiro vio cómo Yojiro se las apañaba para vender sus entradas. Cogía el dinero de quienes se lo daban de buen grado, y a los estudiantes que no lo hacían, también les daba las entradas. Sanshiro, que era más apocado que él, le preguntó preocupado si luego les reclamaría el dinero. Por supuesto que no, contestó Yojiro. En conjunto resultaba más ventajoso vender un montón de entradas descuidadamente que poner mucho cuidado y vender solo unas pocas. Comparó su método con el del *London Times*, que primero inundó Japón de enciclopedias, y ya se encargaría de cobrarlas después. A Sanshiro la comparación le sonó convincente, pero aun así se sentía incómodo con la situación. Cuando compartió con Yojiro sus dudas, se encontró con una respuesta interesante. —¡Para tu información, estoy tratando con estudiantes de la Universidad Imperial de Tokio! —Quizás sean estudiantes, pero cuando se trata de dinero, la mayoría son igual de despreocupados que tú. —¡No seas absurdo! La Sociedad Literaria no tiene por qué enterarse de quién paga y quien no. Por muchas entradas que venda, seguirán en números rojos. —¿Esa es una opinión tuya o de la Sociedad? —Es mi opinión, por supuesto, y también la de la Sociedad. —Yojiro, como siempre, tan oportuno con sus respuestas. Si uno tuviera que creer a Yojiro, solo un idiota se perdería la representación. Cuando pillaba a alguien comenzaba a discursar sobre el tema hasta que su oyente empezaba a sentirse un imbécil. Pero ¿estaba haciendo todo esto solamente para vender entradas? ¿O porque

realmente tenía fe en el espectáculo? ¿O simplemente para elevar su propia autoestima y la de sus oyentes, y de paso también la de los responsables de la obra? Esta era una distinción que a sus clientes se les escapaba la mayoría de las veces. Y así, a pesar del éxito que tenía a la hora de hacerles sentir como auténticos estúpidos, Yojiro no era capaz de influir en ellos de modo duradero. Comenzaba su disertación hablando de los tremendos esfuerzos que hacían los actores durante los ensayos. Con que la mitad de lo que decía fuera cierto, muchos de ellos estarían completamente destrozados antes del gran día. Después se ocupaba de la escenografía, que aseguraba que era extraordinaria. Hacía que sonara como si la Sociedad hubiera reclutado a los más virtuosos aspirantes a artistas de Tokio y les hubiera hecho volcar sus talentos más escondidos en el proyecto. Después empezaba con los disfraces; eran todos históricamente auténticos, y fieles a la realidad hasta en el último detalle. Entonces ya por fin se ocupaba de las obras; todas eran trabajos rigurosamente nuevos, y la puesta en escena era maravillosa. Y así podía seguir hasta el infinito. Yojiro dijo que había enviado entradas gratis al profesor Hirota y a Haraguchi, y se había asegurado de que los Nomomiya y los Satomi ocuparan los asientos más caros. Todo saldría a las mil maravillas. Sanshiro le deseó a su amigo que el espectáculo fuera todo un éxito. Cuando Yojiro llegó esa misma noche a la habitación de Sanshiro parecía un hombre completamente diferente al que había dejado aquella misma tarde junto a la Facultad. Se sentó rígidamente junto al brasero de carbón vegetal y empezó a quejarse del frío que hacía. Pero, a juzgar por su mirada, había más cosas que le torturaban además del frío. Se encorvó sobre el brasero, calentándose las manos, y luego se las metió en el interior del kimono. Sanshiro cogió de un extremo de la mesa una lámpara de aceite y se la acercó a Yojiro esperando arrojar algo de luz sobre su rostro. Pero este tenía la barbilla enterrada en el pecho, y lo único que se le iluminó fue la negra viruta del pelo cortado a cepillo. La lámpara apenas aportaba ninguna diferencia a la escena. Sanshiro supo que algo andaba mal. Yojiro levantó la cara y miró a la lámpara. — Por Dios, ¿es que aún no tenéis electricidad en esta casa? Una sombría mirada cruzaba su semblante. — Aún no. De todas formas, tienen planes de ponerla pronto. Además, las lámparas de aceite no iluminan nada... Pero Yojiro parecía haberse olvidado de las lámparas un segundo después de que Sanshiro empezara a responder a su pregunta. — Ha pasado algo terrible, Ogawa... — ¿Qué es? Yojiro sacó unas cuantas hojas de periódico arrugadas del pecho de su kimono. Había un par de páginas dobladas juntas. Separó una, la desplegó y le dijo a Sanshiro: — Lee esto... La yema de su dedo estaba posada en el centro de la página. Sanshiro se acercó un poco más a la lámpara. Leyó el titular: «DEPARTAMENTO DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD». Luego siguió leyendo.

«Hasta el momento, los programas de la Universidad en Literatura Extranjera han estado a cargo de profesores foráneos, en los que se han delegado todos los deberes docentes. Pero ahora, por fin, en respuesta al correr de los tiempos y a las peticiones de muchos estudiantes, entre los cursos obligatorios se incluirán clases de literatura extranjera impartidas por un profesor japonés. Desde hace algún tiempo, está en marcha una intensa búsqueda de un candidato idóneo para el puesto. Pues bien: según nuestras informaciones, en breve se anunciará la decisión del nombramiento del Sr. ***** como ocupante del dicha cátedra. Este hombre en particular, un destacado erudito, ha ocupado hasta hace poco un puesto al servicio del gobierno, y cuenta con el apoyo del mismo como candidato más adecuado para desempeñar un puesto de tal importancia.»

Sanshiro dejó de leer. —Así que el profesor Hirota finalmente no lo consiguió, ¿verdad? —Se volvió hacia Yojiro, que miraba el periódico con los ojos desorbitados—. ¿Es definitivo? —Me temo que sí... —Yojiro inclinó la cabeza a un lado—. Y yo que pensé que era cosa segura... Por supuesto, había oído que el otro tipo estaba presionando a base de bien, pero... —Sin embargo, esto no deja de ser un rumor, después de todo. No puedes estar seguro hasta que lo hagan público. —¿Si eso fuera lo único que importara...! Lo que está pasando no tiene nada que ver con el profesor. Pero... —Desdobló el otro periódico y señaló otro titular mientras se lo ponía delante a Sanshiro. La información recogida en este artículo era más o menos la misma que la del primero que había leído. Pero cuando llegó al final, Sanshiro se quedó atónito. El otro candidato al puesto, el profesor Hirota, decía el artículo, era un conocido sinvergüenza y, por lo que parecía, un hombre carente de principios. Profesor de lengua desde hacía diez años, durante ese tiempo había pasado sin pena ni gloria por los puestos que había desempeñado. En suma, su labor había estado presidida por la más absoluta mediocridad. Sin embargo, no bien hubo conocido que la Universidad estaba pensando en contratar a un profesor japonés de literatura extranjera, inició una serie de furtivas maniobras en su propio beneficio y se dedicó incluso a esparcir fraudulentamente folletos de propaganda entre los propios estudiantes. Además, no contento con ello, había hecho que un protegido suyo escribiera una especie de artículo, «La Gran Oscuridad», que logró hacer publicar en una pequeña revista académica. El autor del artículo en cuestión se hacía llamar «Reiyoshi», pero en realidad se había podido saber que este era solamente el seudónimo de un cierto personaje, un asiduo visitante de la casa de Hirota, estudiante de la Facultad de Letras; un estudiante que respondía al nombre de Sanshiro Ogawa. Sanshiro, estrujando el periódico con las manos, miró interrogante a Yojiro. Durante un lapso de tiempo, ninguno de los dos dijo nada. Por fin, Sanshiro habló: —¿Cómo... cómo diablos ha podido pasar *esto*...? Pero Yojiro tenía otras cosas en la cabeza. —¿Qué piensas del asunto? —preguntó. —¿Cómo que *qué pienso del asunto*? —Pues yo lo veo muy claro. Estoy seguro de que alguien ha escrito una carta al periódico. ¡Esto no es algo que saque un reportero! Cosas por el estilo salen cada día en la columna de los lectores del *Bungei Jihyo*. ¡Eso es lo que es una columna de lectores, de todas formas, una amalgama de pecados, de patrañas y de infundios! Mira, la mayoría de las historias que salen ahí son sartas de mentiras. ¡Y algunas son mentiras que no aguantarían el mínimo peso de la evidencia! ¿Y por qué crees que la gente imprime todas esas estupideces, eh? El motivo, querido amigo, es que siempre está en juego algún beneficio personal. Cuando yo estaba a cargo de la columna de los lectores echaba la mayor parte de los asuntos más feos a la papelera. ¡Eso es lo que es este artículo! ¡Es un artero movimiento del otro candidato! ¡Sabandija...! —¿Y se puede saber por qué aquí sale mi nombre, y no el tuyo? —¡Eso es justo lo que yo me estaba preguntando! —dijo Yojiro, y luego intentó aventurar una hipótesis—. Quizás es porque tú eres un estudiante normal y yo soy uno especial. Para Sanshiro, aquello no era en absoluto una explicación, y además, no ayudaba en nada a amortiguar el golpe. —¿En lugar de toda aquel subterfugio de Reiyoshi tenía que haberlo firmado como «Yojiro Sasaki», para que todos lo vieran! ¡No hay en el mundo otro ser viviente capaz de escribir un artículo igual! Yojiro hablaba en serio. Parecía como si Sanshiro realmente fuera culpable de haber usurpado su propiedad intelectual. A Sanshiro todo el asunto empezaba a parecerle sencillamente ridículo. —¿Se lo has contado al profesor? —preguntó. —¡Ah! ¡He ahí el problema! No importa quién sea el autor real de «La Gran Oscuridad», pero en

tanto en cuanto repercute en el personaje del profesor, me veo en la obligación de contárselo. Ya sabes cómo es: si hubiera ocurrido hace unos días, yo podría haber dicho que no sabía nada, que probablemente se trataba de un error, que el ensayo había aparecido en la revista bajo seudónimo, que no necesitaba preocuparse por ello porque seguramente estaría escrito por un admirador suyo. Él habría dicho: «¿Oh?» y eso habría zanjado la cuestión. Pero las cosas han cambiado. ¡No tendré más remedio que confesar mi responsabilidad! Si las cosas hubieran salido como yo planeaba, me habría sentido bien llevando a cabo mi parte de manera discreta, anónima; pero ahora que he fracasado no me sentiría demasiado bien callándomelo. ¡Soy yo quien lo empezó todo! ¡Soy yo quien metió a ese hombre bueno e inocente en todo este horrible embrollo! Y ahora sería un maldito cobarde si simplemente me quedara mirando tranquilamente lo que ocurre. Dejando a un lado lo que está bien y lo que está mal, lamento decir que me compadezco de él. Me duele ver lo que le está pasando. Por primera vez, Sanshiro sintió que Yojiro era un hombre realmente admirable. —¿Crees que ya lo habrá leído? —En el periódico que nosotros solemos comprar no aparecía nada. Por eso no me he enterado hasta esta tarde. Pero el profesor lee otros periódicos en la escuela. Y cabe la posibilidad incluso de que si no se ha enterado por sus propios medios, alguien se lo haya dicho. —Así que probablemente lo sepa ya. —¡Por supuesto que lo sabe...! —¿Y no te ha dicho nada? —Ni una palabra. Pero bueno, lo cierto es que tampoco es que haya encontrado mucho tiempo que digamos para tener una charla decente con él en los últimos tiempos. Llevo una semana corriendo de un lado para otro detrás de la gente para que me compren las malditas entradas. ¡Y por lo que se refiere al asunto del teatro, estoy harto de eso también! Debería dimitir. ¿Por qué me preocuparía tanto por un puñado de idiotas cuya única pasión, reconozcámoslo, es maquillarse y correr por el escenario haciendo aspavientos? —Cuando se lo cuentes al profesor, va a estallar. —Supongo que lo hará. Es algo inevitable. Pero estoy terriblemente arrepentido de lo que he hecho. ¡Quién me manda meter las narices donde no me llaman y preocuparle, a ese hombre que no tiene defectos! No bebe, no fu... —Yojiro se paró en seco. Con el humo filosófico que el profesor era capaz de exhalar en un mes podría crearse perfectamente una nube tóxica—. Bueno, fuma muchísimo, pero no tiene otros vicios. No va de pesca ni juega al *go*,⁴² no disfruta de una vida familiar que le distraiga de sus trabajos. ¡Eso es lo peor! Debería tener mujer e hijos. ¡Su vida está demasiado libre de complicaciones! —Yojiro cruzó los brazos—. Por una vez que pongo algo de empeño en tratar de animarlo, tenía que pasarme esto. ¡Deberías hacerle un favor y pasarte por allí! —¡Hacerle un favor, dices! Supongo que coincidirás conmigo en que comparto algo de la responsabilidad también. Lo que haré es ir a disculparme. —No hay nada de lo que te tengas que disculpar... —Muy bien. Pues entonces iré y se lo explicaré todo. Poco después, Yojiro se marchó. Sanshiro se metió en la cama y estuvo dando vueltas para un lado y para el otro durante un rato. Dormir era más fácil en casa, en Fukuoka. Aquí en Tokio había demasiados estímulos: avisos de noticias falsas, el profesor Hirota, la hermosa Mineko, el misterioso y apuesto joven que había venido a recogerla... No fue hasta bien pasada la medianoche cuando logró dormirse. Al día siguiente se levantó a la misma hora de siempre, lo que supuso un auténtico sufrimiento. Cuando quiso entrar en el baño, encontró que estaba ocupado por otro estudiante de la Facultad de Literatura, a quien apenas conocía de vista. Por la manera tan seca en que le dio los buenos días, tuvo la seguridad de que el tipo había leído el artículo. Por otra parte, pareció como si estuviera evitando el tema, así que

Sanshiro renunció a presentarle ninguna excusa. Mientras aspiraba la cálida fragancia de su caldo matinal, Sanshiro encontró una carta de su madre. Parecía otra de las largas. Después de enfundarse su *hakama* —a aquellas alturas no le apetecía cambiarse y ponerse ropas occidentales— se metió la carta en el bolsillo del pecho de su kimono y salió a la calle. Todo relucía bajo una ligera escarcha. Llegó a la calle principal. Prácticamente todas las personas con las que se cruzaba eran estudiantes. Todos, además, se dirigían al mismo sitio, y todos tenían prisa. De repente, en medio de la muchedumbre divisó la larga sombra del profesor Hirota enfundada en un abrigo de tweed gris. Su ritmo le hacía parecer anacrónico entre todas aquellas filas de jóvenes animosos. Su paso era mucho más cansino que el de los que le rodeaban. La silueta del profesor desapareció tras la verja del instituto. En el patio había un pino inmenso, con sus ramas desplegadas como si se tratara de un paraguas gigante que bloqueara la puerta principal. Cuando Sanshiro pasó por delante de la verja, el profesor había desaparecido ya. Lo único que vio fueron el pino y la torre del reloj sobresaliendo por encima. Este reloj siempre marcaba la hora equivocada. O a lo mejor es que simplemente no funcionaba. Mientras echaba una mirada adentro a través de la verja, Sanshiro se sorprendió repitiendo para sí la palabra *hydriotaphia*. De todas las palabras extranjeras que había aprendido hasta ahora, *hydriotaphia* era una de las más largas y de las más difíciles. Todavía no sabía lo que significaba. De hecho estaba pensando en preguntárselo al profesor Hirota. Yojiro había supuesto que era algo parecido a *de te fabula*, pero Sanshiro veía una enorme diferencia entre las dos. *De te fabula* era una frase que invitaba a bailar. Solo para lograr memorizar *hydriotaphia* ya había que hacer un gran esfuerzo, y decirlo dos veces hacía que el paso se le ralentizara. Sonaba como una palabra que los antiguos hubieran inventado específicamente para que la usara el profesor Hirota. En la facultad, Sanshiro se sintió como si la atención de todo el mundo se concentrara en él, el pretendido autor de «La Gran Oscuridad». Intentó esperar fuera a que empezara la clase, pero hacía más frío del que había imaginado. Se quedó, pues, en el pasillo. Entre clase y clase, leyó la carta de su madre. Espero que vengas a casa en las vacaciones de invierno, decía. A Sanshiro aquello le recordó a las veladas órdenes que solía darle su madre cuando estaba en el colegio en Kumamoto. Una vez, a principios de vacaciones, había recibido un telegrama en el que le pedía que volviera a casa inmediatamente. Sorprendido, y creyendo que su madre estaría enferma, partió sin demora hacia Fukuoka. Su madre se puso loca de alegría cuando él apareció, como si hubiera esperado no volver a verle de una pieza. Sanshiro quiso saber por qué le había mandado llamar con tanta urgencia. Parecía que estaba tardando demasiado en volver, le explicó ella, y le había preguntado al oráculo del templo de Inari. Este le dijo que ya había salido de Kumamoto, lo que la hizo temer que le hubiera pasado algo por el camino. Recordando el incidente, Sanshiro se preguntó si habría vuelto a ser víctima quizás de otro oráculo. Pero la carta no decía nada sobre Inari. Por lo que pudo leer entre líneas su madre decía que Omitsu Miwata estaba también bastante deseosa de verle. Omitsu había dejado el colegio de señoritas de Toyotsu y ahora vivía de nuevo en casa. Le había pedido a Omitsu que le cosiera una bata acolchada. Le llegaría pronto por correo. Kakuzo, el carpintero, había estado trotando por las colinas y había perdido noventa y ocho yenes. Su informe de este incidente era muy detallado y Sanshiro solo se lo leyó por encima. Por lo visto, tres hombres habían venido a ver a Kakuzo con la intención de comprar una colina que le pertenecía. Cuando les estaba enseñando la propiedad el dinero debió de caérsele en algún sitio. Cuando llegó a casa, le dijo a su

mujer que debían de haberle quitado el dinero, aunque no tenía ni idea de cómo había sido. Ella le dijo que quizás le habían dormido con cloroformo, y Kakuzo le dijo que ahora que lo decía, recordaba haber olido algo extraño cuando andaba por ahí. Aun así, todo el mundo en la aldea pensó que le habían hecho trampas en el juego. La madre de Sanshiro terminaba la historia con una moraleja: si algo como esto podía pasar en pleno campo, qué no podría pasar en Tokio. Haría bien en vigilar cada paso que diera en la ciudad. Cuando estaba enrollando de nuevo la larga misiva de su madre, Yojiro se le acercó por la espalda: —¡Ah, una mano femenina! —Sus ánimos parecían haber mejorado desde la noche anterior. Ahora venía gastando bromas como si nada. —No seas estúpido, es de mi madre —repuso Sanshiro con un punto de impaciencia. Devolvió la carta a su sobre y se lo metió en el pecho de su kimono. —¿Estás seguro de que no es de cierta señorita Satomi? —No, no lo es... —Oye, por cierto, hablando de la señorita Satomi, ¿has oído lo que le ha pasado? —¿A qué te refieres? Justo entonces un estudiante vino a decirle a Yojiro que había alguien esperándole abajo para comprarle una entrada. Yojiro se despidió alborotadamente y desapareció escaleras abajo. Sanshiro se moría de ganas de echarle el guante otra vez, pero Yojiro no volvió en toda la mañana. No había nada que Sanshiro pudiera hacer más que dedicarse a coger apuntes. Cuando las clases se acabaron, cumpliendo la promesa que le hizo a Yojiro la noche anterior, fue a casa del profesor Hirota a visitarlo. La casa parecía más silenciosa que nunca. El profesor estaba estirado en la salita, durmiendo. Sanshiro le preguntó a la criada si es que era que el profesor no se encontraba bien. No, no era eso, contestó. Le había dicho simplemente que se sentía adormilado. Se había acostado tarde la noche anterior, así que tan pronto como había llegado del instituto le había dicho a la criada que nadie le molestase y se había echado a dormir. Una pequeña colcha cubría su larga silueta. Sanshiro preguntó a la criada qué era lo que le había mantenido despierto de ese modo. El profesor siempre se quedaba estudiando hasta tarde, respondió ella, pero la noche anterior había sido diferente. Yojiro había venido y habían tenido una larga charla. Es decir: Yojiro no había sido la causa; si no hubiera estado hablando con él se habría acostado a la misma hora, a fin de cuentas. Sanshiro no tenía, pues, ninguna explicación satisfactoria para la siesta del profesor, pero por lo menos estaba seguro de que Yojiro le había contado todo. Le picaba la curiosidad: le habría gustado saber qué clase de sermón habría recibido Yojiro, pero no podía permitirse el lujo de preguntarle a la criada y ponerla en antecedentes. Cuando dejó que Yojiro se le escurriera de entre los dedos en la facultad esa misma mañana, había perdido una oportunidad de oro. Seguramente habría salido bien parado, empero, a juzgar por su buen humor. Pero los complicados tejemanejes mentales de Yojiro superaban con creces la comprensión de Sanshiro, y por mucho que lo intentó no alcanzó a imaginar lo que había ocurrido la noche anterior entre él y el profesor. Sanshiro se sentó junto al brasero de carbón vegetal. La tetera de hierro comenzó a pitar. La criada se retiró a su cuarto. Sanshiro se sentó con las piernas cruzadas, calentándose las manos con el vapor de la tetera y esperando a que el profesor se despertara. Respiraba pesadamente, resoplando de vez en cuando. Sanshiro golpeteó la tetera con las uñas. Se sirvió una taza de agua caliente, sopló una o dos veces y se la bebió. El profesor estaba tumbado mirando hacia el otro lado. Tenía el pelo tremendamente corto; probablemente se lo habría cortado pocos días antes. Podía ver la punta de su poblado bigote. Desde donde estaba, sin embargo, Sanshiro no podía verle la nariz, pero podía oír claramente el rítmico sonido de su respiración. El profesor dormía plácidamente. Sanshiro había traído el ejemplar de

Hydriotaphia para devolvérselo al profesor. En los días anteriores, a lo máximo a lo que había llegado era a leer unas pocas páginas al azar pero no entendió casi nada. Volvió a abrir el libro. Había algo sobre tirar flores a una tumba. Decía que los romanos estaban «afectados» por la rosa. No sabía lo que significaba aquello, pero suponía que se podía entender algo así como que tenían una enorme preferencia por ellas. Otra cosa que decía el libro era que los griegos usaban el «amaranto». Tampoco tenía muy claro que era eso del amaranto, pero se imaginó que sería el nombre de una flor. Un poco más adelante, sin embargo, el texto se volvía ya completamente ininteligible. Apartó sus ojos de la página y miró al profesor, que seguía dormido. ¿Por qué se le había ocurrido al profesor dejarle un libro tan difícil? Y sobre todo, ¿por qué, aun sin poder entender una sola palabra del libro, Sanshiro estaba tan picado por la curiosidad? Decidió al final que el profesor Hirota encarnaba *Hydriotaphia* en sí mismo. En estos pensamientos estaba cuando de repente Hirota se despertó. Levantó la cabeza y miró a Sanshiro con ojos medio dormidos. — ¿Llevas ahí mucho rato? —preguntó. Sanshiro le exhortó a que volviera a dormirse. De hecho, estaba bastante entretenido dándole vueltas al significado del libro. —No, será mejor que me levante —dijo Hirota, y se incorporó. Un instante después, empezó a exhalar sus acostumbradas nubes de humo filosófico. El humo emergía de su boca de un modo pautado, en silenciosos intervalos. —Gracias por el libro. He venido a devolvérselo. —Sanshiro se atrevió a interrumpir los pensamientos del profesor. —Oh, ¿conseguiste leértelo? —Sí, pero no he entendido nada. Para empezar, ni siquiera sé lo que significa el título. —*Hydriotaphia*. —¿Qué significa? —Ni yo mismo lo sé. Supongo que es griego. Sanshiro perdió el valor para seguir preguntando. El profesor bostezó. —Mmmm, estaba cansado. Vaya siesta más buena que me he echado. Tuve un sueño interesante... Era sobre una joven. Sanshiro esperó que se lo contara, pero en lugar de eso el profesor se levantó y le invitó a los baños públicos. Salieron de la casa llevando sendas toallas. Después de bañarse se subieron a la balanza en el vestuario y se pesaron. También midieron sus alturas. El profesor Hirota medía casi uno setenta, mientras que Sanshiro apenas pasaba de uno sesenta y cinco. —Quizás con el tiempo crezcas un poco más. —No, me da la impresión de que así me quedará. Llevo ya tres años sin crecer ni un milímetro... —Si tú lo dices... Parecía que el profesor aún le veía en gran medida como un niño. Volvieron a casa paseando tranquilamente. Hirota le invitó a quedarse un rato si no tenía nada que hacer. Abrió la puerta de su estudio y Sanshiro le siguió. En cualquier caso, era su obligación ocuparse del asunto que lo había traído hasta allí. —Supongo que Yojiro todavía no ha vuelto... —empezó Sanshiro. —Me da la impresión de que llegará tarde hoy. Ha estado muy ocupado con ese asunto de la obra de teatro. Aún no he conseguido decidir si le gusta ayudar o si lo hace solo por el placer de andar siempre de un lado para otro. —Es una buena persona, y muy amable, eso seguro. —Supongo que hay cierto grado de amabilidad en todos sus propósitos, pero su cerebro no es demasiado brillante. En todo momento parece saber perfectamente lo que está haciendo. Pero en el fondo pierde completamente la noción de cuáles son las razones que le impulsan a ello. Yo he optado simplemente por dejarle en paz. Le diga lo que le diga, no cambiará. Nació para enredar. Sanshiro sentía que debía decir algo para defender a Yojiro, pero se había topado con una causa sin remedio. Cambió de tema. Decidió abordar directamente el asunto. —¿Leyó usted el artículo en el periódico? —Sí, lo hice. —¿Tenía usted noticias de lo que estaba pasando? —No. —Tiene que haber sido un gran golpe... —¿Un golpe? Bueno, supongo que hasta cierto punto lo ha sido. Pero la vida es así. No me dejo

sorprender por tan poca cosa, ya no soy tan joven. —Pero se habrá llevado un disgusto... —Supongo que sí que debería haberlo hecho, en cierto modo. Pero no todos los que han vivido en este mundo tanto como yo aceptarían ese artículo como cierto. Insisto, no es tan fácil disgustarme. Yojiro se pasó un buen rato anoche soltando todo tipo de tonterías sobre arreglar las cosas. Que si le pediría a un amigo suyo del periódico que sacara a la luz la verdadera historia, que si encontraría a quien lo envió y le ajustaría las cuentas, que si publicaría una refutación en su propia revista... Pero si lo que en realidad pretendes es solucionar el desaguisado, mejor habría sido no haber metido las narices donde no le llamaban. —Lo hizo todo por usted, profesor. No pretendía causar ningún daño. —No, por supuesto que no. Pero el hecho es que desde el momento en que organizó una campaña en mi favor sin consultarme, empezó a jugar sin saberlo con mi reputación. Y en lo que se refiere a ti, piensa cuánto mejor estarías habiendo conservado el anonimato. ¡Por lo menos tu reputación no sufriría como lo está haciendo! Sanshiro no supo qué decir. —Y esa estupidez que escribió, «La Gran Oscuridad»... El periódico decía que fuiste tú quien lo escribiste, pero Sasaki me ha dicho que en realidad fue él el autor. —Es cierto. —Sasaki confesó anoche. Eres tú el que debería estar disgustado. Aunque, reconozcámoslo, Sasaki es el único ser en la tierra capaz de escribir semejantes idioteces. He leído el artículo. Es como un gran tambor del Ejército de Salvación, algo carente de sustancia, y es más, de dignidad. Podría pensarse que estaba escrito para exaltar a las masas. Es propaganda de principio a fin. Cualquiera con un poco de sentido común podría ver que el autor tenía un objetivo ulterior. No me extraña que pensarán que hice que un protegido mío escribiera semejante cosa. Cuando lo leí pude ver que el artículo del periódico no estaba tan traído por los pelos después de todo. Con esto, el profesor Hirota dijo todo lo que tenía que decir. Empezó a emitir más y más nubes de humo mientras miraba orgullosamente al vacío. Como decía Yojiro, uno podía saber de qué humor estaba el profesor por la forma en que le salía el humo de las fosas nasales. Cuando salía espeso y en línea recta, es que su capacidad de elucubración filosófica había llegado hasta sus más altas cumbres; cuando, por el contrario, el humo se le derramaba lentamente bigote abajo, eso significaba que tenía el espíritu en calma —y que había peligro de que diera rienda suelta a su ingenio contra ti, haciéndote víctima de sus afilados dardos. Cuando el humo se quedaba bajo su nariz y parecía resistirse a abandonar incluso su bigote, entonces es que el profesor se encontraba en un estado de ánimo meditativo, o quizás es que sentía algún tipo de inspiración poética. Lo más terrible de todo era cuando se le montaban remolinos alrededor de las ventanas de la nariz, porque eso significaba que de un momento a otro te echaría una reprimenda de las que hacen historia. Como Yojiro era la fuente de esta información, Sanshiro no se la había tomado muy en serio. Pero dada la naturaleza de la ocasión, observó cuidadosamente la forma en que emergía el humo de las narices del profesor. No descubrió en la forma del penacho de tabaco ninguno de los subtipos perfectamente diferenciados de los que le había hablado Yojiro. En lugar de eso, parecía como si el humo le saliera en una mezcla de cada una de las modalidades antes explicadas. Pasaron unos instantes en los que Sanshiro se abstuvo de hablar. Parecía como si estuviera avergonzado. El profesor arrancó de nuevo. —De cualquier forma, ya pasó todo, así que vamos a olvidarlo. Sasaki se disculpó por ello, y supongo que hoy volverá a ser él mismo. Estará en las nubes, como siempre. No sacaremos nada en claro criticándolo a sus espaldas. Ahí le tienes: ha salido a vender entradas, como si nada hubiera pasado. Hablemos de algo más

interesante. —De acuerdo. —Como te dije hace un rato, tuve un sueño interesante. En él me encontraba con una joven a la que he visto solamente una vez en mi vida. Puede que todo este asunto te suene raro, pero convendrías conmigo en que es más divertido hablar de esto que de los artículos que se publican en los periódicos. —Sí. ¿Y qué tipo de chica era la que salía en su sueño? —Una cosita preciosa, tendría como doce o trece años. Y un lunar en la cara. Sanshiro se sintió un poco decepcionado cuando el profesor le dijo la edad de la chica. —O sea, que la chica de su sueño es alguien que usted conoce... —Sí, la vi una sola vez. Hace veinte años... Esto también fue una sorpresa. —Es increíble que la reconociera... —Date cuenta de que era un sueño. Uno sabe estas cosas en los sueños. Este era muy agradable y muy misterioso. Estaba andando por un enorme bosque, creo, vestido con ese traje de verano tan sobado que tengo y con mi viejo sombrero. Ah, y recuerdo que algunos pensamientos muy complicados me iban rondando por la cabeza. Algo así como que las leyes del universo no cambian, no como las cosas que hay en el universo y que están gobernadas por esas leyes. Así, las leyes físicas deben existir independientemente de las cosas. Ahora que estoy despierto todo esto suena muy tonto, pero en el sueño yo estaba paseando por el bosque, pensando seriamente en este tipo de cuestiones, cuando de repente me topé con la chica. Ella estaba allí de pie, delante de mí, muy quieta. Tenía la misma cara que antes, las mismas ropas, el mismo peinado, y por supuesto el mismo lunar en la mejilla. Era la misma niña que había visto veinte años antes, no había cambiado un ápice. «Estás exactamente igual», le dije, y ella respondió: «¡Tú estás mucho más viejo que entonces!». Así que le pregunté: «¿Por qué no has cambiado?» y ella me contestó: «Porque el año que tenía esta cara, el mes que me puse estas ropas, el día que hice este peinado son mi año, mi mes y mi día favoritos». «¿Y qué día fue ese?», le pregunté. «El día, hace veinte años, en que tú y yo nos conocimos», dijo. A continuación le pregunté: «Entonces, ¿por qué he cambiado yo y tú no?» y ella me dijo: «Porque tú siempre quisiste cambiar, moverte hacia algo más hermoso». Entonces yo le dije: «Eres un cuadro», y ella me contestó: «Eres un poema». —¿Y qué pasó después? —Después viniste tú. —Usted la vio de verdad, ¿no es así? No ha sido solo un sueño... —Sí, eso es lo interesante. —Hace veinte años... ¿Cómo la conoció? Las ventanas de la nariz del profesor empezaron a despedir humo de nuevo. Se dedicó a mirar las volutas en silencio durante un rato. Luego continuó. —La promulgación de la Constitución tuvo lugar en 1889, el vigésimo segundo año de la era Meiji. El Ministro de Educación, Mori Arinori, fue asesinado antes de salir para las ceremonias de celebración. No te acordarás. Déjame ver, ¿cuántos años tienes? Sí, aún eras un bebé. Yo estudiaba en el Instituto. Se suponía que unos cuantos de nosotros íbamos a participar en la procesión que se había organizado con motivo de los funerales. Salimos de la escuela con nuestros rifles al hombro, suponiendo que marchábamos hacia el cementerio. Pero no fue así. El instructor de gimnasia nos llevó hasta Takebashiuchi y nos alineó a lo largo de la calle. Se suponía que íbamos a «escortar» el ataúd del Ministro al cementerio. Lo único que teníamos que hacer era quedarnos allí de pie, viendo cómo pasaba el cortejo fúnebre. Aún recuerdo el frío que hacía. Tuvimos que pasar tanto tiempo allí firmes que las plantas de los pies me estallaban de dolor. El compañero que estaba a mi lado no paraba de mirarme la nariz y decirme lo roja que la tenía. Por fin llegó la procesión, y recuerdo que se me hizo eterna. Un número interminable de rickshaws y carruajes pasaron frente a nosotros en medio del aire helado de la mañana. Y allí, en uno de los carruajes, iba la niña de la que te hablo, con su lunar en la mejilla. Intento revivir la escena entera, pero en mi mente

la veo muy borrosa. No consigo tener una imagen clara de la procesión, ni de los carruajes, ni de la gente. Pero sí recuerdo perfectamente a la niña. Incluso aunque con el paso de los años el acontecimiento se haya desdibujado en mi memoria y ahora no piense casi nunca en él. Pero la imagen de la niña es tan clara que fue como si se me hubiera grabado a fuego en la mente. Extraño... —¿Y nunca la ha vuelto a ver desde entonces? — Nunca. —Entonces no sabe nada de ella. —No, claro que no. —¿No intentó enterarse de quién era? —No. —Y es por eso por lo que usted... —Sanshiro no pudo continuar. —Por lo que yo, ¿qué? —¿Por lo que nunca se casó? El profesor se empezó a reírse a carcajadas. —¡Ay, no creas que soy tan romántico! De hecho soy mucho más prosaico que tú... —Pero si pudiera haberse casado con ella, lo habría hecho, ¿no es verdad? — Bueno... —dijo, tras haberlo pensado un instante—. Sí, supongo que me habría casado con ella. Una mirada de compasión cruzó el rostro de Sanshiro. Cuando vio esto, el profesor continuó. —Si pretendes decir que me vi obligado a permanecer soltero por su causa, eso significaría que esa niña me convirtió en un lisiado. Hay algunas personas lisiadas de nacimiento, en lo que al matrimonio se refiere; simplemente son incapaces de casarse. Otros no se casan por cosas que les han pasado... —¿Tantas cosas hay que hacen que la gente no se case? El profesor miró a Sanshiro fijamente a través del humo. —Tú sabes que Hamlet no quería casarse. Es posible que Hamlet hubiera solo uno, pero hay muchas personas que se le parecen en ese sentido. —¿Por ejemplo...? —Por ejemplo... — empezó a decir el profesor y de repente se paró. El humo manaba de su nariz como si fuera una locomotora—. Por ejemplo, supón que hay un joven. Su padre murió cuando él era pequeño y tuvo que ser criado por su madre. Entonces su madre enferma de repente y cuando está a punto de morir le dice que vaya a ver a cierto hombre a quien se ha de encomendar. El hijo nunca ha visto a ese hombre, nunca ha oído hablar de él. Le pregunta a su madre a qué viene todo eso. Ella no dice nada. Él la presiona para conseguir una respuesta y con una voz muy débil ella le dice que el hombre es su verdadero padre. —El profesor hizo una pausa—. Pues bien. Esto es solo una historia, pero supón que hubiera un hijo con una madre como esa. ¿No crees que ese muchacho perdería toda su fe en la institución del matrimonio? —Sí, pero ciertamente no podría haber mucha gente a la que le hubiera ocurrido algo así. —No, no mucha, pero alguna hay... —Usted no es uno de ellos, ¿verdad, profesor? El profesor se rió. Después preguntó: —Tu madre aún vive, ¿no? —Sí. —¿Y tu padre? —Está muerto. —Oh... Mi propia madre murió apenas un año después de que se promulgara la Constitución.

Capítulo XII

El tiempo era relativamente frío cuando la Sociedad Literaria presentó sus cuatro veladas teatrales. El año estaba tocando a su fin y el próximo ya se entreveía, y no parecía que faltasen todavía tres semanas para que comenzase. Los hombres del mercado sufrían los apuros de las vacaciones; los balances anuales de los libros contables caían sobre las cabezas de los pobres. En medio de todo esto las veladas teatrales daban la bienvenida a la gente acomodada, a los hombres ociosos, a todos aquellos que no veían ninguna diferencia entre el año que terminaba y el que estaba a punto de comenzar. El primer día de representaciones vinieron muchos espectadores: hombres, mujeres, casi todos muy jóvenes. Yojiro le anunció a Sanshiro que había sido un gran éxito y le pidió que acudiese al espectáculo del segundo día junto con el profesor Hirota. Sus entradas eran para funciones distintas, objetó Sanshiro. Sí, claro, replicó Yojiro, pero el profesor jamás iría solo; Sanshiro tendría que pasar por su casa y convencerle para salir. Él estuvo de acuerdo. Cuando llegó a su casa al final de la tarde Sanshiro encontró al profesor sentado bajo la luz de la lámpara con un libro voluminoso entre las manos. Cuando le entregó la invitación, el profesor sonrió débilmente y negó con la cabeza. Era el tipo de cosas que haría un niño, pero a Sanshiro le pareció más bien algo propio de un auténtico estudioso. Quizás encontrara una cierta dignidad en aquel silencioso gesto. Sanshiro se sentó en cuclillas y observó expectante al profesor sentado junto a su escritorio bajo. Hirota parecía dar signos de arrepentimiento por haber rechazado de ese modo su invitación. — Si quieres ve tú; yo te acompañaré hasta la puerta del teatro. Salieron a la calle. El profesor vestía una capa negra. Parecía llevar los brazos cruzados bajo la capa, pero Sanshiro no estaba seguro de ello. El cielo caía bajo. Era una de esas noches frías en las que no pueden verse las estrellas. — Parece que va a llover — dijo el profesor. — Espero que no lo haga. — Sí, sería algo fastidioso para todo lo relacionado con la obra. Pero los teatros japoneses son incómodos de por sí incluso cuando hace buen tiempo: para empezar, hay que dejar los zapatos en el guardarropa. Y luego no hay ventilación, y todo el recinto se llena de humo de tabaco, así que casi siempre acabas con dolor de cabeza... Me pregunto cómo lo aguanta la gente. — Quizás tenga razón, pero una obra como esta nunca podría representarse al aire libre. — La *kagura*, la danza local de Shinto siempre se celebra al aire libre, incluso cuando hace frío, y nunca ha pasado nada. Eso no venía al caso, pensó Sanshiro retrasando su réplica. — En mi opinión, es mejor al aire libre. Me gustaría asistir a una bonita representación y respirar aire puro bajo un cielo precioso cuando no hace ni demasiado calor ni demasiado frío. De ese modo podría asistir a una obra tan pura y sencilla como el aire transparente. — Así sería su sueño si se transformara en una obra de teatro. — ¿Conoces el teatro griego? — No mucho. Se representaba al aire libre, ¿no es cierto? — Así es. A plena luz del día. Debía ser una delicia. Los asientos eran de piedra natural, un teatro a lo grande. Me gustaría llevar allí al tunante de Yojiro y que pudiera echar un vistazo. Le haría mucho bien. Ya empezaba otra vez con Yojiro. Tenía gracia, pensó Sanshiro, porque justo en ese instante su amigo estaría en su salsa, brincando de un lado a otro del teatro abarrotado y prestando ostentosamente su ayuda a

todo el que a su juicio la necesitase. Menudas serían las quejas de Yojiro si Sanshiro se presentara sin el profesor: «¡Al final no ha venido! Ojalá pudiésemos hacerlo salir de vez en cuando para que viera cosas como estas. Le haría mucho bien. ¡Pero nunca me escucha, maldición!»). El profesor prosiguió con su descripción detallada de la estructura de un teatro griego. Sanshiro aprendió así el significado de los términos *theatron*, *orchêstra*, *skênê* y *proskênion*. Aprendió que había un tipo alemán que sostenía que el teatro de Atenas tenía un aforo para diecisiete mil personas. Y eso cuando solo se ocupaba la parte estrecha de la zona destinada al público. En su parte más amplia tenía capacidad para cincuenta mil. También aprendió que existían dos tipos de entradas: las de marfil y las de plomo. Ambas tenían una forma parecida a los medallones, con dibujos cincelados o grabados. El profesor sabía incluso el precio de las entradas. Una función costaba doce senes y un programa completo de tres días, treinta y cinco senes. Sanshiro seguía expresando su admiración por los conocimientos del profesor cuando llegaron a la puerta del teatro. El lugar estaba resplandeciente de luces eléctricas. La gente entraba en tropel. La actividad superaba incluso la descripción de Yojiro. —¿Por qué no entra, profesor? Ha venido caminando desde tan lejos... —No, yo no. Y dicho esto, Hirota se dio la vuelta y se internó de nuevo en la oscuridad de las calles. Sanshiro le observó marcharse. Llegaron varios rickshaws y sus pasajeros se precipitaron a la puerta del teatro, como molestos por el tiempo que preveían que se tardaría en dejar los zapatos en la consigna. También Sanshiro se apresuró a entrar en la sala, en medio de los empujones de los espectadores impacientes. En la entrada había cuatro o cinco hombres que parecían bastante ociosos. Uno de ellos, que vestía de manera formal, cogió su entrada. Sanshiro miró por detrás de aquel hombre y vio el amplio espacio del vestíbulo que se abría justo después de la puerta de entrada. El recinto resplandecía. Casi le daban ganas de protegerse la vista mientras era conducido hasta su asiento. Después de acomodarse en el estrecho espacio que le correspondía, miró a su alrededor. Estaba fascinado por los colores de las ropas del público, no solo porque moviera constantemente los ojos, sino porque los colores adheridos a los innumerables seres humanos se movían también, se movían sin cesar, cada uno de ellos de modo independiente, dentro del gran espacio cerrado. Sobre el escenario, la obra ya había dado comienzo. Todos los personajes lucían el calzado y el tocado de la nobleza antigua. En escena apareció un largo palanquín que se detuvo a la orden de un personaje que estaba en mitad del escenario. Unos cuantos hombres descendieron del palanquín, seguidos por un caballero de porte aristocrático. Este desenvainó su espada y empezó a batirse en duelo con el que había dado la orden de detener el palanquín. Sanshiro no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo. Yojiro le había relatado la historia, pero Sanshiro no le había prestado demasiado atención, pues pensaba que deduciría el argumento naturalmente al ver la obra. Sin embargo, ahora el significado se le escapaba. Tan solo recordaba el nombre de uno de los personajes, el gran ministro Iruka.⁴³ ¿Cuál de todos aquellos sería Iruka? Pronto desistió de intentar averiguarlo y decidió disfrutar de toda la escena como si cada uno de los personajes fuera Iruka. Al cabo de un rato, el tocado, las botas, los ropajes de mangas estrechas e incluso el lenguaje empezaron a parecerle típicamente irukeses. En realidad, y para empezar, Sanshiro no tenía una idea demasiado precisa de quién era Iruka. Su estudio mismo de la historia japonesa formaba ya parte del pasado lejano, y había olvidado por completo a Iruka, que pertenecía a la época más antigua. ¿Tal vez vivió en el reino de la emperatriz Suiko? Aunque también podría ser perfectamente el del emperador Kimmei. No, tuvo que

ser o durante el reinado de Ojin o del de Shomu, de eso estaba seguro. Sencillamente Sanshiro se imbuyó del espíritu de Iruka. Eso era más que suficiente para disfrutar de la obra, decidió, y se dedicó a admirar el vestuario y los decorados de estilo vagamente chino. En cualquier caso, no se enteró lo más mínimo de la trama. Llegado el momento, cayó el telón. Un rato antes, Sanshiro había escuchado al hombre que tenía sentado a su lado comentarle a su vecino que parecía como si los actores, en vez de actuar, estuvieran charlando tranquilamente en familia en el salón de su casa; en resumen, que parecían carecer de la más mínima disciplina dramática. Su vecino, que también era bastante crítico, decía que ninguno de los actores sabía estarse quieto en medio del escenario. Ambos se sabían al dedillo los nombres de los actores. Sanshiro intentó captar su conversación. Los dos iban muy bien vestidos. Pensó que debía tratarse de personas famosas. No obstante, si Yojiro les hubiese escuchado, pensó Sanshiro, con toda seguridad habría estado en desacuerdo con ellos. Justo entonces un hombre en la parte de atrás mostró ruidosamente su aprobación por la obra. Los dos hombres miraron nerviosos a su alrededor y después enmudecieron. Aquello coincidió con la caída del telón. Poco a poco los espectadores fueron abandonando sus asientos. La gente empezó a arremolinarse desde la rampa del escenario hasta la salida. Sanshiro se levantó un poco y, en esta incómoda posición, miró a su alrededor. Una de las razones por las que había venido aquella noche era porque quería encontrarse con alguien. Pero allí no había rastro de la persona que andaba buscando, que no era otra que Mineko. Se había pasado la obra atisbando por entre el patio de butacas, por si la veía. Al no conseguirlo, aplazó su búsqueda hasta el intermedio, y ahora se sentía un tanto decepcionado. Todo lo que podía hacer era volver a sus cosas. Los dos tipos que tenía a su lado parecían conocer a mucha gente. Mientras se giraban a la derecha y la izquierda, pronunciaban una pila de nombres famosos: allí estaban fulano y mengano, allí, zutano. Intercambiaron reverencias en el vestíbulo con una o dos personas. Gracias a ellos, Sanshiro supo qué aspecto tenían las esposas de algunos hombres famosos. Una de ellas era una reciente esposa a la que, aparentemente, también el vecino de Sanshiro veía por vez primera. El tipo se tomó la molestia de limpiarse las gafas y la miró diciendo: «Oh, sí. Oh, sí». Fue justo entonces cuando Yojiro apareció correteando desde la parte delantera del escenario acortinado, deteniéndose a una cierta distancia de Sanshiro. Se inclinó ligeramente y luego se puso de cara al público. Sanshiro siguió su línea de visión y allí, a algunos metros de su amigo, pudo divisar el perfil de Mineko. Estaba acompañada de un hombre que Sanshiro no pudo reconocer, pues estaba sentado de espaldas a él. Deseó que aquel hombre mirase en su dirección. Casi en respuesta a ello, el hombre se incorporó, probablemente cansado de permanecer sentado con las piernas cruzadas en el palco abarrotado. Se sentó en una barandilla y su mirada recorrió todo el recinto del teatro. Sanshiro reconoció entonces la amplia frente y los grandes ojos de Nonomiya Sohachi. Al levantarse Nonomiya, Sanshiro vio que Yoshiko estaba detrás de Mineko. Intentó averiguar si había alguien más en el grupo, pero el público estaba tan apelotonado que, desde aquella distancia, cualquiera habría podido formar parte de él. Mineko y Yojiro, de tanto en tanto, parecían intercambiar opiniones. Nonomiya también terciaba de vez en cuando. De repente, de detrás de la cortina salió Haraguchi. Se situó junto a Yojiro y observó al público. También él movía los labios. Nonomiya asintió como dándoles una señal y Haraguchi le dio una palmada en la espalda a Yojiro. Yojiro se giró y desapareció tras la cortina. Haraguchi descendió del escenario y se abrió paso entre la multitud hasta Nonomiya, quien se

incorporó y le dejó pasar. Haraguchi se sumergió en el barullo y desapareció cerca de Mineko y Yoshiko. Sanshiro, que había estado observando todos estos movimientos con muchísimo mayor interés del que había reservado a la obra, de repente sintió envidia de esa forma que Haraguchi tenía de actuar. Nunca se le había ocurrido que alguien pudiera comportarse con la gente de manera tan adecuada. ¿Tal vez debería intentar imitar a Haraguchi y unirse al grupo de Mineko? Pero la idea misma pareció agotar todas las reservas de coraje que serían necesarias para siquiera intentarlo. Se persuadió de que era improbable encontrar otro lugar donde acomodarse, de modo que finalmente permaneció donde estaba. Pronto se levantó el telón de nuevo y empezó la representación del *Hamlet*. En una ocasión, en casa del profesor Hirota, Sanshiro había visto una fotografía de un famoso actor occidental vestido de Hamlet. El Hamlet que aparecía ahora ante él vestía de forma muy parecida. También los rostros eran muy similares. En ambos casos los actores fruncían el ceño con cara de angustia. Los movimientos de este Hamlet eran maravillosamente ágiles. El actor se movía con amplitud por el escenario y toda la escena se movía con él. Era muy distinto del recogido estilo *Noh* del *Iruka*. Especialmente cuando se situaba en mitad del escenario, con los brazos abiertos o mirando hacia el cielo, levantaba tanta expectación que los espectadores no podían centrar su atención en nada más. Los diálogos, naturalmente, estaban traducidos al japonés. Pero el idioma, puesto en los labios de Hamlet, sonaba algo exagerado, como si los ritmos no fuesen del todo naturales. Fluía de tal modo que en ocasiones hasta parecía demasiado elocuente. Estaba escrito en un bello estilo literario, pero no acababa de conmovier al público. Era como si Sanshiro deseara que Hamlet soltase de vez en cuando algo típicamente japonés. Cuando esperaba que dijese algo como: «Madre, no debéis hacerlo. Sería una afrenta a la memoria de nuestro padre», Hamlet en cambio se dedicaba a invocar a Apolo o algún otro dios, y pasaba a otra cosa. Y mientras lo decía, de un modo bastante incongruente, la madre y el hijo hacían como si estuviesen a punto de romper en llanto. Sanshiro, no obstante, era consciente solo en parte de tales incoherencias. Ni de lejos hubiese tenido el valor considerar todo aquello algo absurdo. De este modo, cuando se cansaba del *Hamlet*, se giraba para observar a Mineko. Entonces Mineko volvía a ser ocultada por la silueta de alguien, y Sanshiro volvía a *Hamlet*. Cuando Hamlet se dirigió a Ofelia y le dijo: «Ingresad en un convento», Sanshiro pensó en el profesor Hirota. Nadie que fuera como Hamlet podría casarse, había afirmado el profesor, lo cual parecía cierto cuando uno se detenía en las partes más poéticas del texto; sin embargo, sobre el escenario parecía que Hamlet podría haberse casado perfectamente si hubiera querido. Tras considerarlo detenidamente, Sanshiro concluyó que ello se debía a que el verso «Ingresad en un convento» no era el más apropiado a las circunstancias. Y la prueba de ello era que incluso después de que Hamlet se lo hubiera dicho, uno no conseguía realmente sentir lástima de Ofelia. El telón cayó de nuevo. Mineko y Yoshiko abandonaron la sala y Sanshiro las siguió. Cuando por fin pudo salir sorteando a la muchedumbre, ellas ya estaban abajo, charlando con un hombre del que solo veía medio cuerpo que asomaba por la puerta que daba al pasillo. Sanshiro se retiró en cuanto vio el perfil del hombre. Pero en lugar de regresar a su asiento, pidió sus zapatos y se marchó del teatro. La noche, ya avanzada, era oscura. Al pasar junto a una zona iluminada, le pareció percibir alguna gota ocasional de lluvia. El viento silbaba entre los árboles. Sanshiro se apresuró a regresar a su habitación. La verdadera lluvia llegó más tarde, aquella misma noche. Mientras la escuchaba caer desde su cama, Sanshiro insertó la frase «Ingresad en un convento»

dentro de una columna y empezó a dar vueltas y más vueltas en torno a ella. Tal vez el profesor Hirota estuviera también despierto. ¿Qué clase de columna estaría abrazando él? Y Yojiro... seguramente Yojiro estaría fuera, sumergido en el frío aire de la noche, enterrado en su gran oscuridad. Al día siguiente, Sanshiro se levantó con algo de fiebre. Sentía pesada la cabeza. Permaneció en cama y tomó allí el almuerzo. Se despertó mareado y sudoroso de una breve siesta. En ese momento llegó Yojiro. No había visto a Sanshiro en el teatro ni en clase. ¿Qué le ocurría? Sanshiro le agradeció la visita. —¡Pero eso es ridículo! Claro que fui anoche a la representación. ¡Estuve allí! Te vi subir al escenario y hablar con Mineko. Sanshiro empezó a sentir que deliraba. Una vez que había empezado a hablar, las palabras brotaron de él a borbotones. Yojiro puso el dorso de su mano en la frente de Sanshiro. —Tienes fiebre. Necesitas alguna medicina. ¡Vaya resfriado bueno te has pillado! En el teatro hacía demasiado calor y había demasiada luz, y en cambio fuera hacía demasiado frío y estaba oscuro. Eso no le hace bien a nadie. — Quizás no me haya sentado bien, pero qué se le va a hacer... —Quizá no se pueda hacer nada, pero aun así, no te sentó bien. Sanshiro pronunciaba frases cada vez más cortas. Mientras Yojiro intentaba levantarle el ánimo, se quedó dormido. Al cabo de una hora volvió a abrir los ojos. —¿Todavía estás aquí? —dijo al ver a Yojiro. Ya había vuelto a su ser. Yojiro le preguntó cómo se encontraba. Respondió que sentía la cabeza embotada. — Debe de ser un resfriado. —Debe de ser un resfriado... Después de este diálogo, Sanshiro dijo: —El otro día me preguntaste si había escuchado lo de Mineko, ¿te acuerdas? —¿Lo de Mineko? ¿Dónde? —En la escuela. —¿En la escuela? ¿Cuándo? Yojiro parecía no acordarse. Sanshiro tuvo que entrar en detalles. —Ah, sí, a lo mejor te mencioné algo — admitió. Sanshiro pensó que estaba siendo muy irresponsable. Yojiro intentó recordar aquel día para su atribulado amigo. Finalmente dijo—: A lo mejor era eso. Supongo que tenía que decirte que Mineko va a casarse. —¿A casarse? ¿Es definitivo? —Eso es lo que oí... No estoy seguro. —¿Con Nonomiya? —No. ¡Cómo va a casarse con Nonomiya! Con ese, imposible. El único que se me ocurre es... —empezó a decir, y se detuvo. —¿Tienes una idea de quién puede ser? —No —afirmó. Yojiro se acercó más a él—. No tengo una idea exacta, pero algo está ocurriendo, y algo raro. Me imagino que transcurrirá un tiempo antes de que nadie pueda estar seguro de lo que pasará. Sanshiro deseaba que Yojiro le revelase inmediatamente ese «algo raro» que se barruntaba, pero Yojiro se guardó para sí su opinión sobre el tema. Sanshiro aguantó todo lo que pudo, pero al final le fallaron los nervios. Le pidió a Yojiro que le dijese todo lo que sabía sobre Mineko sin que dejase nada en el tintero. Yojiro se echó a reír. Y entonces, quizá para consolar a Sanshiro, cambió de tema de forma inesperada. —¡Estás loco enamorándote de una chica como esa! No tienes ninguna posibilidad. En primer lugar, es de tu misma edad. Las mujeres no se enamoran de hombres de su misma edad, a no ser que se trate de Oshichi, la hija del verdulero.⁴⁴ Sanshiro no dijo nada, pero no llegaba a entender lo que Yojiro quería decir. —A ver, deja que me explique. Supón que juntamos a un hombre de veinte años y a una mujer de la misma edad. ¿Cuál es el resultado? ¡La mujer es superior en todo, y ella lo sabe! Ninguna mujer querría casarse con un hombre al que considerase inferior. La única excepción sería una mujer que pensase que ella es lo más grande de este mundo. Tendrá que casarse con un hombre inferior o bien quedarse soltera. Ya sabes cuán a menudo sucede eso con las chicas ricas. Quieren casarse, pero se sienten superiores a sus maridos. Bueno, pues Mineko es bastante mejor todavía que todo eso, y no tiene ninguna intención de casarse con un hombre al que no pueda respetar. Cualquier

hombre que crea que puede casarse con ella mejor haría en entender que ella nunca accederá; y esa es la razón por la que los tipos como tú y yo no podemos aspirar a ser sus maridos. En su interior, Sanshiro había acabado dándole la razón a Yojiro, pero permanecía callado. —Míralo de esta forma: los dos estamos a una gran distancia de Mineko. Ahora mismo. Tú y yo. Por nuestra forma de ser. Pero tendrán que pasar otros cinco o seis años antes de que ella pueda darse cuenta. Y no va a quedarse de brazos cruzados esperando todo ese tiempo. Tienes tantas probabilidades de emparejarte con ella como un caballo y una vaca en celo. —Yojiro se rió de su propio chiste—. Piénsalo. En otros cinco o seis años podrás tener a mujeres mucho mejores que ella. Ahora hay más mujeres que hombres en Japón. Por una mujer no vale la pena pescar un resfriado y que te suba la fiebre. ¿Por qué preocuparse cuando tienes un océano de mujeres ante ti? Yo mismo tengo unas cuantas, pero una de ellas me daba tantos problemas que no me quedó más remedio que decirle que tenía que marcharme a Nagasaki por negocios. —¿De qué estás hablando? —Ya te lo he dicho, de una de mis mujeres. —Sanshiro le miraba estupefacto—. Diablos, es el tipo de mujer al que tú nunca osarías acercarte. De todas formas, le dije que tenía que marcharme a Nagasaki para hacerme una prueba de gérmenes y que no podría verla durante un tiempo. ¿Adivina lo que me dijo? ¡Que me traería unas manzanas cuando viniera a despedirme a la estación! Sanshiro estaba cada vez más asombrado, pero alcanzó a preguntar: —¿Qué pasó entonces? —No lo sé. Probablemente se quedó esperando en la estación con sus manzanas. —¡Eres una rata! Me sorprende que hayas podido hacer algo tan horrible... —Sí, ya sé que fue horrible y que no se lo merecía, pero qué otra cosa podía hacer. Estábamos predestinados a ello desde el principio. Cuando la conocí le dije que era un estudiante de medicina, y eso fue mucho antes de que las cosas se precipitaran. —¿Por qué tuviste que mentirla? —Mis motivos tenía, créeme. De todas formas, un día la mentira que le solté se volvió en mi contra. Resultó que cayó enferma y me pidió que la examinase. Sanshiro empezaba a verle cierta gracia a todo aquel asunto. —Le dije que sacara la lengua y le di golpecitos en el pecho, e hice toda esa pantomima que hacen los médicos. Parecía que había colado, pero entonces me pidió que la llevara al hospital y le hiciese un examen completo. Sanshiro soltó finalmente una carcajada. —Así que no te preocupes. Estas cosas pasan —concluyó Yojiro. Sanshiro no tenía ni idea de lo que quería decir, pero ya se sentía mejor. Yojiro decidió entonces que era el momento de explicarle ese «algo raro» que ocurría sobre Mineko. Tanto Yoshiko como Mineko, explicó, habían recibido sendas ofertas de matrimonio. En sí mismo eso no significaba nada, pero, según sospechaba, se trataba del mismo hombre en ambos casos. Ahí es donde radicaba la rareza del asunto. También Sanshiro lo encontró desconcertante. Pero la parte de Yoshiko, al menos, era cierta. Él mismo había estado allí cuando Nomomiya convocó a su hermana para comunicárselo. Aunque quizá lo había malinterpretado, y en realidad se trataba del compromiso de Mineko de lo que se discutía. Pero no, según parecía, tampoco lo del matrimonio de Mineko era una falsa alarma. Sanshiro estaba deseoso de conocer los hechos, y le pidió a Yojiro que le ayudara a averiguarlos. Yojiro aceptó sin reservas. Haría que Yoshiko viniera a visitar al enfermo, le dijo, y así Sanshiro podría preguntarle directamente. Un solución excelente. —De modo que tendrás que tomarte la medicina y esperar en cama. —Lo haré, lo haré, aunque ya no esté resfriado... Estuvieron un rato más charlando y riéndose, y entonces Yojiro se marchó. Por el camino concertó una visita con el médico del barrio para que se pasara a reconocer a Sanshiro. El doctor lo visitó aquella misma

tarde. Sanshiro estaba un poco nervioso al principio, pues nunca antes había recibido a un médico estando solo, pero el hombre no perdió el tiempo tomándole el pulso, y eso le calmó. El doctor era un joven educado. Sanshiro pensó que debía ser el ayudante del médico. Al cabo de cinco minutos su enfermedad fue diagnosticada de modo exacto: tenía la gripe. El doctor le recetó un medicamento que habría de tomarse esa misma noche, y le ordenó evitar las corrientes de aire. Al día siguiente, cuando se despertó, Sanshiro comprobó que la congestión prácticamente le había desaparecido. Aunque se quedó en la cama, se sentía ya casi normal. Sin embargo, cuando se aventuraba lejos de las sábanas se sentía tembloroso. La criada vino y le dijo que la habitación olía a fiebre. Sanshiro no comió nada, sino que permaneció se tiró tumbado toda la mañana mirando al techo. De rato en rato se dormía. Se había rendido por completo a la fiebre y el agotamiento. Mientras estaba a su merced, sin resistencias, flotando entre el sueño y la vigilia, sentía un cierto placer en abandonarse a la naturaleza. Se debía, decidió, a que su enfermedad era menor. Cuando habían pasado cuatro horas, y luego cinco, empezó a verse invadido por el tedio. Comenzó a dar vueltas. Fuera hacía un día espléndido. El sol proyectaba sombras lentamente sobre el *shoji*. Los gorriones trinaban. Sanshiro esperaba impaciente a que llegase la tarde y Yojiro volviera a visitarlo. En un momento dado, la criada abrió la puerta y anunció la llegada de una dama. Sanshiro no esperaba a Yoshiko tan pronto. Yojiro había hecho su trabajo con su habitual celeridad. Se acomodó en la cama, con los ojos fijos en la puerta abierta, hasta que finalmente divisó su espigada figura bajo el dintel. Hoy Yoshiko vestía una falda color púrpura. De pie bajo la penumbra del pasillo, parecía dudar sobre si entrar o no. Sanshiro alzó los hombros del colchón y la invitó a pasar. Yoshiko cerró la puerta y se sentó junto a la almohada del enfermo. La pequeña habitación, al no haber sido limpiada aquella mañana, estaba en completo desorden. —No te molestes en levantarte —dijo ella. Sanshiro descansó la cabeza de nuevo sobre la almohada. —Debe de oler mal aquí dentro —dijo. —Sí, un poco —respondió ella, pero su rostro no mostraba molestia alguna—. ¿Tienes fiebre? ¿Qué has pillado? ¿Te ha visto el médico? —El médico vino anoche. Dijo que era gripe. —Yojiro me visitó esta mañana temprano y me pidió que viniera a verte. Dijo que no sabía lo que tenías, pero que parecía serio. Mineko y yo nos quedamos muy preocupadas. Yojiro había exagerado otra vez. Visto en negativo, había atraído a Yoshiko con falsos argumentos. Sanshiro se sintió mal por ello. Le agradeció su interés a Yoshiko. Esta abrió un envoltorio de tela que llevaba y sacó una cesta de naranjas. —Mineko me pidió que las comprase por el camino —le dijo con sinceridad. Sanshiro no estaba seguro de parte de quién era el regalo. Le dio las gracias a Yoshiko y lo dejó estar. —Mineko también quería venir, pero está muy ocupada estos días. Te manda recuerdos. —¿Va a ocurrir algo especial que la tenga tan ocupada? —Sí, tiene cosas que hacer... —Los grandes ojos negros de Yoshiko se posaron en el rostro almohadillado de Sanshiro. Él miró su pálida frente y recordó el día, tiempo atrás, en que la vio por primera vez en el hospital. También ahora parecía una muchacha lánguida, como entonces, y al mismo tiempo vivaz. Había traído al lecho del enfermo Sanshiro un consuelo completo en el que él podía depositar su confianza. —¿Quieres que te monde una naranja? Extrajo una pieza de fruta de debajo del manto de hojas verdes. Sediento, él bebió con ansia el dulce rocío y su fragancia se esparció por el lugar. —Están deliciosas, ¿verdad? Son de parte de Mineko. —Ya no quiero más. Ella se sacó un pañuelo blanco de debajo de la manga y se secó las manos. —Yoshiko, ¿qué ocurrió con tu proposición de matrimonio? —Nada. Tú mismo

viste cómo terminó. —He oído que también Mineko recibió una. —Sí, está todo arreglado. —¿Con quién va a casarse? —¿Con el hombre que me lo pidió a mí! ¿No tiene gracia? Es amigo del hermano de Mineko. Pronto estaré viviendo de nuevo con mi hermano. La lástima es que no podré quedarme con los Satomi cuando Mineko ya no esté... —¿No vas a casarte? —Sí, lo haré. Pero solo si encuentro a algún hombre con el que me apetezca casarme. —Zanjó el tema y se rió con ganas. No había nadie con quien deseara casarse ahora, de eso podía estar seguro. Sanshiro permaneció en cama cuatro días más. Al quinto se atrevió a levantarse y darse un baño. Se tiró un buen rato mirándose en el espejo. No tenía demasiado mal aspecto para ser un cadáver. Esa visión le espoléó a salir en cuanto pudiera y visitar al barbero. El día siguiente era domingo. Después del desayuno se vistió para protegerse del frío con dos mudas y un abrigo y se fue a visitar a Mineko. Yoshiko estaba sentada en la puerta de entrada. Le dijo que estaba a punto de marcharse a casa de su hermano. Mineko había salido. Acompañó a Sanshiro hasta la calle. —¿Ya estás completamente recuperado? —Sí, ya estoy bien, gracias. Esperaba ver a... —¿Kyosuke? —No, a Mineko. —Ha ido a la iglesia. Sanshiro no sabía de la devoción religiosa de Mineko. Le preguntó a Yoshiko cómo podía llegar hasta allí y se separaron. Después de doblar tres esquinas, llegó directamente frente a la iglesia. Sanshiro nunca había tenido nada que ver con la «religión de Jesús», y nunca había visto una iglesia por dentro. Se quedó fuera y admiró el edificio. Leyó el letrero que anunciaba el sermón. Caminó de un lado para otro junto a la verja de hierro. En alguna ocasión se inclinó para ver qué pasaba dentro. Estaba decidido a esperar allí hasta que saliera Mineko. En algún momento oyó cánticos. Esto debe de ser lo que llaman himnos, pensó. Era algo que ocurría dentro de unas ventanas altas y cerradas. A juzgar por el volumen, había un buen número de personas cantando. La voz de Mineko, sin duda, estaba entre ellas. Sanshiro escuchó atentamente. El canto cesó. El viento sopló. Sanshiro se levantó el cuello del abrigo. Una de las nubes de Mineko apareció en el cielo. Una vez había mirado el cielo otoñal junto a Mineko. Ocurrió en el piso de arriba de la casa del profesor Hirota. Otra vez, cuando él estaba sentado junto a pequeño riachuelo en el campo. Tampoco entonces estuvo solo. *Stray sheep. Stray sheep.* La nube parecía una oveja descarriada. De repente se abrió la puerta de la iglesia. La gente salió, regresando del Paraíso al mundo fugaz de los hombres. Mineko era la cuarta por la cola. Llevaba un abrigo a rayas que le llegaba hasta los tobillos. La cabeza inclinada mientras bajaba las escaleras. Parecía tener frío. Con los hombros encogidos y las manos cruzadas frente a sí, hacía todo lo posible para eliminar todo contacto con el mundo exterior. Mineko conservaba ese aire ausente hasta que alcanzó la verja de entrada. Como si solo entonces cobrara conciencia del ajetreo de la calle, alzó la vista. Sus ojos se fijaron en el sombrero que Sanshiro sujetaba con la mano. Los dos caminaron juntos hasta el letrero de los sermones. —¿Hay algún problema? —Te he ido a buscar a tu casa. —¿Ah, sí? Bueno, acompáñame hasta allí. Ella empezó a girarse. Calzaba los mismos zuecos bajos de siempre. Sanshiro se acercó más a la verja de la iglesia. —Está bien. Solo quería verte un momento. He estado esperando a que salieras. —Tenías que haber entrado. Debes de haber pasado frío. —Sí. —¿Ya te encuentras mejor? Si no tienes cuidado, tendrás una recaída. Todavía pareces algo pálido. Él no respondió, sino que extrajo un pequeño paquete envuelto en papel de carta del bolsillo de su abrigo. —Es el dinero que te debo. Muchas gracias. Hace tiempo que quería devolvértelo. Siento haber tardado tanto. Mineko miró a Sanshiro, pero aceptó el dinero sin protestar, aunque, una vez lo tuvo en

las manos, se lo quedó mirando. Sanshiro también lo miró. Durante un rato no dijeron nada. Finalmente Mineko habló. —¿Estás seguro de que no lo necesitas? —No, recibí el dinero de casa. Por favor, quédatelo. —Entiendo. Entonces lo aceptaré. Se guardó el dinero en la pechera de su abrigo. Cuando retiró la mano, sostenía un pañuelo negro. Se lo llevó hacia el rostro, mirando fijamente a Sanshiro. Quizá estaba inhalando algo de la tela. De repente, se lo ofreció. Sostuvo el pañuelo ante el rostro de Sanshiro. Desprendía un penetrante aroma. —Heliotropo —dijo ella suavemente. Sanshiro echó hacia atrás la cabeza. La botella de Heliotropo. La noche en Yonchome. *Stray sheep. Stray sheep.* En el cielo el sol estaba alto y brillaba. —He oído que vas a casarte. Mineko se guardó el pañuelo en la manga. —¿Ya lo sabes? —dijo estrechando los párpados ligeramente arrugados para mirar a Sanshiro. Sus ojos le decían que de pronto había sido situada a distancia, y se descubrió más disgustada por ello de lo que debería. La preocupación, no obstante, no se mostraba en su frente, que denotaba una calma indudable. A Sanshiro la lengua se le adhirió al paladar. Tras haberle observado un buen rato, Mineko lanzó un suspiro casi inaudible. Y por fin, palpando con una esbelta mano sus pobladas cejas, murmuró: —*Porque yo reconozco mis faltas, y mi pecado está siempre ante mí.*⁴⁵ Habló tan bajo que lo que dijo fue casi inaudible, pero Sanshiro la oyó perfectamente. Fue así como Sanshiro y Mineko se separaron. Cuando él regresó a su habitación, encontró un telegrama de su madre: «¿Cuándo vendrás a casa?», decía.

Capítulo XIII

El cuadro de Haraguchi estaba terminado. El Tanseikai lo colgó en la pared más visible de la galería. Frente al cuadro colocaron un banco. Era para descansar. También era para admirar la pintura. Servía tanto para el descanso como para la contemplación. De ese modo se encargaba el Tanseikai de satisfacer las necesidades de los muchos espectadores que se detendrían ante esta obra. El motivo de tal tratamiento era, decían algunos, que se trataba de un logro muy especial. Otros dijeron que era porque el título atraía la atención de la gente. Otros que era a causa de la belleza de la chica del cuadro. Uno o dos miembros del Tanseikai explicaron que era sencillamente porque el cuadro era demasiado grande para colocarlo en otro sitio. Y ciertamente era muy grande. En su nuevo marco dorado de quince centímetros de grosor parecía lo suficientemente grande como para ser tomado por un cuadro especial. Haraguchi se detuvo allí el día anterior a la inauguración de la exposición para inspeccionar su trabajo. Se sentó en el banco y miró el cuadro durante largo rato, chupando meditabundo su pipa. Finalmente se puso en pie y emprendió un cuidadoso recorrido por todas las piezas que componían la muestra. Entonces regresó al banco y llenó por segunda vez su pipa con placer. Las multitudes se arremolinaron frente a *La joven del bosque* desde el mismo día de la inauguración. El banco se reveló como un ornamento inútil, aunque los espectadores cansados podían sentarse en él para dejar de ver el cuadro. Pero incluso mientras descansaban, algunos intercambiaban opiniones sobre *La joven del bosque*. El esposo de Mineko la llevó a la muestra el segundo día. Haraguchi en persona fue su guía. Cuando llegaron ante el cuadro, Haraguchi miró a la pareja y preguntó: —¿Qué os parece? —Excelente —dijo el esposo, fijando su mirada en él desde detrás de sus gafas—. Me gusta esa pose, y cómo sostiene el abanico redondo. El ojo de un profesional ve las cosas de forma distinta, después de todo. ¿Quién más habría pensado en esto? La luz del rostro está bellamente conseguida. El contraste entre la sombra y la luz del sol es muy vivo. El rostro por sí solo está lleno de extraordinarios e interesantes matices. —Me temo que no es mérito mío. La modelo lo quiso de esta manera. —Muchas gracias —dijo Mineko. —Déjame que yo te dé las gracias a ti —respondió Haraguchi. El esposo de Mineko parecía muy contento de oír que la idea del cuadro había sido de su esposa. El agradecimiento que expresó fue el más cordial de todos. Pasado el mediodía del primer sábado que siguió a la inauguración, el profesor Hirota, Nonomiya, Yojiro y Sanshiro acudieron juntos a la exposición. Decidieron dejar el resto para más tarde y los cuatro fueron directos a *La joven del bosque*. —Es este, es este... —dijo Yojiro. Una multitud estaba en pie frente al cuadro. Sanshiro, plantado en la entrada del museo, dudó un instante. Nonomiya entró detrás de ellos. Parecía distante. Sanshiro observó el cuadro una sola vez desde detrás de la multitud y luego retiró la vista. Se apoyó en el banco, esperando a los demás. —¿Qué cuadro tan enorme! —dijo Yojiro. —Haraguchi me ha dicho que quiere que seas tú quien lo compre —dijo el profesor Hirota. —No soy yo quien... —empezó a decir hasta que vio a Sanshiro apoyado contra el banco, con el ceño fruncido. —Su utilización del color es muy elegante. Es muy *iki* ⁴⁶ —fue la opinión crítica de Nonomiya. El profesor Hirota

ofreció entonces la suya. —Está realizado de una manera casi demasiado inteligente. Ahora entiendo por qué me confesó Haraguchi que no se podía pintar un cuadro como quien toca un tambor. —¿A qué clase de cuadro se refería? —preguntó Nonomiya. —A un cuadro estúpido y placentero como el sonido de un tamborcillo *Noh*. Un tipo de pintura interesante, ciertamente. Los dos se echaron a reír. Discutieron acerca de la técnica, pero Yojiro tenía su propia opinión. —¡Nadie podría pintar a Mineko de manera estúpida y placentera! Nonomiya empezó a rebuscar en su bolsillo un lápiz para anotar la referencia del catálogo. En su lugar encontró una tarjetita impresa. Era una invitación a la recepción de bodas de Mineko. Nonomiya y el profesor Hirota habían acudido en levita. Sanshiro encontró la invitación sobre su mesa el día que regresó a Tokio. La boda ya se había celebrado. Nonomiya rompió en pedacitos la invitación y los tiró al suelo. Él y el profesor Hirota se enzarzaron en la crítica de los cuadros restantes. Yojiro se acercó a Sanshiro. —¿Te gusta *La joven del bosque*? —El título no es apropiado. —¿Cuál debería ser, entonces? Sanshiro no le respondió, pero para sus adentros llevaba ya un buen rato musitando: «*Stray Sheep. Stray Sheep*».

Fin

notes

Notas a pie de página

¹ Kyushu, situada al sur del Japón, es la tercera isla más grande del archipiélago. Está considerada la cuna de la civilización japonesa. (*Todas las notas son de la traductora.*) ² El *obi* es una faja ancha que se utiliza para fijar el kimono y que se ata habitualmente a la espalda. Prenda propia del período Edo (1600-1868), sus medidas quedaron estandarizadas en 30 centímetros de ancho por 360 de largo. ³ El nombre científico de este pez es el *Plecoglossus Altivelis*. Habita de manera natural lagos, ríos y en el mar al oeste de Hokkaido. También se lo conoce como «pez dulce» (por el sabor de su carne) o «pez de un año», pues solo vive durante ese periodo de tiempo. ⁴ Las *geta*, especie de zuecos de madera a modo de chancleta, constituyen probablemente el más típico de los calzados japoneses. Las *geta* están formadas por una tabla, llamada *dai*, y por dos plataformas o dientes de madera (*ha*) que mantienen el pie elevado varios centímetros por encima del suelo, por lo que son ideales para la nieve y la lluvia. Suelen usarse con el kimono, así como con ropa occidental. ⁵ Marunouchi es el barrio comercial y financiero de Tokio. Su nombre significa «dentro del círculo», debido a que en tiempos estaba delimitado por el foso del Palacio Imperial, que queda bastante cerca del corazón del distrito. ⁶ La llamada Era Meiji abarca desde el 3 de febrero de 1867, fecha de la llegada al trono del emperador Meiji, Mutsuhito, hasta su muerte, acaecida el 30 de julio 1912. Durante la Era Meiji (expresión que significa «Culto a la Regla»), Japón pasó de ser un país feudal y descentralizado, dominado por el shogunato Tokugawa, a una de las mayores potencias industriales del mundo, imbuida de los principios de las democracias occidentales. ⁷ El parque Ueno es uno de los más importantes parques de Japón. Se abrió al público en 1873 y en 1882 albergó el primer parque zoológico del país. ⁸ Los *tabi* son los calcetines tradicionales japoneses. Son utilizados tanto por hombres como por mujeres, y se suelen usar con los *geta*, o sandalias de madera. Por eso, estos calcetines presentan una separación entre el dedo gordo y el resto, para poder así insertar el *hanao*, o tira de tela que se coloca entre los dedos, sin problemas. Los *tabi* más elegantes son los de color blanco. ⁹ Erwin Bälz (1849-1913) fue un médico y antropólogo alemán, y el principal promotor de la medicina occidental en Japón. Durante veintisiete años fue profesor de la facultad de medicina de la Universidad Imperial de Tokio, y médico de los principales mandatarios japoneses, además de creador del mejor balneario de Japón, el de Kusatsu, hecho a imagen y semejanza del de Karlsbad. En 1881 se casó con una mujer japonesa, Toda Hanako, con la que tuvo dos hijos. Llegó a ser médico personal de la familia imperial japonesa entre 1902 y 1903. ¹⁰ *Taiyo* (que podría traducirse como «el Sol») fue una famosa revista japonesa que apareció entre 1895 y 1928, conocida por sus artículos de crítica literaria y por la inclusión de textos de autores occidentales a los que popularizó en Japón, como Edgar Allan Poe, Gustave Flaubert, Guy de Maupassant, Mark Twain o Lev Tolstói. ¹¹ El Yose es una especie de teatro al estilo vodevil que se hizo especialmente conocido en Japón desde el siglo XVII. Era el preferido de las clases más populares. ¹² Lafcadio Hearn (Léucade, Grecia, 1850-Tokio, 1904), tras trabajar en Estados Unidos como reportero, se afincó en Japón en 1890 y pidió la nacionalidad japonesa, adoptando el nombre de Yakumo Koizumi. Fue catedrático de Literatura en la

Universidad Imperial de Tokio, en el mismo puesto que ocuparía Sōseki tras su traumática estancia en Inglaterra.¹³ Los *tatami*, alfombrillas que cubren los suelos de las habitaciones japonesas, son también una medida de superficie. En concreto un *tatami* equivale a 90 × 180 cm.¹⁴ Es el *Upeneus Japonicus*, un pez amarillo parecido a nuestro salmonete.¹⁵ El período Edo dura de 1603 a 1868, año en que se produce la Restauración Meiji. Está vinculado al mandado del shogunato Tokugawa o Edo, de signo radicalmente aristocrático y aislacionista, pero que marca la era de modernización de Japón. Hay que indicar que por entonces la capital de Japón, Tokio, recibía el nombre de Edo.¹⁶ Hirota probablemente se refiere a la *Edo Meisho Zue (Guía al famoso emplazamiento de Edo)* una célebre guía ilustrada dedicada a glosar el bello paisaje de Tokio. Su primera publicación data de 1834, y desde entonces ha conocido numerosas reediciones.¹⁷ El clan Satake es uno de los más importantes clanes de samuráis de Japón. Sus orígenes se remontan al siglo XII, como descendientes del clan Minamoto. Su condición de señores (*daimyo*) data del período Edo. Aun hoy poseen numerosas propiedades en todo Japón.¹⁸ El *manju* es un popular postre japonés. Se trata de una especie de empanadilla hecha con masa de harina, huevos, azúcar, y cocinada al vapor con un relleno de dulce de chiles.¹⁹ Nombre que los chinos dan al kiwi.²⁰ El *shoji*, en arquitectura tradicional japonesa, es lámina traslúcida de papel o de plástico que se utiliza como puerta, ventana o sirve como división dentro de una estancia.²¹ La frase, cuya formulación completa es: «*Do, pity me: Pity's akin to love*», puede ser traducida como «Tenme lástima: pues la lástima es similar al amor». ²² La historia de los hermanos Soga es una de las más famosas historias de venganza de la literatura japonesa. Su principal fuente literaria es el *Soga Monogatari*, escrito al final de la Era Kamakura (1185-1333). La historia suele ser disfrutada gracias a su adaptación al teatro *noh* y al *kabuki* (un género teatral consistente en piezas de canto y baile con actores maquillados y un fuerte componente tradicional) desde hace siglos. Los hermanos Soga fueron, de hecho, figuras históricas. Juro Sukenari (1172-1193) y Goro Tokimune (1174-1193) eran los hijos de Kawazu Sukeyasu, aliado del clan Taira, que fue asesinado en 1176 por el abuelo de su enemigo, Kudo Suketsune. El mayor de los hijos promete vengar la muerte de su padre. Para evitar la sangrienta *vendetta*, los hermanos son secuestrados y llevados a la playa de Yui, para ser decapitados. Pero el verdugo se apiada en el último momento de ellos, y les deja vivir. Juro se acabará convirtiendo en guerrero y Goro en monje budista. Finalmente, con los años, tras muchas aventuras, lograrán matar a Suketsune, aprovechando una cacería al que este asiste en el monte Fuji. Ambos hermanos penetran en la tienda de Suketsune, que yace borracho —otras versiones dicen que está con una prostituta, y otras que las dos cosas—, y lo matan. Los compañeros de Suketsune acuden y se entabla una lucha sangrienta. Juro muere en la refriega, y Goro es apresado y ejecutado poco tiempo después.²³ Del inglés, literalmente: «oveja descarriada». ²⁴ Podría ser traducido como *Revista de Crítica Literaria*. ²⁵ La expresión está sacada de una cita del gran poeta satírico latino Horacio (65 a.c.-8 a.c.): «*Quid rides? Mutato nomine de te fabula narratur*»: «¿De qué te ríes? Si cambias el nombre la fábula habla de ti. ²⁶ Del francés: «Tiene el diablo en el cuerpo». ²⁷ El *Itchubushi* es un tipo de obra de teatro *kabuki* que se representa en un espacio bastante reducido: concretamente cuatro *tatami*s y medio.²⁸ Se trata de un género poético parecido al *haiku*, pero de temática cómica. Suele reproducir en unos pocos versos una conversación humorística con variedad de frases hechas y sobreentendidos.²⁹ El *tsuzumi* es un tipo de tambor tradicional japonés que se toca en las obras de teatro *noh* y *kabuki*.³⁰

Outamaro, Utamaro o Utamaru es el nombre con que se conoció en occidente a Kitagawa Utamaro (1753-1806), uno de los máximos exponentes del estilo *Ukiyo-e*, especializado en retratos de mujeres, llamadas *bijinga*. Influyó poderosamente en los impresionistas europeos. El estilo *Ukiyo-e* (que literalmente significa «pinturas del mundo flotante») es un tipo de grabados en madera que representaban paisajes, escenas tradicionales pero también licenciosas. Las primeras manifestaciones datan del siglo XVII, y perduran hasta nuestros días.³¹ *Soba* es la palabra que se utiliza en Japón para describir a la harina de alforfón, aunque suele llamarse así en general también a los fideos finos elaborados con esta harina. Se suele servir en cuencos, acompañados de caldo. En los tiempos de Sōseki, se trataba de una comida rápida, popular y barata.³² Del francés: «La verdad verdadera». La alusión proviene de una célebre respuesta que le dio el pintor Gustave Courbet (1819-1877) a Monsieur Garcin cuando este le acusaba de ser un «pintor socialista»: «Acepto con mucho gusto esta denominación. No solo soy socialista, sino que también soy republicano, y en una palabra partidario de cualquier revolución —y por encima de todo realista... realista significa también sincero con *la verdad verdadera*».³³ Tanto Gustave Moreau (1826-1898) como Pierre Cécile Puvis de Chavannes (1824 –1898) fueron célebres pintores simbolistas franceses.³⁴ Hay que apuntar que el *sen* es la centésima parte de un yen. La división decimal del yen fue introducida por el gobierno Meiji a semejanza del sistema occidental, reemplazando el complicado sistema propio del período Edo. Desde 1871, gracias al Acta de la Nueva Moneda (*shinka joorei*), el yen fue dividido en cien *sen*, que a su vez se dividían en diez *rin*. Las subdivisiones del yen dejaron de circular en 1954.³⁵ El *hakama* es una especie de pantalón largo con pliegues (cinco por delante y dos por detrás) que se pone sobre el kimono. Tradicionalmente llevado por los nobles japoneses en la época medieval, especialmente los samuráis, tomó su forma actual durante el período Edo.³⁶ Se refiere a la famosa obra del escritor inglés sir Thomas Browne (1605-1682) *Urn Burial*. El nombre completo de la obra es *Hydriotaphia, Urn Burial, or a Discourse of the Sepulchral Urns lately found in Norfolk*. En esta obra, publicada en 1658, se describen los usos funerarios de la edad del bronce, lo que da pie a reflexiones del autor sobre la mortalidad, el destino y la fama terrenal. Se trata de una obra tremendamente influyente en la literatura inglesa moderna, y aún se sigue editando. Entre sus admiradores rendidos cabe mencionar a Virginia Woolf y a Thomas de Quincey.³⁷ Este fragmento pertenece al capítulo V de la obra: «*Subsistir en monumentos duraderos; vivir en sus obras; existir en sus nombres, y en el predicado de quimeras, era una gran satisfacción para las expectativas antiguas, y formaba parte de sus Elíseos. Pero todo esto no es nada en la metafísica de la fe verdadera. Vivir es, en verdad, volver a ser nosotros mismos, y al ser esto no solo una esperanza sino una evidencia en los nobles creyentes, da lo mismo yacer en el Cementerio de San Inocencio que en las arenas de Egipto dispuestos a ser cualquier cosa, en el éxtasis de ser para siempre, y tan contentos con seis pies de tierra como con las moles de Adriano*».³⁸ Los «*odoshi*» son los dibujos que decoraban las armaduras de batalla utilizadas por los actores en el *kabuki* clásico. Las armaduras estaban conformadas por una serie de placas (*sane*) de metal lacado o cuero. Los dibujos se realizaban con hilo de seda o con tiras de cuero trenzadas.³⁹ *Genroku* es el término con que se conoce a los años que fueron desde el final de la era *Jokyo* hasta el principio de la *Hoei*. Según nuestro calendario, corresponde a los años 1688 a 1704. Los años de *Genroku* están considerados generalmente como la era dorada del Período Edo.⁴⁰ Para *Utamaro*, ver nota 31. En

cuanto a Nishikawa Sukenobu (1671-1750), fue un famoso pintor de Kioto encuadrado en la corriente *Ukiyo-e*. Su especialidad eran los actores, aunque también es famoso por sus retratos de mujeres.⁴¹ Xiang Yu (232 ac - 202 ac.) fue uno de los más prominentes generales de la historia de China.⁴² El juego del *go*, probablemente uno de los juegos de mesa más conocidos del lejano oriente, tiene origen chino. Fue introducido en el Japón hacia el año 735 de nuestra era por un bonzo budista japonés llamado Kibi Dajin, y rápidamente empezó a ganar adeptos. Al comienzo estuvo restringido a los ambientes cortesanos, pero poco a poco se divulgó entre los samuráis, budistas y shintoístas, y hoy es jugado en todo el mundo por decenas de millones de personas.⁴³ Probablemente se trate del *Imoseyama Onna Teikin*, obra escrita por Chikamatsu Hanji (1725-1783) en 1771, que narra las atroces proezas del dictador Soga no Iruka y su asesinato a manos del Emperador Tenji y su ministro Fujiwara no Kamatari en el golpe de estado de Taika del año 645. La obra, que también indaga en la historia de amor entre miembros de familias rivales, al estilo de Romeo y Julieta, fue estrenada originalmente para el teatro de marionetas.⁴⁴ Una de las más famosas historias de amor del teatro *kabuki* es la que tiene como protagonistas a Oshichi, la hija del verdulero, y el monje Kichisa. Su autor es el dramaturgo Kawatake Mokuami (1816-1893), seudónimo de Yoshimura Yoshisaburo, considerado de hecho el más grande escritor de kabuki de todos los tiempos. La acción se sitúa en las postrimerías del siglo XVII. Oshichi, de diecisiete años, se enamora de un monje al que conoció en un templo cuando tuvo que refugiarse allí tras huir de un incendio que se declara en Edo. Para volver a ver a su amor, Oshichi decide iniciar otro fuego (de hecho, este acabaría con buena parte de la ciudad de Edo en 1683). La hija del verdulero fue sentenciada a muerte por el cargo de piromanía, y ejecutada. Sin embargo, en razón a su belleza, y a la nobleza de sus motivos, el pueblo de Edo acabó simpatizando con ella, y fue inmortalizada por diversos artistas a lo largo de los años.⁴⁵ *Salmos*, 51-5.⁴⁶ El *iki* es un ideal estético japonés. Se trata de un concepto bastante difícil de trasladar a un referente occidental. Algo *iki* es algo simple y a la vez improvisado, romántico, efímero a la par que original y refinado. El concepto occidental que mejor se le asemeja es «chic».

